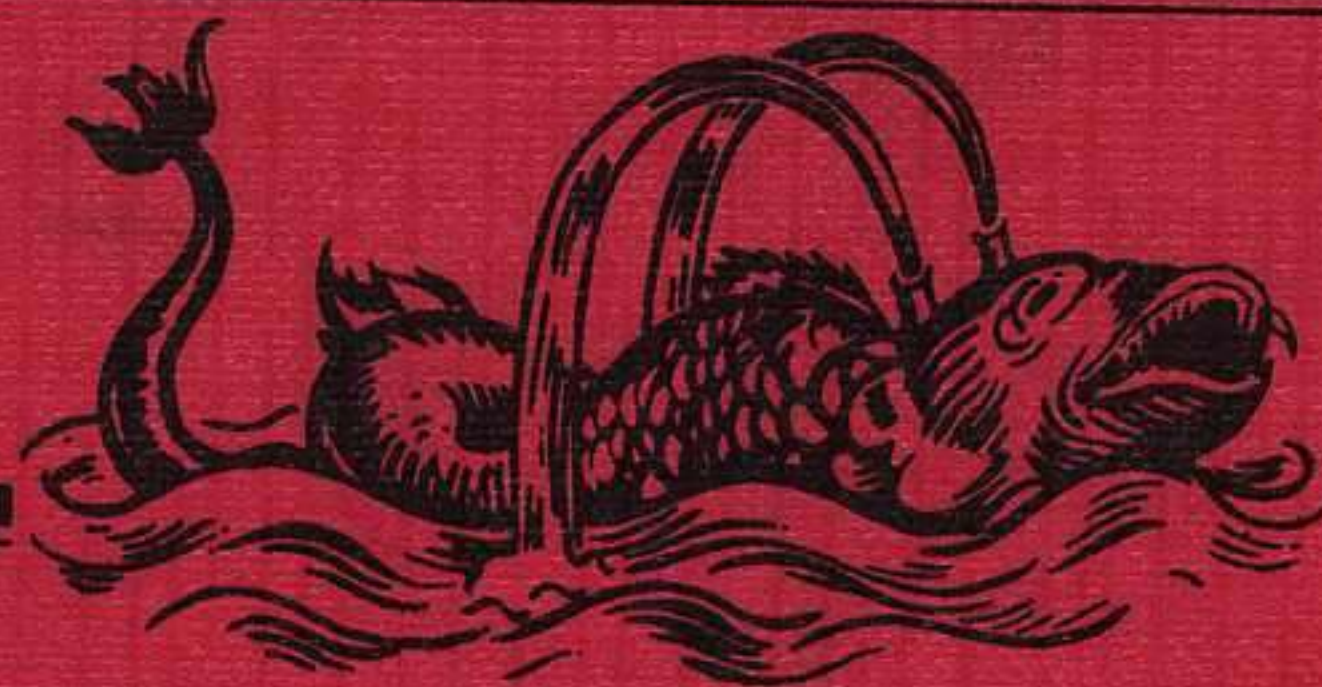


Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



VERANO 1983

II EPOCA

N.º 12

EN EL CENTENARIO DE ORTEGA Y GASSET
L. Pellicani, F. Ariel Del Val, A. Merino

FUERZA Y LEGITIMIDAD
DEL ESTADO

José Ramón Recalde

ELECCIONES MUNICIPALES:
EL NUEVO MAPA

Luciano Rincón

QUE ES Y QUE NO ES
HERRI BATASUNA

Patxo Unzueta

EL GOBIERNO, LA OTAN
Y EL MILITARISMO

Mariano Aguirre

LA TRANSICION POLITICA
EN EL CONO SUR

Manuel A. Garretón

PARTIDOS POLITICOS
Y ESTADO CAPITALISTA

Jim O'Connor

LA NOVELA
DE LOS SETENTA

Luis Suñén

LA COLERA DEL
ESPAÑOL SENTADO

Ignacio Amestoy

9.83 EnCea

300

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

INDICE

Presentación

ACTUALIDAD

J. R. ...	11
Luciano ...	19
PAULO ...	31
MARINO ...	41
MANUEL ...	48

ANÁLISIS DE HECHOS

LUCIANO ...	51
F. ...	67
ANGEL ...	77
JACOBO ...	87

LITERATURA

LOS ...	111
---------	-----

TEATRO

JACOBO ...	111
------------	-----

LIBROS

SALVADOR ...	111
--------------	-----

Leviatã

REVISTA DE HISTÓRIA E ARTE



INDICE

Presentación 5

ACTUALIDAD

J. R. RECALDE: *Fuerza y legitimidad del Estado* 7
LUCIANO RINCÓN: *Elecciones municipales: nuevo mapa* 13
PATXO UNZUETA: *Qué es y qué no es Herri Batasuna* 19
MARIANO AGUIRRE: *El gobierno, la OTAN y el militarismo* 33
MANUEL A. GARRETÓN: *La transición política en el cono sur* 45

ANALISIS Y DEBATE

LUCIANO PELLICANI: *El liberalismo socialista de Ortega y Gasset* 55
F. ARIEL DEL VAL: *Crisis de legitimidad del Estado liberal en Ortega* 67
ANGEL MERINO: *Ortega: Las raíces de sus frustraciones políticas* 87
JIM O'CONNOR: *Partidos políticos y Estado capitalista* 97

LITERATURA

LUIS SUÑÉN: *La novela de los setenta* 111

TEATRO

IGNACIO AMESTOY: *Como calmar la cólera del español sentado* 117

LIBROS

SALVADOR CLOTAS, MARIO MERLINO, MARIO PAOLETTI, LUIS PASAMAR,
MIGUEL PORTA 121

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Julio R. Aramberri

Santiago Roldán

Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlos Barral

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Fernando Claudín

Elias Díaz

M. A. Fernández Ordóñez

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J. A. González Casanovas

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. M. Reverte

X. Rubert de Ventós

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha.
Madrid-4. Telfs. 410 28 39 - 410 24 55.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.



La conmemoración del centenario de José Ortega y Gasset ha representado esencialmente un proceso de consolidar una reanudación. Un hilo de pensamiento silenciado durante años, confundido y divulgado solamente en sus aspectos más epiteliales, había sido soslayado de forma sistemática para todos los españoles. Y ahora, al recordar casi con un cierto perfil idolátrico las ideas, los hechos y las manifestaciones de todo tipo que rodearon al pensador, quizá sintamos de manera inexcusable el peso de estos años que nos han sido borrados y en los cuales el pensamiento, no sólo de Ortega sino también de las generaciones sucesivas, hubiere sido vivificado y renovado, utilizando como instrumento para afinamiento de ideologías populares y progresistas, y de una cultura entendida no como un donativo paternalista sino como la esencia de la auténtica democracia. Y considerando que conmemorar no sólo es recordar laudatoriamente sino también establecer una serie de puntualizaciones críticas, este número 12 de *Leviatán* le dedica tres importantes trabajos, respectivamente, de Luciano Pellicani, Fernando Ariel del Val y Angel Merino.

En la sección de *Actualidad*, José Ramón Recalde nos expone el tema de la fuerza y la legitimidad del Estado aplicada a la situación concreta de un gobierno socialista en la que actualmente nos encontramos. Luciano Rincón y Patxo Unzueta centran sus artículos en Euskadi, haciendo una valoración tanto del nuevo mapa político resultado de los últimos procesos electorales, como un estudio a fondo y certero del fenómeno político que es Herri Batasuna. El artículo de Mariano Aguirre en torno al gobierno socialista y el orden militar internacional, artículo polémico y que, sin duda, suscitará una discusión y reflexión fructíferas, analiza el papel del gobierno con referencia a la política de bloques así como las distintas salidas que se plantean en un futuro próximo. Manuel A. Garretón intenta una presentación esquemática de los diversos sentidos que el tema democrático tiene en los países de régimen militar del Cono Sur latinoamericano, indicando posteriormente las condiciones en que se plantea la transición a la democracia política luego del fracaso de los regímenes militares en su proyecto de recomposición y re inserción capitalista y el significado que tiene una alternativa socialista dentro de esa transición, aplicando, finalmente, estas ideas al caso chileno actual.

En la sección de *Análisis y Debate*, además de los ya mencionados trabajos en torno a las ideas de Ortega y Gasset, publicamos un trabajo de Jim O'Connor en el que pone de relieve la necesidad de análisis específicos y coyunturales de los partidos políticos en los países capitalistas desarrollados en torno a dos cuestiones: la naturaleza de los partidos políticos en las modernas democracias, y qué aspectos de los partidos políticos son específicos de las particulares formaciones sociales capitalistas.

Luis Suñén hace un repaso, que no por rápido deja de ser intenso, a la novela de

la década de los setenta, e Ignacio Ames-
toy analiza el papel de los espectadores
dentro de la crisis actual del teatro. La
sección de *libros* completa este número de
verano de *Leviatán*.

Por un error técnico, totalmente invo-
luntario, la entrevista realizada al profesor
José Antonio Maravall, publicada en
nuestro número 10, aparecía sin firma,
siendo su autora M. Carmen Iglesias.



En la sección de Análisis y Debate, ade-
más de los ya mencionados trabajos en
torno a las ideas de Ortega y Gasset, pu-
dicamos un trabajo de Jim O'Connor en
el que se aborda el tema de la cultura
política y cívica en los países capitalistas
desarrollados en torno a dos cuestiones:
la naturaleza de los partidos políticos en
las modernas democracias, y los aspectos
de los partidos políticos en el contexto de
las particularidades formaciones sociales capi-
talistas.

A. S. Scalet de *Leviatán*, *Leviatán*,
Luis Suárez hace un repaso, que no por
rápido deja de ser interesante, a la novela de
Leviatán - G. A. Bellamy, *Leviatán*.

La conmemoración del centenario de
José Ortega y Gasset ha representado
esencialmente un proceso de consolidar
una reanudación. Un hilo de continuidad
silenciado durante años, cuando el
vulgaro solapamiento de los aspectos
epitafios, había sido resurgido de forma
sistemática para toda la generación y
ahora, al recordar casi con un cierto perfil
ideológico las ideas, los hechos y las gran-
des cuestiones de todo tipo que rodearon al
pensador, quizá sintamos de manera inex-
cusable el peso de estos años que nos han
sido borrados y en los cuales el pensamiento
no sólo de Ortega sino también el
de las generaciones sucesivas, hubiere si-
do vivificado y renovado, utilizando co-
mo instrumento para el crecimiento de
ideologías populares y progresistas, y de
una cultura entendida no como un donañ-
vo paternalista sino como la esencia de la
auténtica democracia. Y considerado
que conmemorar no sólo es recordar lan-
datariamente sino también establecer una
serie de puntualizaciones críticas, que no
mero 12 de *Leviatán* le dedica tres impor-
tantes trabajos, respectivamente, de Lu-
ciano Belloni, Fernando Ariz del Val y
Ángel Merino.

FUERZA Y LEGITIMIDAD DEL ESTADO

José Ramón Recalde



La violencia del Estado, o el Estado, como violencia, es la piedra de escándalo en la que un socialista que se atiene a las convicciones de su propia tradición debe tropezar.

Porque la existencia misma del Estado es, para el socialista, la ambigua supervivencia de un inhumano poder opresor. Y no es necesario, para ello, limitar las tradiciones a las del anarquismo, o, en uno de sus modos de denominación, «socialismo anarquista». Por el contrario, procede que hoy consideremos con mayor amplitud cuáles son las fuentes que han ido confluyendo en la formación del socialismo democrático. Y acaso que las

agrupemos en esos tres cauces que han alimentado la construcción política progresista (que, desde luego, la entendemos no como la creencia en un progreso natural sino como la capacidad, que decía Benjamín, de hacer saltar el continuum de la Historia). Pues bien, esos tres cauces son los de la lucha por las libertades, la lucha por el imperio de la voluntad general y la lucha por la desalienación y emancipación de las clases dominadas.

Hoy vemos, en efecto, que el socialismo democrático tiene como valores heredados los del liberalismo político, los de la democracia y los de las doctrinas socialistas. Aunque, precisamente por culpa del Estado, estos tres sistemas de valores hayan parecido incompatibles en muchos momentos a quienes insistían en cualquiera de ellos.

Necesidad y supresión del Estado

El individuo es una unidad política irreductible al Estado, y el reconocimiento, por éste, de su campo de autonomía supone la afirmación de los derechos fundamentales. El primer elemento de la justificación del poder es, por lo tanto, el de su propia limitación. Ya sabemos que, frente a los razonamientos valorativos de Locke están los descriptivos de Hobbes, incluso más contundentes, que afirma al Estado como un poder absoluto. Pero incluso en Hobbes existen dos posiciones no necesariamente coincidentes: el Estado es una conclusión necesaria para resolver una situación de violencia privada, esto es, el Estado es utilidad común; el Estado es un poder absoluto, origen del derecho y de la moral. La primera conclusión hobbesiana no es hoy contradictoria con el reconocimiento de sus límites: quería decir simplemente que otro elemento que justifica el poder, a añadir al de su propia limitación, sería el de su utilidad. Por el contrario, la segunda conclusión de Hobbes —la de lo inevitable del carácter absoluto del Leviatán— deriva, en su lógica, de la condición de árbitro que le atribuye en una sociedad política atomizada, y en su psicología, de la conclusión pesimista de que la eficacia del Estado —su triunfo sobre la guerra privada— pasa por su propia afirmación y concentración, a costa incluso de la invasión del campo de la autonomía individual. Por el contrario, la proclamación de una ética política de liberación,

La existencia misma del Estado es, para el socialista, la ambigua supervivencia de un inhumano poder opresor.

las libertades.

El tercer elemento de legitimidad está detrás de una vieja tesis que, a partir del siglo XIX, se ha ido afirmando como realizable, por lo menos en sistemas sociales desarrollados: que no hay razón suficiente para aceptar como legítimo un poder que no se sostenga en la voluntad general y que, por lo tanto, quien represente a la voluntad general debe hacerlo según la regla del Derecho. No se trata del problema de hecho de cuáles son las condiciones reales de legitimación del poder —cuándo los súbditos entienden que un poder es legítimo— sino del valorativo de cuáles son los requisitos democráticos del poder. También desde esta perspectiva la tesis autoritaria se agazapa, incluso desde sus primeras formulaciones teóricas o prácticas, y la «voluntad general» de Rousseau, o la indefectible marcha hacia la dictadura y el terror, plantean una y otra vez la incierta vía que lleva desde la preservación de la democracia hasta su aniquilamiento por parte de aquéllos que la quieren salvar.

Y finalmente, ¿qué es el poder político sino la institucionalización de la fuerza para preservar el orden? Pero, ¿qué orden? No el orden que el Estado inventa sino el orden que el Estado encuentra: un orden de dominación. ¿Cuál es la acción legítima, entonces: la de liberación del oprimido o la de afirmación de un orden de la voluntad general? Porque el mismo tipo de argumentación que llevaba a distinguir entre la observación del poder sentido como legítimo y la condición ética de la democracia como exigencia de legitimidad, puede extenderse a distinguir entre un poder afirmado democráticamente como legítimo y un orden de liberación y desalienación de los oprimidos.

Los «esclavos felices» pueden existir, en definitiva, tanto cuando se acepta una legitimidad tradicional o carismática como cuando se acepta, como expresión de una voluntad general, un orden de dominación. Pues, al cabo, la ideología de la clase dominante es la ideología dominante. Y así se plantea de nuevo, ahora ya específicamente para la reflexión socialista, el problema del equilibrio del poder justificado: qué condición de contenido cabe esperar de un Estado para que, además de expresión de la voluntad general, sea un gobierno legítimo. Y la respuesta es que sea un orden redistributivo de liberación, entendiendo de este modo que del Estado se espera un proyecto y una práctica de intervención que supongan inversión y distribución económica, así como mecanismos de participación en el sistema.

Libertades individuales, utilidad de la fuerza institucional, sistema de leyes, voluntad general, redistribución económica y participación forman los ingredientes del sistema de legitimación del Estado, para la ideología socialista. El triunfo del socialismo consistirá en convertir esta creencia ideológica en valor suficientemente generalizado para la sociedad entera. Esto es, que su propia creencia en la legitimidad sea el criterio de hecho en que se sostenga la legitimación racional del Estado moderno. Pero la ambigüedad surge cuando observamos que los mismos ingredientes del cuadro legitimatorio del poder político revelan tendencias que operan en sentido contrario: unos —libertades, sistema de leyes— son límites al poder: otros —utilidad de la fuerza institucional, redistribución económica— piden su fortalecimiento; otros —voluntad general, participación— pueden ser utilizados tanto para una función liberadora como para imponer una agresividad internacional o para reprimir las conductas disidentes (el renacimiento del Leviatán, con apoyo en la voluntad mayoritaria, en países como Es-

tados Unidos, Gran Bretaña o Alemania, es una muestra). Por eso mismo, para un socialista, la ideología de la legitimidad del poder político no es, simplemente, la afirmación de un cuadro de elementos sino el modelo de utilización óptima de ellos. Pero, en última instancia, hay dos límites condicionantes: el primero es el de que el cuadro de libertades individuales, límite del poder del Estado, sea promovido y defendido por el sistema jurídico; el segundo, que la práctica de redistribución y participación se proyecte como liberación del dominio de clases en la sociedad. Y desde ambos límites aparece el carácter contradictorio del Estado de quien, como fuerza, se espera que suprima la violencia privada, pero al mismo tiempo que limite la violencia pública; como institución de mantenimiento de un orden, se espera que transforme la actual estructura de dominación, esto es, que no

responda a la actual ordenación de la sociedad, sino que la modifique en camino hacia una sociedad reconciliada. La solución de estas contradicciones no

es ningún punto de convergencia que pueda encontrarse en el campo de proyección política sino fuera de este campo: en la utopía de la supresión del Estado. En la medida en que el Estado haya cumplido con estos condicionantes habrá creado la posibilidad de su supresión.

Gobierno responsable y autoritarismo

El realismo o, como se dice ahora en el viciado, por abuso, lenguaje político español, el «sentido de la responsabilidad» es la respuesta que un gobierno socialista ofrece comúnmente a la sociedad y a su propio partido que le ha llevado al poder. Pero tal sentido de la responsabilidad puede ser también una coartada genérica que en realidad oculta la vía de autoritarismo del Estado. Considerémosla, en efecto, en tres vertientes: la

El «sentido de la responsabilidad» puede ser una coartada genérica que en realidad oculte la vía de autoritarismo del Estado.

económica, la internacional y la del orden público.

Sabemos que la crisis económica ha puesto de relieve la incompatibilidad del cumplimiento simultáneo de objetivos que antes eran compatibles: aumento de la inversión, aumento del gasto público en forma de servicios sociales, mantenimiento de la capacidad adquisitiva de las rentas salariales, solución del problema del paro. Tanto para evitar desigualdades entre dos importantes sectores de la clase trabajadora —los parados y los trabajadores con empleo, que dominan en el Sindicato— como para facilitar la reconversión industrial y el reequipamiento tecnológico, necesarios para incorporarnos con éxito al relanzamiento económico, es preciso introducir una amplia dosis de sentido de la realidad. Un gobierno «responsable» es, según ello, un gobierno que tiene en cuenta cuáles son los condicionantes que no puede mover y que utiliza, con acierto, un mínimo suficientemente amplio de variables para hacernos salir con buen éxito de la crisis. Un gobierno «irresponsable» sería aquél que, por incompetencia o por demagogia, operara sin tener en cuenta las necesidades y la complejidad de la situación. Pero en democracia habíamos entendido que gobierno «responsable» era, no el gobierno que, llegado al poder, decide por sí sino aquél que, como gobierno que resulta del triunfo de un partido, responde ante el partido y ante el electorado del cumplimiento del programa que le ha llevado al poder. La importante rebaja, desde un punto de vista de la redistribución, entre el objetivo socialista y su realización por el gobierno es seguramente un acto de realismo —no se puede hacer otra cosa— pero es también un acto de autoritarismo— en cuanto el gobierno se desliga de las promesas que le han dado el poder—. Pues bien, la teoría de las «habas contadas» ha calado tan profundamente en la conciencia social

La rebaja entre objetivo socialista y su realización por el gobierno es un acto de realismo pero también de autoritarismo.

que los modelos alternativos pierden nitidez y hay una fuerte tendencia a explicar que las razones de utilidad priman sobre las de desalienación y lucha contra las estructuras de dominación cuando se trata de justificar al poder del Estado.

La vertiente internacional es otro problema. También aquí existe una importante diferencia entre la política del Gobierno y el programa del partido que dio a éste el triunfo electoral y al Gobierno mismo su legitimidad de origen. Y también existe, por parte del Gobierno, la tendencia a justificar esta distancia por sentido de la responsabilidad, esto es, por realismo político. Pero este acto de poder del Estado en que consiste sostenerse sobre el propio sentido de responsabilidad y no sobre la responsabilidad ya contraída con su partido y con el electorado es mucho menos disculpable cuando se trata de cambiar el criterio sobre la OTAN, los euromisiles y el desarme y la política de bloques que en el caso de la política económica frente a la crisis. Por dos razones: la primera porque no aparece con la misma evidencia la necesidad del cambio de política; la segunda porque las implicaciones éticas —o modelo socialista de legitimación del poder— resultan mucho más directamente afectadas. Poco podremos, en efecto, como elemento transformador del panorama internacional, pero no es coherente con la ideología socialista el alineamiento con un modelo regresivo e imperialista.

Pero cuando el gobierno socialista presenta su coartada de sentido de la responsabilidad para explicar su diferencia con la responsabilidad ya contraída de cumplir su programa en materia de orden público, el modelo de legitimación del poder resulta resquebrajado. En este caso se contaba ya con los datos reales del problema, el modelo de cambio que se proponía —fin de legislaciones especiales, garantías de asistencia letrada sin con-

dicionamientos que la desvirtúan, «habeas corpus», estatuto legal de refugiado, etc.— no estaba en manos de poderes externos al del propio Estado y respondía al criterio socialista de justificación del poder político.

Si en los tres casos —económico, internacional y orden público— que haya diferencia entre lo que el Gobierno hace por «sentido de responsabilidad» y su responsabilidad frente al programa con el que ha conseguido el poder revela un reforzamiento de la fuerza del Estado frente a las de la sociedad, cada uno de ellos expresa como tal política gubernamental una realidad diferente: las medidas económicas son la manera de hacer efectiva una práctica socialista en una estructura capitalista en crisis; las medidas internacionales son el modo como un gobierno socialista de un país débil sobrevive en un medio imperialista que le determina demasiado poderosamente; las medidas de orden público revelan cómo un gobierno socialista es capaz de poner en duda con esa práctica su propia condición de socialista (*).

Orden público como reflejo condicionado

A nadie se le oculta que el reforzamiento de la política de orden público obedece de hecho a su carácter de respuesta a la violencia de ETA. De varios modos sucesivos. En primer lugar, porque la violencia de ETA —dirigida bastante selectivamente contra las fuerzas de orden público— explica la respuesta represiva, no sólo del Estado —el empleo de la fuerza legítima— sino también de individuos que son miembros de esas fuerzas de orden público. Y para algunos de éstos, el empleo de la represión ilegítima —la tortura— puede no ser sólo un método de investigación del delito cometido, o una venganza por el mal causado al compa-

Un modelo democrático y socialista tiene la necesidad de tratar al violento de acuerdo con los valores de ese modelo.

ñero, sino también la prevención de un riesgo futuro del investigador. En segundo lugar, porque el mando que no pone todos los medios legales, judiciales y de investigación administrativa para asegurar que la conducta ilegal de un investigador no se va a producir puede estar actuando así por sentimiento de debilidad frente a sus propias fuerzas de orden público, a las que no se siente capaz de controlar. En tercer lugar, porque esta misma conducta por parte del Estado puede también explicarse como complicidad voluntaria y consciente de las autoridades, que juzgan que es más importante vencer a la violencia ilegítima no estatal que respetar la plena garantía de los derechos del presunto terrorista (o del evidente terrorista). En cuarto lugar, porque el Estado, como institución, se siente arropado en esta línea represiva por cada vez más amplios sectores sociales, que pierden de este modo sensibilidad ante los problemas de los derechos constitucionales y las libertades individuales afectadas.

En parte no es, por lo tanto, un problema de fuerza del Estado, sino de debilidad. El orden de leyes no es capaz de terminar de imponerse cuando los métodos de investigación son demasiado torpes y los sentimientos individuales se imponen a la ley. En parte, también, es un problema de ideología: la política es entendida como el campo de los resultados eficaces —cosa que es cierto— pero no existe la sensibilidad democrática y socialista suficiente como para entender que estos resultados eficaces, eso que hay que conseguir, es precisamente un modelo de relaciones sociales en el que los valores juegan una función esencial; no hay, por lo tanto, objetivos aislados —acabar con la violencia— sino globales: conseguir un campo de relaciones libres, democráticas y desalienadas que resulta negado cuando el fin de la violencia pasa por la restricción de las libertades. En parte, final-

mente, es un problema de conciencia ética de la sociedad entera: un modelo democrático y socialista tiene, como precio a pagar por la mejor calidad de la so-

ciudad que proyecta, la necesidad de tratar al violento de acuerdo con los valores propios del modelo y no con los de este violento.

(*) Como inmediato responsable de una política de todo el Gobierno, el Ministro del Interior está proporcionándonos el cuadro ideológico no socialista de su actuación: juicio de la política por su resultado y defensa del Estado. Se trata de un cuadro político que deriva directamente de Maquiavelo. No otro sentido tiene, en efecto, responder a los que denuncian el incumplimiento de las libertades constitucionales que si se rasgan las vestiduras la única consecuencia es que habrán de caminar con las vestiduras rasgadas; o afirmar que a un instituto armado, depositario de la fuerza coactiva del Estado —a la Guardia Civil— le puede corresponder una función fundamental de moraliza-

ción de la sociedad civil, ¿A qué distancia estamos de las bases ideológicas del socialismo? Pero, indudablemente, la posición más grave ha sido la adoptada ante el más grave tema de moral política que hoy afecta al Gobierno: las garantías ciudadanas frente a la tortura. Pues bien, al mismo tiempo que, frente a los iniciales proyectos socialistas, tales garantías son recortadas, se lanza preventivamente la amenaza: quienes denuncien sin pruebas las torturas serán perseguidos por calumnia. Y se pretende así ocultar, tras el principio jurídico de que nadie puede ser considerado culpable sin pruebas, el principio político de que el Gobierno que no presta garantías suficientes es ya, en principio, culpable potencial de los malos tratos.

ELECCIONES MUNICIPALES: NUEVO MAPA

Luciano Rincón



2

Inmediatamente después de cada consulta electoral, los malabarismos porcentuales producen resultados satisfactorios para casi todos. En las últimas elecciones municipales y para los gobiernos autónomos, no ha habido excepciones. Todos hemos ganado, por lo menos durante los primeros días.

Los expertos de cada partido comenzaron inmediatamente de celebradas a elaborar todo tipo de comparaciones y análisis de porcentajes para demostrar que los resultados eran positivos para ellos. Eso ha sucedido, en general, en el conjunto del Estado, pero quizá más particularmente en Euskadi, cuyo mapa político tiene sus relieves propios. Dentro de la tónica ge-

neral de cambio, Euskadi también tiene una nueva composición política, aunque más matizada y complicada por la mayor complejidad de las fuerzas políticas enfrentadas.

En realidad, a partir de las elecciones municipales y autonómicas de mayo hay dos nuevos mapas políticos: el del Es-

tado, que incluye a una Catalunya con un comportamiento similar al del resto del país, con un descenso del nacionalismo, y el de Euskadi, donde, aunque se han reflejado

**Las cotas de poder municipal
obtenido señalan
la confianza en la gestión
iniciada
por el gobierno socialista.**

las líneas generales, la presencia de factores propios y discordantes (la especificidad de su nacionalismo y la existencia de una organización sin equivalencia real en ninguna otra comunidad autónoma, como es Herri Batasuna, para cuyo programa pidió el voto la única organización armada homologable en España, ETA militar) exige un análisis distinto. En las dos últimas elecciones —octubre de 1982, mayo de 1983— en Euskadi se ha manifestado cierta inclinación a la tendencia general en el Estado pero con importantes sobreañadidos.

Los primeros resultados, repito, supusieron victorias de algún tipo para todos los partidos y coaliciones presentados. Y eso, que sucedió en general, fue una característica particularmente notable en Euskadi. Con lo que, aunque resulte aventurado adelantar la teoría de que Euskadi «agranda», o desmesura, los fenómenos políticos generales, sí es posible plantearse esa posibilidad como hipótesis de trabajo. En Euskadi, los términos de la confrontación electoral —y más allá de lo electoral— son distintos y los enfrentamientos radicales. En Euskadi, en principio, ganaron todos, aunque para ello hubiera que hacer difíciles equilibrios, sin llegar en esta ocasión, como en las elecciones de octubre, a agrupar y desagrupar la Comunidad Autónoma y Navarra en el sentido inverso de lo que suele hacerse habitualmente. En octubre de 1982, al PSOE, que no reconoce a Navarra como parte de Euskadi, le venía bien manejar el dato conjunto Comunidad Autónoma más Navarra para ser la primera fuerza política, mientras que el PNV, que considera Navarra parte indiscutible de Euskadi, necesitaba separarlas en los análisis para poder ser la primera fuerza política de Euskadi, pues unida a Navarra no lo

era. En las elecciones de mayo, los juegos porcentuales han llegado a refinamientos tales como, para demostrar ya que no la existencia de dos comunidades perfecta-

mente diferenciadas, tarea nada fácil, sí al menos la existencia de dos electorados —el vasco y el españolista—, a recurrir a la afirmación de que mientras el voto del bloque españolista (PSOE-PCE-AP/PDL/UL) ha bajado, el voto vasco (PNV-HB) ha subido, lo cual es cierto con la importante salvedad de que, en el segundo bloque, el que sube es el PNV (que baja en Vizcaya pero mejora en Alava contra todo pronóstico) mientras que Herri Batasuna pierde unos 50.000 votos con respecto a las elecciones municipales de 1979.

Pero juegos sociológicos y vales porcentuales aparte, lo importante de estas elecciones, como la de todas las elecciones, es la cantidad de poder, en este caso municipal, adquirido por cada grupo político; al mismo tiempo que la observación de la tendencia del voto unos meses después de la llegada al gobierno del Partido Socialista por una decisión popular arrolladora. Las cotas de poder municipal obtenido, y la mayoría conseguida en el gobierno de las comunidades autónomas, señalan la confianza en la gestión iniciada por el Gobierno socialista, o al menos la desconfianza hacia cualquier otra gestión posible en este momento. Sin alternativa por la izquierda, la derecha está representada por un partido caracterizadamente conservador y en gran medida heredero del régimen anterior. Lo que hace que pese a la pérdida de votos con respecto a las elecciones generales de 1982 (alrededor de un 22 %, pero la derecha pierde un 15 % de sus votos) no creo que pueda hablarse de voto de castigo, o de cansancio electoral, ya que el voto socialista ha mejorado respecto a las elecciones municipales de 1979. Tampoco la abstención indica, en mi opinión, gran cansancio, puesto que su

aumento se produce con referencia a las elecciones de 1982, pero no respecto a las municipales de 1979 (1979, 60 % de participación; 1983, más del 65 %) y ambas elecciones no son comparables.

Las elecciones municipales y autonómicas suponen la creación de un nuevo mapa político cuya confirmación depende ahora de la gestión del Gobierno. Un Gobierno que no va a hacer política socialista, sino que va a intentar una política de regeneración nacional, asentamiento de la democracia, saneamiento de su administración, creación de una sociedad laica y civil, contención de las fuerzas antidemocráticas y, quizá, establecimiento de bases para un posible debate futuro sobre un proyecto más profundo de transformación. Que es a lo que ha dado su voto, y no a más, la mayoría de los ciudadanos españoles. A su vez, en Euskadi, aunque se hayan advertido signos de aproximación a la línea general, las ofertas se mueven, además de por el tradicional y algo difuminado eje izquierda-derecha, por los ejes a veces paralelos, a veces perpendiculares del nacionalismo-no nacionalismo, de las posibles coincidencias entre nacionalistas de izquierda-nacionalistas de derechas, izquierda españolista-izquierda nacionalista y otras derivaciones que trasladan el análisis político a las clasificaciones lineanas.

Respecto al resultado definitivo que suponen unas elecciones, el aumento o la pérdida de poder, el PSOE ha resultado un vencedor rotundo. Treinta y cinco alcaldes de capitales de provincias — de los que 26 por mayoría absoluta— frente a nueve de Coalición Popular, tres independientes, tres del PNV y el alcalde comunista de Córdoba, son datos suficientes para indicarlo. El PSOE ha perdido votos que se le van en abstenciones y mínima recuperación del PCE, pero que no han sido votos para la derecha, porque todos los demás partidos de implantación estatal prácticamente han sufrido una baja

Ha aparecido una mayoría definible como moderada, democrática, con pretensiones de cambio y alejada de los extremos.

proporcional. El PSOE pierde dos millones y la Coalición uno respecto a las elecciones legislativas, pero el número de concejales obtenidos por UCD y AP en las elecciones municipales de 1979 fue el doble que los logrados en mayo de 1983 por la Coalición Popular y los centristas restos del naufragio. Como ya se ha escrito, la mayoría natural no es tal. Como habrá que escribir, la mayoría natural, formación social sutil y casi translúcida creada por los maquetadores de la política fraguista, cuyos límites de intereses coincidentes no ha trazado todavía nadie con precisión, parece disolverse antes aún de haber adquirido forma más o menos reconocible. UCD como sigla única resultó ser más mayoritaria —en su artificialidad— que la supuesta mayoría natural.

En cambio ha aparecido, como nuevo mapa político de España, una mayoría definible como moderada, democrática, con pretensiones de cambio y alejada de los extremos. Un mapa de las comunidades autónomas y un poder municipal mayoritariamente socialista permiten auscultar lo que la mayoría de la ciudadanía espera. El electorado votó en octubre de 1982 un cambio moderado en el que no ha perdido las esperanzas, como demuestra su ratificación en mayo de 1983. Una política de cambio moderado basada en actuaciones quizá poco espectaculares pero fundamentales. Muy esquemáticamente, limpieza y libertad como posibles elementos de trabajo en el interior de una crisis económica de la que el Gobierno español no es el único gestor.

Frente a todas las teorizaciones de quienes creían, o creíamos, que las exigencias de la mayoría, y sus posibilidades de alcanzarlas, iban mucho más allá, esta confirmación es un retrato fiel de lo que la opinión mayoritaria quiere y espera, desembarcada —si alguna vez estuvo embarcada— de aventuras y largas expectativas. El nuevo mapa, que puede ser perdurable si las respuestas de los gober-

nantes se corresponden con las interrogaciones de los gobernados, supone en resumen: hegemonía socialista en la mayoría de las poblaciones importantes, que tienen bajo su administración municipal no sólo a la mayor parte de la población española, sino también a la parte de esa población más inquieta socialmente; que, en general, el socialismo moderado avanza también en las poblaciones que no gana; que la gestión municipal de los partidos de izquierda allí donde la llevan realizando desde las elecciones municipales de 1979 ha sido revalidada; que el socialismo moderado es el que mejor se ajusta a las pretensiones actuales de un electorado mayoritario, poco dado a la radicalidad por ninguno de sus extremos; que la inmensa mayoría de la población española se asienta firmemente en los comportamientos democráticos, por muy de meramente formales que se les califique o que se les quiera descalificar.

El cambio de mapa político en Euskadi no es tan visible pero se produce igualmente. En Euskadi, gran parte de las zonas industriales han dado sus votos a los socialistas; han regresado al socialismo tras la sorpresa del predominio nacionalista en las anteriores elecciones municipales. En Vizcaya, en el Ayuntamiento de Bilbao, el PSOE ha pasado, pese a tener menos votos que en las elecciones generales de 1982, de tener cuatro concejales a tener nueve, y Euskadiko Ezkerra ha pasado de uno a dos, exactamente el doble, mientras que el PNV baja de 13 concejales en el anterior Ayuntamiento a 11 en el actual, y Herri Batasuna de seis a tres, exactamente la mitad. En la conocida Margen Izquierda de la ría de Bilbao, la zona de más alta concentración industrial y demográfica de la provincia —Baracaldo, Sestao, Santurce, Portugalete, zona minera—, la mayoría socialista, en general absoluta en casi todos los municipios, ha retomado la dirección de los Ayuntamientos. Y en Guipúzcoa se ha producido la victoria

socialista de Rentería, altamente simbólica, y una mayoría municipal en Irún que no llegó a transformarse en alcaldía socialista por la muy conocida coincidencia de votos a favor del candidato del PNV de la Coalición liderada por Alianza Popular y Herri Batasuna.

Estos datos son muy importantes en sí mismos, aunque el PNV mantenga los Ayuntamientos de las tres capitales de la Comunidad Autónoma —ninguno con mayoría absoluta y el de Bilbao con dificultades para lograr una mayoría estable—, porque significan dos cosas importantes: por una parte, que el PNV, y el nacionalismo en general, se aproximan a su techo, si no lo alcanzan; y en segundo lugar, que Herri Batasuna pierde sus bastiones industriales, como Rentería, el «laboratorio revolucionario de Euskadi», y gana votos, en cambio, en las zonas rurales. Ruralización de HB que supone,

**Las zonas industriales
en Euskadi han regresado
al socialismo
tras la sorpresa del predominio
nacionalista.**

a su vez, su regreso a las fuentes nacionalistas. HB va a ir asumiendo progresivamente su papel de nacionalismo radical, ala independentista e intransigente del

PNV. En este sentido, el PNV ha emitido en su dirección algunos mensajes importantes. El presidente del PNV decía en un discurso reciente: «Nosotros prometimos a nuestro pueblo un estatuto por lo menos igual que el anterior y los ciertos económicos. Y los que dicen que es poco, que sepan que somos de la misma sangre y que es mil veces más difícil aguantar las humillaciones de Madrid que estar en la cárcel». Por su parte, en el periódico *Deia*, portavoz más que oficioso del PNV, uno de sus colaboradores afirmaba (5-6-83) en un análisis de los resultados electorales: «Hay finalmente quien ha visto ya el principio del fin de HB. Para mí esto es no conocer la fuerza social que ha puesto en marcha este frente de resistencia y olvidar que HB, con errores o sin ellos, con faltas o sin ellas, con injusticias o sin ellas, ha comprendido, interpretado y defendido muchas de las

aspiraciones más profundas del pueblo vasco. Su apoyo no le faltará tan fácilmente».

En Euskadi una opción creciente, aunque oscilante, ha decidido apoyar el cambio posible en el Estado.

Esa ruralización del voto HB supone, al mismo tiempo, la aproximación acelerada entre PNV y HB para la creación de un «Frente Nacional», y el inicio del fin de su papel de «Frente de rechazo». Herri Batasuna ha reunido en torno suyo a descontentos de la transición, a impacientes por la lenta construcción de un nuevo país, a opuestos a la reforma, a grupúsculos revolucionarios huérfanos, a grupos marginales que no encontraban su lugar en una sociedad resistente incluso a cambios mínimos, y ha servido de bandera para toda la legión, más o menos famélica, que decía no a cada propuesta, que cerraba toda puerta al diálogo y que rechazaba, por puramente formal, la democracia en instalación. Pero el tiempo ha pasado sin que en HB se haya cohesionado nada mientras pesa cada día más sobre sus decisiones la subordinación a su propio «poder fáctico», armado y desesperado. El tiempo ha pasado sin que a reivindicaciones concretas, o a planteamientos de revoluciones inmediatas, se respondiera más que —y a todos lo mismo— con la épica de la represión. La revolución y un Euskadi unificado, socialista y euskaldún no son respuestas a la demanda cotidiana de trabajo, libertades, paz, o, simple y municipalmente, un semáforo. El laboratorio revolucionario de Rentería ha pasado, municipalmente, a manos del PSOE, aunque este partido vaya a tener difícil el gobierno local por que la oposición, que ha perdido su reducto simbólico, precisamente el que explicaba la posibilidad de la revolución, así como su inmediatez, llenará los plenos municipales con sus seguidores y se mantendrá en la calle. Pero ese será otro problema, distinto del cambio de mapa político del país y Euskadi.

Respecto al voto obrero de los núcleos industriales, los medios nacionalistas lo rechazan afirmando que no son votos

obreros sino votos inmigrantes; que no es un voto de izquierdas sino un voto español. Lo cual, en todo caso, lo que hace es incidir y reincidir en la tradición de la

historia moderna de Euskal Herria con la identificación entre obreros industriales e inmigración, negando, después de tanta afirmación en contra, la capacidad de integración de los trabajadores llegados de otras zonas y otras culturas, que reaccionan ahora devolviendo el voto a «la madre patria». Esta afirmación sitúa en una extraña, e inexplicada, situación el voto a Euskadiko Ezkerra y el voto perdido por HB en las zonas industriales —¿se españolizan y desespañolizan algunos según qué convocatorias electorales?—, y obliga a pensar si el voto a HB en Rentería era un voto inmigrante-español que ha vuelto a su colegio electoral natural o si es voto vasco que se ha españolizado.

Esta reagrupación por nacionalidades ha llevado a algún experto nacionalista, en su tesis sobre los dos electorados, a dictaminar que, en su opinión, en Euskadi se enfrentan un electorado constante, el vasco, y un electorado inconstante, zigzagueante —poco maduro, podría deducirse de sus conclusiones—, el españolista. Lo que se traduce en la fidelidad del voto vasco a los partidos vascos —al PNV fundamentalmente, pues HB ha perdido votos— y las elevaciones y descensos del voto español, que se dirige a un partido u otro no tanto como opción izquierda-derecha sino en tanto que la llamada, o llamables, «oferta española» es más neta y contundente. Y en las últimas elecciones municipales, esa «oferta española» la ha representado el PSOE.

Sin embargo, esa interpretación del voto no es la única posible. Es posible también otra: la de un electorado acrítico frente a un electorado crítico. El primero aceptaría las tesis de los partidos que le representan sentimentalmente al pie de la letra, votaría a sus «jefes naturales» y no

se cuestionaría ni la dirección, ni el programa ni el futuro. El segundo electorado aceptaría, en cambio, en cada elección, las propuestas electorales de cada partido. Y entonces, y posiblemente con el mismo exceso de «cientifismo de barricada», se podría decir que el primero es un electorado inmaduro frente a la madurez del segundo electorado. Lo que sucede, en mi caso, es que ni creo en las dos comunidades, de cada día más difícil definición precisa, ni veo las delimitaciones fronterizas de los dos electorados.

En Euskadi, una opción creciente, aunque oscilante, ha decidido apoyar el

cambio posible en el Estado, y ha sumado sus votos, también en las elecciones municipales —aunque en menor medida que en las generales, que era en las que se ofertaba directamente esa posibilidad—, al nuevo mapa político del Estado, reforzando la administración central socialista con una administración local creciente del mismo signo, aunque sin olvidar los difíciles problemas pendientes en el ámbito de la administración plena de la autonomía. Lo que, manteniendo la especificidad de Euskadi, no contradice el giro mayoritario hacia una izquierda moderada y democrática gobernando el Estado y la instalación de la inmensa mayoría en un sistema democrático.

QUE ES Y QUE NO ES HERRI BATASUNA

Patxo Unzueta



3

La coalición Herri Batasuna (HB) perdió el 8 de mayo de 1983 casi la cuarta parte de los votos obtenidos el 3 de abril de 1979, que constituyó, a su vez, la cota electoral máxima del nacionalismo vasco radical. En las elecciones a Juntas Generales (en la Comunidad Autónoma) y Parlamento Foral (en Navarra), Herri Batasuna obtuvo, en 1979, un total de 223.146 votos, es decir, el 11,6 por ciento del censo total de esos territorios. El 8 de mayo sus candidaturas a JJ. GG. y P. Foral lograron 170.385 votos (el 8,7 por ciento del censo). La pérdida fue, pues, de 52.761 votos, es decir, de un 24 por ciento respecto a 1979 ¹.

Tipología del votante HB

Según un estudio realizado por la socióloga Isabel Bergareche, el 68 por ciento de los electores de HB en 1979 ejercían

aquel año por primera vez en su vida el derecho al voto, y dos tercios de los votantes de la coalición tenían menos de 25 años. El elector típico de HB era caracterizado por la socióloga como joven,

varón, de clase media o media baja. Otro sociólogo, Luis Núñez (que figuró como candidato por HB a las Juntas Generales de Guipúzcoa) ampliaba dicha caracterización con nuevos rasgos: joven, vasco de origen, varón, con bajo nivel de estudios y que trabaja en el sector primario.

Las últimas elecciones parecen confirmar la progresiva concentración del voto HB en las zonas rurales y semirurales.

Las últimas elecciones parecen confirmar la progresiva concentración del voto HB en las zonas rurales y semirurales, en perjuicio de los centros urbanos e industriales. De los 18 municipios de la Comunidad Autónoma que cuentan con más de 20.000 habitantes, HB ha perdido votos en 16 y sólo ha logrado mantenerse en dos: Llodio y Hernani ².

En un artículo un tanto esotérico, pero apoyado en datos estadísticos contrastados, un tal *Txapel Weber* —pseudónimo que podría traducirse por «(Max) Weber con boina»— mostraba ya en diciembre pasado, en base a los resultados del 28-O, que la zona de hegemonía de HB tendía a concentrarse fundamentalmente en torno al monte Txindoki, es decir, en la zona más rural, con mayor porcentaje de vasco-parlantes y menor índice de inmigración de Guipúzcoa. El escritor y antiguo fundador de ETA, José Luis Alvarez Enparanza, *Txillardegi*, realizó en los años 70 un estudio en base al origen de los militantes de dicha organización detenidos por la policía que demostraba el progresivo desplazamiento del corazón del *abertzalismo* radical hacia las zonas rurales menos *deseuskaldunizadas*. *Txillardegi* situaba el epicentro de dicho movimiento en la comarca del Gohierri guipuzcoano. La primitiva ETA de los años 60, por el contrario, tenía su cantera principal en Bilbao y pueblos de las márgenes del Nervión (lo mismo, por lo demás, que el nacionalismo sabiniano originario, que fue netamente urbano, y más concretamente bilbaíno) ³.

Del estudio de Luis Núñez se deduce también que en 1979 el voto HB guarda-

ba una correlación positiva con el voto PNV en la mayoría de los territorios. El 8 de mayo, la tendencia de HB al retroceso en los centros urbanos (45 por ciento de pérdida en Bilbao; 55 por ciento en Baracaldo) ha sido, en general, paralela a la pérdida relativa de posiciones del PNV en los mismos municipios (y en ocasiones, como en Bilbao, a la pérdida absoluta de votos). Por el contrario, el PNV ha mejorado posiciones en las zonas rurales y semirurales, en particular en las localidades de la costa vizcaína y guipuzcoana.

El voto HB guarda, según Luis Núñez, una correlación positiva con el factor «vasco de origen», pero su correlación negativa con el factor «de origen inmigrante» es menor que el del voto PNV. El votante de HB es, pues, mayoritariamente autóctono, pero proporcionalmente hay más inmigrantes dispuestos a votar por la coalición *abertzale* que por el PNV. Se da, sin embargo, la circunstancia de que son los inmigrantes más recientes y menos integrados quienes se sienten más inclinados a votar HB.

A esta última conclusión llegaron en 1980 los sociólogos José Antonio Garmendia, Alfonso Pérez Agote y Francisco Parra en un estudio publicado en libro bajo el título de *Abertzales y vascos*. De una amplia encuesta realizada por ellos en dicho año se deducía que, en general, eran los inmigrantes subjetivamente menos identificados con lo vasco y con mayores problemas de adaptación al medio socio-cultural de Euskadi quienes políticamente se proclamaban más nacionalistas y más independentistas, y mostraban una mayor inclinación a votar HB. Por el contrario, el segmento más integrado tendería a orientar su voto hacia la izquierda no nacionalista. No parece aventurado deducir de lo anterior que es precisamente la percepción de los propios conflictos de clase en clave de «inadaptación» lo que determina ese intento de su-

perar tal situación por la vía rápida mediante la adhesión a la opción percibida como más radicalmente vasquista. El voto HB sería para ese sector una fórmula destinada a favorecer una rápida auto-identificación subjetiva y reconocimiento social como vasco de pleno derecho: «soy tan vasco como el que más porque voto a los más vascos»⁴. La «vasquización» ortográfica de algunos apellidos no vascos sería un reflejo gráfico de ese sentimiento.

Por sectores productivos, la opción HB tiene mejor acogida en el sector agropecuario que en el de servicios. Trabajadores autónomos, obreros, jubilados, amas de casa y parados serían, por este orden, los sectores sociales más proclives a votar HB. Otro rasgo característico del votante de la coalición *abertzale* sería, según el estudio de Núñez, su escaso nivel de instrucción, el más bajo de entre todas las opciones electorales (el más alto sería, por el contrario, el de los votantes de Euskadiko Ezkerra).

En contra del tópico que ve en el *abertzale radical* típico a un fervoroso creyente, el nivel de cumplimiento del precepto dominical sería entre los votantes de HB el más bajo de entre las distintas opciones⁵.

Este índice no contradice necesariamente, sin embargo, la impresión, ampliamente extendida y desde luego difícilmente rebatible, de que es enorme el número de clérigos, ex clérigos y antiguos seminaristas que es posible encontrar entre los cuadros dirigentes de las organizaciones políticas, colectivos sindicales, instituciones culturales, sociedades deportivas o recreativas, empresas periódicas, etc. que constituyen el entramado de la izquierda *abertzale*.

Las poblaciones con más de 20.000 habitantes agrupan, respectivamente, al 80

por ciento del total de la población de Alava, al 75 por ciento de la de Vizcaya y al 56 por ciento de la de Guipúzcoa. Sin embargo, la mayoría de los clérigos, ex clérigos y ex seminaristas de Euskadi provienen de zonas rurales o semirurales. Dado el tradicional papel del clero vasco —apoyado en su prestigio social— como principal instrumento de transmisión ideológica, no parece aventurado suponer que una de las claves del populismo nacionalista radical contemporáneo sea esa peculiar influencia de una minoría relativamente ilustrada de origen rural sobre una sociedad altamente industrializada y urbanizada. La pervivencia del etnocentrismo y cierta concepción *milenarista* de la vida característica del *abertzalismo* actual (no menos, por lo demás, que del primitivo aranismo) tendría quizá su ex-

plicación en esa difusa pero real presencia de lo clerical en la vida cotidiana vasca, más pródiga al doctrinarismo y fanatismo que a la tolerancia⁶.

**Son los inmigrantes
más recientes y menos integrados
quienes se sienten
más inclinados
a votar HB.**

HB y la ideología nacionalista

En un estudio publicado en la revista en lengua vasca *Jakin*, Joan María Torealdy, basándose en los votos obtenidos en las elecciones generales de 1979 por las distintas candidaturas en cada municipio del País Vasco, pudo establecer que el eje de definición *vasquista/centralista* resultaba en Euskadi, a la hora de decidir el voto, dos veces más influyente que el eje *izquierda/derecha*. Concretamente en Vizcaya, territorio que agrupa al 55 por ciento del total de la población de la Comunidad Autónoma, el criterio *nacional* determinaba el voto en una proporción del 53,2 por ciento, mientras que la influencia del criterio *social* no superaba el 17,6 por ciento.

José Antonio Garmendia llegaba en su estudio *Abertzales y vascos* a una conclusión similar: «la conciencia de clase

funciona en Euskadi bajo la sobredeterminación (y confusión) de la conciencia nacional vasca. Es decir: los mismos partidos son percibidos fundamentalmente bajo la dicotomía *vasco/no vasco* antes que bajo el prisma de la estructura de clases (...). A medida que se considere más o menos solucionado el problema vasco, irá perdiendo fuerza el antagonismo *vasco/españolista* para dejar paso al antagonismo de las clases sociales».

En el comportamiento electoral de los vascos se da una disociación, superior a la observable en otras zonas, entre las preocupaciones fundamentales de los ciudadanos —la primera de las cuales, según todas las encuestas, sería hoy el desempleo y sus secuelas de todo tipo —y los criterios seguidos a la hora de optar electoralmente. La superpolitización e impregnación ideológica de la vida cotidiana vasca bajo el franquismo sería la causa fundamental de esa disociación.

El que tal sobredeterminación se exprese precisamente en los términos propios del nacionalismo (vasquismo/centralismo) es verosímelmente consecuencia de la hegemonía de la ideología nacionalista sobre la sociedad vasca contemporánea⁷. La distorsión que dicho factor introduce en el panorama político de Euskadi es, sin duda, un dato a tener en cuenta, pero difícilmente puede admitirse la simplista explicación de algún sociólogo nacionalista, como Ruiz Olabuenaga que, más papista que el Papa, pretende que ese comportamiento electoral es consecuencia de la opción que estaría hoy al orden del día: la elección entre España o Euskadi.

José Ignacio Ruiz Olabuenaga, que oficia de sociólogo en la Universidad de Deusto, es además director del «Gabinete de prospecciones sociológicas de la presidencia del Gobierno Vasco», y de ahí que sus opiniones *vayan a misa* —nunca mejor dicho— en las altas esferas del

PNV y su gobierno. Ya en 1977 había dado con la clave de la situación política vasca al deducir de los resultados de las primeras elecciones democráticas una correspondencia, sin más matizaciones, entre voto inmigrante y voto socialista-comunista, por una parte, y voto autóctono-voto nacionalista, por otra. Tras las elecciones de 1982 dedujo que «los inmigrantes no han querido integrarse». Tan reaccionaria formulación la deducía Olabuenaga del hecho de que «los inmigrantes han votado a España (PSOE y AP) y los nativos a Euskadi (PNV y HB). Euskadiko Ezkerra es un híbrido» (*Euzkadi*, semanario nacionalista, 5-XI-82). A las elecciones del 8 de mayo les atribuyó el papel de «plataforma de ensayo y lanzamiento para las próximas elecciones autonómicas, que se avecinan más agresivas, más planificadas y más afinadas en la verdadera problemática que hoy tiene transida a Euskadi: Euskadi SI, o España SI» (*Deia*, 5-6-83).

Formulaciones que no sólo son extraordinariamente reaccionarias, sino que encajan mal con datos como que, según la encuesta de Francisco Llera, el 37 por ciento de los votantes del PSOE, y el 63 por ciento de los de UCD y AP, en las Autonómicas de 1980, eran vascos nativos. Para la más genuina ideología nacionalista es un axioma que *vasco* es exclusivamente el *nacionalista vasco*. El que vota a opciones no nacionalistas —o «híbridas»— es inmediatamente arrojado al infierno *españolista* y pierde su ciudadanía. A Olabuenaga (*Deia*, 28-XI-82) no le cabe duda de que los votantes del PSOE o de AP «creen que se puede ser vasco, vasco del todo, vasco integral, sin votar a un partido nacionalista», pero tampoco duda de que «la mayoría de los nativos vascos no opinan así, ni lo desean, y tie-

**Existe una disociación
entre las preocupaciones
fundamentales de los ciudadanos
y los criterios
al optar electoralmente.**

nen pleno derecho a opinarlo». En resumen, que los vascos no nacionalistas pueden *creerse* ciudadanos vascos, si bien tal creencia es sólo una vana ilusión.

HB participa plenamente de esta ideología sin la cual, ciertamente, el nacionalismo vasco sería algo radicalmente diferente de lo que hoy es⁸. En una entrevista publicada poco después de las elecciones del 8 de mayo (*Deia*, 15-5-83), Itziar Aizpurúa, miembro de la Mesa Nacional de Herri Batasuna, creyendo de buena fe rechazar la acusación de tener una concepción discriminatoria de «vasco», confirmaba la justeza del reproche al declarar: «para nosotros, vasco es todo aquel que trabaja (en Euskadi) y *defiende los intereses del Pueblo Trabajador Vasco*». En la ponencia ideológica de la Asamblea del PNV de Pamplona (celebrada en 1977, y cuyos acuerdos son los actualmente en vigor) se considera vasco a todo aquel que «se halla integrado en nuestro pueblo y lo conforma, identificándose con él», siendo el criterio definitorio principal «no la sangre ni el nacimiento, sino la voluntad de integración, la impregnación cultural y la aportación a su desarrollo y enriquecimiento en cualquier orden»⁹.

Tratando de demostrar la falacia de las «elecciones burguesas», un miembro destacado de HB argumentaba, no hace mucho tiempo, que el truco consistía en que tales elecciones «igualan el voto de quien se juega hasta su vida por Euskadi con el de quien no arriesga por ella ni una uña». De ahí la oportunidad de un reciente artículo de Mario Onaindía en el que, contra quienes sostienen que Euskadi es la *punta de lanza* de la *superación dialéctica* de la democracia burguesa, mantenía la tesis de que, al revés, el País Vasco constituye «el último reducto del antiguo régimen»; y que, por ello mismo, «no hay hoy nada más revolucionario, moderno y modernizador que defender el artículo 7 del Estatuto de Autonomía, que define la condición política de vasco en base a la vecindad administrativa y punto»¹⁰.

HB no es una fuerza democrática ni progresista

El espejismo de creer ver en la práctica (política y armada) segregada por el nacionalismo vasco radical una propuesta de futuro, progresista y superadora de los límites de la democracia parlamentaria, está relativamente extendido —aunque cada vez menos— en determinados círculos ilustrados de fuera de Euskadi. Tal punto de vista era recientemente expresado de manera casi caricaturesca por Vicente Pérez Sádaba, quien, en un artículo titulado *Euskadi, clave del futuro*, anunciaba el pasado 18 de mayo la publicación de un libro del que él mismo era autor, *Euskadi, nuevo modelo de sociedad*, en el que sostenía la tesis de que el País Vasco «constituye una de las dos principales locomotoras para sacar a España

de su endémica postulación» ya que «prefigura una de las más fundadas esperanzas de nuevo modelo social, de interés mundial».

**HB no es
democrática
ni en su ideología,
ni en su práctica,
ni en su funcionamiento.**

Pérez Sádaba ofrecía el siguiente catálogo de características que creía percibir «en estado embrionario» en Euskadi, y que justificarían su optimista expectativa en torno a un modelo nuevo «capaz de satisfacer las esperanzas de la humanidad»: «el cooperativismo, el federalismo, el pacifismo, el ecologismo, el profundo sentimiento del *nosotros* que tienen los vascos, la existencia de partidos y sindicatos nacionalistas para poder ser protagonistas de sus proyectos específicos (abandonando posiciones meramente reivindicativas y planteamientos predominantemente especulativos e ideológicos), el asociacionismo, una profunda convicción democrática, la necesidad de disponer de sus propios medios de comunicación para liberarse de la servidumbre a medios extraños, al servicio de intereses y poderes extraños, el afán por desarrollar un pensamiento científico-tecnológico coherente con las posibilidades y momento de desarrollo de su pueblo, etc...».

Para ser justos habría que precisar que tan optimistas perspectivas tienen más acogida fuera de Euskadi que en el País Vasco mismo, y que, en general ¹¹, a los

actuales dirigentes *abertzales* —pero en particular a los de ETA— ese panorama idílico les suena a música celestial.

Y es que de HB y del nacionalismo vasco radical en general se podrá decir que es cualquier cosa, pero no que se caracteriza por sus «profundas convicciones democráticas». Quizá tengan razones para ello, pero esto es así: HB no es una organización democrática ni en sus concepciones ideológicas, ni en su práctica política, ni en su funcionamiento interno. No cabe, por tanto, esperar de su eventual éxito ese despliegue de potencialidades que conducirían a una superación de los límites de la democracia burguesa. Más bien lo contrario.

Ideológicamente, HB se asienta en los mismos valores sectarios, insolidarios y más bien reaccionarios que caracterizaron el primitivo aranismo, y que caracterizan todavía parcialmente al nacionalismo conservador del PNV. El hecho de que probablemente tal ideología no corresponda, o se corresponde sólo parcialmente, con el sistema de valores de su actual base electoral, no anula, sino todo lo contrario, la consecuencia práctica que cabe extraer de esa adscripción ideológica.

Desde aproximadamente a fines de los años 60, el País Vasco, incluyendo Navarra, se convirtió en el más activo foco de resistencia antifranquista. A un pujante movimiento obrero se unió la existencia de importantes corrientes radicales de izquierda. Ello era reflejo del conjunto de la situación social (industrialización intensa y anárquica) y política (represión más acusada, opresión nacional, etc.). Las contradicciones de la sociedad vasca determinaban, por tanto, una mayor radicalidad, que llegó a expresarse parcial-

Ideológicamente HB se asienta en los mismos valores sectarios, insolidarios y más bien reaccionarios que caracterizan el primitivo aranismo.

mente en las elecciones de 1977, en particular en Navarra.

La posterior aparición, en 1979, de HB tuvo el efecto de recoger esa radicalización

y expresarla en clave nacionalista. Ello no sólo debilitó a la izquierda en su conjunto, privándola de su flanco radical, sino que favoreció indirectamente al nacionalismo conservador del PNV. HB no sólo ha, prácticamente, absorbido políticamente a fuerzas radicales como EMK, LKI, ORT, etc., muy influyentes en Euskadi en el período 74-79, sino que ha laminado las potencialidades de movimientos sociales (antinuclear, feminista, ecológico, de barrios) particularmente activos en el pasado. Así, el *abertzalismo* radical habría logrado desviar los graves problemas y contradicciones de la sociedad vasca al terreno que le es propio, al nacionalismo, con su propia escala de valores y prioridades, y en el que la hegemonía ideológica del PNV es evidente. Paradójicamente, Euskadi sería hoy la zona donde menor incidencia práctica tiene la izquierda radical, ahogada en el mar del radicalismo nacionalista ¹².

Esta situación no sólo favorece al PNV en el terreno político general (afianza su dominio ideológico al fortalecer un flanco radical dentro del propio movimiento, favorece su estrategia de superación de contradicciones mediante el expediente del enfrentamiento con «Madrid», reconduce al propio terreno la oposición social más radical, etc.), sino que se expresa incluso en el campo institucional: con el 22 por ciento de votos sobre el censo, el PNV puede, merced a la ausencia voluntaria de HB del Parlamento vasco, gobernar en solitario en la Comunidad Autónoma y consolidar desde el poder y casi sin oposición unas instituciones creadas a su imagen y semejanza para reproducir y perpetuar su hegemonía.

La práctica política de HB tampoco es democrática en la medida en que se asienta en la pretensión de que, por ser sus ra-

zones sostenidas *también* por la fuerza de las armas de ETA, tiene derecho a imponer sus particulares puntos de vista al conjunto de la población de Euskadi.

La evolución última (junio 83) del debate sobre el tema de la *negociación para la pacificación* ilustra estos rasgos antidemocráticos de HB. Según autorizados dirigentes de la coalición, la *verdadera* negociación debería producirse, no entre las distintas fuerzas políticas vascas, ni siquiera entre HB y el gobierno español, sino entre «los auténticos poderes fácticos: ETA y el ejército español». Más allá de interpretaciones psicológicas sobre la dosis de megalomanía o paranoia que podría haber detrás de dicha afirmación¹³, lo importante es que refleja claramente el pensamiento antidemocrático de fondo subyacente desde hace años a la ideología *abertzale* radical. En una eventual negociación, cada interlocutor no ostentaría la representación de la porción de la población que apoya sus propuestas (en el caso de HB, el 9 por ciento del censo), sino la capacidad de imponer sus propuestas a los demás mediante la violencia¹⁴. La invocación explícita a la fórmula «poderes fácticos» implica, en ese contexto, no ya sólo aceptarlos como inevitables —en lugar de rebelarse contra su existencia como tales poderes—, sino el consentimiento con esa función «fáctica», el acatamiento sumiso de la usurpación de la voluntad popular que tal existencia implica.

El que entre las condiciones «innegociables» que, según los portavoces de HB, deberían ser aceptadas como paso previo a cualquier diálogo figure la «integración de Navarra en Euskadi», saltando por encima del derecho de los propios navarros a decidir sobre la cuestión, ilustra, por lo demás, el escaso talante democrático con que la coalición se plantea el principio mismo de la negociación.

**El asamblearismo de HB
sólo favorece
el descontrol de las directrices
de la cúpula
por parte de la base.**

Esa práctica política, lejos de hacerse portadora de una concepción liberadora como la que ilusiona a Pérez Sádaba, genera actitudes individuales y colectivas sectarias, autoritarias, de fascinación por el poder y la fuerza. ¡«Mesa Nacional, ordene!» es la consigna que hace unos días proponía un colaborador de las páginas de opinión de *EGIN* en respuesta a algunas tímidas críticas a la dirección de HB (la «Mesa Nacional») aparecidas en dicho diario a raíz del retroceso electoral del 8 de mayo.

Los trotskistas de LKI, que en las dos últimas convocatorias electorales han pedido públicamente el voto para HB, han sido correspondidos con epítetos como «sicarios del gran capital vestidos de revolucionarios», y acusaciones como la de elaborar «una ideología de laboratorio de la rendición para traicionar o desanimar a la clase trabajadora», por haber hecho público, poco después de las elecciones, un comunicado en el que, tras reconocer la «significativa pérdida de votos de HB», achacaba tal retroceso al «sectarismo y falta de espíritu unitario» de la coalición *abertzale*. Hace año y medio, los militantes de LKI se vieron tratados, también desde las páginas de opinión de *EGIN*, de «agentes de la CIA» y «servidores del gran capital» —entre otras muchas cosas— por haber condenado el golpe de Jaruzelski en Polonia y haber defendido al sindicato «Solidaridad»¹⁵.

La aparición en las páginas de *EGIN*, poco después de las municipales, de un artículo, firmado por un periodista miembro de la coalición y colaborador habitual del diario, en el que se contenían algunas suaves críticas a la dirección de HB, ha suscitado un rosario de respuestas cuyo

tono y contenido constituyen una fiel fotografía del talante de fondo dominante hoy en el nacionalismo radical. «Es táctica habitual de los enemigos del proceso

de liberación nacional (...) infiltrar submarinos o quinta columnistas», decía uno de los contradictores del periodista crítico. La conclusión del escrito era que «hay que hacer limpieza de esa basura». «La necesaria crítica», decía otro, «ha sido sustituida por un ataque descarnado, cuajado de componentes ideológicos pequeño-burgueses, que propugna lo mismo que nuestros enemigos: el aislamiento y la destrucción de HB». El comunicado en el que LKI expresaba su moderadísima protesta por el sectarismo de la coalición le parece a Justo de las Cuevas «un increíble comunicado que mueve a risa, si no moviera a lástima» y que descalifica a sus autores «no tanto por lo flagrantes errores de su análisis como por la locura e insensatez de las propuestas tácticas»¹⁶.

En esas condiciones la posibilidad misma del debate parece bastante problemática. La coartada de la dirección de HB es que su funcionamiento es *asambleario*, lo que supondría un paso adelante, en materia de funcionamiento democrático, respecto a los procedimientos habituales de conformación de la opinión colectiva. Es posible que, precisamente por la falta de hábitos democráticos, los dirigentes así lo crean sinceramente, pero la realidad es que ese asamblearismo sólo favorece el descontrol de las directrices de la cúpula por parte de la base.

La ausencia de mecanismos reglamentados y previamente conocidos de control permite cualquier abuso. Por ejemplo, que una asamblea de unas pocas decenas de individuos pueda impugnar a un concejal elegido con los votos de decenas de miles de electores de la coalición (hecho real ocurrido en San Sebastián). Es la «superioridad» del método (la asamblea) lo que prima sobre cualquier consideración cuantitativa¹⁷. Sin esos mecanismos, la dirección puede perpetuarse a sí misma sin más legitimidad que la carismática. Las más de las veces, los —por otra

parte escasísimos— debates políticos planteados se reducen a la ratificación de lo ya decidido (esto es especialmente así desde el abandono de la coalición de ANV, ESB y LAIA que fueron, junto con HASI, los partidos fundacionales de HB). Entre los motivos de descontento de estas fuerzas, o al menos de algunas de entre ellas, figuró su rechazo de la efectiva intervención de una fuerza militar, ETA, en los debates internos. Dicha participación, que resultó decisiva —como lo fue en el Congreso fundacional de HASI— se materializó en una ponencia contraria a la participación en las instituciones forales. Esa posibilidad de intervención de un *poder fáctico* que asume explícitamente su condición de *militar* en un debate político reduce aún más la viabilidad de éste.

La fascinación psicológica que en gran parte de los miembros de HB produce

Un rasgo psicológico del seguidor medio de HB es el sorprendente olvido de lo que fue realmente el franquismo.

«la autoridad militar competente», incluso cuando la actividad de tal autoridad aparece como claramente contradictoria con los objetivos políticos de la coalición (un atentado sangriento en vísperas de unas elecciones, por ejemplo) es un factor sin el que no se entendería el comportamiento práctico de Herri Batasuna. Otro rasgo psicológico claramente perceptible en el seguidor medio de la coalición es el sorprendente olvido (o, en ocasiones, la simple ignorancia) de lo que fue realmente el franquismo. La inclinación hacia lo elemental-maniqueo y hacia lo superlativo hace que HB necesite convencerse, para justificar su política —incluyendo su ausencia de programa *político* concreto— de que es la suya una lucha «antifascista» y, por tanto, que el actual gobierno socialista no es sino una prolongación del régimen de Franco. No es infrecuente escuchar de boca de miembros significados de HB el argumento de que «la situación es ahora peor» porque, además de tratarse de un enemigo «nazi-fascista», logra éste «enmascarar mejor su naturaleza, introduciendo la división

en el seno del pueblo». Esta especie de antifranquismo *retrospectivo* no puede ser ajeno al sentimiento de mala conciencia de quienes tratan de hacerse perdonar ahora su anterior convivencia pacífica con la dictadura. Algunos de los más radicales dirigentes actuales de HB —como uno que firma sus terribles alegatos en *EGIN* con el pseudónimo de *M. Korta*— pertenecen a ese sector.

Otro importante miembro de la plana mayor de HB, que se distinguió años atrás por lo moderado de sus posiciones antifranquistas y por su oposición frontal a ETA durante la dictadura, contraponía, poco después de su ingreso en la coalición abertzale, la *ambigua* función desempeñada por la lucha armada en vida del dictador con el papel jugado actualmente por ETA, al que calificaba de «más funcional que nunca». La afirmación, significativamente expresada en ese lenguaje tecnocrático, constituye un monumento a la inmoralidad política, precisamente en la medida en que expresa una realidad. Porque, efectivamente, la práctica de la violencia armada resulta *escasamente funcional* bajo un régimen autocrático, que puede recurrir para contrarrestarla a métodos de terrorismo de masas —estados de excepción, etc.—, pero *altamente funcional* para impedir la consolidación de un régimen democrático.

Por todo ello, en conclusión, de la actual *izquierda abertzale* se podrá predicar cualquier cosa, excepto que sea una fuerza democrática y progresista.

HB ante el futuro

En un artículo publicado dos días antes de las Municipales en la revista *Punto y Hora de Euskal-Herria*, órgano oficioso de HB, se recomendaba a los seguidores de la coalición «no dejarse desorientar por la presentación trucada de los resul-

tados» y, en concreto, fijarse «no en el número de concejales ni en los porcentajes, sino en el número de votos de cada opción. Ese es el indicador válido». De ahí el estupor con que algunos sectores que habían llamado a votar HB sin pertenecer a la coalición (como EMK y LKI) acogieron las primeras declaraciones de los líderes *abertzales* afirmando que los resultados eran «satisfactorios porque, aunque perdemos votos, ganamos concejales» (ello se debía a que en 1979 HB participó en muchas localidades en candidaturas unitarias independientes).

Días después el periódico del EMK (*Zer Egin*) publicaba un editorial en el que explicaba los malos resultados por el «envejecimiento de HB en el campo de las ideas y de los métodos», el cual se habría a su vez manifestado en la tendencia a «reducir las líneas de actuación, al protagonismo de los dirigentes, a las declaraciones de prensa, a los mítines y a las manifestaciones más o menos rituales». Otro artículo del mismo número de *Zer Egin* pasaba revista a algunas posibles causas concretas del retroceso electoral: el «sectarismo» y la «política radicalmente antiunitaria»; la «táctica ante las instituciones forales» (o sea: la negativa a participar en las Diputaciones); el «creciente prosovietismo que está impregnando a HB»¹⁸; errores en la línea de ETA «cuyo exponente más dramático fue la bomba al Banco de Vizcaya»; en fin, la orientación dada al «problema de la negociación, suscitando demasiadas esperanzas en una salida a corto plazo».

Ninguna de esas posibles causas ha sido por el momento evocada por los dirigentes de HB, que el día 18 de mayo se limitaban a admitir «ciertos fallos de estructura interna dentro de las dife-

De la actual izquierda abertzale se podrá predicar cualquier cosa excepto que sea democrática y progresista.

rentes instancias de participación militante». Tres días antes, Itziar Aizpurúa, miembro destacado de la «Mesa Nacional», descartaba cualquier influencia de la línea

política emanada de la dirección en el descenso de votos: «Puede haber errores a nivel de junta de apoyo, a nivel de asamblea de pueblo o de algún *herrialde*

(provincia). De dirección, en ningún aspecto». Tales declaraciones, unidas además a su opinión de que HB podría eventualmente «apoyar al PNV en contra del PSOE en algunas alcaldías», tuvo la virtud de irritar a algunos sectores de la base.

En otro artículo aparecido también por esas fechas, Patxi Zabaleta, principal dirigente de HB en Navarra hasta su marginación (o automarginación) por defender posturas favorables a una más amplia participación institucional, centraba su análisis del descenso electoral en la «parcial inutilidad del voto» —por esa no participación en las instituciones—, y en la ausencia de estrategias y ofertas concretas en relación a problemas específicos como paro, salarios, presos, etc. El posterior aluvión de destempladas réplicas a estas moderadas críticas ha paralizado de momento el debate que parecía apuntarse en las páginas de *EGIN*. Verdaderamente, el tono de tales réplicas («barrer la basura de casa», «ignorantes oportunistas», etc.) resulta de gran eficacia amedrantadora.

No sería justo, sin embargo, ignorar que en HB, o en torno a ella, existen sectores potencialmente de izquierdas y que una política socialista democrática, y más en las particulares condiciones de Euskadi, no debería ignorar la existencia en HB de sectores que seguramente no comparten la ideología nacionalista que guía la actuación de sus dirigentes y a los que, para decirlo gráficamente, les resultará extraño ver a los electos de la coalición dirigirse al monasterio de Leire para jurar sus cargos... ante las tumbas de los monarcas medievales del reino de Navarra. Sectores a los que divertiría, más que convencería, el discurso político de un Telesforo Monzón. Brevemente,

En HB existen sectores potencialmente de izquierdas que no comparten esa ideología nacionalista.

sectores que votan e incluso apoyan a HB no a causa de los principales rasgos ideológicos de la coalición abertzale, sino pese a ellos.

Según una encuesta realizada en 1979 por el sociólogo Francisco Llera, tan sólo el 61 por ciento de los votantes de HB se consideraban a sí mismos independentistas. Cuatro de cada diez votantes daban, pues, su apoyo a la coalición pese a no participar del principal rasgo de definición ideológica y política de tal opción. Más aún: el 30 por ciento de los votantes navarros de HB serían, según la misma encuesta, contrarios o indiferentes a la integración de Navarra en Euskadi. Luego, votaban por otros motivos.

Si a lo anterior se añade que el 30 por ciento de los electores de HB se proclaman «contrarios a la vía armada como medio para lograr la independencia», parece claro que una porción significativa de la actual base electoral del *abertzalismo* radical es virtualmente contradictoria con uno de los dos (o ambos a la vez) rasgos definitorios básicos de HB: la ideología ultranacionalista y la actitud ante ETA.

Es posible que esos 52.000 votos perdidos por HB en mayo tengan su explicación justamente en la acentuación por parte de la coalición de su identificación con el «bloque KAS» y con ETA («votar HB es votar ETA», advirtieron). Corresponderían tales votos a esos sectores de ecologistas, feministas, autogestionarios, etc., que, defraudados por la manipulación de su voto por parte de ETA y sus vicarios en la tierra, habrían optado por la abstención. De la política que la izquierda sea capaz de desplegar en los próximos meses depende que esos sectores refuercen una alternativa progresista al actual monopolio del conservadurismo peneuvista o alimenten la prolongación de dicho monopolio.

¹ Se toman como referencia las elecciones a Juntas Generales y Parlamento Foral, tanto en 1979 como en 1983, por constituir elementos homogéneos de comparación. En unas y otras elecciones HB presentó candidaturas en todas las circunscripciones, a diferencia con las Municipales, en las que HB no presentó listas en todos los municipios, o concurre en listas independientes. Si se toman como referencia los resultados del 28 de octubre, la pérdida de HB fue de 41.047 votos (algo menos del 20 por ciento).

² Ambas localidades tuvieron desde 1979 alcalde de HB. Resulta significativo que en estos dos municipios sus alcaldes hayan seguido una línea de actuación relativamente realista, en contraste con la puramente testimonial e *ideologicista* adoptada por HB en otros ayuntamientos. Igualmente significativo es que el ex alcalde de Hernani, que en el debate interno de HB defendió, en vísperas de las elecciones, una postura de mayor participación en las instituciones, haya sido eliminado de las listas del 8 de mayo.

³ Según una relación publicada por las «Gestoras pro-amnistía» y reproducida en el n.º 187-188 del semanario *abertzale Punto y Hora*, el 1 de agosto de 1980 había en las cárceles españolas un total de 175 presos acusados de pertenecer a alguna de las ramas de ETA. Consta el origen provincial de 138 de ellos, con la siguiente distribución: Alava, 5 presos; Guipúzcoa, 61; Vizcaya, 42; Navarra, 30. En la relación consta el lugar de nacimiento de 122 presos. De ellos, 82 proceden de localidades con población inferior a los 20.000 habitantes y 40 poblaciones que superan dicha cifra. Por otra parte, de un total de 330 apellidos recogidos en la relación (en algunos casos se dan por apellidos y en otros sólo uno) aparecen 272 apellidos vascos y 58 apellidos no vascos. En 1975, el 49 por ciento de la población estaba formada por inmigrantes o hijos de padre y/o madre inmigrante, por lo que, aún suponiendo que todo nativo hijo de padres nativos tenga apellidos vascos, la desproporción entre lo que sería la media general y la observada entre los presos es muy elevada. Si admitimos que sus presos constituyen un reflejo cabal de la base social de ETA, los datos anteriores parecen confirmar una paulatina concreción de dicha base social en las zonas rurales y semirurales y, por otra parte, en el sector de la población étnicamente vasco.

⁴ Téngase en cuenta que, según el estudio realizado en 1975 por Salustiano del Campo, Manuel Navarro y José Félix Tezanos, el 48,1 por ciento de los inmigrantes encuestados se mostraban de acuerdo con la afirmación: «en general los vascos no desprecian a los que no lo somos y piensan que somos inferiores a ellos». No se trata aquí de la mayor o menos justificación de ese sentimiento (es decir, de si realmente los autóctonos desprecian o no), sino de la impresión por parte de muchos inmigrantes de que así es, en efecto (otras encuestas ofrecen resultados menos radicales, pero en todas se percibe un porcentaje significativo de personas que expresan temor al rechazo).

⁵ Esta sería una diferencia con el votante tipo del PNV. Según el estudio del CITEP, cuyos re-

sultados publicó «*El País*» el 6 de junio último, el 61,5 por ciento de los votantes del PNV se define como «católico practicante» frente a, por ejemplo, el 44,6 por ciento entre los votantes de «Convergencia i Unió».

⁶ La ausencia hasta casi hoy mismo de una Universidad pública vasca ha favorecido el papel del clero vasco en general, y de órdenes religiosas como los Jesuitas y los Franciscanos en particular, como *intelligentzia* local, especialmente en el terreno de la lengua y la cultura euskaldún. Por una serie de circunstancias históricas relacionadas con las peculiaridades de la lucha antifranquista en Euskadi, en los últimos años ha surgido una variante específica de pensamiento clerical vasco, encarnado, más que en los clérigos, en los ex clérigos que colgaron la sotana en los años 70, y en los antiguos seminaristas que se orientaron preferentemente, en el terreno político, hacia la izquierda *abertzale*. De ahí que no sea necesariamente contradictoria una ausencia de práctica religiosa con la pervivencia de valores netamente clericales y de una ideología mítica y ruralista.

⁷ Javier Corcuera y Antonio Elorza, entre otros, han analizado, desde una perspectiva histórica, el origen, contenido y desarrollo en el tiempo de esa ideología, sentando las bases para una interpretación retrospectiva de las razones de que, a partir de los años 70, pueda hablarse de ella como de la *ideología dominante* de la sociedad vasca. Puede afirmarse, en efecto, que los mitos, símbolos y valores característicos del nacionalismo vasco se convirtieron a lo largo de dicha década en dominantes en el conjunto de la colectividad vasca. Elementos de esa ideología entraron a formar parte del comportamiento general de los vascos, incluyendo sectores no nacionalistas de la población. A partir de ahí, tanto la definición misma de los problemas sociales y políticos como la valoración de su importancia relativa tienden a ser formulados en clave nacionalista. El fenómeno es tanto más digno de atención en la medida en que esa hegemonía ideológica —claramente perceptible, y desde hace al menos 10 años, en, por ejemplo, los comportamientos espontáneos de la juventud— es tal desde *antes* de la ocupación por el PNV de las nuevas instituciones democráticas, e incluso desde antes de que fuera constatable el apoyo al PNV de influyentes sectores de la clase económicamente dominante. Esa hegemonía no fue, pues, reflejo de la hegemonía económica, sino su antecedente. Cualquier discusión sobre la problemática de las «dos comunidades» debería partir de estas constataciones. Se podría afirmar, entonces, que, propiamente hablando, no hay en Euskadi *dos* comunidades, sino *una* sola, la nacionalista, que ejerce su dominio ideológico sobre el conjunto de la población, incluidos los individuos no nacionalistas que, por su arte, carecen de suficientes rasgos comunes de autoidentificación y que no constituyen, por tanto, *otra* comunidad.

⁸ Así lo ha puesto de relieve José Ramón Recalde en su tesis sobre *La construcción de las naciones*, donde contrapone un nacionalismo «de integración» —que propugnaría la construcción política de la nación vasca a partir de la integración

de los sectores heterogéneos, étnica y culturalmente, que hoy conviven en Euskadi—, con un nacionalismo «asimilacionista», que se basaría en la asimilación, por parte de la comunidad nacionalista, del componente racionalista de la población, impedida a asumir, de grado o por fuerza, los valores y símbolos característicos de dicha comunidad.

⁹ Una versión «civilizada» de esa concepción sectaria de *lo vasco* era la ofrecida el pasado 13 de mayo en un editorial del diario *Deia* dedicado a comentar los resultados del 8-M. El objetivo de las fuerzas no nacionalistas —y en primer lugar del PSOE— de cara a las Autonómicas del 84 sería, para el diario nacionalista, «romper la hegemonía autonómica vasca». La conclusión del editorial era que «si el PNV es vencido, Euskadi será socialista y perderá su identidad». De manera que una Euskadi no gobernada por el PNV ya no sería una Euskadi vasca.

¹⁰ En el proyecto de Estatuto de Autonomía aprobado en Estella en 1931 —y que sería rechazado por la República— se establecían una serie de requisitos previos al reconocimiento de la ciudadanía vasca según el lugar de nacimiento, origen de los padres, etc. Un ciudadano nacido fuera de Euskadi sólo sería reconocido como vasco a efectos civiles y políticos tras diez años de residencia legal en territorio vasco (artículo 3.º del Proyecto).

¹¹ Quizá la excepción sea el ex diputado Francisco Letamendía, actualmente exiliado, que hacia 1979-80 defendió el proyecto de HB en base a expectativas de este tipo (HB sería una especie de coordinadora de movimientos sociales autónomos —ecologistas, feministas, asociaciones de barrio, etc.— con una dinámica consejista más que estatista).

¹² En mi opinión, la ausencia de una corriente radical de izquierdas es particularmente grave para la izquierda en su conjunto tras el triunfo electoral del PSOE. Un partido de izquierdas obligado, por imperativos históricos, a asumir como principal tarea la de la consolidación de las instituciones democráticas y de las libertades, necesita, para no desnaturalizarse como fuerza de transformación social, el contrapeso de una oposición radical, atenta al desarrollo de movimientos sociales impugnadores del sistema, y no sometida a las presiones objetivas de las «razones de Estado».

¹³ Se acaba de publicar un libro (*Negociar*) que recoge las respuestas de 80 personalidades «de la cultura y la política» consultadas por la revista *Herria 2.000 Eliza* sobre el tema de la pacificación y la negociación. Margari Ayestarán, que es presentada en el libro como socióloga, compañera del también sociólogo Justo de las Cuevas, y ex secretaria de Prensa y Propaganda de la Asociación Socialista Madrileña del PSOE (histórico), responde a la pregunta: «¿Quiénes deberían negociar?» con las siguientes palabras: «Creo que deberían negociar las auténticas fuerzas en presencia: el Pentágono y ETA».

¹⁴ El desaparecido Telesforo Monzón expresaba así su idea sobre la pacificación de Euskadi: «Si son las campanas las que molestan, con quien hay que hablar es con el campanero, y no con el cura o el sacristán. Si son las bombas las que molestan, es con ETA con quien hay que negociar». El argumen-

to, netamente antidemocrático, implicaría reconocer las razones de los violentos no por los objetivos que pretenden o el apoyo con que cuentan sino porque lo pretenden violentamente. Porque *meten ruido*.

¹⁵ Para mayor escarnio, uno de los varios artículos de ese tenor publicados entonces iba firmado con el pseudónimo «Ramón Mercader» (nombre del agente del GPU que asesinó a Trotski).

¹⁶ Esas «propuestas tácticas» se concretaban en la recomendación de tender puentes hacia los sectores que habían depositado sus esperanzas en el *cambio* prometido por los socialistas. En un reciente artículo, Justo de las Cuevas, ex dirigente del PSOE-histórico, llamaba más de 15 veces «cretino» a Felipe González, mientras que él se consideraba tan listo que había *descubierto* la naturaleza «nazi-fascista» del actual régimen político español. Por lo demás, el estilo apocalíptico de este reciente converso al *abertzalismo* enlaza bien con ciertos rasgos de la retórica clásica de los comunicados de HB. Los errores deben ser *flagrantes*, los fracasos de los demás *incuestionables*, etc., en la misma medida en que antaño la sequía era siempre *pertinaz*.

Un estudio sobre la retórica característica de los escritos de HB está por hacer. Seguramente algunos de sus rasgos serían: la sustitución del argumento por la adjetivación; la grandilocuencia; la previa descalificación del contrario como consustancialmente mendaz; la adoración por la redundancia; el empleo de la tautología («os engañan porque son unos mentirosos»); la transferencia «ex-ante» al contrario de los reproches que se supone éste va a dirigir al que emite el mensaje («oscurantismo») y la afirmación de su contrato lógico («nuestra honestidad, claridad y transparencia»); la búsqueda de la nitidez maniquea y el rechazo de la complejidad; el horror a la reflexión y el culto a la acción; el antiintelectualismo (en apéndice se reproducen fragmentos de dos textos recientes de HB que ilustran algunos de esos rasgos).

¹⁷ La experiencia concreta de Euskadi ha puesto de manifiesto lo infundado de las expectativas suscitadas hace algún tiempo en varios países de Europa (y especialmente en Francia) sobre la posibilidad de una alternativa radical a los partidos políticos fundada en la yuxtaposición —y eventual coordinación— de movimientos sociales autónomos de base asamblearia y concepción participativa. No pocos ex militantes vascos de extrema izquierda, atraídos en su día por esa expectativa, han podido hacer en el laboratorio de Euskadi la experiencia práctica de los límites de tal planteamiento. Pues, en efecto, no se trata de colectivos capaces de agrupar a la gente en función de preocupación específica —ecologismo, feminismo, etc.—, sino de multiplicar la presencia de las *mismas* personas en todos esos colectivos, convertidos así en correas de transmisión y objetos de manipulación de la corriente ideológica hegemónica en su seno. Las mismas personas son, a la vez, miembros de la Junta de Apoyo de HB, de la gestora pro-amnistía local, del colectivo feminista del barrio, del comité anti-Lemóniz, etc. La coordinación no se da, pues, entre entes autónomos, sino que se produce es-

pontáneamente en el seno de la fuerza política que controla todo el tinglado. O sea, lo mismo que han tratado siempre de hacer los partidos políticos tradicionales, pero con un funcionamiento aún menos democrático —por la falta de control— y participativo. El caso de la manipulación del ecologismo y del movimiento antinuclear como pieza de la estrategia militar de ETA es el ejemplo más claro.

¹⁸ La creciente alineación de la dirección de HB con la política exterior soviética (Polonia, afiliación al «Consejo mundial de la paz» patrocinado por los soviéticos, etc.) es tan evidente como sorprendente para quienes han conocido las posturas tradicionales de ETA y la izquierda abertzale en el pasado. Patxi Iturrioz, que fue dirigente de ETA en los primeros años 60 y es hoy el más conocido líder del EMK comentaba el pasado 5 de junio, en un artículo de prensa, que una de las posiciones políticas que menos «benefician la imagen de HB»

es el «destacado prosovietismo de que hacen gala algunos elementos destacados de la coalición y el peso que esa postura tiene en los medios de prensa. No creo que ni la misma OLP, en proporción, y habida cuenta de la situación de gran dependencia en que se encuentra con respecto a la URSS, dé muestras de semejante prosovietismo». En un interesante artículo publicado en un número posterior del órgano del EMK (interesante como muestra de la peculiar combinación de ignorancia y arrogancia que caracteriza a los aspirantes a ideólogos del *abertzalismo* actual) un tal TAKOLO, firmante habitual en las páginas de opinión de EGIN, tras lamentar la «pobreza de análisis de EMK», e incluso la «majadería e irracionalismo» de tales análisis, justificaba su prosovietismo por «los logros gigantescos de la URSS», sus «sinceras ofertas de paz», etc. Para demostrar tales méritos, TAKOLO reproducía... una declaración del Comité Central de PCUS.

APENDICE 1

Declaración pública de Herri Batasuna (24-5-82)

Ante el intento de ataque ejercido por la dirección del PNV a través de su nota de prensa con fecha 22-5-82, contra la primera fuerza popular de izquierda de Euskadi Sur, la Mesa Nacional de Herri Batasuna considera necesario remitir a los medios de comunicación la siguiente Declaración Pública.

Hemos de decir, en primer lugar, que, en cierta manera, resulta sorprendente el tono nervioso y desesperado con que el E.B.B. del PNV se ha dirigido a Herri Batasuna. Asimismo, manifestar nuestra satisfacción al comprobar, tras la detenida lectura del comunicado del E.B.B., la justeza y corrección de la línea mantenida por las organizaciones de la izquierda abertzale, lo que la dirección del PNV, evidentemente sin pretenderlo, acaba de poner de manifiesto.

El E.B.B. insiste en impedir a sus afiliados el apoyo a la KORROKA-2, aduciendo que esta movilización de nuestro pueblo por recuperar su lengua constituye «un paso más en orden a establecer una *alternativa* a la acción institucional del gobierno y diputaciones vascas en pro del euskera».

El E.B.B. puede insistir en este vergonzoso llamado boicot de la KORROKA-2 partiendo de la óptica desesperada de la necesidad de convencer a sus bases —en gran parte, y curiosamente, integradas en el movimiento popular que ha organizado esta KORROKA-2— de algo tan absurdo como es intentar negar la más concreta y evidente de las realidades, cual es el vivo y mayoritario movimiento de A.E.K. Vamos, que a estas alturas del proceso la sola comparación de este organismo —nacido y desarrollado desde y en las mismas entrañas de nuestro pueblo, con una historia de más de 17 años de lucha abnegada por recuperar el euskera— con las soluciones que el E.B.B., a través del gobierno (?)

de Vitoria, pretende dar al problema de nuestra lengua, resulta cuanto menos vergonzosa (...).

De significado interés calificamos, por otro lado, las manifestaciones vertidas por el E.B.B. en torno al importante problema de Lemóniz. Decimos que nos merecen atención porque en torno a las mismas podemos y debemos realizar varias aclaraciones.

Una de las reglas fundamentales de la propaganda y el marketing capitalista consiste en utilizar, para defender lo irracional, la mentira más abultada. Por ello, cuando el E.B.B. dice que «la Central Nuclear de Lemóniz es necesaria para el equilibrio y autonomía energética de Euskadi», no hace sino usar de esa táctica que apuntamos. ¿Cómo y en base a qué puede decir que la Central Nuclear de Iberduero, S. A. y capital yanqui, enmarcada dentro del P.E.N. (Plan Energético Nacional, español, por supuesto), es necesaria para la autonomía de Euskadi? Por el contrario, el E.B.B. sabe tan bien como nosotros que sus argumentaciones para defender el monstruo de Lemóniz son radicalmente FALSAS. ¿Por qué mienten? Evidentemente, porque debe resultarles hartamente duro enseñar sus oscuros pactos y acuerdos con el gran capital y con el imperialismo yanqui. A pesar de todo, en esta cuestión, tan grave para nuestro pueblo, como en otras muchas, aún con las falacias, se les ve el plumero. ¿Qué puede decir el E.B.B. de la OTAN? ¿Qué de su apoyo al sanguinario Duarte en El Salvador? (...)

Sería interesante pedir al E.B.B. que, en vez de defenderse de sus fracasos atacando a Herri Batasuna, realizara un análisis público de su valoración política tras el estrepitoso fracaso de la convocatoria que, junto a AP, UCD, IPS, PSOE, PCE, UGT, CC.OO. y USO, hicieron contra ETA el 7 de mayo de este año.

APENDICE 2

Manifiesto de Herri Batasuna (15-6-83)

Tras la reciente reunión extraordinaria, celebrada los pasados días 11 y 12 de junio en Leire, la MESA NACIONAL de HERRI BATASUNA, por razones de estricta responsabilidad política, y con el fin de aportar a la profundización en la clarificación del conjunto del pueblo vasco sobre su actual problemática concreta, ha considerado necesaria la realización del presente manifiesto:

Grandielocuencia pseudo-abertzale.

Desde hace algunos meses venimos asistiendo, en actitud de paciencia activa, a la aparente controversia sostenida por el PNV y el gobierno español, en un claro intento de confundir al Pueblo trabajador Vasco y a la opinión pública en general.

Innumerables han sido las recientes declaraciones que, cargadas de grandielocuencia pseudo-abertzale, han venido realizando ciertos burukides del PNV, mientras otros significativos hombres públicos —de ese mismo partido— dedicaban sus esfuerzos a ensalzar públicamente a las fuerzas de ocupación españolas, llegando hasta la escandalosa jura de la bandera monárquica del Sr. Garaicoechea. En este sentido, resultan bien elocuentes las palabras de este significativo responsable del PNV cuando manifestó, en torno a su presencia en Burgos para conmemorar el día de las fuerzas armadas españolas, que «nada se puede hacer cuando a uno le dan el papel de villano».

Claridad y honestidad para con el Pueblo trabajador Vasco

HERRI BATASUNA, en claro contraste con esa obscurantista y turbia manera de entender la lucha política, ha defendido —desde su nacimiento, con la práctica, la honestidad, claridad y transparencia para con el Pueblo trabajador Vasco; por ello hemos de denunciar públicamente las demagógicas y contradictorias expresiones que la dirección del PNV viene realizando últimamente, motivadas por el incuestionable fracaso del Estatuto de Gernika-Moncloa. Este fracaso es la lógica consecuencia del vergonzoso pacto que sellaron en Madrid, hace cuatro años, postrados de rodillas ante el gran capital español y los uniformes que lo defienden, aceptando un documento que, por el contenido y por su forma, anulaba la capacidad para que Euskalherria pudiera ejercer su derecho al autogobierno.

El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, por medio de su unidad popular, HERRI BATASUNA, no dudó en juzgar aquella claudicación vergonzosa como «el abrazo de la Moncloa». La historia nos ha dado la razón, y hoy vemos a un PNV necesitado de utilizar el verbalismo abertzale para cubrirse formalmente ante la parte independentista de sus bases y, luego, entregarse realmente al poder instituido. Precisa abonar el terreno para aminorar el trauma que puede suponer el recibo de la LOAPA en el conjunto de los sectores populares que le han otorgado su confianza electoral (...).

Instituciones autonómicas

Las instituciones emanadas de este Estatuto son, a todas luces, la coartada formal para justificar la existencia de ese Estatuto. El llamado parlamento vascongado no tiene capacidad real para legislar. El ejecutivo de esa institución, el llamado gobierno de Vitoria, sólo puede ejecutar las cuestiones que le delega Madrid, y como simple maniobra de la reforma española jamás pondrá en práctica decisión alguna contraria a la Constitución que le dio origen.

El Euskadi Buru Batzar del PNV apostó por ignorar —al menos públicamente— la larga y heroica lucha del Pueblo trabajador Vasco por su Soberanía, intentando autoerigirse en el «genuino» depositario de la identidad nacional vasca. Ahora, sin embargo, usa vergonzosamente la conciencia colectiva del Pueblo como arma arrojadiza contra sus actuales aparentes opositores políticos.

HERRI BATASUNA reafirma públicamente, y con el legítimo derecho que nos da nuestra probada trayectoria, que, pese a quien pese, el verdadero problema del gobierno español es, sin ninguna duda, la constatación de que EUSKADI ES LA PATRIA DE LOS VASCOS. Para HERRI BATASUNA esta Patria es incompatible con la España de la Puerta del Sol, con la España de los latifundios que reprime y explota a nuestros hermanos, los jornaleros andaluces, de la España capitalista, gestionada por los socialdemócratas del PSOE, que con su monstruosa reconversión industrial van a incrementar en cientos de miles el escalofriante ejército de parados (...).

El Pueblo trabajador Vasco rebosa ánimo, tenacidad y esperanza por toda la Geografía de Euskalherria; esta es nuestra fuerza, este es el signo de la victoria.

EL GOBIERNO SOCIALISTA Y EL ORDEN MILITAR INTERNACIONAL

Mariano Aguirre



4

El 3 de mayo pasado el Presidente del gobierno español, Felipe González, anunció en Bonn, en el curso de una conferencia de prensa junto con el canciller Helmut Kohl, que comprendía y se solidarizaba con la «doble decisión» de la OTAN.

Esta, siguiendo el famoso «si quieres la paz prepárate para la guerra», fue tomada en 1979 por la Alianza Atlántica bajo la inspiración, al parecer, de Helmut Schmidt y James Carter, y consistió en aprobar el despliegue de 572 nuevos misiles en diferentes países de Europa Occidental para 1983 y, paralelamente, iniciar conversaciones con la Unión Soviética sobre un hipotético desarme.

La afirmación del Presidente resultó, en una primera lectura, espectacular. El hombre que en noviembre de 1981 condenaba la carrera de armamentos en una manifestación multitudinaria, o que en el XV Congreso de la Postguerra de la Internacional Socialista celebrado en Madrid en noviembre de 1980 afirmó que «el socialismo democrático tiene su propia respuesta independiente de la política de las

superpotencias, y tiene que demostrar que esa respuesta es la única que garantiza la paz para todos los pueblos», se alineaba con la tesis de la Administración Reagan, la OTAN y la derecha alemana.

**Lo importante no es
que un bloque pueda
destruir el continente
14 veces frente
a las 16 del otro.**

La sorpresa, quizá, no debería haber sido tan grande. Una de las cosas que mejor parecen haber aprendido algunos dirigentes socialistas en los pocos meses que llevan en el gobierno es el manejo del discurso político tradicional. La técnica de afirmar algo para luego ir modificándolo sutilmente, hasta que se llegue a decir y hacer exactamente lo contrario, se complementa con un lenguaje laberíntico, generalidades, secretos y ambigüedades que desmienten la transparencia que parecía presagiar un equipo gubernamental moderno y, fundamentalmente, que preconizaba la ética y la democracia.

En el campo militar, tanto nacional como internacional, este tipo de discurso tradicional ha sido, por desgracia, la norma. Si tomamos algunos ejemplos significativos podemos recordar aquel discurso de noviembre de 1981 en el cual el actual Presidente se preguntó si los gobiernos harían oídos sordos a manifestaciones de ese tipo y comparó los gastos militares con las necesidades sociales. Durante la primera entrevista extensa que concedió a Televisión Española, luego de haber sido electo presidente, Felipe González siguió manifestándose un firme partidario de la paz, pero en un momento del diálogo introdujo un concepto inquietante: «la Opción Cero», sin decir a qué tipo de Opción Cero se refería y apoyaba. Porque, como se sabe o conviene saber, hay una que mantiene Ronald Reagan que se basa en ignorar todo el sistema bélico nuclear instalado en Europa —que incluye la fuerza nuclear francesa y la británica— y ofrecer a los soviéticos que desmantelen sus misiles de alcance medio SS-20 a cambio de no instalar los euromisiles. Paul Warnke, que negoció el tratado SALT II durante la Administración Carter y fue Di-

rector de la Agencia de Control de Armas y Desarme, escribió en el *International Herald Tribune* del 21 de junio, después de hacer un balance de cabezas

nucleares, rampas de lanzamiento, y fuerzas tácticas y estratégicas, que «Reagan le pide demasiado a los soviéticos», y que instalar los euromisiles y hacer una propuesta de desarme imposible sólo puede conducir a un mayor rearme de la URSS.

Pero hay otra Opción Cero, que se resiste a la lógica del equilibrio del terror, al chantaje nuclear, que recientemente expresaba George Keenan en *El País* (15 de mayo): «Si lo que se desea hacer es promover la seguridad de Europa Occidental frente al peligro nuclear, ¿no tendría más sentido buscar una *opción cero* real para esa región en lugar de la falsa *opción cero* de la que ahora se viene hablando?». Keenan, que fue uno de los artífices de la guerra fría, propone «una región europea occidental realmente desnuclearizada, en lugar de la en absoluto desnuclearizada región que prevé la *opción cero* de Reagan». Y considera que en las negociaciones tienen que contabilizarse las fuerzas nucleares británicas y francesa. Y Edward Thompson también lo expresa con claridad: «Si en la actualidad se disponen de suficientes armas nucleares en Europa como para destruir el continente más de treinta veces, ¿qué más da que un bloque pueda hacerlo catorce veces frente a las dieciséis del otro? Lo importante es revertir el proceso»¹.

Neutralidad relativa.

El día de la entrevista en televisión no sabíamos a qué Opción Cero se refería Felipe González, pero pensando en sus afirmaciones anteriores bien se podía creer que fuera a la segunda. En poco tiempo, pese a la retórica de Fernando Morán, las cosas han quedado claras. Durante la visita del secretario de Defensa norteamericana-

no, Caspar Weinberger a Madrid, en marzo de este año, el Presidente dijo que «un buen sistema defensivo en Occidente es una garantía para España y la zona geoestratégica a la que pertenece nuestro país», al tiempo que manifestaba la voluntad de «mantener buenas relaciones con Estados Unidos, nación con la que España comparte los mismos ideales de defensa de un sistema de libertad»². El ministro de Defensa español, Narcís Serra, fue bastante nítido también. Mientras brindaba con su colega afirmó que «hoy nos encontramos aliados en una empresa cuyo fin es el de salvaguardar los más preciados valores occidentales de democracia e independencia, frente a un adversario amenazador que alberga unas ambiciones en Europa y en el mundo sin precedentes». Asimismo, dijo que las relaciones hispano-norteamericanas deberían hacer frente a dificultades formidables

en el futuro «en lo que atañe al desarrollo de unas nuevas relaciones de seguridad en el marco de la OTAN, manteniendo nuestras especiales relaciones bilaterales». Si se lee esta última frase con atención veremos que tiene una afirmación rotunda: que las relaciones entre España y los Estados Unidos estarán dentro del marco de la OTAN. Serra deducía, además, que habrá «un florecimiento en las relaciones hispano-norteamericanas sin precedentes en los últimos cien años»³.

En realidad, precedentes hay más que suficientes que conducen a este «florecimiento» desde los Acuerdos de 1953 y las sucesivas renovaciones, incluida la más reciente. Y son estos precedentes y realidades actuales las que niegan un mito que todos repetimos y que convendría abolir: el de la neutralidad de España. Desde 1953 España fue un eslabón en la cadena estratégica de los Estados Unidos. Resulta bastante difícil decir que ha sido neutral un país que tenía submarinos con armas atómicas apuntando hacia la URSS. Esto no implica que el pueblo español estuviese de acuerdo, sino que Franco cambió legi-

timidad internacional por bases e instalaciones. España no fue neutral mientras el generalísimo cedía hectáreas a los norteamericanos como si fuese su propia finca; pero tampoco lo es ahora que un gobierno democráticamente elegido ratifica la permanencia de Estados Unidos aquí. Felipe González se preguntaba durante su visita a México por qué había misiles soviéticos apuntando hacia España: la respuesta está en las tres bases aéreas, una naval, el depósito y polvorín de Cartagena, las cinco estaciones de comunicaciones y el sistema de control *Combat Grande*, además de otros enclaves militares norteamericanos. La inseguridad de España radica, precisamente, en ser eslabón no neutral del dispositivo occidental.

Al formar parte subordinada a Estados Unidos, los planes de renovación de mate-

**Convendría abolir
un mito
que todos repetimos:
el de la
neutralidad de España.**

rial de los tres ejércitos españoles se basan, fundamentalmente, en material bélico de ese país. La compra de los F-18-A, de 12 aviones Harrier II, helicópteros

Lamps, de misiles Sidewinder aire/aire, Harpoon y Chaparral tierra/aire (estos últimos todavía no confirmados), además de la fabricación de fragatas bajo licencia norteamericana, son algunos de los ejemplos que se unen a las redes de control, alerta y comunicaciones, al sistema de alerta y control aéreos *Combat Grande* y a la modernización de los sistemas de la Red Territorial de Mando. Por otra parte, el Congreso norteamericano aprobó un programa de ayuda a España en cuestión de seguridad para el año fiscal 1983 de 400 millones de dólares. La palabra *ayuda* es un eufemismo que utiliza Washington desde los años 60: en verdad son préstamos a países aliados o subordinados para que adquieran material bélico. De esta forma, se potencia la industria armamentista estadounidense y se reasegura el control geopolítico. España es, en la actualidad, el segundo mayor cliente de material bélico de Estados Unidos por detrás de Canadá.

La referencia de Narcís Serra respecto del «adversario amenazador» requiere también una reflexión. ¿Es realmente la URSS una amenaza para España? Sin ninguna duda, el sistema bélico soviético es un peligro para la humanidad. Sin embargo, la política norteamericana hacia la URSS, y la de sus fieles aliados, se asienta sobre un dato falso: la superioridad soviética. Nadie medianamente serio cree en ello. Pero no vamos aquí a discutir números de cabezas nucleares sino a reiterar que si desde hace varios años existe por ambas partes un arsenal capaz de destruir Europa varias veces, o sea que se ha superado el punto de *Overkill*, ¿para qué más armas? ⁴. La URSS ha reafirmado reiteradamente su compromiso de no asestar un primer golpe nuclear, ha hecho propuestas de desarme mucho más serias que la Opción Cero de Reagan, pero Washington y la OTAN las han rechazado siempre.

La URSS es una amenaza para España en la medida que este país se integre más y más en ese «buen sistema defensivo de Occidente». Desde los datos, y existen muchos estudios serios y rigurosos que aquí citamos, hasta la lógica indican que la URSS prefiere contar con una Europa Occidental con la que comerciar, que le sirva de respiro para sus problemas internos, antes que someterla a la lluvia radioactiva o a un sistema que se le revela inoperante dentro de sus mismas fronteras. Es mejor vender gas y comprar tecnología que implantar granjas colectivas y planes quinquenales en Andalucía, como parece que anda temiendo gente imprevisible de creer este tipo de falacia. En un ensayo que sería conveniente que muchos conocieran urgentemente, Mary Kaldor demuestra que el rearme de la URSS es producto directo del rearme occidental.

«Si continuamos ar-
mándonos, dice, la
Unión Soviética hará
lo mismo, y el mili-
tarismo, la decadencia
económica y la re-
presión se manifes-
tarán con tendencias

**La URSS es una amenaza para
España en la medida
que nos integremos más
en el sistema defensivo
de Occidente.**

paralelas en Occidente». Kaldor y numerosos investigadores comparten la idea de que la amenaza soviética se instiga desde Occidente. *Sería bueno no confundir el no estar en absoluto de acuerdo con el sistema imperante en la URSS y los países del Este con creer la propaganda de los Estados Unidos para justificar su rearme y el de sus aliados.* Porque lo que sí puede ocurrir es que la URSS responda con armas nucleares a un ataque de Occidente ⁵.

Hablar sobre la URSS tiene muchos problemas, sin embargo. El anticomunismo es un elemento integrado a nuestra visión del mundo. Pocos dudarán que el autor de este artículo, y los autores en que se basa para sus afirmaciones, en la superficie o en el fondo, son unos prosoviéticos fervientes. Pero las investigaciones están allí, si no para creerlas por lo menos para tenerlas en cuenta y discutir las. De otra forma, siempre se creerá en las estadísticas de la OTAN o en la paranoia de una Administración como la de Ronald Reagan.

La lógica bipolar

La consulta de fuentes neutrales arroja un balance que podríamos sintetizar en los siguientes puntos: 1) los euromisiles son armas de primer golpe, de carácter ofensivo, llamadas de *contrafuerza* porque sirven para eliminar las armas del enemigo o potencial enemigo antes que éste haga uso de ellas; 2) en consecuencia los Pershing II y los Cruise suponen un salto cualitativo en la carrera de armamentos ya que alteran el concepto de disuasión basado en la mutua destrucción asegurada (MAD) de ambos bandos, sea quien sea el que desate la guerra, y permite a Estados Unidos contar con armas si-

tuadas en territorio europeo que podrían servir para intentar poner fuera de juego buena parte del dispositivo bélico nuclear del Pacto de Varsovia; 3) lo más probable

es que los soviéticos, una vez fracasados sus intentos de negociar o dividir a europeos y norteamericanos para que no se instalen los euromisiles, intenten dar tam-

**España en la OTAN
y con instalaciones norteamericanas
es una plataforma para
la estrategia
de los Estados Unidos.**

bién ese salto cualitativo como ha ocurrido en los últimos treinta años; 4) la OTAN adoptó en diciembre pasado la estrategia *Air-Land Battle* que la aleja, inclusive en la forma, de su carácter defensivo. La *Air-Land* contempla el dar un primer golpe nuclear con armas que penetren profundamente en territorio enemigo y neutralicen su capacidad (los nuevos misiles), y combinar estas armas con otras no-nucleares pero altamente sofisticadas⁶; 5) la Administración Reagan se guía por principios belicistas y deja de lado la disuasión. El complejo militar-industrial y científico de ese país necesita una política de rearme. Esto se combina con un grupo dirigente homogéneo en su voluntad belicista, que afirma sin pudores que una guerra nuclear con el costo de millones de muertos es deseable si sirve para eliminar el poder soviético. Las afirmaciones de Weinberger en el sentido de contar con un arsenal que permita librar y ganar una guerra nuclear prolongada en el tiempo así lo confirman⁷; 6) España en la OTAN, dentro de la estructura militar o no, y España con instalaciones norteamericanas en su territorio, es una plataforma para la estrategia de los Estados Unidos.

Si todo lo anterior es cierto —y el resumen deja de lado aspectos claves—, ¿por qué se alía un gobierno socialista con Estados Unidos y aboga por ese «florecimiento sin precedentes»?

Quizá sea por factores ideológicos. Quizá porque el gobierno tiene datos que no conocemos, ni los ciudadanos ni centros de investigación como el SIPRI, que confirman la voluntad agresiva y expansionista de la URSS. Quizá porque se teme, o se sabe, que de no integrarse España en la OTAN y en el sistema occidental se repetirían aquí las múltiples presiones

que desestabilizaron otros gobiernos que se atrevieron a buscar su vía propia, como en Chile. Después de todo, Reagan es más duro que Nixon. Y quizá porque se acepta

la lógica bipolar, que divide al mundo en dos superpotencias y sus aliados. Hacia esto parece inclinarse Angel Viñas, asesor de Fernando Morán, cuando dice «que pueden y deben establecerse relaciones de solidaridad entre el objetivo prioritario europeo (defensa contra el Pacto de Varsovia) y el objetivo prioritario español (adicionalmente, defensa de nuestra integridad territorial en otros escenarios)». Estos escenarios son Ceuta, Melilla y Gibraltar. Pero aún si nos convencemos que Ceuta y Melilla son irrenunciablemente españoles, no deberían olvidarse todos los pasos que la administración norteamericana está dando para fortalecer, vía España, vía Marruecos, su posición y control de Africa del Norte y Africa Central (cuestión Islas Canarias y su importancia para la OTAN).

Viñas da por hecho que la URSS —lamentamos mucho la insistencia pero después de todo se nos dice que este país es el enemigo— es un potencial agresor, y que «todo lo que se haga en favor de mejorar la eficacia del aparato de disuasión occidental no es contraproducente, al menos de forma automática». Deduce que la URSS cumple este papel amenazante «a partir del crecimiento del aparato militar-burocrático-industrial», y que se han sentado «las bases objetivas y materiales para montar y mantener una política de expansión y amedrentamiento»⁸.

Aceptada esta lógica es coherente no sólo solidarizarse en Bonn sino también hacer todo lo posible para incorporarse de lleno en la defensa. Es comprensible, además, que no se haya firmado hasta ahora el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, o las razones por las cuales antes se iba a salir de la OTAN por mayoría simple y ahora no se convoca el referén-

dum para no agudizar, como han dicho el Presidente y el ministro Morán, las tensiones internacionales.

Armas españolas en el Tercer Mundo

La verdad es que las tensiones internacionales ya existen. Además de las expandidas por el Tercer Mundo, y en las que tanto colabora Estados Unidos —por ejemplo enviando *marines* y asesores a América Central— en la zona Norte del planeta las está poniendo al rojo vivo la OTAN al decidir la instalación de los euromisiles; o Ronald Reagan al destituir a un negociador que parecía que iba a alcanzar un acuerdo en Ginebra y sustituirlo por un conocido personaje favorable al rearme, ultraderechista, y que hasta ahora ha escrito ensayos condenando todo tipo de control de armas y negociaciones como es Kenneth L. Adelman⁹. Si no se quiere agudizar la tensión es mejor no sumarse a ninguno de los dos bloques. Si realmente no se quiere agudizar la tensión, ¿no sería mejor no haber pasado urgentemente a las Cortes el nuevo tratado con Estados Unidos, o que el Presidente González se hubiese solidarizado con la paz, aunque fuese en abstracto, en Bonn y no con los que la resquebrajan?

Las razones que explican el alineamiento del gobierno español son múltiples, y seguramente superan a las que enumeramos. Todas ellas son válidas y razonables en la lógica bipolar, en la práctica de una *Realpolitik*. Este alineamiento, además, no tiene que ver sólo con la OTAN y las bases, sino también con el costo social del altísimo presupuesto militar y con el impulso a la industria bélica. España entra de lleno en lo que Mary Kaldor llama el Orden Militar Internacional.

En una entrevista concedida a *Interviú*, Eduardo Serra, subsecretario de Defensa en tiempos de UCD y del actual gobierno,

una de las personas que más protagonismo tuvo en las negociaciones con la McDonnell Douglas sobre los aviones F-18-A, declaró que «la participación de la industria española se va a incrementar, intentando que en la compra de armamentos nuestra industria tenga su propio peso». Por su parte, el 28 de mayo, el ministro Serra escribió un artículo en *Diario 16* titulado «La defensa es de todos». Allí explica cuáles son los puntos claves para «alcanzar los objetivos de paz, seguridad, convivencia y progreso proclamados por la Constitución», y los desarrolla. Los tres primeros están basados en la coordinación entre el Ministerio de Defensa y los tres ejércitos, la realización de cambios sustanciales en la organización, modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas, y, finalmente, elaborar

En 1983 se ha incrementado un 146 por 100 las inversiones en las empresas de armamento del INI con respecto a 1982.

material que permita conseguir una gradual autonomía y el mejor aprovechamiento de los recursos de la Nación. Este es otro campo en el que se materializa la aporta-

ción de los ciudadanos al esfuerzo común de la Defensa, y al mismo tiempo proporciona un impulso importante a nuestro desarrollo industrial, avance tecnológico y creación de puestos de trabajo».

Si el texto de Serra deja pocos márgenes de duda sobre la voluntad del gobierno de impulsar la industria bélica, los datos lo confirman. Las inversiones reales que se realizaron en 1983 en las empresas de armamento dependientes del Instituto Nacional de Industrias (INI) indican un incremento del 146 por 100 frente a las efectuadas el año pasado: 14.112 millones de pesetas frente a 5.727 millones. Además, este sector es el que absorbe la mayor cantidad de recursos dentro del grupo de empresas del INI¹⁰. De esta manera se confirma y alienta la tendencia de la industria armamentista desde el Estado. Vicenç Fisas explica que ha habido un «gran aumento experimentado por el capítulo de inversiones reales en el presupuesto del

Ministerio de Defensa, que ha pasado a ser de 33.629 millones de pesetas, en 1977, a 121.740 millones en 1982, con un aumento medio de 11,9 por 100 anual, en términos constantes de 1982. Este incremento de las inversiones reales ha generado una fuerte demanda en el suministro de material militar que, en parte, ha sido satisfecha por la industria española. El segundo motivo (para el incremento), seguramente el más importante, es la clara y decidida vocación exportadora de esta industria, que llega a exportar, en estos momentos, entre la mitad y las dos terceras partes de su producción total»¹¹.

Siguiendo las investigaciones de Fisas, podemos señalar que del centenar de empresas españolas —con aproximadamente 60.000 trabajadores— que se ocupan de fabricar armas, un grupo reducido monopoliza la mayor parte de las ventas, exportación y tecnología. Ellas son E. N. Bazán, E. N. Santa Bárbara y Construcciones Aeronáuticas, todas con participación mayoritaria del INI. En 1981 estas empresas produjeron el 81 por 100 del material bélico vendido por el INI y el 65 por 100 del total español.

En 1975, se vendieron armas por valor de 30 millones de dólares. En 1981 la cifra creció hasta los 550 millones de dólares, o sea, el 62 por 100 de la producción. ¿Y quién compra armas a España? Los contratos de exportación de este grupo de empresas del INI para los próximos cuatro años se han firmado con Australia, Argentina, Brasil y Pakistán. Egipto es uno de los más grandes clientes de carros AMX-30, entre otros materiales. Pero también adquieren armas españolas Indonesia, Chile, India, Portugal, Uruguay, México, Gabón, Senegal, Congo y Marruecos. América Latina, solamente, absorbe el 55 por 100 de las exportaciones. Una rápida evaluación de los clientes arroja un resultado dudoso, la mayoría, en cuanto a credibilidad democrática, y

**La industria bélica
española
exporta entre la mitad
y las dos terceras partes
de su producción total.**

un delicado interrogante sobre la utilización que puedan hacer en zonas calientes de conflictos en la periferia del sistema mundial.

Nadie puede decir que esta situación la creó el gobierno socialista. La heredó, como tantas otras cosas, desde las bases americanas hasta la burocracia estatal. Pero en este aspecto, la administración no sólo se pronuncia en la misma línea que los gobiernos anteriores, sino que reafirma su política. *El Socialista* nos dice, el 20 de abril pasado, que «un nuevo acuerdo militar entre Francia y España va a ser negociado entre las autoridades de ambos países para sustituir el firmado en 1970, bajo el régimen franquista». Fernando Morán declara que «este es el comienzo de un acuerdo bilateral privilegiado de cooperación militar entre nuestros países». Y el redactor de *El Socialista* afirma que, según fuentes bien informadas, «la cooperación en materia de defensa afectaría a proyectos comunes de fabricación del misil *Exocet*, el misil antiaéreo *Roland*, el helicóptero *Super Puma* y el carro de combate AMX-32».

La industria bélica española enfrenta el mismo problema que la de otros países: hay que exportar para que sea rentable. La revista del PSOE nos tranquiliza: «parece también que en la cooperación armamentista los franceses no pondrían objeción para la venta de España a terceros países de los productos que se fabriquen dentro del marco tecnológico común».

Una semana antes, el 10 de mayo, el ministro Serra visitó la República Federal Alemana, donde llegó a un acuerdo de cooperación en materia de armamento y equipo para las Fuerzas Armadas. Este acuerdo contempla, también la forma de resolver los problemas de exportación a otros países. En una conferencia de prensa, Serra dijo que había mantenido «hasta la tozudez» ante el ministro de Defensa

alemán, Manfred Woerner, que España no va a comprar armas, como un país del Tercer Mundo, sino que se busca coproducir y participar en el desarrollo de nue-

**Según la UNESCO
las innovaciones en el sector civil
derivadas de las actividades
militares de investigación
y desarrollo han sido escasas.**

vos sistemas para empujar la industria nacional, fomentar la creación de puestos de trabajo y mejorar el nivel tecnológico¹². El ministro no dijo que le respondió Woerner, pero la realidad es que España está en misma vía que una cincuentena de países del Tercer Mundo: depender básicamente de las compras de material bélico norteamericano y lanzarse a la fabricación y exportación con tecnología importada¹³.

Los mitos militaristas

El 13 de junio *El Socialista* aparece con un artículo titulado «FACA, igual a tecnología y puestos de trabajo». Suponemos que desde el periodista hasta el ministro Serra conocen, una vez más, datos muy especiales, o han dejado de lado la amplísima bibliografía existente sobre las ventajas y desventajas de la adquisición de tecnología extranjera, en general, y bélica en particular, que ponen en duda la afirmación del titular. Por regla general, la tecnología —por lo menos bajo el control con que la transfieren Estados Unidos y otros países— suele fomentar la dependencia económica y acrecentar la deuda externa. No tenemos aquí espacio para transcribir otros estudios que revelan y desmitifican otra idea cada vez más extendida: que la tecnología bélica favorece el desarrollo de la tecnología civil. En realidad, favorece el desarrollo de unos determinados sectores —por ejemplo la microelectrónica— en desmedro de otros. La conclusión a que se ha arribado es que «los beneficios secundarios que para el sector militar entrañan las investigaciones civiles han sido incomparablemente mayores que los beneficios secundarios para el sector civil de las investigaciones militares. *El hecho verdaderamente notable*

es que las innovaciones en el sector civil derivadas de las actividades militares de investigación y desarrollo han sido escasas». Este texto, elaborado por la UNES-

CO, continúa diciendo que «la tecnología militar se aparta cada vez más de cualquier uso civil imaginable y, de todas maneras, concentra su atención en esferas que en la mayoría de los casos nada tienen que ver con la solución de los principales problemas mundiales, actuales o futuros»¹⁴. Igualmente, podría sugerirse a los que creen que «FACA, igual a tecnología» que consulten los estudios de uno de los más prestigiosos especialistas en cuestiones bélicas, Michael Klare, del Instituto de Estudios Políticos de Washington, quien confirma la relación entre importación de tecnología bélica y creciente dependencia¹⁵.

Basarse en las contraprestaciones para que parezca que no se compran los F-18-A sino que se fabrican aquí es generar confusión. Igualmente, no deja de ser sugerente que en el artículo citado de *El Socialista*, ampliamente documentado, no se mencionen los datos de otro artículo revelador publicado el 22 de mayo por *El País* en el que se especificaban las ganancias de los intermediarios, abogados (el bufete de J. & A. Garrigues, cobra desde hace varios años 100 a 150 dólares por hora trabajada para la firma McDonnell Douglas), expertos en imagen y «avispados de turno» que se reparten muchos millones de dólares. Los hermanos Ricardo y Nicolás Fuster, por ejemplo, de la Compañía Española de Aviación, se benefician con alrededor de 500 millones de pesetas. Imaginamos que «FACA, igual puestos de trabajo» no se refiere a los Fuster o los Garrigues sino a personas trabajadoras y con menos recursos. En este caso, compartimos con Ramón Tamames que «por muchas célebres contraprestaciones que se ofrezcan para los programas FACA... importaremos armas, y con ellas más paro»¹⁶.

La relación entre empleo y armamentismo debe ser despejada de falacias. Un informe del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo y del Instituto de Formación Profesional e Investigaciones de las Naciones Unidas dice que «existe un mito, que se remonta al rearme alemán anterior a la segunda guerra, en el sentido de que un elevado presupuesto militar protege contra el desempleo o, al menos, lo mitiga. Esta creencia parece evidente y es reforzada cuando, como sucede a menudo, los gobiernos difunden que la producción de armas generará empleos sin añadir cuál sería el efecto de un uso alternativo de sus fondos»¹⁷. Un estudio estimativo realizado por el gobierno de los Estados Unidos demuestra que 1.000 millones de dólares destinados a gasto militar crearían 76.000 empleos. Pero el mismo monto en los

programas civiles del gobierno federal crearían en promedio 100.000 empleos. Y en el mismo sentido se ha manifestado la Comisión de Independientes para el Desarme y la Seguridad, integrada, entre otros, por Olof Palme, David Owen y Cyrus Vance.

Pero especialmente revelador es el estudio de Inga Thorsson, presidente del Grupo de Expertos sobre Desarme y Desarrollo de la ONU. Algunas de las conclusiones a las que llegó son: a) por término medio, *un producto militar exige veinte veces más en recursos de investigación y desarrollo que otro civil*; b) se han identificado más de setenta posibles usos alternativos de la industria militar, entre ellos el perfeccionamiento, producción e instalación de elementos para la energía solar, mejoras urbanas y del medio ambiente, y nuevos sistemas de transporte; c) una carrera de armamentos acelerada implica un descenso en las reservas mundiales de capital y el valor de las exportaciones no militares, y acarrea reducciones en el empleo industrial en las zonas más pobres del planeta; d) si la mitad del

dinero invertido empleado en armamento en todo el mundo desde 1970 a 1975 hubiera sido invertida en el sector civil, la producción anual a finales de ese período habría sido de 200.000 millones de dólares más alta de lo que fue; e) los desembolsos militares se incluyen en la categoría de consumo y no de inversión. Como consecuencia, *unos gastos militares constantemente altos o en ampliación tienden a contraer el crecimiento económico*; f) los gastos militares no fomentan el crecimiento. A través de sus efectos inflacionarios impiden la inversión de capital que se necesita para el desarrollo; g) el sector militar no es un gran proveedor de empleos. Por el contrario, se demuestra que *los gastos militares son una de las formas menos eficaces de gasto público*¹⁸.

**Un producto militar
exige veinte
veces más en recursos
de investigación y desarrollo
que otro civil.**

El punto de Kafka

Integración en la defensa occidental aceptando los postulados y estrategia de los Estados Unidos, incentivos a la compra

de armas y tecnología bélica extranjera, exportación de material bélico. Tanto en los hechos como en las declaraciones el gobierno socialista parece haber elegido una vía de entrada por la puerta grande en la cadena militarista mundial. No deja de ser una paradoja que sea un partido socialista el que esté a la cabeza en este proceso. Quizá los *policy makers* del PSOE consideren que hay que dejar de lado cuestiones éticas respecto de la guerra y que lo fundamental es remontar la economía española, situar a este país en la división internacional del trabajo con un sector competitivo y para el cual hay demanda, por ejemplo, el de las armas. Lo grave es que los datos y estudios —de los que aquí apenas citamos conclusiones y parte de ellos— son reveladores de lo contrario: lo más probable es que la crisis económica se agudice en el largo plazo aceptando la opción armamentista. Nada hace prever, por otra parte, que España se integre en el orden militar internacio-

nal sin que se genere aquí un poderoso complejo militar-industrial que llegue a tener un peso igualmente peligroso al que tienen los de otros países. En este sentido, la administración parece guiarse por el aforismo de Kafka que dice: «A partir de cierto punto, ya no existe posibilidad alguna de retorno. Ese es el punto que es preciso alcanzar».

Pero creemos que hay otro factor muy importante para que se elija esta opción y se adopte la lógica bipolar: el llamado *realismo* político. En la historia de las relaciones políticas y sociales hemos visto centenares de veces a gobiernos decidiendo que determinadas cosas no se hacen porque no es el momento adecuado, porque el realismo impone determinada moderación. Sin embargo, la cuestión bélica nuclear no admite este tipo de razonamiento. La *Realpolitik* en el campo de la guerra nuclear nos puede conducir directamente hacia exterminios parciales o generales. Más aún, el *realismo* aleja, precisamente, a un gobierno como el socialista de los objetivos que se ha planteado realizar. Se generará paro; cuando el mundo puede llegar al año 2000 con una crisis de la que ya existen signos inquietantes en cuanto a agotamiento de los recursos naturales, contaminación del medio ambiente, miseria generalizada —piénsese que cada año el aparato militar mundial consume la misma cantidad de hidrocarburos que todo el continente africano¹⁹—; se dará más poder a las élites tecnocrático-militares y la democracia estará más atada. La carrera de armamentos es un boomerang: se arroja hacia adelante creyendo que remontará la economía y regresa con más fuerza, arrastrándonos.

Es esencial entender, además, que el concepto de la guerra se ha modificado desde que el 6 de agosto de 1945 un piloto norteamericano, que ahora es director de una empresa de transporte aéreo (y dice

no arrepentirse de lo que hizo), arrojó la primera bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Una guerra convencional, por terrible que sea, no pone en cuestión la existencia de la humanidad. La guerra nuclear, en cambio, sí. Los ejemplos de Hiroshima y Nagasaki deberán ser suficientes. Las terribles consecuencias de devastación del medio ambiente, irreversibles, que sufrió Vietnam²⁰ deberían servir de ejemplo de algo que no tiene que volver a ocurrir. Porque la próxima guerra seguramente será la última, dejando el planeta, como escribió Jonathan Schell, convertido en una «república de hierba e insectos».

Esto no es una apelación melodramática ni catastrofista; ésta es la realidad. El verdadero realismo político en este momento, la verdadera ética, a la que tanto convocó Felipe González durante su campaña electoral, es alejarse y colaborar con el desarme. Debe comprenderse que tener bases extranjeras, no firmar el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, tener centros de reaprovisionamiento, servir de retaguardia, de control para África del Norte y Central desde las Canarias, contar con campos de tiro como el futuro de Cabañeros, es situar a España en el centro del peligro. Este no es un problema de lucha política tradicional sino la conciencia del peligro. Esto no es negociar un crédito con el Fondo Monetario Internacional que luego obligue a un plan de austeridad que será resistido por la población. Es otra cosa, se trata de la supervivencia. Así lo ha entendido, inclusive, un sector de la gran burguesía norteamericana que ha colaborado con muchos millones de dólares para la Campaña por la Congelación de las Armas Nucleares, o un hombre que fue un halcón durante la guerra del Vietnam, como Robert MacNamara. Y no hay que olvi-

dar que en la Administración Reagan hay miembros que ven la guerra nuclear como algo inclusive deseable. Un funcionario de la Oficina Civil de USA escribió que

**Una guerra convencional,
por terrible que sea,
no cuestiona la existencia
de la humanidad.
La guerra nuclear sí.**

aunque «rozase lo macabro», una guerra de este tipo podría «aliviar algunos de los factores que conducen a las actuales perturbaciones ecológicas, debidas a las altas concentraciones demográficas y a la elevada producción industrial»²¹.

¿Y qué puede hacer España ante esta situación? La única salida es la neutralidad. Encarar el esfuerzo de buscar otros aliados económicos, especialmente en Europa y el Tercer Mundo, para resistir las fuertes presiones de Estados Unidos y sus más directos aliados. El gobierno debe encontrar una fórmula de diálogo con las Fuerzas Armadas españolas para que éstas asuman una teoría de la defensa, un papel, dentro del esquema de la neutralidad. Hay estudios como el de Horst Afheldt sobre modelos de defensa alternativa que el gobierno y los tres ejércitos podrían discutir. En la República Federal Alemana hay militares que, sin abandonar sus ideas anticomunistas, están investigando la defensa alternativa²². El gobierno debe, también, estudiar proyectos de reconversión de la industria bélica en civil.

Alva Myrdal, Premio Nobel de la Paz 1982, ha establecido las bases de una política de neutralidad y la forma de alcanzar acuerdos con otros países para crear zonas desnuclearizadas a las que las dos grandes potencias les garanticen no atacar. Pero esto sólo se puede hacer si el territorio de cada país no alberga armas ofensivas. Johan Galtung, Myrdal y Afheldt consideran que se puede construir un ejército con armas convencionales, con una estrategia de alta movilidad y elevada dispersión en el terreno, con unidades pequeñas y relativamente autónomas²³. Felipe González declaró que *el cambio* en España iba a significar que «este país funcione». Permítasenos decir, como resumen reiterativo, respetuosos de que este gobierno representa la voluntad de diez millones de ciudadanos, y agradeciendo el poder decirlo para entablar un diálogo crítico y en profundidad desde esta Revista, que con los pasos que se están dando España funcionará mal, no sólo para los que votaron al PSOE, sino para todos, y nos arriesgamos a que, llegado un momento, deje de funcionar.

¹ E. P. Thompson: *Opción Cero*. Crítica. Barcelona, 1983.

² *El País*, 25 de marzo de 1983.

³ *El País*, 24 de marzo de 1983.

⁴ Puede consultarse el capítulo 3, de Dan Smith, en *Protesta y sobrevive*, de E. P. Thompson y otros, Hermann Blume. Madrid, 1983. También, la parte I del *SIPRI Yearbook 1982*, Taylor & Francis, Londres, y *The Baroque Arsenal*, Mary Kaldor, Andre Deutsch, Londres, 1982. Respecto de la mitología sobre la superioridad soviética, *Soviet Geopolitical Momentum: Mith or Menace?* y *Soviet Military Power: Questions and Answers*, son dos estudios publicados por el *Center for Defense Information*, cuyo director es el ex-Almirante de la OTAN Gene LaRoque. La dirección para conseguir el material es 303 Capital Gallery West, 600 Maryland Avenue SW, Washington D.C. 20024. Ver, asimismo, de David Holloway, *The Soviet Union and the Arms Race*, Yale University Press, 1983.

⁵ *Is there a Soviet Military Threat?*, de Mary Kaldor, en el volumen colectivo *Debate on Disarmament*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1983.

⁶ *Le monde diplomatique*. Febrero, 1983. París.

⁷ Ver la carta que Weinberger dirigió a numerosos periódicos de todo el mundo. *La Vanguardia* la publicó el 25 de agosto de 1982. En ella dice que

«no creemos que en una guerra atómica pueda haber vencedores», para afirmar seis párrafos después: «Debemos demostrar que nuestras fuerzas estratégicas son capaces de sobrevivir a los ataques de la URSS durante un período prolongado de tiempo».

⁸ Angel Viñas: *España, los Estados Unidos y la OTAN*, en *Revista de Política Comparada*. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, n.º 8, primavera 1982.

⁹ *Newsweek*, 24 de enero 1983.

¹⁰ *El País*, 16 de mayo 1983.

¹¹ *La industria bélica en España*, en *Mayo*, n.º 4. También de Viçens Fisas ver *Política de Defensa y gastos militares* en un número especial sobre «Economía de la Defensa», publicado por Información Comercial Española, n.º 592, diciembre de 1982. Por otra parte, la revista *Actualidad Económica* publicó en su número del 23 de junio pasado un informe titulado *Las armas que se exportan*.

¹² *El País*, 11 de mayo de 1983.

¹³ Ver *La carrera armamentista en el Tercer Mundo*, de Mariano Aguirre, en *Protesta y sobrevive*, *op. cit.*

¹⁴ *El correo de la Unesco*, número especial sobre carrera de armamentos. Abril, 1979.

¹⁵ Michael T. Klare: *La multinacionalización de las industrias de guerra*, en *Le monde diplomatique*. Febrero, 1977.

¹⁶ Ramón Tamames: *La neutralidad y el supremo bien de la paz*, en *El País*, 2 y 3 de junio de 1983.

¹⁷ Ervin Lazlo y otros: *Obstáculos al Nuevo Orden Económico Internacional*. Nueva Imagen. México, 1981.

¹⁸ Inga Thorsson: *La carrera de armamentos y el desarrollo: una relación competitiva*, en el número especial de la revista *Desarrollo*, editado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid.

¹⁹ *El mundo en el año 2000*. Informe del Consejo sobre Calidad Ambiental y el Departamento de Estado. Tecnos. Madrid, 1982.

²⁰ *The environmental aftermath of warfare in Vietnam*, en el *SIPRI Yearbook 1982*, op. cit.

²¹ Citado por Jonathan Schell en *El destino de la tierra*. Argos Vergara: Barcelona, 1982.

²² Citado por Antoni Domènech en *Izquierda tradicional y ecologistas en la lucha por la paz*, en *Protesta y sobrevive*, op. cit.

²³ Johan Galtung: *NATO and the States of Western Europe: the Search for an Alternative*, en *Debate on Disarmament*, op. cit.

Mariano Aguirre es miembro del Grupo de Información sobre el Desarme y la Paz de la Asociación Pro Derechos Humanos de España.

LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN EL CONO SUR

Manuel A. Garretón



Es ya un lugar común reconocer que la democracia juega en la década de los 80 el mismo papel preponderante que en el plano político intelectual jugaron en los 50 y 60 los temas del desarrollo y la revolución o el socialismo. También es preciso reconocer que la omnipresencia del tema va acompañada, hoy como ayer, de una cierta ambivalencia o ambigüedad que proviene del distinto sentido que se le imputa, ya sea en diversos contextos nacionales, ya sea por los diferentes actores socio-políticos involucrados en el mismo contexto nacional.

Democracia y transición política en los regímenes militares del Cono Sur.

1. En los países del Cono Sur, el tema de la democracia política surge en estos últimos años como una consecuencia del fracaso de los regímenes militares que se inau-

guraron en Brasil en 1964 y luego se impusieron en Argentina, Chile y Uruguay, o como una respuesta al tipo de dominación que estos regímenes establecieron.

Recordemos que, a diferencia de otros regímenes autoritarios o militares o de

dictaduras tradicionales en América Latina, estos regímenes se presentaron de algún modo como intentos de revolución capitalista o burguesa, cuya racionalidad

era poner fin a la sociedad populista, recomponer el capitalismo doméstico reorganizando la sociedad «desde arriba» y reinsertando ese capitalismo doméstico en el sistema internacional; las Fuerzas Armadas se constituirán en el actor principal, dotados del poder represivo necesario para ejecutar este proyecto, en torno a las cuales girarían, otorgándole la dirección del «contenido», las distintas fracciones capitalistas y núcleos tecnocráticos e intelectuales del bloque dominante.

De este proyecto de recomposición y reinsertación capitalistas surge una primera idea, un primer sentido del tema de la democracia. En el horizonte, la aspiración hegemónica de superar el Estado de compromiso y la utopía antipopulista: erradicar la política o volverla a su grandeza y exclusividad decimonónicas. El régimen militar aparecía aquí como una condición histórica necesaria para operar las transformaciones de la sociedad, pero no como el punto de llegada de ellas. La apuesta era a un nuevo tipo de régimen político que tuviera raíces en la cultura política y en legitimidad histórica y que, por lo tanto, no podía dejar de nombrarse como democracia. Pero se trataba de una «nueva democracia», donde se excluían las alternativas de cambio del sistema y los sectores que las representaban, se constituía una nueva política restringida aún cuando se reconocía la «soberanía popular» expresada en el voto universal y se mantenía una válvula de seguridad: el poder de veto militar. La condición para ello era hacer madurar las transformaciones que en la sociedad introducía el capitalismo autoritario bajo el régimen militar. La inicial «apertura» brasileña, los plebiscitos de Chile y Uruguay y las múltiples y abortadas «propuestas institucionales» argentinas, son ilustraciones de este proyecto político y de esta concepción de la democra-

**Los regímenes militares
fueron incapaces
de realizar el sueño
hegemónico de las clases
capitalistas.**

cia que parecía amalgamar bien las visiones de la seguridad nacional, con la imagen de una sociedad proyectada desde el mercado y con los mecanismos necesarios

de «governabilidad».

Pero los regímenes militares fueron incapaces de realizar el sueño hegemónico de las clases capitalistas que creyeron perderlo todo en las sociedades populistas o en la marea revolucionaria y que acudieron a ellos como su última oportunidad. Ya sea por la imposibilidad de constituir dentro del bloque dominante un núcleo internamente hegemónico que asegurara la dirección estatal de las transformaciones sociales, ya fuera por estrechez, incompetencia o dogmatismo del proyecto transformador, ya fuera por lo limitado de las presiones o expectativas corporativas dentro del bloque dominante, ya fuera por la resistencia de la sociedad civil al contenido de la dominación militar, ya fuera por la incapacidad del actor militar, o por los límites externos al proyecto de recomposición o reinsertación capitalistas, o por una combinación de todos estos factores, lo cierto es que el proyecto político de transición a una «nueva democracia» que consagra la hegemonía de las clases capitalistas dentro de un nuevo ordenamiento social quedó sin su base material. El capitalismo autoritario fue incapaz de asegurar la viabilidad del modelo político y, entre deuda extranjera, desempleo, recesión, destrucción del aparato productivo, incapacidad de acción estatal, guerras en algunos casos, resurrección de la sociedad civil, la transición a la «nueva democracia» se transformó en el llamado a administrar una crisis y a proponer una salida que «salvara los muebles» de la dominación. Para los sectores dominantes, la democracia se convirtió en un mal menor que había que aceptar antes que fuera demasiado tarde. El tema de la nueva democracia cedió paso a otras dos ideas de democracia a las que nos referimos. Queda por saber si la historia nos hablará de Brasil como una excepción a esta situación

general, donde la redemocratización correspondería a un relativo éxito del proceso de transformación capitalista y a la necesidad de adecuar la hegemonía burguesa a esas transformaciones y a sus consecuencias socio-políticas.

Una segunda idea o sentido de la democracia es el que surge más palpablemente contra la forma de dominación militar. La democracia aquí es el conjunto de instituciones jurídicas y políticas propias del sistema liberal representativo, donde se consagran las libertades individuales de todo tipo, los derechos humanos clásicos, la competencia y pluralismo políticos, las fórmulas electorales, la división de poderes, etc. La cuestión central aquí es la constitución de un Estado de derecho y el principio de la voluntad popular expresados en un marco institucional que fija las reglas del juego. Se trataría, para aquellos países que la conocieron, de «recuperar» o «restaurar» las formas democráticas en el interior de las cuales debiera darse la competencia por proyectos alternativos. El reconocimiento de la precariedad de una fórmula que no asegura contenidos alternativos a la dominación vehiculizada por el régimen militar, lleva a que esta idea de democracia vaya normalmente acompañada del tema de los Pactos o Acuerdos Socialistas donde quedan consagrados los límites del cambio social y donde los sectores populares parten en posición subordinada. Es preciso reconocer que en momentos de crisis del régimen militar o de recrudescimiento represivo, esta propuesta de democracia, proveniente generalmente de sectores del centro del espectro político, de presiones internacionales o de instituciones de legitimidad amplia en la sociedad, tiende a adquirir fuerza y hacerse hegemónica siendo capaz de unificar el sentido de las múltiples demandas sectoriales y las luchas parciales de la sociedad. Pero su debilidad radica en que, más allá de momentos de crisis, la propuesta de régimen democrático no da cuenta de la diversidad de sentidos que la

lucha o resistencia contra el régimen militar tiene, y permanece, entonces, relativamente abstracta. Tampoco parecieron resolverse aquí los problemas que estuvieron en el origen de la crisis democrática y del régimen militar. Hay una respuesta a la forma de dominación y no a su contenido, con lo que se arriesga una solución precaria que, aunque respondiendo a los intereses de una clase política diversificada, pierde legitimidad cuando los conflictos de la sociedad rompen el consenso inicial. En estos países una propuesta democrática no ligada a un proyecto transformador de la sociedad y, por lo tanto, a un bloque socio-político capaz de expresarlo, repite la historia del «palo encebado» y hace de la democracia flor de un día.

Son las insuficiencias de la democracia política presentes en la idea anterior las que están en el origen de un tercer concep-

Sobre todo, la experiencia de la dictadura militar ha hecho reevaluar el significado sustantivo de la democracia política.

to o sentido de democracia en los países de capitalismo autoritario con régimen militar, que está ligado a la evolución ideológica de la izquierda. Partiendo de la

afirmación sobre la formalidad y no sustantividad de la democracia burguesa o liberal, y oponiendo a ella la idea de democracia real o sustantiva aún cuando ello significara el término de la democracia liberal, la izquierda o sectores de ella han ido recorriendo un camino de revalorización de la democracia política. La crítica de los socialismos reales, la autocrítica de las experiencias revolucionarias latinoamericanas de los 60 y 70, el debate marxista internacional, pero, sobre todo, la experiencia de la dictadura militar que llevó a la izquierda a hablar en lenguaje de los derechos humanos y las libertades individuales, han hecho reevaluar el significado «sustantivo» de la democracia política. Ello implica un profundo ajuste de cuentas con una tradición teórica que veía en la democracia política sólo una forma superior de dominación burguesa y una trampa o barrera para las conquistas populares y el cambio de sistema de domina-

ción. La memoria histórico-práctica de la izquierda señala a la democracia política como el lugar más adecuado para la constitución de las clases populares como sujeto político. Si bien ésta es aún una concepción defensiva no un fundamento universalizable de la democracia, se desplaza del terreno de los medios prescindibles al terreno de los fines y valores que deben prepararse en esta balanza.

Pero esto no implica abandonar la lucha por la transformación de la sociedad. Por el contrario, implica reconocer que en América Latina la viabilidad de la democracia política está ligada a su doble fundamento; por un lado rebasa, no en la tradición individualista sino en la idea de la constitución de un sujeto colectivo; por otro lado, la democracia política exige la conquista de igualdades en todos los terrenos de la vida social. La idea de democracia apunta también a un modelo de desarrollo y al cambio social en el sentido de las demandas populares. Democracia política y transformación social aparecen indisolublemente ligadas. A la forma de dominación expresada por los regímenes militares se le opone no sólo un régimen político, sino un contenido alternativo a la dominación que ellos vehiculizan. Queda así replanteada la relación democracia-socialismo, donde éste aparece como condición de viabilidad de una democracia política estable pero como tendencia que se define en el interior de la democracia, como un problema de mayoría. Es evidente que en esta propuesta está presente un doble riesgo: o el abandono del principio de transformación social bajo el pretexto de que la democracia corre peligro, o la atención de renunciar al principio democrático cuando se empantana la posibilidad de transformación y aparecen oportunidades revolucionarias. Ambos riesgos corresponden, por su parte, a las diversas tendencias que conforman la izquierda.

El concepto de transición a la democracia tiene, entonces, diverso significado

El fracaso del proyecto de los regímenes militares no significa que no haya habido transformaciones en la sociedad.

para las tres ideas de democracia que se desarrollan en los regímenes militares. Para los sectores dominantes, transición implica institucionalización de la pauta autoritaria y excluyente, como proyecto máximo, o defensa de las conquistas capitalistas bajo el régimen militar, como proyecto mínimo en los momentos de crisis y descomposición del régimen militar. Para la concepción más clásica, la transición implica término del régimen militar y consolidación de las instituciones jurídicas y políticas de la democracia representativa. Para las concepciones de izquierda, la transición implica los mismos requisitos que para la segunda versión pero, además, la presencia activa de la demanda popular por transformación social.

2. El fracaso del proyecto de los regímenes militares del Cono Sur plantea ciertas condiciones para un proceso de transición y para la viabilidad futura de la democracia política. En efecto, tal fracaso no significa que no haya habido transformaciones en la sociedad; las características de tales transformaciones constituyen la herencia inevitable que marcará cualquier transición y proyecto democrático futuro.

De nuevo es posible identificar dos casos extremos. En uno, las transformaciones fueron en el sentido de una relativa modernización —con las inevitables heterogeneidades estructurales—, creación de sociedad de masas y, por lo tanto, fortalecimiento de sujetos socio-políticos o generación de nuevas clases, fracciones de clase o actores sociales. Brasil pareciera ser el caso de un régimen militar que produjo industrialización, expansión del Estado y surgimiento de nuevas fuerzas sociales. Aquí entonces el proceso de transición implica el desafío de asegurar el canal político de estas nuevas fuerzas sociales, y el

conflicto social se caracteriza por el enfrentamiento en torno a los frutos y beneficios de las transformaciones. El otro polo lo previenen casos como el chileno, don-

de el proyecto capitalista vehiculizado por el régimen militar implicó estancamiento o retroceso de la industrialización, disminución del papel desarrollista y redistribu-

Derecha y FF.AA. no sometidas al juego democrático sino por necesidades coyunturales, son amenazas permanentes de reversión.

tivo del Estado, reducción de las bases materiales de las antiguas fuerzas sociales dinámicas y disminución y empobrecimiento de éstas, sin la constitución de nuevos polos dinámicos. Aquí coinciden las crisis del régimen militar con una crisis de identidad nacional. El conflicto se plantea no en términos de apropiación de los frutos de las transformaciones sino de reconstrucción nacional. La transición a la democracia política tiene aquí un «componente invisible» de constitución del sujeto político popular, lo que redefine el problema clásico de transición entre dos regímenes políticos. En estos casos, pareciera que se trata de años perdidos en los que ninguna acumulación o aprendizaje fue posible, que hay que restaurar un régimen para empezar todo de nuevo.

3. Que los procesos de transición se definan en general a partir del fracaso del proyecto histórico de los regímenes militares y de la crisis de éstos plantea, para tales procesos y para una eventual democracia futura, ciertas condiciones de precariedad.

En primer lugar, hay dos fuerzas socio-políticas que no se definieron por un proyecto democrático sino como mal menor y no parecen haber perdido su posición predominante: la burguesía y las FF.AA. En el caso de la primera, no parece haberse producido la emergencia de una sólida derecha política (partido) comprometida con los valores democráticos. En el caso de las segundas, su eventual retiro del poder político en condiciones negociadas o impuestas, manteniendo su integridad institucional, sus recursos físicos y sus contactos externos los dejan en una situación de desproporcionado poder respecto del resto de la sociedad. Derecha y FF.AA. no sometidas al juego democrático sino por necesidades coyunturales, son una herencia del tipo de transición que

constituirán amenazas permanentes de reversión.

En segundo lugar, en el campo de las fuerzas de oposición que constituirán la

base de una alternativa democrática hay al menos dos problemas todavía no resueltos en el momento de crisis del régimen militar. El primero se refiere a la superación creativa de las formas partidarias típicas que marcaron las relaciones entre política y movimientos sociales: la «matriz populista» y la del «partido vanguardia». Ambas pertenecen al tipo de sociedad que el capitalismo autoritario intentó sepultar. Pese a los esfuerzos, y debido en parte al fenómeno represivo, los intentos de renovación y de constitución de una nueva matriz de acción política y partidaria parecen estar todavía a medio camino. Los impulsos basistas, por su parte, no lograron resolver el problema de la representación política a nivel global. La construcción de partidos de nuevo tipo, en ningún caso ideales, es todavía una tarea pendiente que habrá que enfrentar simultáneamente con los desafíos de la transición y la creación democrática. El segundo se refiere al consenso de las fuerzas de oposición, más allá de los pactos en torno a las reglas democráticas, en relación a los proyectos de transformación a largo plazo en la sociedad. No hay aún, al parecer, claridad sobre el modelo de desarrollo alternativo, es decir, no se han constituido aún las bases de un bloque socio-político que asegure la dimensión transformadora sin lo cual la democracia política será siempre precaria.

En tercer lugar, y en relación a lo anterior, las bases materiales de la democracia política son extraordinariamente precarias. Ya se ha dicho que en países de capitalismo dependiente de la lucha económica entre los diversos sectores de la sociedad tiende a ser un juego suma cero. Si, como parece ser, las construcciones de un nuevo proceso industrializador o la falta de espacio para él van a reforzar este carácter de juego suma cero, el juego democrático

tendrá una base muy débil y una permanente tendencia a la inestabilidad. La pregunta por la compatibilidad entre capitalismo dependiente y democracia política y por la necesaria afinidad entre el primero y el autoritarismo, vuelve a hacerse presente. No se trata de volver a los determinismos, sino de reconocer que tales condicionamientos refuerzan la importancia de la voluntad política democrática colectiva, de la democracia como idea hegemónica, como compensadora de la debilidad de la base material.

4. La existencia de Fuerzas Armadas no derrotadas militarmente por movimientos insurreccionales, y de amplias y diversificadas capas medias, entre otras cosas, le dan a la transición a la democracia en los países del Cono Sur un carácter radicalmente diferente de los procesos políticos del estilo centroamericano, donde coexisten en un solo acto la caída de la dictadura con el momento revolucionario inicial de construcción de una nueva sociedad. Lo más probable es que en el caso de regímenes militares del Cono Sur, su término se disocie del proceso de construcción de una nueva sociedad, es decir, de la construcción socialista, y que la posibilidad de ésta se juegue ineludiblemente en el interior del esquema de democracia política. Si esto es así, la alternativa socialista en estas sociedades puede definirse como el doble movimiento de lucha por el término del régimen militar y establecimiento de una democracia política, y de constitución de una fuerza política capaz de reivindicar el socialismo y convertirlo en propuesta hegemónica y mayoritaria.

Intentaremos ilustrar estas ideas con el caso chileno contemporáneo.

Notas sobre la crisis en el régimen militar, la transición a la democracia y la alternativa socialista en Chile

1. Desde mediados de 1981 el régimen militar chileno, que vivió una fase pura-

mente represiva hasta 1976-77, con la sola definición del modelo económico en 1975, que combinó la dimensión represiva con su intento de reorganización capitalista interna, y de reinserción en el capitalismo mundial entre 1976-77 y 1980-81, ha entrado en una fase que podemos definir como administración de crisis.

Esta fase se caracteriza por los siguientes rasgos: 1) Pérdida de la capacidad transformadora y abandono progresivo de la dimensión fundacional que lo caracterizó hasta 1981; 2) Debilitamiento creciente de la capacidad de conducción del núcleo dirigente en el Estado, eliminación de uno de sus componentes (el equipo tecnocrático de los *Chicago Boys*), y combinación heterogénea de representantes oficiosos de diversas tendencias en la cúpula estatal; 3) Descomposición del bloque dominante en diversas fracciones que presionan autónomamente por intereses corporativos, pierden lealtad genérica al régimen, toman sus distancias respecto de él, con tendencia a abandonar su crítica puramente corporativa pero aún sin tener una

Desde mediados de 1981 el régimen militar chileno ha entrado en una fase de administración de crisis.

alternativa política al mismo; 4) Adopción de políticas contradictorias y parciales que introducen importantes incoherencias en el modelo fundacional establecido en la etapa anterior, aumentan la intervención estatal y reproducen la crisis socio-económica postergando su solución y sin ofrecer otra propuesta de mediano o largo plazo que no sea la pura materia del régimen; 5) Aislamiento de Pinochet dentro del bloque dominante.

El proyecto político del régimen militar —consagrado en la Constitución de 1981— que consistía en constitucionalizar el gobierno de Pinochet por un largo período con el fin de asegurar la maduración de las transformaciones capitalistas para luego construir un sistema autoritario de limitada arena política, exclusiones permanentes, resguardos institucionales contra los cambios y poder titular o de veto de las FF.AA. se enfrenta al fracaso de

su base material. En efecto, este proyecto suponía, entre otras condiciones, éxito mínimo en el modelo económico que asegurara la transformación general de la sociedad, reorganización política interna de una derecha que asegurara la sucesión del régimen militar y aceptación de las reglas del juego por parte del centro político, la DC, o al menos de ciertos sectores de ella o de su base social. El fracaso del modelo económico, las disputas internas respecto de él, dejan al régimen sin la base de su proyecto histórico, sin una propuesta a la sociedad que no sea su pura sobrevivencia y reproducción.

Pero no se debe confundir fracaso de la base material de un proyecto político con crisis final o de «administración de salida» de un régimen militar; no hay relación necesaria entre crisis nacional y el término del régimen. Hay aún algunos factores que están en proceso de desarrollo y que son necesarios para desencadenar una crisis final.

Desde el punto de vista interno al régimen no debe olvidarse que Pinochet tiene aún a su favor la legitimidad dentro del bloque dominante de la Constitución de 1981, que actúa como común denominador para los sectores que lo componen y cuya ruptura implica riesgos desconocidos para quienes lo intenten. Por otro lado, la crisis interna de las FF.AA. que lleve a la internalización institucional de su fracaso, debido entre otras cosas a la separación a que Pinochet las ha sometido respecto de las decisiones políticas, tiene un ritmo de desarrollo más lento y complejo que en las otras esferas de la sociedad. Finalmente, los sectores descontentos dentro del bloque dominante desarrollan también muy lentamente la idea de un proyecto político alternativo y no parece existir una derecha política democrática que empuje por una

Desde la perspectiva de la oposición hay también algunos factores que hasta ahora han impedido a ésta

La crisis interna de las FF.AA. tiene un ritmo de desarrollo más lento y complejo que otras esferas de la sociedad.

transformarse en catalizador de una crisis final del régimen, aún cuando los progresos son evidentes en los últimos tiempos, más aún, meses. En primer lugar no debe olvidarse que aquí las transformaciones ocurridas en la sociedad en estos años no fueron en el sentido de reforzar los antiguos actores sociales del movimiento popular, cuantitativa o cualitativamente, ni tampoco en el sentido de generar nuevos actores sociales alternativos. Lo que ha habido es la descomposición, desarticulación y atomización de los antiguos actores socio-políticos, de los elementos que constituían el movimiento popular, combinado con la sobrevivencia de algunos grupos dirigentes de él. Ello, combinado con o además del fenómeno represivo, ha creado una enorme dificultad de movilización social pero, más grave aún, genera también una crisis de represión política. La revitalización del movimiento social y la recomposición de sus relaciones con la estructura político-partidaria es un proceso necesariamente largo. En segundo lugar, si se examina ahora la estructura político-partidaria nos encontramos con dos problemas, al menos, que aún están en vías de resolución. Unos de ellos es la posición refractaria de la Democracia Cristiana, pese a su reorganización interna, al carácter más progresista de su liderazgo y su relativa renovación ideológica, a una alianza estable y sólida con la izquierda incluyendo al Partido Comunista. El otro es el proceso de creación de una izquierda socialista que pueda intervenir como actor político unificado, flexibilizando el aspecto político al nivel cupular y sirviendo de referente político a sectores del movimiento de masas que no se identifican con las opciones orgánicas hoy existentes.

Tanto la situación en el bloque dominante como en la oposición indican la presencia de procesos en desarrollo, necesari-

o si se quiere pasar de una situación de administración de crisis a una de administración de salida o crisis final que implique una transición.

2. Recordemos que lo más probable es que en el caso chileno —con la existencia de Fuerzas Armadas relativamente homogéneas y jerarquizadas, dotadas de instrumental moderno, unificadas además por todo lo conquistado durante el régimen militar, así como con la presencia de fuerzas políticas de centro dotadas de significación social expandida y de proyectos políticos autónomos— no haya viabilidad para un esquema insurreccional con derrota militar de las FF.AA. y revolución socialista simultánea. Si esto es así y si tampoco hay derrota militar por factores externos, el término del régimen militar pasa necesariamente por el cálculo y decisión de las FF.AA. de retirarse. Desencadenar o acelerar la transición es, entonces, desencadenar una crisis en las FF.AA. o acelerar su decisión de retirarse.

**Desencadenar o acelerar
la transición es desencadenar
una crisis en las FF.AA.
o acelerar
su decisión de retirarse.**

Pero esto no significa sentarse a esperar esa decisión, porque ésta no será una decisión voluntaria. Es necesario provocarla. Y ello supone dos procesos paralelos y complementarios. El primero es hacer penetrar la crisis social y nacional al interior de las FF.AA., y eso sólo se logra con un proceso de organización, protesta, rebeldía y movilización populares. Ello supone la activación de la reivindicación y demandas sociales y también la organización, es decir, constitución de un sujeto popular a través de la lucha por sus intereses, lo que es aún un proceso muy desigual y lento. El segundo es la concertación política capaz de expresar al nivel global la multiplicidad de la demanda social, de generar un consenso en torno a una alternativa al régimen militar. Esto último exige algunas aclaraciones. Por un lado, algunas de las fuerzas sociales que pueden desestabilizar el régimen militar y profundizar su crisis no son necesariamente fuerzas democráticas ni tampoco proclives a transformaciones sociales que cambien la situación de dominación (por ejemplo, sectores empresariales o gremios de capas medias). Por otro lado, no habrá adhesión popular a un régimen democrá-

tico ni tampoco estabilidad de ese régimen si no ofrece perspectivas de transformación de la sociedad, de cambios en el sentido de mayor igualdad y de mayor participación y poder de los sectores populares. Esto implica que la concertación política para una alternativa al régimen militar que lleve al término de éste tiene dos niveles inseparables. El primero tiene que ver con una propuesta política de transición y establecimiento de un régimen político democrático en la cual confluyan todos los sectores que estarían por terminar con el régimen militar, aislando a las FF.AA. pero capaz de crear efectos en ellas. Ello corresponde a un pacto político amplio. El segundo tiene que ver con una propuesta que haga viable la alternativa política democrática, y esto es una perspectiva de transformación económico-social. Ello supone la creación de un bloque político social por los cambios que aseguren el contenido transformador de la democracia política, una mayoría socio-política que complete la democracia política con modificaciones profundas en la economía y los otros planos de la sociedad, que profundice la democracia en la sociedad civil. Ello obliga a un acuerdo de largo aliento entre el centro y la izquierda, donde la profundidad de los cambios dependerá de la capacidad de la izquierda de conquistar hegemonía democrática dentro de ese bloque. Es necesario distinguir, entonces, entre acuerdo o pacto político para terminar con el régimen militar y establecer la democracia política, y acuerdo socio-político para constituir un bloque por los cambios y la transformación social dentro de la democracia. Las fuerzas políticas y sociales y el contenido de ambos son distintos. Pero ambos son indispensables y no se confunden el uno con el otro.

3. Desde una perspectiva socialista las consideraciones anteriores implican los siguientes supuestos básicos: a) Que la lucha por el socialismo en un país como Chile tiene como objetivo próximo la lucha por el término del régimen militar y

por la democracia política. Ello, a su vez, implica reconocer que el momento de la transformación socialista no está a la orden del día. b) Que, sin embargo, la lucha por el término del régimen militar y por la democracia política no agotan la lucha socialista ni se confunden con ella. Ello tanto en el corto plazo, donde los objetivos socialistas se expresan en la reorganización y constitución de un sujeto popular autónomo, y en la lucha por sus intereses y demandas, como el mediano y largo plazo donde la presencia de la opción y alternativa socialista es condición de estabilidad de la democracia política. c) Que la democracia política no es una pura táctica o instrumento, sino una conquista histórica popular que la constituye como el lugar al interior del cual debe darse la lucha por el socialismo. Ello significa reconocer el socialismo como un problema de mayoría socio-política o conquista dentro del sistema democrático, como lucha cotidiana y permanente por la hegemonía democrática.

Lo anterior se liga necesariamente a la construcción de la izquierda socialista. Se trata de un proceso complejo que tiene sus propios ritmos, que debe contar con la realidad de estructuras orgánicas relativamente consolidadas que tienen sus propias dinámicas, con la necesidad de ampliar la convocatoria más allá de las bases partidarias hoy día existentes y con la reconstitución de organizaciones sociales representativas en las diversas esferas de la sociedad. Esta complejidad y profundidad de una convergencia socialista puede correr el riesgo de ser sacrificada por presiones externas. Así, ante los momentos de crisis en el régimen, se pueden apresurar procesos de reestructuración o de coordinación a niveles de directivos que luego pueden obstruir una ampliación de la convocatoria. Las presiones de la DC por tener un interlocutor de izquierda democrática», como las incomprensiones de la DC con el fantasma del anticomunismo, son también elementos externos que

pueden distorsionar la dinámica propia de este proceso.

El gran desafío que enfrenta hacia el futuro la construcción de la izquierda socialista puede expresarse en la siguiente alternativa. Por un lado, reconstruir partidariamente el campo socialista y ocupar el hueco y las dimensiones que el socialismo siempre tuvo dentro de la izquierda y del conjunto de fuerza sociales y políticas del país. Por otro lado, intentar construir una gran fuerza política con voluntad hegemónica que aspira democráticamente en el horizonte a ganar no sólo la mayoría de la izquierda sino la mayoría del país. Esto último implica un doble proceso. En primer lugar, la organización y constitución de un movimiento social autónomo en las diversas esferas de la sociedad en tensión con la organización partidaria, con dinámicas propias, pero que reconoce en el partido su referente o representante para lo específicamente político. Es decir, el desarrollo de una cultura y un movimiento socialista con múltiples expresiones orgánicas y donde el partido es la instancia política, pero sólo una de las instancias dentro del movimiento general. Esto supone la capitalización creativa de todo lo nuevo que se haya producido en el movimiento popular en estos años de dictadura, reconociéndole su valor propio y autonomía. En segundo lugar, la construcción propiamente partidaria, es decir, la constitución de una organización política amplia y diversificada que dé cuenta de toda la riqueza cultural, ideológica y social del movimiento socialista y sus diversas expresiones y donde coexisten diversas tendencias en el marco de un estilo profundamente democrático en todos los niveles organizacionales que aseguran el consenso básico y la eficacia de la acción.

La lucha por el socialismo en Chile tiene como objetivo el término del régimen militar y la instauración de la democracia.

La primera posibilidad anunciada, que pasa por la reconstitución del socialismo histórico, tiene a su favor el pasado organizativo y la imagen adquirida. Su riesgo

es la no ampliación de la convocatoria y la no capitalización de lo nuevo producido en la sociedad estos años. La segunda posibilidad, que pasa por la creación de una fuerza política que no resulta de la pura fusión de estructuras partidarias existentes sino que implica a éstas, a sectores independientes, a núcleos de activación social, a organizaciones sociales, en un complejo proceso de integración a diversos niveles, tiene a su favor la amplitud de la

convocatoria en términos sociales, políticos y culturales y la capitalización de lo nuevo ocurrido en la sociedad. Su problema radica en que su dinámica y ritmos son desiguales y no siempre se adecúan a los ritmos y urgencias provocados por la crisis del régimen militar.

Ponencia presentada al Simposio «Los Caminos de la Democracia en América Latina», organizado por la Fundación Pablo Iglesias. Madrid, mayo 1983.

EL LIBERALISMO SOCIALISTA DE ORTEGA Y GASSET

Luciano Pellicani

análisis y debate



Mi interpretación de la filosofía política orteguiana ¹ ha sido acogida con estupor tanto en España como en Italia. En cambio, me sorprende que, después de la publicación de los *Escritos políticos*, continúe dominando la imagen de un Ortega «aristocrático burgués» —por emplear la notable fórmula definitoria de J. L. Abellán ²—. No es que falten en los nueve primeros volúmenes de las *Obras Completas* los ingredientes, llamémoslos así, que en cierto modo legitiman semejante sentencia y que han llevado a la cultura europea a ver en el autor de la *Rebelión de las masas* a un «Nietzsche menor» ³. Por lo demás, dicha imputación la recogí en un ensayo escrito en el 1968 ⁴; pero la he considerado sumamente injusta a la luz de la lectura de los *Escritos Políticos*, de los que emerge un perfil político-ideológico de Ortega completamente distinto del dibujado por la crítica.

Me pregunto —y pregunto a los demás— cómo es posible seguir considerando un enemigo de las masas trabajadoras, un nostálgico del liberalismo decimonónico, un

ideólogo activo de la burguesía, *et similia*, a quien se ha sumado a los que «creen en la misión histórica del socialismo»⁵; a quien ha auspiciado una «reforma de la estructura capitalista»⁵; a quien ha auspiciado una «reforma de la estructura capitalista»⁶ a partir la institucionalización del «principio del trabajo»⁷ y de la creación de «una economía organizada»⁸ para realizar «la socialización evolutiva de la riqueza»⁹; a quien, en fin, ha visto «en el magnífico movimiento ascensional de la clase obrera el factor más enérgico de la historia universal»¹⁰.

Bastan estas citas, me parece, para suscitar al menos ciertas dudas sobre la validez de las sentencias que hasta ahora se han emitido acerca del significado político-ideológico del orteguismo y para estimular su rectificación. Mi ensayo pretende ser, cabalmente, una contribución a tal rectificación, que entiendo obligada en el ámbito de la historiografía y útil para el balance crítico de la herencia dejada por Ortega a la cultura occidental.

Democracia y liberalismo

Existe un aforismo que han dominado las «empresas políticas»¹¹ de Ortega hasta el estallido de la guerra civil. Se encuentra en un escrito de 1908. Suena de este modo: «Hoy no es posible otro liberalismo que el liberalismo socialista»¹².

Algunos años después —precisamente en 1913, con ocasión de la elección de Pablo Iglesias al Parlamento— Ortega ilustrará las razones por las que consideraba que el liberalismo del siglo XX estaba obligado a incorporar en su patrimonio cultural los valores centrales de la tradición socialista. Ortega lo expresa en los términos siguientes: «Hoy el socialismo se ha apoderado de nosotros, constituye la base de todas nuestras combinaciones ideológicas. Hoy quien no es socialista está moralmente obligado a explicar por qué no lo es o por qué lo es sólo en parte»¹³. En esa misma ocasión no dudó en definir el socialismo como «el nuevo poder espiritual capaz de organizar las nuevas posibilidades sociales y fecundo en nuevas instituciones»¹⁴.

Queda bien claro. Aunque estas declaraciones sean bastante comprometidas, no hacen de Ortega un socialista, sino sólo «un compañero de viaje» del movimiento obrero¹⁵. Ello se debe a que Ortega fue, ante todo y sobre todo, un liberal, siempre preocupado de que la sociedad estuviera organizada de tal modo que los individuos tuvieran una esfera de acción autónoma y protegida, donde pudiesen cultivar libremente sus intereses materiales y morales. Ortega fue siempre intransigente sobre este punto. Para él, el único valor cierto, incuestionable, previo respeto a los demás, era la libertad. «Liberalismo y democracia —se lee en un artículo de 1915— no sólo son dos cosas distintas, sino también dos cosas, la primera de las cuales es mucho más importante que la segunda»¹⁶. Y diez años después volverá sobre este tema para subrayar la subordinación de los valores democráticos a los valores liberales, argumentando en estos términos: «Democracia y liberalismo son respuestas a dos cuestiones de derecho público completamente distintas. La democracia responde a esta pregunta: ¿quién debe ejercitar el Poder público? La respuesta es: el Poder público pertenece a la colectividad de los ciudadanos. Pero en esa pregunta no se habla de qué extensión deba tener el Poder público. Se trata sólo de determinar el sujeto a quien compete. La democracia propone que manden todos; es decir, que todos intervengan soberanamente en los asuntos sociales. El liberalismo, por el contrario, responde a esta otra pregunta: ejerza quien sea el Poder público, ¿cuáles deben ser los límites de éste? La respuesta es como sigue: el Poder público, lo ejerza un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, ya que las personas tienen derechos previos a toda ingerencia del Es-

tado. Por consiguiente, el liberalismo representa la tendencia a limitar la intervención del Poder público. De esta manera aparece con suficiente claridad el carácter heterogéneo de los dos principios: se puede ser muy liberal y poco democrático o, viceversa, muy democrático y poco liberal»¹⁷.

De esta distinción, sin duda antigua pero demasiado a menudo olvidada, Ortega extrae la conclusión de que cualquier política que tienda a hacer omnipotente al Estado y a quebrar las libertades individuales es —cualesquiera que sean sus contenidos específicos y sus intenciones— reaccionaria. Lo es incluso una política hiperdemocrática que sacrifique el valor-libertad al valor-igualdad y, por lo tanto, produzca el despotismo del *demos*.

Esto, sin embargo, no lleva a Ortega a defender el liberalismo económico y al Estado mínimo. Muy al contrario, tiene constantemente presente que no bastaba, ciertamente, con proclamar las libertades individuales, como hacía el «liberalismo abstracto»; era imperativo «exigir por lo menos los medios para ejercitarlas y asegurarlas»¹⁸. Y tales medios, dice Ortega, podían proporcionárselos a las clases proletarias sólo por el Estado. Por eso hizo suya la crítica socialista del Estado abstencionista. «El liberalismo —leemos en *Miscelánea socialista*— sostiene la no-intervención del Estado en las relaciones entre los individuos y los grupos sociales, la voluntad de mantenerse imparcial y de colocar a aquéllos en una situación de igualdad. Pero no se da cuenta de que el Estado es un viejo instrumento que, desde hace siglos, interviene enérgicamente en las realidades sociales. Si de repente pretende desentenderse, no obtiene otra cosa que el aumento de las desigualdades introducidas desde hace siglos por él mismo. La única posición equitativa del Estado sería la intervención contra su pasado intervencionismo, destruir los privilegios; porque privilegio no quiere decir favor concedido por el Estado»¹⁹.

Así, pues, resulta evidente que el liberalismo orteguiano —al margen de lo que se haya escrito al respecto— es algo muy distinto del liberalismo «estilo siglo XIX». Su continua polémica contra el estatismo no puede ser asimilada a la de los Mises y de los Hayek, y menos todavía en el sentido de que insisten en la defensa a ultranza del mercado autorregulado. Todo lo contrario. En el mismo tiempo que Ortega señala los peligros inherentes a la ilimitada dilatación de la jurisdicción potestativa del Estado, destaca también el deber moral de los poderes públicos de intervenir en el mecanismo económico con el fin de acabar con los privilegios de clase y de procurar a *todos* los ciudadanos los medios culturales y materiales indispensables para el gozo de la libertad. Esto es tan cierto que Ortega escribe: «Para nosotros, la libertad debe significar dos cosas: respeto al individuo, extremada electividad de sus acciones; respeto al Estado, obligación de poner al individuo en condiciones cada vez más perfectas para usar la libertad»²⁰.

Ortega, en definitiva, no se proclama sólo un «maníaco de la libertad frente a los maníacos del orden»²¹; sino, además —y aquí está la diferencia sustancial que distingue su liberalismo del «liberalismo abstracto»— un mantenedor convencido de la necesidad de crear un «partido liberal socialista»²², capaz de construir una «nueva democracia»²³ en la cual la libertad sea un valor universalmente disfrutable.

La socialización como estrategia igualitaria

Queda meridianamente claro de este modo que, lejos de ser una defensa de los intereses de las clases privilegiadas —los *Escritos Políticos* están llenos de críticas contra el «parasitismo histórico de las clases superiores»²⁴—, el pensamiento político

orteguiano está dominado por la exigencia de extirpar del liberalismo su «grave hipocresía»²⁵, su capacidad de tergiversar ante la palmaria evidencia de que la defensa de las libertades fundamentales se transforma en retórica —o en algo peor— si no se admite el principio de que el Estado debe defender, con sus formidables recursos materiales y organizativos, los intereses y los derechos de los más débiles. Lo que coloca al liberalismo orteguiano bastante cerca del «revisionismo» de Eduard Bernstein, que había definido el socialismo como un «liberalismo organizador»²⁶ y, consecuentemente, identificado el papel histórico-político del movimiento obrero en la ampliación del perímetro burgués del Estado para transformarlo en una asociación cooperativa de todas las clases sociales.

Ahora bien, ¿cómo había de llegar la socialización de los valores liberales?, ¿cuál debía ser la estrategia que habrían de adoptar las fuerzas progresistas ante la injusticia institucionalizada?

La respuesta de Ortega es inequívoca y, por lo demás, descende lógicamente de sus premisas de principio: recurrir al Estado para reformar, a través del método del «*trial and error*»²⁷, la estructura económica del capitalismo. «Deseamos la socialización de la sociedad —se lee en un artículo de 1918—; eso supone la equiparación del obrero a las otras clases sociales, no sólo en el orden jurídico, sino sobre todo en el orden económico, en el moral y en el intelectual. El movimiento obrero, con sus órganos de resistencia, trata de realizar esta equiparación íntegra. Pero lo hace con escasos medios y entre graves dificultades. Pues, bien, que sea el Estado el que organice esta progresiva evolución de la clase obrera. La valoración equitativa y la intervención del Estado en los conflictos entre el capital y el trabajo deberán ser más audaces. Pero todo esto no basta. Es necesario que se cree lo que podemos llamar un Ministerio de organización obrera. Su papel consistirá en la utilización de los medios superiores del Estado —buena parte de los gastos militares deberían ser transferidos a este Ministerio— para realizar una educación intensiva del obrero, para ampliar enormemente su vida cooperativa, para garantizar su asistencia y su jubilación. Y, naturalmente, todo esto deberá hacerse mediante la asignación de los medios del Estado, en la medida de lo posible, a los propios obreros, de manera que este Ministerio sea una especie de sindicato de sindicatos»²⁸.

El reformismo de Ortega se hace todavía más radical en *Ante el movimiento social*, verdadero manifiesto de su liberalismo socialista. Aquí puede leerse: «Cualesquiera que sean los errores, las exageraciones, las utopías e incluso las atrocidades en las que abunda la acción obrera, existe en ella un núcleo central que la hará incontrovertible. Eliminadas de ella las pasiones, las buenas y las viles; eliminada la frondosidad de la «ciencia socialista»; suprimase incluso el poder de la solidaridad multitudinaria; quedará siempre, por debajo de todo ello, algo que tiene más fuerza que esos elementos juntos; se trata de la validez de su aspiración radical. La idea de que la sociedad presente está injustamente organizada porque no está organizada de acuerdo con el principio del trabajo; la idea, simplísima, pero terriblemente evidente, de que algunos trabajan mucho y comen poco y otros comen mucho y no trabajan en absoluto, ha adquirido en el clima moral de nuestro tiempo una energía tan enorme, ha llegado a tener tal poder de evidencia, que no existe otra fuerza capaz de oponérsele»²⁹.

Establecida esta premisa de orden general, Ortega afirma perentoriamente que «toda doctrina y toda acción que tiendan a aumentar el volumen de la justicia social son progresivas; toda doctrina y toda acción que pretendan disminuirlo son retrógradas»³⁰. Pero inmediatamente después establece una precisión con la que corrobora la

prioridad del valor-libertad respecto del valor-justicia: «el que, deseoso de instaurar la justicia económica, una más justa distribución de la riqueza, aniquila la justicia pública, aplasta las libertades individuales, se adueña del Poder público de la comunidad y lo enfeuda a un grupo o a una clase es, le guste o no, un retrógrado»³¹.

Los criterios para medir el progreso son, por lo tanto, dos: uno francamente socialista —el aumento del volumen de la igualdad económica—; el otro liberal —la defensa de las libertades individuales. De lo que se desprende lógicamente que ni el liberal puro ni el socialista puro son progresistas. El primero olvida que las libertades formales quedan vacías si no se sostienen con los medios para ejercitarlas; el segundo sacrifica las libertades a la justicia, con lo que pierde de vista el hecho elemental de que, sin la libertad, la justicia se transforma en despotismo. Lo que lleva a Ortega a afirmar que quien quiere efectivamente ser progresista debe limitar sus fervores igualitarios y tener presente siempre que también un gobierno «popular» puede actuar arbitrariamente y puede tender al control totalitario de la vida humana. Por consiguiente, progresista es sólo aquel que siente la exigencia de conjugar el principio socialista de la igualdad con el principio liberal de la inviolabilidad de las libertades individuales. De ahí la conclusión orteguiana: «Ir hacia todo el socialista con toda la libertad a través de toda la democracia»³². Más precisamente, tender a la «sociedad justa» institucionalizando el principio del trabajo, que dice que «no puede existir otra riqueza individual que la obtenida con el propio trabajo»³³, y operar de manera que sea «cancelada la diferencia entre el trabajo material y el trabajo intelectual»³⁴ por medio del «adiestramiento del obrero en el autogobierno de la industria»³⁵.

Socialismo y democracia

Como puede verse, las ideas políticas de Ortega a finales de los años diez son, en lo referente a democracia sustancial y a justicia social, lo más avanzado que quepa imaginar dentro de una visión realista de la sociedad³⁶. Enemigo declarado de todo antiliberalismo —incluso, y sobre todo, del antiliberalismo revolucionario—, Ortega es, al mismo tiempo, valeroso defensor de los derechos de los trabajadores y propulsor convencido de una reorganización del sistema económico capitalista basada en la sustitución del principio del Haber por el principio del Trabajo o incluso en la sustitución por la autogestión obrera. Pero, simultáneamente, Ortega es un enérgico mantenedor de la insustituibilidad histórica de las aristocracias intelectuales y morales.

Extraño progresismo, se dirá, el de Ortega: por una parte, auspicia la emancipación material y moral de los trabajadores en el marco de un orden social orientado a la igualdad y, por otra, afirma que «la sociedad humana siempre es aristocrática, en razón de su misma esencia»³⁷.

Sin embargo, ¿el proyecto de socializar las libertades, de manera que sean disfrutadas en igualdad de condiciones por todos los hombres, contrasta, efectivamente, con la interpretación aristocrática de la sociedad y de la historia? Ortega pensaba que no existía tal contradicción y que únicamente podía parecerse al hiperdemocrático que, cegado por el valor-igualdad, no veía que este valor podía ser absoluto —en el ámbito económico y político— sin que le afectara el hecho de que la existencia histórica de las sociedades estaba regulada por las leyes de la ejemplaridad-docilidad.

«Una grosera sociología —se lee en *España invertida*, en la que se anticipan muchos de los temas que encontrarán un tratamiento sistemático en *La Rebelión de las masas*—, nacida por generación espontánea y que, desde hace mucho tiempo,

domina las opiniones corrientes, tergiversa los conceptos de masa y de minorías selectas, considerando a aquélla el conjunto de las clases económicamente inferiores, la plebe, y por éstas las clases más elevadas socialmente. Hasta que no corriamos este *quid pro quo* jamás daremos un paso hacia adelante en la comprensión del hecho social. En cada clase y en cada grupo que no sufra graves anomalías existe siempre una masa vulgar y una minoría eminente»³⁸.

Así, pues, la distinción orteguiana entre minorías y masas atraviesa todas las clases sociales, porque no es una distinción económica o política, sino intelectual y moral. Nace del convencimiento de que el «mecanismo elemental creador de toda sociedad» es el siguiente: «la ejemplaridad de pocos se articula con la docilidad de muchos. El resultado es que el ejemplo se difunde y los inferiores se perfeccionan en el sentido de los mejores»³⁹. Por esto Ortega no duda en afirmar que «una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos. Cualquiera que sea nuestro credo político, resulta obligado reconocer esta verdad, que se refiere a un estrato de la realidad histórica mucho más profundo que aquel en el que se agitan los problemas políticos. La forma jurídica que adopta una sociedad nacional podrá ser todo lo democrática e incluso comunista que se pueda imaginar; empero, su constitución viva, transjurídica, consistirá siempre en la acción dinámica de una minoría sobre una masa»⁴⁰.

Y por minoría —es conveniente subrayar el concepto— debe entenderse no ya las oligarquías del poder y de la riqueza, sino el conjunto de los individuos que, en virtud de la particular disciplina moral a la que se han sometido, ejercen sobre la masa de los individuos no cualificados la fascinación a que es acreedora su propia ejemplaridad. Por tanto, los *aristoi* son los *ascetas* —es la *askesis*, dice Ortega, lo que convierte a un individuo en ejemplar, capaz de estimular a los otros a tomarlo como modelo— que conciben la vida como compromiso, tensión moral, perfeccionamiento continuo y dedicación a una causa. La nobleza se define por las exigencias, por las obligaciones, no por los derechos. *Noblesse oblige*»⁴¹. Esta es sinónimo de «vida comprometida, dispuesta siempre a superarse a sí misma, a trascender lo que es, en aras de lo que se propone como deber y exigencia»⁴². De suerte que la vida noble no coincide, de hecho, con una clase social, sino con un modo de ser hombre. Esto es tan cierto que Ortega escribe que «la división de la sociedad en masas y minorías selectas no es una división en clases sociales, sino en clases de hombres, y no puede identificarse con el orden jerárquico de las clases superiores e inferiores. Es cierto que en las clases superiores, cuando llegan a serlo, y mientras lo son efectivamente, resulta más verosímil encontrar a hombres que adoptan el gran vehículo, mientras que las clases inferiores están constituidas normalmente por hombres sin cualidad. Pero, en rigor, dentro de cada clase social existe la masa y la auténtica minoría»⁴³.

Se comprende, entonces, por qué Ortega no concibe su visión aristocrática de la sociedad como contradictoria con su profesión de fe liberal-socialista. La primera es de carácter descriptivo y la segunda de carácter normativo: la una subraya una realidad efectiva; la otra propone un modelo de sociedad cuyo igualitarismo en el orden económico y en el político no excluye la distinción entre minorías ejemplares y masas dóciles. Y ello porque la «sociedad es de suyo y de modo innato, un aparato de perfeccionamiento. Sentirse dóciles respecto de otro lleva a convivir con él y, simultáneamente, a vivir como él; por lo tanto, a mejorarse en el sentido del modelo»⁴⁴.

Ciertamente, Ortega se daba cuenta de que su posición era demasiado *sui generis* como para no aparecer paradójica. Por este motivo, en un artículo con el significativo título de *Socialismo y aristocracia*, considera oportuno aclarar las razones que le llevan a ser a la vez un elitista y un socialista. «Yo soy socialista —afirmó sin medias

palabras— por amor a la aristocracia»⁴⁵. Y puntualizó que cuanto de paradójico contenía su declaración se desvanecía una vez que estuviese claro que para él aristocracia quería decir «estado social en el cual los mejores ejercen un influjo decisivo»⁴⁶. Y prosigue: «Naturalmente, no se interprete *gobierno* de los mejores, porque eso sería un modo mezquino de ver la cuestión. No me importa que los mejores no gobiernen, o lo que es lo mismo, que no dispongan de los medios violentos para imponerse. Lo que me interesa es que, gobiernen o no los mejores, las opiniones más selectas, más nobles, más justas y más hermosas, adquieran el predominio que les corresponde en el corazón de los hombres. La humanidad no puede vivir sin aristocracias, sin hombres excelentes. Si pudiese vivir sin ellos, el socialismo carecería de sentido. Porque lo grande, lo profundo del socialismo, su misión histórica, a lo que tiende con irresistible energía de cósmica potencia, es la producción de auténticas aristocracias, y si ha nacido en nuestra época se debe al hecho de que... el capitalismo es un estado social en el que las aristocracias son imposibles»⁴⁷. Y esto ocurre porque «el capitalismo ha desmoralizado a la humanidad. Sin duda ha creado una fabulosa riqueza material; pero ha empobrecido la conciencia moral del hombre. Al cultivar con insensato exclusivismo los intereses materiales y el dogma de la utilidad, ha desecado en los individuos todas las emociones propiamente morales»⁴⁸.

La nueva democracia

No hay que creer, sin embargo, que Ortega haya asumido el papel de «compañero de viaje» del movimiento obrero y socialista únicamente porque veía en el capitalismo el triunfo de la cantidad sobre la calidad y el ascenso a la plenitud del poder social del mercader: la cuestión obrera o, en términos más generales, el problema de la justicia social siempre ocupó un puesto central en sus reflexiones políticas. Como tampoco puede afirmarse que a partir de *La Rebelión de las masas* —sin duda su obra más célebre, pero acaso también la más discutible— haya vuelto las espaldas a los ideales del socialismo para transformarse en un repetidor de las críticas nietscheanas a la democracia de masas⁴⁹. No cabe la menor duda de que su filosocialismo en los años veinte se va debilitando progresivamente hasta evaporarse casi completamente después del estallido de la guerra civil⁵⁰. Incluso permanece viva en él la exigencia de dialogar con la que considera —al menos hasta 1933— la única fuerza política capaz de responder de manera progresista al ingreso de las masas en la escena histórica.

Como corroboración de esto conviene recordar que, en 1931, Ortega definió al Partido Socialista como «un excelente, admirable educador de multitudes»⁵¹ y declaró que «no era posible, ni imaginable, ningún tipo de política que en alguna de sus dimensiones no fuese una política obrerista»⁵². No fueron estas declaraciones de circunstancias, dado que la plataforma programática con la que él se presentó a los electores —que después le enviaron a las Cortes Constituyentes de la Segunda República— estaba inspirada en buena parte en los principios que Ortega había formulado en *Ante el movimiento social*.

Ante todo, el principio del trabajo —«la idea más grande y dinamizadora de nuestro tiempo»⁵³—, que formulará de este modo durante un comicio en León: «La organización de la sociedad en comunidad de trabajadores constituye, para mí, algo que no afecta a la cuestión económica, no es ni siquiera el problema del capitalismo y del socialismo, sino que es una cuestión moral. Diría más: ni siquiera moral, es una cuestión simplemente humana. Se trata de que el europeo ha llegado a un grado de madurez que lo lleva a no estimar al hombre que no trabaja... El hombre europeo ha descubierto que el trabajo es la salvación. Incluso el capitalista puede ser un trabajador

si demuestra que se compromete con su dinero a crear riqueza colectiva. Pero es necesario que todos trabajen, y ello obliga a formular un Estatuto General del Trabajo que defina esta obligación»⁵⁴.

En segundo lugar, el rechazo conjunto del conservadurismo y del revolucionarismo y la defensa del reformismo, el único método capaz de no violar lo que Ortega consideraba «el derecho fundamental del hombre, tan fundamental que significaba la definición misma de su sustancia: el derecho a la continuidad»⁵⁵; el único método que podía eliminar en el derrotero de las cosas humanas la dimensión patológica que hacía de la historia una lucha ilustre y perenne entre los paralíticos y los epilépticos»⁵⁶. Los «paralíticos» —es decir, los conservadores— querían detener la historia y, con la historia, el progreso; los «epilépticos» —o sea, los revolucionarios— pretendían, por el contrario, romper todo vínculo con la tradición. Propósito insensato, advertía Ortega, puesto que «romper la continuidad con el pasado, querer empezar de nuevo, es aspirar a descender hasta el orangután e imitarlo»⁵⁷. Y significaba, además, cerrar los ojos ante el hecho de palmaria evidencia de que «la única auténtica revolución era la de la técnica, de la construcción económica y de la sociedad organizada en un cuerpo de trabajadores»⁵⁸. Todo lo demás, a su juicio, no pasaba de «misticismo sociológico» y «magia política» de los que sólo podía derivarse, cualesquiera que fuesen las intenciones, una pavorosa regresión histórica.

En tercer lugar, la defensa del Estado socializado frente a la utopía del *laissez faire*. «Es necesario —podemos leer en un artículo de 1933— edificar un Estado distinto del viejo Estado liberal; y no porque seamos menos liberales que nuestros abuelos, sino porque la vida pública se ha hecho más compleja y difícil y obliga al Estado, lo quiera o no, a intervenir allí donde antes practicaba el *laissez faire* o, mejor dicho, fingía practicarlo. Ya que el viejo liberalismo, aunque naciera de una aspiración generosa, acaso la más generosa que se haya elevado jamás en la historia, acababa, por necesidades objetivas, por comportarse con grave hipocresía»⁵⁹.

Para superar tal hipocresía, Ortega pensaba que el antiguo *laissez faire* debía ser enterrado de una vez para siempre, bien por razones técnicas —«la evolución misma de la economía obliga a reducir al mínimo el liberalismo económico»⁶⁰—, o bien por razones ético-políticas —«la liberación del obrero» a través de la «socialización de la economía»⁶¹—. La estructura productiva del capitalismo se había hecho demasiado compleja, articulada y delicada como para que el Estado pudiese limitar su papel al de «guarda nocturno» de la propiedad privada. Por lo tanto, el Estado debía intervenir deliberada y programáticamente «para dirigir *en sus grandes líneas* el proceso económico nacional»⁶². Lo que implicaba, naturalmente, «una reforma de la estructura del capitalismo vigente» y la sustitución del mercado autorregulado por una «Economía Organizada (o dirigida) por un Estado socializador»⁶³, pero a la vez «religiosamente» respetuoso con las libertades individuales.

Esta era, en síntesis, la «nueva democracia» que Ortega propugnaba para España: una democracia «ni burguesa ni conservadora»⁶⁴, dado que —como declaró el propio Ortega en un discurso en Granada, en 1932— «hoy la política de pura defensa de intereses nace muerta, sin el acuerdo de las masas y, por consiguiente, sin la menor fuerza. Una política de defensa de intereses no puede encender los corazones ni suscitar ilusiones, y sin ello no puede incorporar la nueva fuerza de choque que representa la juventud»⁶⁵.

Las razones del liberalismo

A la luz de todo esto, la reafirmación que se hace en *La Rebelión de las masas* de las razones ético-políticas del liberalismo no puede considerarse —como ha solido hacerse con incalificable ligereza— una nostálgica y antihistórica defensa de una tradición cultural ya agotada. Por el contrario, si se tiene presente que Ortega tenía ante sí la reacción totalitaria —comunista y fascista— contra la sociedad abierta, esa reafirmación adquiere un valor profético, a la luz de las duras réplicas de la historia, que dicen, con irrefutable elocuencia propia de los hechos, que allí donde las instituciones liberales han sido reducidas a escombros ha surgido un «nuevo Leviatán», omnívoro y despiadado.

Ortega vio con extraordinaria claridad que lo que había caracterizado la existencia histórica de las sociedades europeas era el pluralismo político, económico y espiritual y que tal pluralismo había impedido la formación de un Estado omnipotente y nivelador, capaz de aplastar con sus formidables medios cualquier contra-poder. El pluralismo y la libertad, por lo tanto, eran «dos cosas recíprocas»⁶⁶ de tal manera que la destrucción del primero no implicara la muerte de la segunda, o, dicho de otro modo: la libertad sólo podía defenderse mediante la limitación de la jurisdicción potestativa del Estado.

Mas con la «invasión vertical de los bárbaros» —la formación y la difusión multitudinaria del hombre-masa, sordo y ciego ante la tradición liberal, incapaz de concebir otra política que la basada en «la acción directa»— se había delineado una nueva tendencia histórica: «la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, es decir, la anulación de la espontaneidad que, en definitiva, sostenía y alimentaba el destino de los hombres»⁶⁷. Dicha tendencia estaba preñada de consecuencias funestas que podían embarcar a la civilización europea en un vehículo ciego, sofocando su pluralismo en el que residía, en esencia, el secreto de su extraordinaria creatividad. El estatismo, en efecto, sólo puede llevar, lenta pero irremisiblemente, a la burocratización universal, a la subordinación de la sociedad civil a las exigencias impersonales de la máquina administrativa y, en fin, a la inversión de las relaciones funcionales entre el Estado y los ciudadanos: llegados a cierto punto, el Estado ya no vivirá para la sociedad, sino que, por el contrario, será la sociedad la que vivirá para aquél, ya que lo propio de la burocratización total es el convertirse en fin en sí misma y no tolerar ningún límite a su expansión totalitaria.

«Todo por el Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado»: este era el nuevo grito que resonaba en Europa, observado con inquietud por Ortega; revelaba el predominio que había adquirido el hombre-masa, el «Bárbaro vertical» de la civilización industrial que, bajo las banderas del bolchevismo o del fascismo, se aprestaba a transformar la sociedad en una especie de hormiguero o, lo que es sustancialmente lo mismo, en un gigantesco cuartel. Todo eso respondía a una razón intrínseca a toda forma de estatismo, ya sea de derecha o ya sea de izquierda: el Estado es ante todo, y sobre todo, una máquina bélica, un ejército, con lo que si todo se somete a su control impersonal, todo se militariza y al hombre no le queda otra salida que convertirse en un «militante», un guerrero de su «tribu ideológica».

Contra semejante revolución —que sitúa en el centro de la vida humana (individual y colectiva) el culto al Estado-Partido—, Ortega, sin dejar de criticar la hipocresía liberal, experimentó la necesidad de recordar a los europeos que «el liberalismo es el principio de derecho público según el cual el Poder público, a pesar de su omnipotencia, se limita a sí mismo y proclama, aún a sus propias expensas, la exigencia de

dejar espacio en el Estado que dirige —para que puedan vivir— a aquellos que no piensan y no sienten como él: es el derecho que la mayoría concede a la minoría y es, por tanto, el más noble llamamiento que haya podido escucharse en el mundo. Este llamamiento proclama la decisión de convivir con el enemigo y, además, con el enemigo débil»⁶⁸.

Mas, eso no es todo. El liberalismo, antes incluso de ser una doctrina política, es un ideal radical de la vida humana: «es creer que cada ser humano debe ser libre de colmar su individual e intransferible destino»⁶⁹. En este sentido, el liberalismo es el esfuerzo consciente de cultivar y desarrollar la personalidad autónoma, autodirigida, racional, que es justamente lo contrario del hombre-masa, el cual es esencialmente un ser despersonalizado y carente de identidad, «un tipo de hombre hecho deprisa, montado sobre algunas exiguas y miserables abstracciones y que, por eso mismo, es idéntico a cualquier otro en toda la extensión de Europa. A él se debe el triste aspecto de asfixiante monotonía que va adquiriendo la vida en todo el Continente. Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su historia, sin pasado en las vísceras y, por lo tanto, dócil a todas las disciplinas internacionales»⁷⁰.

Se comprende por qué Ortega veía en la «masificación» el más grave e insidioso peligro para la civilización occidental: la «masificación amenazaba con anegar en el conformismo anónimo y gregario la *source* última de la moralidad, de la ciencia y de los demás valores de los cuales y sobre los cuales había vivido Europa durante siglos, escapando del triste destino de los pueblos afro-asiáticos, encerrados en la “jaula de acero” del Estado omnipotente». Lo que no llevó, sin embargo, a Ortega a afirmar que el liberalismo era la verdad definitiva sobre los problemas sociales y políticos. Aún definiéndose un «maníaco de la libertad», reconoce con absoluta lealtad que «no hay duda de que hay que superar el liberalismo del siglo XIX. Pero precisamente es lo que puede hacer quien, como el fascismo, se declara antiliberal»⁷¹. El fascismo, como por lo demás su «enemigo siamés»: el bolchevismo, más que asimilar el pasado lo rechaza con irresponsable gesto polémico. Ahora, el romper con la tradición, repelela en bloque como pura negatividad y pretender recomenzar todo desde el principio, significa regresar, volver a la barbarie primigenia. Cada superación —como ha enseñado una vez por todas Hegel— sólo es auténtica si se resuelve en una asimilación creadora de lo que de válido hay en el pasado. De ahí que todos los intentos de trascender el liberalismo —que es el núcleo esencial de la tradición cultural europea— negándolo no consiguen otra cosa que arribar a consecuencias objetivamente reaccionarias. «El pasado —así suena una de las más bellas advertencias de Ortega— tiene razón, su razón. Si no se le reconoce la que tiene, volverá a reclamarla e imponerla. El liberalismo tenía una razón y hay que dejársela *per saecula saeculorum*. Pero no poseía toda la razón, y la que poseía conviene quitársela. Europa necesita su liberalismo. Esta es la condición para superarlo»⁷².

¹ L. Pellicani: *Introduzione a Ortega y Gasset*, Liguori, Napoli, 1978 e *Introduzione a J. Ortega y Gasset: Scritti politici*, Utet, Torino, 1978.

² J. L. Abellán: *Ortega y Gasset en la filosofía española*, Editorial Tecnos, Madrid, 1966, págs. 27-45.

³ Se trata de la fórmula definitoria de A. Tilgher: *José Ortega y Gasset o la política come demiurgia, en Filosofi e moralisti del 900*, Bompiani, Roma, 1932.

⁴ L. Pellicani: *Il pensiero politico di Ortega y Gasset*, en «Rivista di Sociologia», 1968, n.º 17.

⁵ J. Ortega y Gasset: *Política Social*, X, 674 (esta y las otras citas se refieren a la edición de las *Obras Completas*, dirigidas por P. Garagorri para la «Revista de Occidente» de Madrid. El número romano indica el volumen, el árabe la página).

⁶ *Discurso de Oviedo*, XI, 442.

⁷ *Circular de la Agrupación al Servicio de la República*, XI, 000.

⁸ *Discurso de Oviedo*, XI, 443.

- ⁹ *Ante el movimiento social*, X, 588.
- ¹⁰ *Rectificación de la República*, XI, 405.
- ¹¹ Uso de la expresión de G. Redondo: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Rialp, Madrid, 1970.
- ¹² *La reforma liberal*, X, 37. Es todavía más radical la tesis que se encuentra en una conferencia pronunciada por Ortega en 1910: «Hoy es ya una verdad científica adquirida *in aeternum* que el único Estado social moralmente admisible es el Estado socialista», *La Pedagogía social como programa político*, I, 518.
- ¹³ Pablo Iglesias, X, 141.
- ¹⁴ *Ibidem*, 141.
- ¹⁵ «Nuestra asociación marchará junta al socialismo sin graves discrepancias», leemos en el *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, I, 308.
- ¹⁶ *¡Libertad, divino tesoro!*, X, 330.
- ¹⁷ *Notas del vago estío*, II, 424-25.
- ¹⁸ *Entreacto polémico*, XI, 60.
- ¹⁹ *Miscelánea socialista*, X, 201.
- ²⁰ *Los problemas nacionales y la juventud*, X, 113.
- ²¹ *Dislocación y Restauración en España*, XI, 97.
- ²² *La cuestión moral*, X, 78.
- ²³ *Circular de la Agrupación al Servicio de la República*, XI, 427.
- ²⁴ *Ligero comentario*, XI, 113.
- ²⁵ *Sobre la razón suficiente*, XI, 447.
- ²⁶ E. Bernstein: *I presuposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*. Laterza, Bari, 1968, pág. 194. Las afinidades entre las ideas políticas de Bernstein y las de Ortega se explican fácilmente si se tiene presente que este último bebió los ideales socialistas frecuentando la Escuela de Marburgo, donde enseñaban los neokantianos H. Cohen y P. Natorp. Y es notorio que Bernstein había auspiciado una refundación del socialismo sobre bases kantianas.
- ²⁷ *Bajo el arco en ruina*, X, 265.
- ²⁸ *Los momentos supremos*, X, 470.
- ²⁹ *Ante el movimiento social*, X, 574.
- ³⁰ *Ibidem*, 587.
- ³¹ *Ibidem*, 587.
- ³² *Ibidem*, 598.
- ³³ *Ibidem*, 583.
- ³⁴ *Ibidem*, 590.
- ³⁵ *Ibidem*, 590.
- ³⁶ Digo esto porque, obviamente, se puede imaginar la igualdad absoluta e incluso una sociedad tan armónica que pueda prescindir del Poder público; pero entonces se entra en el reino de la Utopía milenaria de la reaparición de Cristo regulada exclusivamente por el principio del deseo.
- ³⁷ *La Rebelión de las masas*, IV, 150. Téngase presente, sin embargo, que hoy la ciencia política no encuentra contradictorio hablar de «elitismo democrático» y de «idea elitista de la democracia» y que considera fuera de discusión la idea de que la distinción entre élites y masas es universal (*cfr.* D. Bachrach: *La teoría dell'elitismo democrático*», Guida, Napoli, 1974).
- ³⁸ *España invertebrada*, III, 103.
- ³⁹ *Ibidem*, 104.
- ⁴⁰ *Ibidem*, 93.
- ⁴¹ *La Rebelión de las masas*, IV, 182.
- ⁴² *Ibidem*, 183.
- ⁴³ *Ibidem*, 146-147.
- ⁴⁴ *España invertebrada*, III, 106.
- ⁴⁵ *Socialismo y aristocracia*, X, 239.
- ⁴⁶ *Ibidem*, 239.
- ⁴⁷ *Ibidem*. Cuando no ha sido acusado de querer legitimar el poder de la burguesía capitalista, Ortega fue acusado de propugnar el gobierno de los intelectuales. Las dos acusaciones son completamente infundadas, tan es así que escribió: «Yo siempre he sostenido, frente a los platónicos, que no es deseable para un pueblo ser gobernado por los filósofos; pero significa claramente una desgracia todavía mayor y mucho más grave y de consecuencias más negativas que lo gobiernen hombres de negocios». *Antitípicos*, XI, 158.
- ⁴⁸ Es cierto que Nietzsche ha ejercido sobre Ortega una notable influencia; pero es igualmente cierto ha percibido claramente que en la democracia de masas existía algo irresistible desde el punto de vista histórico e irrecusable desde el punto de vista moral. En efecto, se puede leer en *La Rebelión de las masas* que «el imperio de las masas presenta un lado ventajoso, en cuanto significa una elevación de todo el nivel histórico, y revela que la vida media se mueve hoy en un plano superior al que recorría ayer... Todos los tratados actuales, y especialmente la rebelión de las masas, presentan un doble aspecto. Cada uno de ellos no sólo permite, sino que exige una doble interpretación favorable y peyorativa. Y este equívoco no reside en nuestro juicio, ni en la realidad misma. No es que pueda parecer por un lado bien y por el otro mal, pero es que en sí misma la situación presente es potencia bifronte de triunfo y de muerte», IV, 156-193.
- ⁵⁰ Digo «casi del todo» porque incluso Ortega después del regreso a España —donde vivió como un extranjero, mirado con desconfianza por el régimen franquista, que le reprochaba muchos «errores polí-

ticos y religiosos», como puede leerse en la carta que se envió a los periódicos algunos días antes de su muerte—, declaró en varias ocasiones que no se consideraba un conservador, y durante una lección dictada en el Instituto de Humanidades, reafirmó sus convicciones democráticas en los siguientes términos: «Es necesario, si no queremos que nuestra cultura occidental, hasta ahora demasiado mandarinesca, desaparezca, que la ciencia sea mucho más vivaz, que todos convivan y colaboren en su puesta a punto; cada uno naturalmente con el grado y el papel que le compete. Por esto el ideal sería que el auditorio de los cursos y de los coloquios que se celebren en esta sede sean segmento perfecto de la sociedad española, desde el obrero manual, que por desgracia y vergüenza de los más está falto de una cultura ni siquiera elemental, hasta los hombres que saben más que nosotros y que, escuchando, pueden corregirnos y completarnos. Invito a los jóvenes a encargarse de ellos, juzgando por sí mismos si el asunto no tiene un gran valor y, por lo tanto, no deban insuflar en las gelas de este proyecto el magnífico viento de su juventud». *Una interpretación de la historia universal*, IX, 121. «Política social», X, 673. El siguiente fragmento no es menos clarificador de la singular posición de Ortega frente al capitalismo —una posición que escapa de los tradicionales esquemas clasificatorios y que, sin embargo, no es la que se suele pensar—: «El ineludible triunfo del socialismo (que no es exactamente el «obrerismo») sobre el régimen capitalista equivaldrá al dinal de la hegemonía del tipo de hombre utilitario que ha dominado las ideas y los sentimientos durante casi dos siglos. Una vez transcurrido el período de turbulencia que cada cambio profundo conlleva, el poder social pasará de las manos del *homo economicus* o utilitario a las manos de otro tipo humano antieconómico inutilitario, es decir, vitalmente lejos, para el que vivir no significa ganar, sino muy al contrario regalar». «*El Quijote* en la escuela, II, 302.

⁵¹ *Rectificación de la República*, XI, 414.

⁵² *Ibidem*, 406. El hecho de que Ortega, a pesar de su «aristocratismo», siempre haya sido sensible a la cuestión obrera y que su liberalismo no tenga nada que ver con el *laissez faire*, sino por el contrario postula una enérgica y sistemática intervención del Estado para combatir los privilegios de clase, se ve confirmado ulteriormente por la siguiente declaración hecha por él en 1930: «Todos los que reciben enseñanza superior no son todos los que podrían y deberían recibirla; son solamente los hijos de las clases acomodadas. La Universidad significa un privilegio difícilmente justificable y sostenible. He aquí un tema para estudiar: el obrero en la Universidad. Por el momento hemos de dejarlo de lado por dos motivos. El primero, si se cree un deber, como yo lo creo, el conseguir el acceso del obrero al saber universitario, es porque se considera importante y deseable. El problema de universalizar la Universidad supone, por consiguiente, la previa determinación de qué son el saber y la enseñanza universitarios. Segundo, la tarea de hacer accesible la Universidad a los obreros es en mínima parte un problema de la Universidad y casi totalmente un problema del Estado. Solamente una gran reforma de este último hará posible esa tarea» (*Misión de la Universidad*, IV, 318).

⁵³ *Circular*, XI, 426.

⁵⁴ *Discurso de León*, XI, 308-309.

⁵⁵ *La Rebelión de las masas*, IV, 136. La justificación ideológica de tal derecho viene formulada por Ortega en estos términos: «La humanidad no es una especie sino una tradición; el modo de ser hombre es distinto del de la piedra, de la planta, del animal o de Dios porque es *ser en una tradición*. Por lo tanto, es indiferente que este o aquel individuo quiera ser tradicionalista o revolucionario. En uno y otro caso, es más o menos, lo quiera o no, en la tradición», *Paisaje de generaciones*, VIII, 658.

⁵⁶ *La Rebelión de las masas*, IV, 311.

⁵⁷ *Ibidem*, IV, 136.

⁵⁸ *Discurso de Oviedo*, XI, 311.

⁵⁹ *Sobre la razón suficiente*, XI, 447.

⁶⁰ *Puntos esenciales*, XI, 140.

⁶¹ *Ibidem*, 141.

⁶² *Ibidem*, 141.

⁶³ *Discurso de Oviedo*, XI, 442-443.

⁶⁴ *Rectificación de la República*, XI.

⁶⁵ Cit. de G. Redondo: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, vol. II, pág. 43. Pero ya el año precedente Ortega había declarado que «no era una posición política de ningún modo conservadora (ya que) los problemas del Estado moderno eran de tal gravedad y profundidad que ningún pasado servía de norma para afrontarlos» (*Rectificación de la República*, XI, 404).

⁶⁶ *La Rebelión de las masas*, IV, 123.

⁶⁷ *Ibidem*, 225.

⁶⁸ *Ibidem*, 191-192.

⁶⁹ *La socialización del hombre*, II, 746.

⁷⁰ *La Rebelión de las masas*, IV, 121.

⁷¹ *Ibidem*, 205.

⁷² *Ibidem*, 206.

Traducción: Juan A. METASANZ

CRISIS DE LEGITIMIDAD DEL ESTADO LIBERAL EN ORTEGA

Fernando Ariel Del Val

análisis y debate



2

El período histórico en que está situada la obra del escritor madrileño queda englobado en dos momentos muy característicos: hasta 1914, fecha en que publica las *Meditaciones del Quijote*, el mundo, y en concreto Europa, se encuentra desde 1890 en una fase de expansión, la tercera a partir de 1815, del sistema capitalista. Pero en 1914 se inicia la crisis estructural profunda de este sistema, y al corto período de prosperidad que sucede al conflicto bélico, tras la reconstrucción y la inflación de los primeros años veinte, sigue el brutal hundimiento de 1929, al punto de que todavía en 1938 la producción no llega al nivel anterior a la primera guerra ¹. En este período de crisis ² (que durará hasta la expansión que sigue a la Segunda Guerra Mundial), queda situada la obra de nuestro autor que estará influenciada por los problemas originados en el sistema económico, cuya crisis tendrá un eco más sumario en los escritos orteguianos ³, por su alejamiento de este tipo de realidades, mientras que la crisis social, cultural y política, tiene presencia mucho más perceptible, al punto de inundar en determinados momentos sus trabajos y condicionar su actitud personal. Digamos que a una fase

breve de optimismo, tanto en lo cultural como en lo filosófico, histórico y político, en el período 1914 a 1921, sucede un progresivo desencanto y mal humor ante una realidad «indócil» a las ideas que Ortega había ido tejiendo en el anterior período. El mundo europeo se ha ensombrecido, y el español sigue marcado por el pesimismo del 98.

Es aquí donde surge la necesidad de una filosofía de la historia y una teoría del poder, dentro del cuadro ideológico del pensamiento social burgués durante este período crítico para la sociedad capitalista, y esta exigencia se deja sentir en direcciones diferentes⁴. Ortega elabora una doctrina que busca dar un sentido al proceso histórico, y cree encontrar ese *sentido* en la noción de *vida*. Cuando todo falla en nuestro derredor, queda la vida, la de cada cual y hay que aferrarse a ella. En una serie de escritos como *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo*, *La rebelión de las masas*, *En torno a Galileo*, *Historia como sistema*, *Una interpretación de la historia universal*, etc., esboza una comprensión filosófica de lo histórico. Pero en una obra como la de Ortega la historia se presenta como *crisis*, en la medida en que la sociedad en que él se encontraba estaba en tal situación. Es difícil eludir, al hablar de Ortega, el tema de la crisis, que a medida que avanzan su vida y su obra se va convirtiendo en un tema recurrente, y al fin obsesivo. En sus últimos trabajos y cursos públicos, *El hombre y la gente*, *Meditación del pueblo joven*, *Una interpretación...*, las formas de desintegración del mundo social, jurídico y político aparecen como un problema constante. Ahora bien, Ortega había arrancado en su juventud de un mundo problemático, pero en el que existían algunas certezas firmes, el mundo de la primera década del siglo, pero se encuentra en el segundo decenio con el gigantesco impacto de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución de 1917, amén de las considerables tensiones que recorrían la piel, y no sólo la piel, también el hueso de la sociedad española. Ortega desplaza esas tensiones a un plano ideal, filosófico, y su filosofía de la historia es la tentativa por convertir en metafísicos los problemas estructurales de la formación social española: el tardío desarrollo capitalista, la anquilosada estructura de clases, la lucha entre ellas, la decadencia del viejo imperio y los últimos desastres finiseculares, problemas que, en clave histórico-social y económica, pueden tener una explicación y ser racionalmente asumidos sin producir frustraciones colectivas —especialmente en aquellos que no eran responsables de nada, sino víctimas precisamente de esa situación de la que no se podían considerar en modo alguno como sujetos—, y que son abordados por el escritor madrileño como inmensas culpas colectivas de las que hay que redimirse mediante grandes actos de contricción histórica. Es cierto que en esta tarea de elaboración y redondeo de la *Culpa Hispánica*, le ayudan, y aún le han precedido, varios próceres de las letras desde los del 98 con Costa al frente, hasta los ultramontanos como Maeztu, y sus epígonos con Marías a la cabeza.

Vicens Vives ha descrito con verdadero acierto el período que va del 98 al 17. En el *fenómeno del 98*, en su dramatización y polemismo subsiguiente, ve «los fundamentos mismos de la ideología española contemporánea»⁵, pero piensa que «la investigación no ha dicho su última palabra» y que «los precursores, Joaquín Costa, Ganivet» no han sido vistos en función de las concretas circunstancias histórico-políticas de la época, y en particular del «cambio de clima producido por la *disidencia silvelista*» y los acontecimientos que ésta provocó. Vicens no cree que los del 98 supieran «ver la novedad que despuntaba entonces confusamente en el ámbito español» ante la incapacidad de la Restauración. Y precisa que «Costa⁶ es el mejor intérprete de la angustia española»⁷. Por otro lado, ve en la noción de *noventayochismo* «inconvenientes graves» al limitar cronológicamente su ámbito y excluir otras personalidades⁸ que aparecen poco después como Ortega y Gasset, Américo Castro, etc. y sobre todo atribuir «a todas las regiones de España un uniforme “espíritu del 98”».

El profesor catalán precisa después las características esenciales del «movimiento intelectual de 1898, tal como hoy se lo entiende»:

«Reflejó la amargura de una Castilla consciente del fracaso de su intento de forjar España. Por esta razón orientó el resurgimiento español hacia un culto hiperbólico de todo lo castellano, hacia un nacionalismo telúrico, utópico y ciegamente vinculado a los valores de la raza.»

Y determina sus consecuencias en el terreno ideológico y político:

«Es ésta una de las raíces esenciales —junto con la exaltación de las minorías por Ortega y Gasset, y de la Edad Media por Menéndez Pidal— de *Acción Española* (Maeztu, Vegas Latapié) y del movimiento falangista⁹.»

Vicens fija así el carácter intensamente ideológico del llamado «movimiento intelectual del 98» señalando algunos de sus rasgos esenciales, y cree en la conexión entre ese movimiento y Ortega o Castro, precisando las futuras consecuencias en el horizonte político español anterior a la guerra civil.

Pero lo que interesa considerar es que más allá de los orígenes de esa llamada *Culpa Hispánica*, de ese *nacionalismo telúrico*, como ingredientes —vergonzantes o exhibidos hasta la saciedad—, de una filosofía de la historia, que *oculta* la concreta realidad de los problemas sociales, políticos y económicos, el pensamiento de la burguesía liberal y de sus ideólogos e intelectuales, se orienta en el sentido de preparar soluciones, confusamente entrevistas o apenas incoadas, pero ya latentes, que rentabilicen ese sentimiento de culpa colectiva que han ido difundiendo, y que ha sumido en el abatimiento, el letargo o la indiferencia a extensas capas de la sociedad, y que, en definitiva las dejará inermes en sus últimos resortes para resistir frente a la negación histórica y política de los propios principios de la ideología liberal, que esos intelectuales, entre ellos Ortega, habían difundido. Esto, desde luego, no sucede sólo con los *cleros* españoles, en otras naciones europeas los intelectuales liberales cumplirán la misma tarea con ambigüedades y dudas, pero estableciendo una relación ideológica que, como señala Marcuse¹⁰, también se da de hecho en la política y la economía, entre un liberalismo desengañado, antidemocrático y nacionalista y el fascismo. Es en esas renuncias y autonegaciones, en esa ambigüedad del liberal antidemócrata donde el fascismo encontrará aliados que se convierten en sus promotores¹¹ o consentidores¹².

Así en Ortega, la tensión entre liberalismo y democracia conduce a una ruptura entre ambos, que ha sido vista con nitidez por A. Ortí, que dice: «Cuando la disociación entre *liberalismo* y *democracia* se haya producido con toda claridad, Ortega y Gasset, representante de los intereses de una fracción de la burguesía capitalista que aspira a gobernar, se atreverá a calificar —en el conflictivo 1917— a la democracia de “morboza”, para contraponerla netamente —en 1925— al liberalismo: Liberalismo y democracia son dos cosas que empiezan por no tener nada que ver entre sí y acaban por ser, en cuanto tendencias, de sentido antagónico» —reflexiona el filósofo mundano, autoerigido en educador de la alta burguesía...—. «Sería, pues, el más inocente error creer que a fuerza de democracia esquivamos el absolutismo. Todo lo contrario. No hay autocracia más feroz que la difusa e irresponsable del *demos*. Por eso, el que es verdaderamente liberal mira con recelo y cautela sus propios fervores democráticos y, por decirlo así, el liberalismo significa un derecho privado, un privilegio».

Lo cual hace pensar a Ortí que:

«A lo largo de los años 90, la pequeña burguesía radical de los países occidentales va tomando conciencia, de forma confusa y angustiada, de que el sistema parlamen-

tario representativo constituye, ante todo, el artefacto de dominación de la gran burguesía capitalista, de que la *democracia* —por la que ha venido luchando desde el 48— puede no ser una simple prolongación del *liberalismo* sino precisamente su antítesis»¹³.

Pero ya Mosca y Pareto, en línea con Tocqueville, establecieron un claro contraste entre liberalismo y democracia, que Ortega suscribe íntegramente, viendo en ésta un riesgo para un gobierno demagógico de tipo socialista¹⁴.

Fernando Salmerón describe como: «la verdadera preocupación de Ortega era la España entera, pero en esa preocupación manifestaba las condiciones de su clase. Se dirigía a todos los españoles, pero sólo era oído por los grupos reducidos de las clases medias de Madrid y de las provincias. Describía acongojado la vida española —su egoísmo, su falta de disciplina, su incapacidad para la colaboración— y en realidad daba expresión a la desorganización y a las limitaciones de su propia clase. Las vacilaciones de su doctrina política y la defensa de los intereses nacionales no son otra cosa que expresiones en contra de la oligarquía gobernante que, sin embargo, no quieren identificarse con las protestas de los obreros. Y lo mismo acontece con el entusiasmo por el socialismo, que no es la doctrina del movimiento obrero, sino una especie de socialismo liberal, un socialismo de la educación que transforma la tarea política en una aristocrática labor educativa de un grupo reducido que dirige la propagación de la cultura»¹⁵.

Pero esas minorías formadas para la reflexión y comprensión se tornaron «cada vez menos aptas, como lo demostró la Historia, para pasar de la categoría de minorías del pensamiento a la de minorías de la organización o la política»¹⁶.

Por eso resulta ilustrativo, en relación al hecho antes planteado de la contradicción entre liberalismo y democracia, recordar la actitud de Pareto y Mosca frente al fascismo, puesto que al igual que Ortega, diferenciaban terminantemente ambas tradiciones. Ante la crisis de las instituciones liberales pregonada por ambos, y la implantación del régimen fascista, «Pareto, como la mayoría de los liberales italianos, aceptó el sacrificio de la libertad en aras del orden. Mosca, como Croce y algunos más, tomó el camino de una aceptación resentida de la democracia»¹⁷. Ortega eludió la elección y simplemente desapareció, en sentido real, cuando el fascismo se lanzó en España, unido a la derecha tradicional y al ejército, a la destrucción de las instituciones liberales. Sin embargo, en términos teóricos su elección estaba hecha a lo largo de su obra. Fustigó incansablemente a la democracia y en sus últimos años su enemiga hacia ella era absoluta. A mediados del siglo¹⁸ escribía: «el envilecimiento está ahí ya; los políticos no hicieron nada para evitarlo. Y es que desde 1850, por un mecanismo inexorable adscrito a la democracia —aunque en verdad no le es congénito¹⁹—, la fauna de los políticos europeos ha ido degenerando sin pausa (...). Fueron progresivamente dirigidos por las masas hasta convertirse estos últimos años en simples exponentes de sus momentáneos apetitos». Su posición aquí, como en muchos otros momentos es terminante, y ya en 1917 escribía: «Lo que hoy se llama democracia es una degeneración de los corazones»²⁰. Su actitud hacia la democracia no es coyuntural, sino que arranca de una determinación constante, desde su juventud que puede documentarse cómodamente. Mosca y Croce, como señala S. Hughes tuvieron «una aceptación resentida de la democracia», al comprender que, «en el siglo XX, el destino del gobierno popular y el destino del liberalismo estaban inextricablemente enlazados y que los dos se sostendrían o caerían juntos»²¹. Ortega no llegó a ese punto, su permanente desconfianza y temor hacia *las masas* le impidió comprender que la libertad no podía ser privilegio de unos pocos, y que para ello era necesario la profundización en las

raíces democráticas de la libertad, en su extensión como fenómeno social. De otro modo, al mantenerse la libertad como privilegio, su destino último sería la dictadura; una libertad para privilegiados, para minorías, es una libertad fundada en la opresión de los demás, una forma nueva de despotismo que nuestra época ha llamado totalitarismo. Sin embargo, Ortega no barruntó ese peligro, que se materializó ante sus ojos. Desde 1914 hasta su muerte, en 1955, libertad y democracia sufren la acción conjunta de las fuerzas contrarrevolucionarias y de los liberales conservadores, aterrados por las aspiraciones de libertad, igualdad y seguridad de amplios sectores sociales que luchan por su emancipación. La toma de conciencia de esos sectores es un elemento esencial de los movimientos sociales de este siglo y las aspiraciones que a través suyo se manifiestan constituyen una de las claves del presente y aún del futuro, en la medida en que dichas aspiraciones aún no se han realizado. La otra clave es justamente el movimiento inverso. La defensa de un sistema social basado en los privilegios y en el mantenimiento de la desigualdad. Esta desigualdad ha sido, y es, justificada de muchas maneras. Ortega insiste, sin demasiada originalidad, en una de ellas.

En el artículo ya citado de 1917, *Democracia morbosa*²², trata de reducir la democracia a «pura forma jurídica, incapaz de proporcionar orientación alguna para todas aquellas funciones vitales que no son derecho público», y añade, «toda interpretación *soi-disant* democrática de un orden vital que no sea el derecho público es fatalmente plebeyismo». Y concluye: «El nervio saludable de la democracia es, pues, la nivelación de privilegios, no propiamente de derechos. Nótese que los “derechos del hombre” tienen un contenido negativo, son la barbacana (...) a la posible pervivencia del privilegio. A los “derechos del hombre” ya conocidos y conquistados habrá que acumular otros y otros (...), sin embargo no acertamos a prever que (...) tengan tan vasto alcance y modifiquen la faz de la sociedad tanto como los ya logrados, o en vías de lograrse²³. De modo que si hay empeño en reducir el significado de la democracia a esta obra niveladora de privilegios, puede decirse que han pasado sus horas gloriosas». Es evidente que la democracia no queda limitada a una pura fórmula jurídica del derecho público, las luchas sociales de los dos últimos siglos lo muestran y al mismo tiempo hay una interpretación democrática que no se reduce a lo público en la medida en que se desarrolla en la vida civil y *privada* de hombres que pretenden ir más allá de la unidimensionalidad reductora del capitalismo, sin que se produzca una ruptura, como apunta Ortega, entre lo «público» y lo «privado». Esa democratización de la vida no tiene ningún carácter plebeyo, en el sentido de malo o negativo. Ahora bien, si plebeyo es propio de la plebe y ésta es el pueblo, es decir, los ciudadanos, el «plebeyismo» que horroriza a Ortega es manifestación de esos ciudadanos, ante la cual opone una ridícula necesidad de autoafirmación propia de gentes que quieren ser tenidas como distintas, como «distinguidas». En esto las viejas clases dominantes, acostumbradas a su *status* y sin temor a no ser reconocidas por sus modales, pueden adoptar con naturalidad las actitudes, giros y el talante de las clases dominadas, sin preocuparse por si desmerecen o no, ante los demás. En definitiva, se trata de aparecer como clase dominante. Y en el momento en que este artículo es escrito, 1917, en pleno proceso revolucionario —tanto en la otra punta del continente, como en España—, refleja una concepción del mundo cuyo norte es que hay que distanciarse de «esas criaturas “resentidas”, que se saben fatalmente condenadas a formar la plebe moral e intelectual de nuestra especie», gentes que, en definitiva pretenden «que a toda prisa fuese decretada la igualdad entre los hombres; la igualdad ante la ley no les basta». Aquí radica el fondo del asunto, el liberal en su aceptación conservadora puede aceptar la igualdad ante la ley, es decir, una expresión puramente formal, cuyo contenido puede ser nulo, si no hay todo un conjunto de disposiciones que hagan efectiva esa igualdad. Pero, precisamente, de lo que se trata para Ortega es que esa igualdad no sea realmente «igualdad entre los hombres»

con todas sus consecuencias. Ortega no rebasa así la órbita formalista propia del kantismo en que se había formado. A una ética formal corresponde un derecho como sistema de representación y mantenimiento del orden vigente. Aquí resulta especialmente significativo el desarrollo que hace en las últimas páginas de *Una interpretación de la Historia Universal* ²⁴. Frente a la vida que «es constitutivamente inseguridad (...) necesita el hombre asegurar alguna dimensión (...). Esto era el derecho para los romanos». En épocas de crisis, como en Roma o en la época presente, el derecho es el único esfuerzo firme, es «lo irreformable» ²⁵. Ahora bien, en su origen el derecho es pura convención. Los romanos «dotaban de caracteres absolutos, rígidos, invariables e ineluctables a una figura de comportamiento —digámoslo con alguna exageración deliberadamente para que la cosa resulte más clara— (...) a una figura de comportamiento *cualquiera*. y este es, a la postre, el auténtico sentido del Derecho romano, y este es, a la postre, el auténtico sentido de todo derecho» ²⁶. Las instituciones no «derivaban de ninguna supuesta idea del Derecho», sino de «simples usos inveterados o de compromisos entre los grupos sociales en lucha». El Derecho es «lo establecido, o, lo que es igual, la Ley» ²⁷. Sin embargo, a partir de 1750 «se dio en la manía de creer que el Derecho es Derecho *porque*, y *si* es justo, donde justo significa ciertos *desiderata* de orden moral y ético, utópico y místico, por sí ajenos totalmente al Derecho como tal» ²⁸. Esta tendencia se acentúa «sobre todo desde 1789», en que el Derecho «deja de serlo por esencia estable y establecido e invariable y lo que está ahí desde siempre, y se convierte en lo que, por definición, hay que reformar» ²⁹.

Esta hora de crisis, que es la que, en definitiva, preocupa a Ortega, es una situación de inseguridad, ahora ya no hay un punto seguro, uno «ya no puede afianzarse en esa tierra firme que era el Derecho, y desde el cual podía intentar ser con dignidad. Todo caer es decaer. La destrucción del Derecho no puede producir sino el envilecimiento del hombre» ³⁰. Paradójicamente, «a fuerza de hablar de *justicia* se ha aniquilado el *ius*, el Derecho, porque no se ha respetado su esencia, que es la inexorabilidad e invariabilidad» ³¹. El formalismo de Ortega cierra así, el círculo de su propio recorrido. Frente a un universo cambiante y mudadizo, el escritor madrileño busca un punto seguro, éste no está ni en la vida, ni en la historia, sino únicamente en la *forma* de un derecho, que no proviene de una idea de justicia, sino de una constelación de intereses contradictorios, como él mismo reconoce, que llegan a un compromiso. Ortega pretende, ésta es su quimera, perpetuar ese compromiso. Frente a la crisis social, que él llama de la *civilización*, perpetuar un compromiso es algo irreal, la crisis justamente, es manifestación de las contradicciones en el interior del sistema social global, dicha crisis es productora de tensión y muestra la contradictoriedad de los intereses sociales y existenciales en distintos planos. El derecho, mera expresión formal de un equilibrio impuesto desde el Estado es impotente frente al cambio. Ortega apunta en esta dirección cuando reconoce que «el Derecho es lo irreformable —no obstante, de cuando en cuando hay que introducir en él reformas. Alguien me dirá que esto es una contradicción» ³². Pero no soy yo, añade, el responsable de dicha contradicción, sino que lo «es la realidad misma». Y espeta a sus oyentes: «Lo que pasa es que usted, inmovilizado por una tradición filosófica ya exánime sigue creyendo que la realidad no puede ser en sí misma contradictoria porque sigue creyendo que ésta es el ser suficiente, completo, perfecto y óptimo. Pero ello no hace sino convencerme más de que es ineludible elaborar una filosofía radicalmente nueva y exenta de he-lenismo» ³³.

Esa filosofía no era tan nueva, Hegel había ya producido una filosofía del cambio, de la contradicción, la dialéctica pretendía ser eso, y Marx había prolongado esa reflexión en una dirección materialista. ¿Apunta quizá Ortega en ese sentido? Es difícil creerlo. Más bien se trata de una confesión marginal de incapacidad para dar una ex-

plicación coherente, desde los supuestos en que él se mueve, de la crítica situación de la sociedad.

Y puesto que surgía la referencia a Hegel habría que decir que para él, el principio de la filosofía radica en la situación de *escisión*, ya que «la necesidad de la filosofía surge cuando desaparece de la vida de los hombres la fuerza de la unificación, y los contrarios pierden su vida e interacción y cobran autonomía»³⁴. Esto habría que situarlo en conexión con su afirmación posterior según la cual «comprender lo que es, es el cometido de la filosofía, y lo que es, es la razón. En cuanto al individuo, cada cual es, simplemente, hijo de su tiempo, y la filosofía también es el propio tiempo puesto en pensamientos»³⁵.

Como ha significado Ripalda, «Hegel tuvo que constatar, una y otra vez, en su vida lo incurable de su situación histórica»³⁶ y la idea dieciochesca de «la nación dividida» es «el punto alrededor del cual va cristalizando el interés y el pensamiento entero de Hegel desde sus primeros años. La “división” se refiere a la pérdida cumulativa de la antigua solidaridad»³⁷.

Pues bien, Ortega puede entenderse en clave de esa *nación dividida*, es decir: la ruptura entre masas y minorías, la España invertebrada, las generaciones incapaces de realizar su destino y, sobre todo, el «pavoroso proceso de ilegitimidad histórica» del que son testigos el Imperio romano y nuestra época, son caracterizaciones de la actitud de cierto liberalismo que intenta realizar «siempre y explícitamente una aspiración a componer la fragmentada vida moral de los individuos de la sociedad capitalista», pero no es menos cierto, como también se ha subrayado, que el intento *explícito* liberal de recomponer la vida moral de los individuos puede muy bien degenerar en un esfuerzo *implícito* por recomponer la organicidad, la integración social, sin plantearse el problema básico de la previa subversión de los órdenes jerárquicos de dominio que hasta ahora, por tratarse de sociedades de clase, son los elementos activos inevitables de toda organicidad social. Así la búsqueda anticapitalista de la recomposición o reintegración de la vida moral puede desembocar en una legitimación implícita-explicita en el anticapitalismo reaccionario de la autoridad social organizadora o «vertebradora». Hegel culmina sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*³⁸, escribiendo que «la historia universal entera no es sino la realización del espíritu y por ende la evolución del concepto de la libertad, y que el Estado es la realización temporal de la libertad», ahora bien «un gran Estado... tiene la fuerza en su razón. Los Estados pequeños... no son verdaderos Estados independientes y no pueden resistir la prueba de fuego de la guerra». Con lo cual sólo algunos Estados son auténtica realización de la libertad, los grandes, los capaces para la guerra. La jerarquía, el espíritu de escisión, la guerra, están en el corazón de este pensamiento. Siendo el dominio la razón del Estado, difícilmente puede el liberalismo y sus derivados históricos, ser realización de la libertad y la igualdad, puesto que el principio de jerarquía está en su interior. Por eso la desgarrada conciencia liberal no podrá superar el espíritu de escisión, la crisis será su permanente amenaza, también la evidencia de la ilegitimidad del poder estatal. Justamente por ello la conciencia de crisis es muy aguda en Ortega, lo que le hace escribir que: «Una crisis histórica es un cambio de mundo que se diferencia del cambio normal en lo siguiente: lo normal es que a la figura del mundo vigente para una generación suceda otra figura de mundo un poco distinta (...). Hay crisis cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en el que hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve a de verdad no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el

mundo en que se vivía se ha venido abajo y, por lo pronto, en nada más. Es un cambio que comienza por ser negativo-crítico. No se sabe qué pensar de nuevo, sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles (...) no se tienen aún nuevas creencias positivas con que sustituir las tradiciones³⁹. Nos movemos en un *esquema de las crisis*, que es sobre todo... esquemático, parece como si esa enorme convulsión se produjese en las conciencias y sólo en las conciencias, sin mezcla significativa, sólo en cuanto signo, en cuanto traducción psicológico-conceptual del mundo, pero sin que esa crisis de fundamentos, de principios tuviese un correlato más allá de la propia conciencia de la crisis. Sin embargo, esa «figura del mundo» que ya no se cree que sirva estará conectada, mal que bien, con el *mundo*, del cual aún no se nos dice nada. Un poco después se afirma: «nos urge atacar en su raíz el problema mismo de por qué se producen las crisis históricas»⁴⁰. La explicación discurre por el mismo derrotero: «La vida es soledad, radical soledad»⁴¹; «el hombre alterado y fuera de sí ha perdido su autenticidad y vive una vida falsa»⁴². «En la historia tan pronto como comienza a aparecer el hombre de acción y hablarse de él... es que sobreviene un período de barbarización... el hombre de acción surge en el horizonte en el albor de toda crisis». El resumen es: «Con lo dicho... tenemos los ingredientes necesarios para enunciar brevemente un esquema de las crisis que nos sea comprensible. Helo aquí: la cultura no es sino la interpretación que el hombre da a su vida, la serie de soluciones (...) que inventa para obviar a sus problemas y necesidades vitales. Entiéndase bajo estos vocablos lo mismo los de orden material que los llamados espirituales»⁴³. Todo esto tiene sus inconvenientes, al crear esas soluciones, las «generaciones siguientes» no tienen que crear y «la recepción que ahorra el esfuerzo de la creación» invita «a la inercia vital»⁴⁴, a no hacerse cuestión de las cosas, a no sentir auténticas necesidades. Por eso la cultura triunfante se convierte en tópico y la complicación de la cultura tiende a crear una «pantalla entre el *sí mismo* de cada hombre y las cosas mismas que le rodean. Su vida va siendo cada vez menos *suya* y siendo cada vez más colectivas». De este modo, dice Ortega, la cultura producto de la más pura autenticidad vital termina por ser falsificación de la vida, «toda cultura o grande etapa de ella termina por la “socialización” del hombre y, viceversa, la socialización arranca al hombre de su vida en soledad que es la auténtica». Por ello es un error decir que «es ahora cuando se ha inventado la socialización o colectivización del hombre»⁴⁵, y en cada crisis se ha verificado desde una dimensión diferente.

Por este camino Ortega llega a la conclusión de que cultura, como sociedad y socialización son realidades que conducen a la inautenticidad y la enajenación, y por tanto a la crisis. Es necesario, entonces, para salir de ella volver al *ensimismamiento*, a la soledad, para crear desde esa soledad una nueva cultura auténtica que «no puede iniciarse sino desde el fondo sincerísimo y desnudo del propio yo personal». Son esos períodos de vuelta «a lo autóctono en el hombre, frente y contra lo cultivado», como el Renacimiento, Rousseau y el romanticismo y... toda nuestra época, cuando se vuelve a «vivir de verdad».

El fenómeno de las crisis históricas se presenta aquí en una clave individualista extrema, acorde con el pensamiento de Ortega, como ruptura del hombre singular frente al mundo social que lo enajena, y la salida de la crisis se produce a través de un proceso de soledad y ensimismamiento en que el individuo «inventa otra cultura» y un nuevo sistema de creencias.

Pero es en la consideración de la crisis del Imperio romano y en su paralelismo con el presente donde Ortega da una singular imagen del estado, la sociedad y la historia, vistas a través de su idea de *ilegitimidad*.

Pero antes revisemos la noción de crisis. Koselleck ⁴⁶ ha subrayado como en tanto que concepto político y moral la crisis no es expresión de una ideología progresista y ve como «Rousseau ha incorporado a su pronóstico de la revolución el concepto decisivo de *crisis*» diferenciándose así de la Ilustración que profetizaba una revolución al amparo de su fe en el progreso y que tenía sentido político como oposición al despotismo. Ahora bien, la crisis es para los «representantes espirituales de la nueva sociedad» en el siglo XVIII, una lucha entre fuerzas antagónicas trasladada al campo de lo político y así «la decisión política se convierte en fallo terminal de un proceso moral» que se encubre como crisis política. «Encubrir y velar a este encubrimiento en cuanto tal constituyó la función histórica de la filosofía burguesa de la historia. La Historia es experimentada exclusivamente de modo filosófico-histórico». Pero Rousseau, a diferencia de otros soñadores y utópicos, no deseaba la revolución, la veía avanzar irremisiblemente y «esperaba con su irrupción la llegada de un período de inseguridades e incertidumbres que habría de caer sobre los hombros de todos en cuanto se derrumbase el orden imperante». La revolución que contempla el ginebrino es, al tiempo, «una revolución del Estado y de la sociedad que vive en el seno de dicho Estado», y de este modo la crisis queda reconocida. «La característica decisiva que distingue la revolución, profetizada por Rousseau, de una subversión progresista, es la crisis. El siglo venidero traerá revoluciones sinnúmero; el estado de crisis perdurará». La expresión de la crisis será el indicador de una nueva conciencia, pero, sentencia Koselleck, «toda crisis se hurta a la planificación, a la conducción racional sostenida por la fe en el progreso».

Ahora bien, Rousseau, que intentaba vincular la moral ilustrada al Estado preparó el camino a la revolución, y sin sospecharlo desencadenó «la revolución permanente en la búsqueda del Estado verdadero. Lo que él buscaba era la unidad de moral y política: lo que halló fue el Estado total, ésto es la revolución permanente ataviada con los ropajes de la legalidad». La voluntad del señor⁴⁷ es reivindicada por la sociedad como voluntad común absoluta ⁴⁸ que se da leyes, pero la suma de las voluntades e intereses individuales «no da como resultado un interés común y general». El juicio de Koselleck, en un sentido conservador, le hará escribir: «El verdadero soberano es la voluntad pura en cuanto tal, que constituye, ella misma, el objetivo de su propio cumplimiento. Con ello queda anticipada la metafísica de la revolución permanente». Pero éste es también el juicio de toda una tradición conservadora del pensamiento burgués, en la que se encuentra Ortega. Esta echa mano de los argumentos de Tocqueville sobre la democracia para combatirla, fustigando así el pensamiento de Rousseau, en el sentido que subraya Koselleck.

Pero lo que nos interesa retener en la argumentación de éste es la diferencia entre crisis y revolución en el pensamiento de Rousseau, para desde ahí entender como, en Ortega, la crisis es expresión de un cambio de mundo y de la búsqueda de una nueva identidad de los sujetos. Este proceso, sin embargo, es un proceso eminentemente colectivo y los límites de Ortega, como de esa misma tradición conservadora en que se incluye, residen en la subjetivización del problema, y en el caso particular de Ortega en su psicologización. La crisis en términos políticos, revela un estrato social, colectivo, más radical, el de las necesidades sentidas y no satisfechas por la sociedad, independientemente de que dichos deseos y necesidades queden tematizados conscientemente, y sean formulados en términos de un programa de acción. En muchas ocasiones es la ausencia de ese programa, de esa conciencia, lo que desencadena dentro de la crisis, rebeliones que se extinguen tras el furor inicial, pero que son expresión de las necesidades insatisfechas. Es lo que podría hacernos pensar, con Freud, tal como lo expresa Alain Besançon que: «nul n'est tenu de cicre l'histoire s'il ne trouve en elle l'esperance d'un accomplissement de désir» ⁴⁹. Ahora bien, los deseos de todos

y cada uno, no únicamente los de una *minoría* privilegiada —económica, política o culturalmente—, en el sentido orteguiano.

Pero volviendo a la determinación del concepto de crisis hay que decir que ésta «es inseparable de la percepción interior de quien la padece»⁵⁰ y que surge «cuando la estructura de un sistema de sociedad admite menos posibilidades de resolver problemas que las requeridas para su conservación». Ahora bien, las disfunciones en el proceso de integración social de que habla Habermas, en los «estados de crisis se presentan como una desintegración de las instituciones sociales» que, de este modo, pierden su identidad y también los individuos que a través de esa vida colectiva afirman «su identidad yoica». Así, cuando «las nuevas generaciones ya no se reconocen en la tradición que antes tuvo carácter constitutivo», la sociedad pierde su identidad. Este sería el planteamiento de Ortega, tal como hemos visto, pero para Habermas «este concepto idealista de la crisis presenta dificultades», puesto que la ruptura de la tradición es un criterio impreciso, ya que los instrumentos con que se transmiten las formas de conciencia que dan continuidad histórica se alteran y «la conciencia que tienen los contemporáneos de la crisis puede revelarse *post festum* como engañosa». Lo cual hace concluir a Habermas que «una sociedad no se encuentra en crisis por el solo hecho de que sus miembros lo digan».

Por eso habría que buscar la objetividad de los procesos de crisis en el hecho de «generarse en problemas de autogobierno no resueltos» de modo que la integración social resulte amenazada. Hay, por tanto, que determinar «cuándo aparecen problemas de autogobierno que cumplan con esta condición». Para Habermas un concepto de crisis en ciencias sociales ha de establecer la relación entre «integración social» e «integración sistémica». La integración social hace referencia a «sistemas de instituciones en que se socializan sujetos hablantes y actuantes; los sistemas de sociedad aparecen aquí con el aspecto de un *mundo-de-vida* estructurado por medio de símbolos», en el sentido de la tradición fenomenológica de Schutz, prolongada por Berger y Luckmann en *La construcción social de la realidad*⁵¹. De interpretación sistémica se habla respecto a rendimientos de autogobierno específicos de un sistema auto-regulado⁵².

Este planteamiento habermasiano de la crisis se despliega, por tanto, en dos direcciones: como crisis institucional del mundo de vida organizado simbólicamente, y en tanto que crisis del sistema social y de su capacidad para autorregularse en una situación crecientemente compleja e inestable.

En el caso de Ortega la crisis se manifiesta como *crisis de Occidente* y traza una serie de semejanzas entre el fenómeno de la ilegitimidad en Roma y en la época actual estableciendo un pronóstico sombrío sobre «el porvenir de la civilización occidental (que) concuerda con el de Spengler, pero se funda en razones distintas y es menos rotundo»⁵³. Pero también la crisis tiene una dimensión nacional⁵⁴ que Ortega tempranamente señala, y en su conferencia de 1914 *Vieja y nueva política* diagnosticó que «lo malo es que no es el Estado español quien está enfermo por externos errores de política sólo...; quien está enfermo, casi moribundo, es la raza, la sustancia nacional y, por tanto, la política no es la solución suficiente del problema nacional porque es éste un problema histórico»⁵⁵. La solución que apunta en esa conferencia es la creación de una minoría «de cuya existencia depende la perduración nacional»⁵⁶, y propone «liberalismo y nacionalización» como temas de «nuestro movimiento», para «llegar hasta esas masas... las masas nacionales (que) no se hallan políticamente movilizadas», pero no se puede «hablar de masas inertes donde falta el intento repetido de minorías directoras para sacarlas de su indolencia». Esa ausencia de «los mejores»

capaces de imponerse, revelará una crisis de poder, en términos genéricos, lo que conduce a una crisis de las instituciones de mando, y en concreto del Estado. Se plantea así el tema de la legitimidad del poder público. Años después, Ortega contrapondrá las instituciones y el Estado a la nación y señalará:

«Llega nuestro pueblo, como los demás de Europa a un punto en el que se ve forzado a inventar instituciones; ésto es una figura de Estado (...), Rusia e Italia han preferido equivocarse, y *en vez de innovar profundamente* han seguido la tradición utópica de los dos últimos siglos: han preferido el fantasma transitorio de un Estado “perfecto” al porvenir de una nación vigorosa (...).»

En definitiva, quien vive es la nación. El Estado... se nutre de sus jugos... Ya veremos cuando pase algún tiempo el resultado de esas soluciones que se proponen lo contrario... intentar... vivir desde el Estado (...).

En la historia triunfa la vitalidad de las naciones, no la perfección formal de los Estados⁵⁷. Y en 1931, tras la significativa conferencia, en el cine de la Opera, titulada *Rectificación de la República* (el 6 de diciembre de 1931), Ortega publica un artículo, *¿Instituciones?*⁵⁸, en el que señala que «el hecho más importante en la historia política del mundo en lo que va de siglo es la crisis del parlamentarismo», sin embargo, en el proceso constituyente español los diputados «han ido votando instituciones tras instituciones y al final ha resultado, sin que se sepa porqué, un Estado de tipo muy parlamentario», cuando hoy, de todos los principios políticos «el que menos probabilidades de porvenir franco tiene es el parlamentarismo». Y aquí añade una precisión: «Entiéndase bien; el *parlamentarismo*, no el Parlamento», y una hipótesis: «Han preferido el parlamentarismo por ser lo más vulgar del mundo». El hecho cierto para Ortega es que «los hombres han perdido la fe en las instituciones» y esa falta de fe «los hace decidirse por cualquiera» (de las instituciones). Estamos, pues, en los umbrales del *decisionismo*, cuando las preferencias y las convicciones faltan hay que «seguir viviendo, por tanto es preciso seguir optando», pero al no haber razones «no hay más remedio que optar —más allá de la fe, más allá de la razón. Se trata, pues, del acto más específico de la voluntad».

En esta situación, «ni el comunismo, ni el fascismo significan fe alguna en formas políticas» frente a los movimientos políticos de los 150 años anteriores que tenían «la esperanza puesta en determinadas instituciones», «comunismo y fascismo no son fe en lo que propugnan, sino simplemente *decisiones*». Por eso el fascismo hace sus gestos de engendrar un nuevo tipo de Estado, pero tal tipo de Estado no aparece nunca..., se ve sólo la actuación personal de un hombre, para lo cual todo el resto —ideología e instituciones— es puro pretexto y dintorno».

Así comunismo y fascismo son formas de la desesperación, son puras decisiones.

¿Cuál será «la solución de la crisis política en que nos angustiamos desde hace siglo y medio»? La respuesta es bastante esquemática: «La solución vendrá... por la simple presencia de una nueva generación que se declarará más allá del politicismo y economismo». «Sin saber cómo» parecerán haberse resuelto los problemas agudos. Y remacha: «Es muy natural que los problemas políticos y económicos (...) se resuelvan sin más que cambiar su rango en la atención del hombre». Pero al final del artículo muestra el fondo de su pensamiento: la solución de la época, como de otras épocas de crisis viene dada por «la calidad intransferible de los hombres». Y precisa que no se trata de cualquier hombre, sino del hombre egregio; la solución es el cesarismo: «Las instituciones fueron originariamente el hueco que dejó un hombre superior con

su generosa, creadora actuación. A veces como en el caso de César, el nombre de la persona quedó objetivado como nombre de la institución. A un siglo apasionado de instituciones, tendrá que seguir otro movido por tendencia inversa, el cual de las instituciones retorne a los hombres, a la calidad intransferible de los hombres».

Pocos meses antes, Ortega se había planteado en un discurso parlamentario sobre el tema *Federalismo y autonomismo*, donde residía el origen del poder diciendo que:

«La soberanía (...) no es propiamente el Poder, no es ni siquiera el Estado, sino que es el origen de todo Poder, de todo Estado, y en él, de toda ley. Es la soberanía la facultad en su raíz preestatal y prejurídica de las decisiones últimas o primeras (...) es, pues, el fundamento de todo Poder, de toda ley, de todo derecho, de todo orden. Es (...) la voluntad de una colectividad (...) a través de los cambiantes destinos políticos de un pueblo (...). Una soberanía unitaria significa, por tanto, la voluntad radical y sin reservas de la convivencia histórica: escindir (...) no el ejercicio de las funciones de Poder (...), (sino) esa soberanía unitaria, equivale a renunciar a esa voluntad de convivencia radical preestatal (...), que no se acepta por entero y sin cláusulas la comunidad de destino» (...). Y poco después añade:

«Un Estado federal es un conjunto de pueblos que caminan hacia su unidad. Un Estado unitario, que se federaliza, es un organismo de pueblos que retrograda y camina hacia su dispersión.»⁵⁹

Ante esta amenaza Ortega planteará al año siguiente, 1932, «la construcción de un nuevo Estado, fundado en el principio de la Nación y el principio del Trabajo» porque «hay que estabilizar la vida pública, y ésto no se consigue... más que con un Estado. Un Estado es, ante todo, un Poder público respetable, y porque respetable, respetado». Ese respeto, añade Ortega, «no es cuestión de fuerza pública. ¡Qué enorme error! La fuerza pública no interviene en la política sino para llenar los huecos de respetabilidad del Poder público, que es un Poder espiritual. Cuando los huecos son demasiado grandes la fuerza pública acaba por faltar el respeto al Poder público, cuya es».

Bajo el lema *Hacia un partido de la nación* publica tres artículos⁶⁰ en los que se da una oscilación entre un nacionalismo laborista («el principio de la nación y el principio del trabajo», «una nación enérgica»), el liberalismo tradicional («desde el Estado no se puede favorecer ni agredir metódicamente a ningún grupo», es decir, el Estado neutral) y la apertura a un *Estado fuerte* («el Estado responde... con fulminante y aplastante energía, «la garantía del Estado, porque éste, cuando lo es, significa siempre amparo supremo», «el Estado es, por excelencia, el Recurso-La Provincia civil»), y plantea en todas sus dimensiones el tema de la legitimidad en términos como éstos: «Un nuevo Estado no se afirma, si no se suscita un nuevo espíritu»; o, «se haga consistir la República en un credo histórico de contenido tan indiscutible...» y poco después, «estabilizar la vida pública... no se consigue... más que con un Estado», pero la relativa esperanza que Ortega alienta en este período terminará por dejar paso a su apartamiento de la vida pública, a partir de 1932⁶¹, y a la disolución de la *Agrupación al servicio de la República*⁶². Años más tarde, en 1949, el militantismo en favor de la *Nación* dará paso a un matizado supra-nacionalismo que expresa en Berlín diciendo: «Las naciones europeas han llegado a un instante en que sólo pueden salvarse si logran superarse a sí mismas como naciones, es decir, si se consigue hacer en ellas vigente la opinión de que la nacionalidad *como forma más perfecta de vida colectiva* es un anacronismo, carece de fertilidad hacia el futuro es, en suma, históricamente imposible», y añade: Hay que «articular las naciones europeas en una unidad política

supra o ultranacional (que es lo contrario de toda internacionalidad) o las veríamos pasar rápidamente de vivir en *forma* y mandar en el mundo a arrastrarse *envilecidas*»⁶³.

El tránsito de unas a otras posiciones estará marcado por profundas decepciones personales y graves acontecimientos históricos⁶⁴. Es quizá en las conferencias dadas en 1948-49 sobre Toynbee, en donde el pesimismo y el tono crítico se hace más agudo en torno a los problemas históricos y su relación con el poder⁶⁵.

Ortega señala, refiriéndose a Roma, que «algo es jurídicamente legítimo —el rey, el senado, el cónsul—, cuando su ejercicio del Poder está fundado en la creencia completa que abriga todo pueblo de que, en efecto, es quien tiene derecho a ejercerlo... (y) quien tiene derecho a gobernar sólo existe como parte de una creencia total en cierta concepción del mundo que es igualmente compartida por todo el pueblo; en suma, el *consensus*»⁶⁶. Esa concepción tiene que ser religiosa y cuando se resquebraja se desvanece la legitimidad, y ésto se produce irremediabilmente en toda historia. Llega un momento en que todo pueblo «descubre la *modernidad invasora* de su vida frente a la *tradicionalidad legítima* de la antigua. Toda modernidad es ya comienzo de ilegitimidad»⁶⁷ y enriquecimiento, en ella se da «la lucha entre lo eficaz y lo legítimo»⁶⁸. En esa situación, ¡Adiós al *consensus* en que se basa la unidad efectiva del Estado!, ¡adiós a la creencia total común de la que brota y en que se funda toda legitimidad en el ejercicio del poder público! El derecho no se funda en algo jurídico, como pensaba Kelsen, sino en cierta situación total de la vida humana colectiva y cuando se quiebra la creencia común, se rompe la legitimidad. En esa ruptura de la legitimidad, los intelectuales no tienen arte ni parte, sino que es producto del contacto con otras religiones distintas, con otras creencias. Pero los pueblos al perder la fe acuden a la razón y así nació la filosofía en Grecia siendo la filosofía estoica la que en Roma suscitó «la única etapa de, *algo así* como legitimidad de que gozó en sus cinco siglos de vida arrastrada el Imperio romano»⁶⁹, y este es un hecho a tener en cuenta al analizar «la vida constituida en ilegitimidad» de la que son dos ejemplos gigantescos «los tiempos declinantes de la República romana y los tiempos en que estamos nosotros alentando». Así Roma al llegar al punto de mayor civilización vuelve a la primitiva situación de ilegitimidad, «nadie tiene derecho a mandar», pero era necesario que alguien ejerciese el poder público, para acabar con la anarquía, y el cansancio por la política hace que el jefe del Estado sea... «*cualquiera*», «por eso el Imperio no tuvo nunca genuina forma jurídica, auténtica legalidad, ni legitimidad»⁷⁰. En esa situación el Estado aumenta su pulsión sobre los individuos y a medida que la creencia disminuye, la disciplina externa se incrementa al faltar la interna. Por aquí Ortega, llega a la conclusión, que el Estado, el «poder público, empieza por ser ilegítimo y termina por ser ilegítimo», y así se alumbra crudamente lo que constituye el núcleo del Estado, que «*no consiste* en legitimidad», ésto es un añadido que le dan los pueblos en sus mejores horas, gracias a la integridad de sus creencias pero que se desvanece cuando avanza la ilegitimidad. Cuando la vida de toda «una civilización entra en la etapa de constitutiva ilegitimidad», lo primero que hay que hacer es reconocerlo. Así vemos el Poder público a secas, absoluto y absolutamente ilegítimo, en el Imperio romano, que fue el Estado más ilustre que ha existido en el mundo. Pero como la vida es constitutiva inseguridad y el hombre ha de asegurar algo, el Derecho es para los romanos lo seguro, inexorable e invariable, que tiene poco que ver con la justicia. El derecho es una figura de comportamiento *cualquiera* y sus instituciones son compromiso entre grupos sociales en lucha, acuerdos, así las instituciones romanas no han vivido de la justicia extrajurídica, sino de la política⁷¹. Las dos notas constitutivas del derecho son: ser inmutables y no ser mandamiento de ninguna voluntad personal, es por lo tanto, el derecho, lo contrario de todo autoritarismo. Por eso creer

que el derecho es derecho *porque* y *sí* es justo, y «justo significa ciertos *desiderata* de orden moral y ético, utópico y místico», como se ha creído desde alrededor de 1750, es algo irreal. Al ser el derecho resultado de luchas y no lo justo, el derecho existente se convirtió en el derecho que había que reformar, y al fin, desde 1789 se va a «la reforma de la reforma misma, es decir, al reformismo como actitud primaria ante el derecho»⁷². Así deja de serlo por esencia estable. Y lo que debía «ser una de las pocas cosas quietas, y por ello, seguras con que el hombre podía contar y en que sabía a qué atenerse se ha transformado en lo más inestable y movedizo». Por eso «de nada sirve que siga funcionando el Código civil que prescribe sobre la propiedad si nadie sabe hoy lo que mañana va a ser su propiedad»⁷³. En algunos países se conserva una apariencia de derecho y esos países atacan, por motivos políticos, a los que ya ni eso conservan. Pero dejando de lado las inconstitucionalidades en que ha consistido siempre toda política, la cosa grave es que «ese residuo aparente de Derecho» es hoy apariencia, tras de la cual no hay «masa compacta de voluntad de Derecho que la sostenga y defienda». Ortega hace constar que no se refiere a España, pues «tras 15 años de total silencio reanudaba su actuación pública, bien que estrictamente intelectual». Su llamamiento a los «poderosos de la tierra» pretende que tomen «conciencia de la enormidad que han hecho, que están haciendo, destruyendo el Derecho en los ámbitos humanos». No se sabe que la humanidad, salvo momentos fugacísimos de absoluto caos, y nunca a la vez en todo el mundo, haya «podido vivir sin Derecho, más ahora que éste es por lo visto, una pieza sobrante al reloj de la convivencia humana», veremos si así puede funcionar la humanidad.

Sin embargo, como antes vimos, Ortega reconoce que a pesar de ser el Derecho lo irreformable, hay que introducir a veces reformas y esta contradicción revela que la realidad es contradictoria, que hay que elaborar una filosofía radicalmente nueva⁷⁴.

Y esa es la misión del intelectual que lo es de verdad, del profeta: clamar en el desierto, pues a fuerza de hablar de *justicia*, se ha aniquilado el *ius*, al no respetar su esencia, la invariabilidad. Ya no asistimos a la creación de ningún Derecho, sino a un quitar los derechos que había. La justicia para el romano era la del juez, por eso dice: lo justo es justo porque es Derecho. Ahora al caer el Derecho cae el hombre, y todo a cuenta de «este afán de justicia presunta» inspirada en la buena fe, por amor al hombre, pero que está destruyendo «muchas de las mejores cosas humanas».

A lo largo de todo este escrito está presente, unas veces en filigrana, otras de forma más clara, aunque genérica, la época presente y sus crisis, y desde luego la propia crisis del Estado en la España de los treinta y su ulterior reconstrucción bajo la forma de dictadura, aunque de esto último no hay alusiones directas, sino más bien un curarse en salud, al decir explícitamente que él no es un político y no hará referencias a la política.

El paralelo entre Roma y el presente queda establecido, de modo expreso y sin mayores problemas, cuando señala que:

«El análisis de la vida constituida en ilegitimidad que estamos haciendo y de que son dos gigantescos ejemplos los tiempos declinantes de la República romana y los tiempos en que estamos nosotros mismos alentando», (IX, 151) en el escrito que glosamos.

Mientras que el tema de la legitimación del poder es visto a través precisamente de la carencia de legitimidad en una situación de crisis. Y donde, en filigrana, se puede

adivinar una alusión velada, aunque no expresa, a la situación española es al referirse a la década de los años 30 en Roma:

«Hacía falta que alguien, fuese quien fuese, ejerciera el poder público, el mando y terminase con la anarquía. Hubo hacia el año 30 en Roma como una marea viva de hartazgo y asco hacia toda política proveniente de la excesiva, obsesionada dedicación a ella que había precedido (...). Al final de todo el proceso de mil años (...) el jefe de su Estado vuelve a ser... *cualquiera*. Por eso el Imperio no tuvo nunca genuina forma jurídica, auténtica legalidad ni legitimidad».

Y añade: «Las cosas andan tan mal que, en el año 22 el Senado está resuelto a nombrar “dictador” (...), con otro nombre emperador» (pág. 154). A través de este paralelismo entre ambas épocas lo que se manifiesta es la ideología de fondo de Ortega, que no se puede decir que se modificase grandemente desde su juventud, aunque hubiese oscilaciones formales. Ortega era un liberal conservador, un liberal doctrinario⁷⁵, como él mismo se autocalifica, al que los acontecimientos nacionales e internacionales fueron desbordando. El, que profetizó en *El ocaso de las revoluciones* (1923) el fin de dichos procesos sociales y que sobre España dijo que «razas poco inteligentes son poco revolucionarias»⁷⁶, con lo que dictaminaba que el caso de España estaba claro, puesto que dándose todos los factores que se consideran decisivos para que la revolución explote, no ha habido entre nosotros propiamente espíritu revolucionario, y el que ha habido es reflejo de otros países, trece años más tarde se topó con una revolución bastante genuina e igualitaria, que es lo que más detestaba. El anarquismo hispánico tenía raíces profundas en la mentalidad y las aspiraciones históricas del pueblo⁷⁷. Y eso Ortega lo tuvo que reconocer: «Aquí todo lo ha hecho el pueblo, y lo que el pueblo no ha podido hacer se ha quedado sin hacer». Cuando la revolución estalló, como rechazo al golpe militar fascista, Ortega hizo mutis por el foro, esa fue su respuesta. Por eso aquel «partido de amplitud nacional», el «partido gigante» «para forjar una nueva nación», que proponía en su sonado discurso del 6 de diciembre de 1931, tuvo poco eco entre el pueblo trabajador. Sin embargo, los fascistas comprendieron mejor este lenguaje: «La nación es el punto de vista en el cual queda integrada la vida colectiva por encima de todos los intereses parciales de clase, de grupo o de individuo; es la afirmación del Estado nacionalizado... es la unidad de nuestro destino y nuestro porvenir»⁷⁸. José Antonio Primo de Rivera lo convirtió en: «La patria es una unidad de destino en lo universal».

Por eso cuando Ortega plantea frente a la interpretación materialista de la historia, la «interpretación bélica de la historia» (1925), no le queda más remedio que admitir que «sólo en edades tan maduras que tocan ya los tiempos de descomposición se alza el principio económico con el mando sobre la historia»⁷⁹, pero él sigue *erre que erre* con el belicismo a cuestas y determina que «este amor al instrumento de destrucción que proporciona la delicia de mandar resuena en frenéticos himnos a lo largo de la historia»⁸⁰, «la disciplina bélica ha sido una de las máximas potencias de la historia. Toda otra disciplina viene de este orden espiritual invertido por el hombre para combatir».

Esto haría pensar que en el planteamiento de Dahrendorf⁸¹ hay elementos que son aplicables a la temática de Ortega. Lo que éste persigue no sería, sin más, una justificación de la desigualdad en términos económicos, sino fundamentalmente legitimar la desigualdad en función del control y consumo de la autoridad. Su ideología de las minorías, el potencial antagonismo masas/minorías y expresiones como «indocilidad de las masas», «ausencia de los mejores», etc. giran siempre en torno al problema de la autoridad, ausencia de ésta y afirmación de su necesidad. La crisis, tal como él la

enuncia es una crisis de autoridad y la tarea (o como él dice «el tema de nuestro tiempo») consistirá en legitimar la autoridad sometiendo a las masas. La forma de sometimiento ha de ser el reconocimiento por parte de éstas de la «autoridad», haciéndoles patente su necesidad y sus beneficios.

Habría que ver si el concepto de Weber, autoridad como «probabilidad de que un actor implicado en una relación social esté capacitado para conseguir lo que quiera contra toda resistencia que se le oponga cualquiera que sea la base sobre la que se funda esa probabilidad»⁸², sirve para los planteamientos de Ortega. De cualquier modo, el tema de la crisis, como ausencia de control de las masas por los mejores, sitúa sus escritos, a través de una reiteración obsesiva del problema, en la óptica de aquellos ideólogos que, ante el desmoronamiento del orden establecido, como régimen liberal capitalista, presienten los inicios de un orden nuevo. Ese «orden nuevo» tiene en su centro la exigencia inexcusable de un restablecimiento de la autoridad de «los mejores». Aquí enlaza con el planteamiento paretiano, y lo sigue de un modo muy esquemático. Lo que para Pareto queda situado dentro de un conjunto en el que se integran tanto *Les systemes socialistes*, y el *Tratatto*, como una teoría de la sociedad, en Ortega es pieza, como digo obsesiva, pero cuya articulación dentro de una teoría de la sociedad es siempre insuficiente. El escritor madrileño se mueve en el plano de los principios generales, filosóficos. Su planteamiento de la crisis exige una clarificación de su génesis, pero para Ortega, los orígenes de la crisis son químicamente puros. La crisis es crisis de autoridad, las masas no obedecen, no se dejan guiar por las minorías; peor aún, las minorías no están demasiado interesadas en mandar, la crisis no es sólo de las masas que no son obedientes, sino de las minorías que no son suficientemente imperativas. Lo que propone como salida de esa situación de ilegitimidad, que es nuestro tiempo, es una *restauración*⁸³. Frente a «el otro» amenazante, el intelectual, es decir, el propio Ortega, plantea la existencia de *un orden inminente que hay que restablecer*, y esa es su filosofía de la historia fundada en una ideología del poder de la minoría sobre la mayoría. Esa restauración del dominio de los mejores sobre los otros, Pareto decía, «la historia es un cementerio de aristocracias»), restaurará la legitimidad del derecho como convención, no como ideal utópico de justicia. Mientras que en Europa se producirá un proceso a través del cual «el “totalitarismo” salvará al “liberalismo”, destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios»⁸⁴. Así la tensión entre liberalismo y democracia se rompe en favor de un liberalismo fascistizado y algunos de sus epígonos lo comprendieron de este modo: los fascistas-liberales españoles, del grupo *Escorial*⁸⁵. Bajo la presión de la clase obrera en lucha por una democracia directa y real, tanto en lo social como en lo económico, la derecha española, fascista y tradicional, se encaminó conscientemente hacia la dictadura.

Cobra sentido entonces la expresión de Marx «El traje de gala del liberalismo se ha caído»⁸⁶, y la clara afirmación de Horkheimer-Adorno⁸⁷:

«Así como un dios abatido regresa convertido en un ídolo más despiadado, de la misma forma el viejo estado burgués vuelve como “guardián nocturno” en la violencia de lo colectivo fascista».

Por eso hay que tener en cuenta la posición de la burguesía ante el conflicto de clases frente al proletariado y su reconversión del estado liberal en estado fascista, en función de sus propios intereses.

Martínez Alier señala que⁸⁸: «Se presta atención a la pretendida debilidad de la burguesía, a la que se supone impotente ante la élite aristocrática, en vez de prestar

atención a la fuerza amenazadora del proletariado, que llevó a esa burguesía a tornarse fascista»; y añade «la burguesía periférica no iba a propugnar una reforma agraria en el sur contra latifundistas que eran tan burgueses como ellos (aunque más fascistas). La burguesía se sintió, con razón, débil ante el proletariado y estuvo muy dispuesta a imponer su dictadura. Esa es la dictadura franquista, que permite a las distintas facciones de la burguesía el «pluralismo limitado» de que habla Linz, pero que no deja expresarse políticamente, ni incluso sindicalmente, a la clase obrera». Y concluye: «La crisis revolucionaria española, cuya solución no podía ser una república democrático-parlamentaria... desembocó tras la guerra civil en una dictadura de la burguesía (...). El franquismo no ha sido la dictadura de una *clique*... sino la dictadura de una burguesía que, ante el empuje del proletariado dejó de ser liberal».

Por eso, mientras Ortega intentaba legitimar y restaurar el orden burgués de las minorías, y echaba en falta la autoridad en el proceso moderno de ilegitimidad, Philip Petain, desde el otro lado de los Pirineos, en plena colaboración con los nazis, sentenciaba:

«Le neant, c'est avant tout l'absence d'autorité. L'autorité quand je suis veni ici, n'était nulle part»⁸⁹.

Así la prolongación del liberalismo en el fascismo⁹⁰, en el militarismo, en el totalitarismo nos recuerda el *dictum* de Conrad:

«Sumergirse en el elemento destructor... Seguir su sueño aún... y así... *ewig... usque and finem*»⁹¹.

¹ Cfr. Samir Amín: *Una crisis estructural*, en *La crisis del Imperialismo*, varios autores. Barcelona, 1975.

² Véase W. J. Mommsen: *La época del Imperialismo*. Madrid, 1975³, para una caracterización del período 1895-1918.

³ No se puede decir, sin embargo, que Ortega no abordase en ocasiones problemas económicos y tratase de apuntar soluciones. En un discurso en León el 25 de abril de 1931, es decir, en pleno período de fervor republicano, Ortega critica a los revolucionarios españoles que han de «ponerse a estudiar economía», porque «es imposible mejorar decisivamente la situación del obrero y la estructura de la producción, si no se aumenta en grandes proporciones la riqueza pública... La revolución social se ha convertido en un gigantesco movimiento de construcción económica».

De este modo el problema del poder y del estado quedan en un segundo plano, e incluso la revolución, en términos sociales, se diluye en un tecnocrático programa de producir más y luego ya veremos. Después pasa a afirmaciones de más fuste y propone a los obreros de León que: «la primera condición para que la economía sea socializada... es que se aumente el volumen de la riqueza española. Esto es lo que tenéis que pedir enérgicamente: que el Estado empuñe el gobernalle de la producción dirigiéndola en sus grandes líneas y aprovechando todos los medios, incluso el propio capitalismo... Por eso yo propongo un régimen que pueda llamarse de "Economía Organizada"; es decir, que... el movimiento de la producción sea planeado por el Estado mismo, como si la nación fuera una única y gigantesca empresa. Todo ello sin aplastar al individuo productor, al capitalista, al empresario particular... Debe crearse, desde luego, una Junta excelsa de la Economía nacional, formada por muy pocas personas, de la más alta capacidad técnica», en XI, 310-311 (todas las citas de Ortega provienen de la Ed. de *Obras Completas* o *Revista de Occidente*, en 11 volúmenes, la cifra romana remite al volumen y la arábica a las páginas).

Propuestas en las que resuena el acento de un tecnocratismo planificador, que desde luego no toque la propiedad privada de los medios de producción. El fascismo ya en marcha en aquel momento, y poco después el *New Deal* se aprestaban a estas fórmulas con las cuales la estructura social quedaba intacta y el poder seguía en manos de la burguesía.

⁴ Para un examen de las distintas filosofías del período, ver Stuart Hughes, H.: *Conciencia y sociedad*, Madrid, 1972, al que se hará referencia, y en una orientación muy distinta el discutido trabajo de Lukacs, G.: *El asalto a la razón*, México, 1959.

⁵ Vicens Vives, J.: «España 1868-1917» (1960), en *Coyuntura económica y reformismo burgués*. Barcelona, 1968, pág. 187.

⁶ Sobre Costa, cfr. Alfonso Ortí: *Estudio introductorio a Oligarquía y caciquismo*. Madrid, 1975, v. I, págs. CXLIII-IV, donde puede leerse: «La novedad histórica de la crítica regeneracionista del Estado liberal va

a ser la de intentar situarse, por vez primera en una *perspectiva "sociológica"* (relativamente desacralizada)... El análisis crítico radicalizado del aparato del estado liberal por algunos regeneracionistas —y fundamentalmente por Costa— concluye reduciendo su función de mito histórico a simple *instrumento* para la construcción de una *democracia pequeño-burguesa* realmente arraigada en la sociedad civil».

⁷ Vicens: *Ibid.*, pág. 189.

⁸ Cfr. en sentido de limitar la expresión «al grupo de novelistas y poetas nacidos en los años setenta». Carr, R.: *España 1808-1939*. Barcelona, 1969. Pág. 510.

⁹ Vicens. Pág. 190.

¹⁰ *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado* (1934¹, en *Z.F.S.*, y recogido en *Negations*, 1968), en *Cultura y sociedad*. Buenos Aires, 1968, pág. 27: «La transformación del estado liberal en estado total-autoritario se realiza dentro del mismo orden social. Con respecto a esta unidad de bases económicas puede decirse que es el liberalismo mismo el que, conduciéndose a sí mismo hacia su perfección, «genera» en una fase avanzada de su evolución el estado total-autoritario que conlleva la organización y la teoría social que corresponde a la fase monopolista del capitalismo».

¹¹ El número de intelectuales simpatizantes del fascismo, o a su servicio, ha sido significativo, cfr. Alastair Hamilton: *La ilusión del fascismo*. Barcelona, 1973, y para el tema de las relaciones entre liberalismo y fascismo, R. Köhnl: *Liberalismo y fascismo*, Barcelona, 1978; sobre la degradación de la democracia J. Agnoli y P. Brückner: *La transformación de la democracia*. México, 1971; sobre diversos aspectos del fascismo la revista *Das Argument*, números 30, 32, 33, 41, 47, 58, 117, con gran variedad de enfoques; sobre las distintas teorías, R. de Felice: *Le interpretazioni del fascismo*, Bari, 1970; Stuart J. Wolf (compilador): *La naturaleza del fascismo*. México, 1974 e *Il fascismo in Europa*, Bari, 1973; M. A. Leeden: *Universal Fascism*, N. York, 1972; E. Laclau: *Fascismo e ideología*, en *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, 1978.

¹² Sobre la actitud de los intelectuales italianos, Tannenbaum escribe: «Croce... se había sentido tan afectado por el cinismo y la indiferencia de la élite liberal italiana hacia la puesta en marcha de un buen gobierno, a partir de finales del siglo XIX, que considerará al fascismo, en un principio, como "un puente que condujera a la restauración de un régimen liberal más riguroso"» (entrevista en el *Giornale d'Italia*, julio 1924, reproducida en *Pagine sparse*, 2, págs. 376-9). Su desilusión, en este campo, fue lo que hizo de él un liberal, en el sentido de Giolitti, en 1925». Y «Einaudi, como otros liberales clásicos, había considerado al principio al fascismo como un movimiento para volver al *laissez faire*, pero abandonó esta esperanza en 1925». E. R. Tannenbaum: *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*. Madrid, 1975, págs. 375 y 384. Y Drieu la Rochelle, figura ambigua y desgarrada decía de sí mismo: «Siempre he querido aproximar y fundir entre sí instancias contradictorias: nación y Europa, socialismo y aristocracia, libertad de pensamiento y autoridad, misticismo y anticlericalismo». P. Drieu La Rochelle: *Récit secret*, París, 1951, pág. 58. Uno de sus biógrafos cuenta que: «El 8 de junio (del 44) tras el éxito del desembarco de Normandía, Drieu piensa en el suicidio (...) y desea el triunfo del comunismo (en el fondo por la misma razón que le había hecho desear la victoria nazi): «Deseo el tiempo del hombre totalitario sobre el mundo. El tiempo del hombre dividido ha pasado, el tiempo del hombre logrado vuelve». (Como escribe Frederick Grover), su fidelidad a una causa perdida le impide hacerse comunista y anota en su *Journal*: «Ya nada me separa del comunismo, nunca me ha separado nada, salvo mi crispación atávica de pequeño-burgués», citado por F. Grover: *Drieu la Rochelle*, Gallimard, París, 1962, pág. 57. En una carta inédita a Maurras del 25 de septiembre de 1939, Drieu escribe: «Alemania aparece como el mal necesario en Europa, el movimiento incitador, renovando siempre la prueba de fuerza donde se templa de nuevo el Occidente, prueba sin la cual el Occidente cae en la estupidez de un racionalismo demasiado fácil, demasiado optimista, ese de nuestros intelectuales del siglo XVIII, o de nuestros maestros, de nuestros francmasones», en F. Grover: *Ibid.*, pág. 102. Pero en enero de 1943 confiesa a Pierre Andreu: «Me he equivocado completamente sobre el hitlerismo. En el fondo juzgaba mucho más sana a Alemania en 1933 y 34... Alemania participa tan profundamente como las otras naciones de la decadencia europea». P. Andreu: *Drieu témoin et visionnaire*, Grasset, 1952, pág. 199, en F. Grover, pág. 103. Sobre Drieu puede verse el libro de Dominique Desanti: *Drieu la Rochelle, le séducteur mystifié*, Flammarion, París, 1978.

¹³ Orti, A.: *Estudio introductorio a Oligarquía y caciquismo*, de Joaquín Costa. Madrid, 1975, tomo I, pág. CXLV; la cita de Ortega está tomada de Orti y es de *El espectador*, Ed. Salvat, 69, págs. 116-117.

¹⁴ Bachrach, P.: *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, 1973, pág. 31.

¹⁵ Salmerón, F.: *Las mocedades de Ortega y Gasset*, México, 1959, pág. 301. Palabras que hoy adquieren una actualidad indudable.

¹⁶ López Campillo, E.: *La Revista de Occidente y la formación de minorías*, Madrid, 1972, pág. 19.

¹⁷ Stuart Hughes: *Op. cit.*, pág. 201.

¹⁸ *De Europa meditatio quaedam*, texto ampliado de una conferencia dada en Berlín en septiembre de 1949, IX, 266.

¹⁹ En este punto Ortega trata de matizar, en una nota al pie, la perentoriedad de la afirmación, ayudándose con Tocqueville, según el cual «para los partidarios de la democracia, no se trata tanto de encontrar los medios de hacer gobernar al pueblo, como de que el pueblo elija a los más capaces de gobernar». Esto escribía a Stuart Mill en 1835. Y Ortega apostilla: «Pero quince años más tarde ve ya que esta autorregulación de la democracia no se ha logrado». *Ibid.*, 266, nota.

²⁰ II, 138.

²¹ Stuart Hughes, pág. 201.

²² II, págs. 135-139, todas las citas que siguen son de estas páginas.

²³ «Así, el "derecho económico del hombre", por el cual combaten los partidos obreros» (nota de Ortega).

- 24 Curso dado en 1948-49, IX, 220.
- 25 *Ibid.*, 225.
- 26 *Ibid.*, 221.
- 27 *Ibid.*, 222.
- 28 *Ibid.*, 223.
- 29 *Ibid.*
- 30 *Ibid.*, 228.
- 31 *Ibid.*, 227.
- 32 *Ibid.*, 225.
- 33 *Ibid.*, 225-6.
- 34 Hegel: *Diferencia entre los sistemas filosóficos de Fichte y Schelling* (1801), en *Erste Druckschriften*, Ed. Lasson, Leipzig, Felix Meiner, pág. 14.
- 35 Hegel: *Prefacio a la Filosofía del Derecho* (1821), Buenos Aires, 1955, pág. 35.
- 36 Ripalda, J. M.: *La nación dividida*. México-Madrid, 1978, pág. 36.
- 37 *Ibid.*, pág. 20.
- 38 *Revista de Occidente*, Madrid, 2 vols, II, págs. 409-10.
- 39 *En torno a Galileo* (1933), V, 69-70.
- 40 V, 71.
- 41 V, 72.
- 42 V, 73.
- 43 V, 77.
- 44 *Ibid.*
- 45 V, 78.
- 46 Koselleck, R.: *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, 1965, págs. 285 a 295, que se citan en lo que sigue.
- 47 *El Contrato Social*, escribe Enrique López Castellón «pulverizaba los falsos argumentos sobre los que se había fundado la monarquía de derecho divino», en J. J. Rousseau. *El Contrato Social*, «Nota Biográfica y Estudio introductorio», de E. López Castellón, Madrid, 1981, pág. 16.
- 48 «El cuerpo político o el soberano, al no derivar su ser más que de la santidad del contrato, no puede obligarse nunca, ni siquiera respecto a otro, a nada que derogue ese acto primitivo, como enajenar alguna parte de sí mismo, o someterse a otro soberano», Rousseau: *Ibid.*, pág. 64. Donde se expresa magníficamente la soberanía y autonomía del sujeto y el fundamento de toda auténtica democracia no meramente formal.
- 49 *Histoire et expérience du moi*, París, 1971, pág. 34.
- 50 Habermas, J.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1975, págs. 156 y ss., que se utiliza en lo que sigue.
- 51 Buenos Aires, 1972².
- 52 Habermas: *Op. cit.*, págs. 18-19.
- 53 Dujovne, L.: *La concepción de la historia en la obra de José Ortega y Gasset*, Buenos Aires, 1968, página 199.
- 54 «Hacia 1890, he dicho (que) hace crisis el alma nacional... Una generación de españoles... duda de la realidad de España;», IX, 227.
- 55 I, 276.
- 56 *Prospecto de la «Liga de educación política española»*, I, 380.
- 57 *Mirabeau o el político* (1927), III, 631, de donde se toman las citas anteriores.
- 58 En *La Nación* de Buenos Aires, 31 diciembre 1931, IV, 362-365.
- 59 *Discurso en las Cortes Constituyentes*, 25-26 septiembre 1931, en XI, 395.
- 60 Enero de 1932, en XI, 418-24.
- 61 En carta al director de *Luz* (1 abril 1933), escribe: «a fines de agosto suspendí mi actuación, no sólo la parlamentaria, sino absolutamente toda», XI, 519.
- 62 «Manifiesto disolviendo la Agrupación al servicio de la República», publicado en *Luz* el 20 de octubre de 1932, XI, 516-518.
- 63 IX, 265-266. Cfr. Harold C. Raley: *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*. Madrid, 1977, y A. Wolfe: *Los límites de la legitimidad*, México, págs. 249-253.
- 64 Sobre las vicisitudes políticas de Ortega puede verse, G. Morón: *Historia política de José Ortega y Gasset*, México, 1960; sobre sus empresas periodísticas, G. Redondo: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Madrid, 1970, 2 vols.; V. Romano: *José Ortega y Gasset publicista*, Madrid, 1976; en un tono crítico, P. Canto: *El caso Ortega y Gasset*, Buenos Aires, 1958; dentro de un estudio de conjunto sobre los intelectuales, J. Bécarud y E. López Campillo: *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid, 1978; una valoración de su pensamiento y actitudes políticas, C. Rama: *La crisis española del siglo XX*, México, 1962² (hay 3.ª ed. revisada); R. Aubert: *Los intelectuales y la crisis de 1917*, y J. Bécarud y E. López Campillo: *Radicalización y vacilaciones de los intelectuales españoles 1933-34*, en *La crisis del Estado español 1898-1936*, Madrid, 1978; F. Villacarta: *Burguesía y cultura*, Madrid, 1980; sobre Ortega y el fascismo: H. Southworth: *Antifalange*, París, 1967; S. Payme: *Falange*, París, 1965; F. Ariel del Val: *Filosofía e ideología liberal, fascismo*, Valencia, 1976; Ian Gibson: *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1981; M. Pastor: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, 1975; J. Jiménez: *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, 1979; J. Velarde: *El nacio-*

nal sindicalismo cuarenta años después, Madrid, 1972; R. Martín: *La contrarrevolución falangista*, París, 1971; M. Montalvo: *Fascismo y crisis capitalista*, Bilbao, 1978; E. Aguado: *Ortega y Gasset*, Madrid, 1970; G. Fergola: *Ortega rezionario*, en «José Ortega y Gasset Masse e aristocrazia», Roma, 1972; E. Giménez Caballero: *Genio de España*, Jerarquía, 1938³; R. Ledesma: *¿Fascismo en España?*, Barcelona, 1968; R. Treves: *La filosofía política de Ortega y Gasset*, Buenos Aires, 1966 e «Interpretazioni sociologiche del fascismo», *Occidente*, IX (6), 1953; págs. 371-391; T. Mermall: *La retórica del humanismo*, Madrid, 1976; J. C. Maimé: *Falange y literatura*, Barcelona, 1971; S. de Broca: *Falange y Filosofía*, Salou, 1976.

⁶⁵ Una interpretación de la Historia Universal, en torno a Toynbee, IX, 9-242 de donde se toman las siguientes citas.

⁶⁶ IX, 118.

⁶⁷ IX, 129.

⁶⁸ IX, 137.

⁶⁹ IX, 151.

⁷⁰ IX, 153-154.

⁷¹ IX, 221.

⁷² IX, 223.

⁷³ IX, 224.

⁷⁴ IX, 226.

⁷⁵ Rama: *Op. cit.*, págs. 300 y ss.

⁷⁶ III, 225.

⁷⁷ Cfr. T. Kaplan: *Los orígenes sociales del anarquismo en Andalucía (1868-1903)*, Crítica, Barcelona, 1977.

⁷⁸ *Rectificación de la República*, en XI, 412 y 413.

⁷⁹ II, 528.

⁸⁰ II, 532.

⁸¹ *Class and class conflict in industrial society*, Stanford University Press, Stanford, 1959 (trad. cast.).

⁸² Weber: *Economía y sociedad*, México, F.C.E., I, págs. 43 y ss.

⁸³ «La legitimidad es la continuidad del mando, la tradicionalidad en el ejercicio del poder público (la legitimidad procedía de la creencia acerca de quién debía *determinadamente* mandar. Y restaba averiguar como se realizaba tal determinación. Ahora lo sabemos: por la continuidad propia del uso; nota 776). La legitimidad «pura» es por eso, según Ortega, la de la monarquía y no hay otra que lo sea». J. Hierro: *El derecho en Ortega*, Madrid, 1965, págs. 263 y nota 776.

⁸⁴ «En cuanto al pacifismo...», diciembre 1937, IV, 310.

⁸⁵ Cfr. T. Mermall: *La retórica del humanismo*, Madrid, 1978, págs. 25 y ss.

⁸⁶ Carta de Ruge, marzo 1843, en *Anales franco alemanes*, Ed. Mtz. Roca, Barcelona, pág. 45.

⁸⁷ *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, 1970, pág. 143.

⁸⁸ «Contra la reconciliación», en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 43-45, págs. 43 a 45.

⁸⁹ Ph. Petain: *Declaration a Candide*, 13 noviembre 1940, cit. en G. Miller: *Les pousse-au-jour de Maréchal Petain*, París, 1975.

⁹⁰ Cfr. Marcuse: *La lucha*, *op. cit.*; Tranfaglia: *Op. cit.*; Köhnl: *Op. cit.*

⁹¹ J. Conrad: *Lord Jim*.

Este texto forma parte de un libro que, bajo el título *Legitimidad y falsa conciencia: la quiebra del Estado liberal en Ortega*, aparecerá próximamente.

ORTEGA: LAS RAICES DE SUS FRUSTRACIONES POLITICAS

Angel Merino

análisis y debate



3

Me parece dudoso que, en nuestros días, una meditación sobre las incursiones políticas de Ortega y Gasset en los suyos tenga otro interés que el de una evocación histórica poco trascendente. Ortega y Gasset escribió muchas páginas en torno a los problemas políticos de su tiempo y otras, en mayor cantidad, acerca de cuestiones que aspiraban a distanciarse de aquéllos, pero que envolvían un dardo apuntando directamente a ese quehacer apasionante que es el gobierno de los pueblos. No puede ser objeto de discusión la atracción que el escritor y filósofo sintió por la acción política. La demostró mientras los acontecimientos se lo consintieron. Y quizá la sintió con el apasionamiento que la acción inspira. Pero, entre el intelectual que piensa el hacer político como piensa la vida, como un «asistir a lo que a uno le pasa» (*Dilthey y la idea de la vida*, en *Kant, Hegel, Dilthey*, pág. 145 de J.O.G.), y el hombre político que se sumerge en la acción, que no *asiste a*, sino que *existe con*, hay una diferencia insalvable. El primero, aunque se proponga sumergirse igualmente en la vorágine del acontecer, permanece distante, atento a lo que pasa, contemplándolo desde fuera,

consciente de que lo que pasa le pasa a él, pero incapaz de fundirse con el curso de los hechos, rodando con ellos. El político, quiéralo o no, vive inmerso en la acción, no se contempla viviendo sino que vive haciendo.

En su estudio sobre Mirabeau, Ortega mismo traza en pocas frases el retrato de lo que él era y de lo que pretendió ser en algunos momentos de su vida: «Ahora bien, una política es clara cuando su definición no lo es. Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política o se viene para hacer definiciones. La definición es la idea clara, estricta, sin contradicciones; pero los actos que inspira son confusos, imposibles, contradictorios. La política, en cambio, es clara en lo que hace, en lo que logra, y es contradictoria cuando se la define» (*Vieja y Nueva Política*, pág. 130). Desde la óptica del espectador que siempre fue Ortega, una política, cualquier política aparece necesariamente tan contradictoria como lo es la realidad en que el político opera. Puede o no ser claro lo que hace. Eso es más discutible. Desde luego, sus logros deben serlo, aunque a veces no resulten así en la práctica. Es incluso posible que nunca resulten claros. Pero es indudable que la idea definida con nitidez se desdibuja cuando se intenta fundar en ella una política, cuando se quiere realizarla. En otra concepción, no muy ajena a Ortega, como se verá más adelante, la idea es la teoría y la política es la práctica. Y, sin embargo, Ortega, que había nacido para hacer definiciones, que se había percatado de la incompatibilidad —desde la óptica que él había elegido— entre esas tareas y el hacer propio del político, no se resignaba a dejar que la política la hicieran solos quienes para eso habían venido al mundo. Sin duda, Ortega y Gasset se daba cuenta de su propia contradicción. No podía menos de estar plenamente consciente de que para incorporarse al mundo de los políticos debía previamente abordar en su despacho o en el aula las definiciones que tan lúcidamente elaboraba. Y, asimismo, de que nunca podría desprenderse de las definiciones que constituían su material de trabajo, el objeto de su tarea intelectual. Surge, pues, la pregunta inesquivable: ¿era sincero? Es decir, el pensamiento del filósofo y el pensamiento del político, que debían ser contradictorios, incluso incompatibles —puesto que el pensamiento del político ha de estar fundido con la acción para que ésta sea eficaz—, ¿se correspondían o no, en el trasfondo de Ortega, de acuerdo con otras concepciones que había decidido superar y que tal vez persistieron siempre en él? Cuando descubre a Dilthey y advierte que no le ha «conocido hasta hace unos meses. Pues bien, afirmo que este desconocimiento me ha hecho perder aproximadamente diez años de mi vida» (*o.c.*, pág. 134), y expone el curso paralelo de su propia meditación con la de Dilthey, está, en rigor, redescubriendo las ideas matrices a las que, de una u otra forma, ciertamente brillante, no ha cesado de referirse en toda su obra anterior. Porque detrás se encuentra Hegel, la escuela histórica, con Savigny, y Carlos Marx, con los que se entronca la *razón histórica* y la *razón vital*.

Europa, punto de partida

Conviene, pues, separar las incursiones políticas de Ortega, para las que no había venido al mundo, de sus tentaciones políticas, entendiendo éstas como las sollicitaciones de su entorno y los estímulos que en su mente como respuesta surgían. De donde procede un pensamiento que tiende siempre a encarnarse en una realidad vivida o a forjar una realidad. Pero Ortega no contempla su entorno desde uno cualquiera de los ángulos que en él se forman, desde dentro. También, como ante la vida, Ortega se sitúa fuera para *asistir* a lo que pasa en su entorno. Y ese fuera, en sus primeras aproximaciones a los latidos de España, es ya Europa, las ideas, las revoluciones, la historia de Europa. En la conferencia que pronuncia el 15 de octubre de 1909 en el Ateneo de

Madrid, Ortega se pregunta: «¿Dónde recurrir para orientarnos? A las cosas que nos rodean. No hemos heredado ideales ni virtudes; pero, ciertamente, hemos heredado problemas. De los problemas nacionales tenemos que sacar aquella disciplina que una tradición nunca rota y progresiva de cultura debiera habernos dado». No es suficiente, sin embargo, cuando falta la cultura precisa, con la disciplina que pueda extraerse de la *necesidad*. Se requiere una referencia, lo que hoy denominaríamos un *modelo*, en la cual asentar la cultura que hay que hacer para dar forma a la disciplina. Ortega ha encontrado esa referencia en Europa y a ella acude, en el mismo discurso, como la respuesta que esperaba su pregunta: «Europa, señores, es ciencia antes que nada: ¡amigos de mi tiempo, estudiad! Europa es también sensibilidad moral, pero no de la vieja moral subjetiva, de la moral cristiana —acaso más bien jesuítica— de las intenciones, sino de esta otra moral de la acción, menos mística, más precisa, más clara, que antepone las virtudes políticas a las personales porque ha aprendido —¡Europa es ciencia!— que es más fecundo mejorar la ciudad que el individuo».

Europa, además, es historia, esa «otra moral de la acción» que entraña la conciencia del hombre como sujeto histórico que está haciendo la historia. Y que haciendo historia ha desencadenado en Europa las revoluciones que en España no han surgido. Ortega habla en el mismo discurso de las revoluciones. No alude al análisis dialéctico que subyace en sus palabras, pero son significativas no sólo por su rigor y porque revelan las raíces de cuya savia se nutren, sino por el poso que constituyen y que persiste en la evolución posterior del pensamiento del filósofo. «Si glorificamos, pues, las revoluciones —dice Ortega—, es porque tenemos la oscura sospecha de que representan altos valores de cultura (...). No es lícito, señores, contentarse con dibujar la faz sangrienta de las revoluciones; tienen, además, un semblante ideal y sagrado que es el que mueve a masas de hombres a sustituir la organización política dada por otras menos injusta y más noble. Aquellos crímenes son los *hechos* de las revoluciones, pero éste es su *sentido*, su valor histórico profundamente moral. Y fijaos bien, este sentido de las revoluciones, como constatación de las injusticias tácitas de la sociedad, nos obliga a reconocer que cuanto más horribles sean ellas más culpables somos nosotros los ordenados, los gubernamentales, los inertes».

¿Cómo no relacionar estas frases con otras escritas doce años después, en el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*, donde también se parte de Europa para pensar España? Europa no se había recobrado todavía de la pasada convulsión, la guerra de 1914. En rigor, no llegaría a recobrase hasta años después de la Guerra Mundial de 1939. La Revolución Rusa —a la que más tarde habrá que referirse— aún se debatía en la guerra civil. Ortega medita en ese prólogo sobre la «extenuación en que ha caído Europa» y expone una reflexión que parece brotada del mismo análisis que le condujo a la anterior sobre las revoluciones: «Por una caprichosa decisión de las mentes, se ha dado en pensar que las guerras son un hecho anómalo en la biología humana, siendo así que la Historia lo presenta en todas sus páginas como cosa no menos normal, acaso más normal que la paz. La guerra fatiga, pero no extenua: es una función natural del organismo humano, para la cual se halla éste prevenido. Los desgastes que ocasiona son pronto compensados mediante el poder de la propia regulación que actúa en todos los fenómenos vitales. Cuando el esfuerzo guerrero deja extenuado a quien lo produce, hay motivo para sospechar de la salud de éste». Empero, es preciso subrayar las diferencias en la exposición. Porque aunque el método analítico de donde ambas reflexiones emanan sea el mismo, la forma con que Ortega envuelve sus deducciones refleja el rumbo que ha tomado ya su pensamiento, en busca de la Idea que, en 1933, creará haber descubierto con el descubrimiento de Dilthey. Y que es, con palabras de Ortega, «sobremañera sencilla y luminosa»: «No hay más conocimiento que la experiencia» (*o.c.*, pág. 163)¹. La misma Idea que late en sus

frases sobre las revoluciones, antes citadas. O en esta de otro discurso, pronunciado en 1910: «Concretamente, el individuo humano lo es sólo en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta». Y en la misma fecha, en su estudio sobre Baroja: «Pero, ¿qué es un pueblo sino las consecuencias sucesivas de una raza, una historia y un ambiente físico y moral? La ideología difusa de un pueblo es el pueblo mismo» (*El Espectador*, I, pág. 160). Pero, en los diez años transcurridos desde que pronunció o escribió estas últimas frases y otras muchas que podrían citarse y su *España Invertebrada*, Ortega se había adentrado profundamente por los meandros de la Metafísica, con el propósito de hallar una respuesta propia al *realismo* y al *idealismo* por los que transcurrían las investigaciones filosóficas.

«Lo formal es lo general, lo real es lo singular y vivo» había escrito Ranke, estudiado por Ortega, en sus *Diálogos políticos*. Y esto *singular y vivo*, nuestro universo presente, al que no podemos renunciar, que es irreversible, no es ni más ni menos que un producto histórico. Y todas sus manifestaciones, los usos sociales, los desenvolvimientos económicos, las ideologías, las religiones, la organización del Estado, el Estado mismo en su concepción más abstracta, son objetivaciones de la vida de las sociedades. Y esta vida es historia, la historia que se ha hecho y la que está haciéndose. No hay, pues, ni puede haber un *a priori*, sino una experiencia, como vuelve a reconocer Ortega en el año 1933. «La cuestión de si al pensamiento humano le adviene la verdad objetiva —escribe Marx en la Tesis II sobre Feuerbach— no es un problema de teoría, lo es de *práctica*. En la «praxis» es donde el hombre tiene que demostrar la verdad, esto es, la realidad y el poder, la aquendidad de su pensamiento. La disputa acerca de la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la «praxis»— es una cuestión puramente escolástica». El pensamiento europeo, del que partía el que Ortega exponía en 1910, y cuyo reencuentro celebraría muchos años después —aunque sin confesarlo, sin revelar la identidad entre lo presentado como descubrimiento y los antecedentes otrora compartidos y utilizados—, se había alejado del realismo ochocentista y de los idealismos. Cuando Ortega se separa de Kant para buscar: «No, pues, condiciones de la posibilidad de la experiencia, sino condiciones de la realidad, de la facticidad de la experiencia» (*o.c.*, pág. 162) no hace más que reproducir con otras palabras la Tesis de Marx. No importan las vueltas que se le quiera dar al razonamiento, los meandros que se recorran. La conclusión es que la aprehensión de «la verdad objetiva no es un problema de teorías, lo es de práctica».

Un problema de práctica es también la Historia, de la actividad de los hombres, como escribe Marx en sus *Obras póstumas*, ed. al. Apéndice II, pág. 179: «La historia no hace nada, no “posee riquezas inmensas”», no «libra ninguna batalla». Es, por el contrario, un hombre real, vivo, quien actúa, posee y lucha en todo. De ningún modo es la «Historia» la que utiliza al hombre como un medio para llevar a término sus propósitos, como si ella fuera una persona independiente. Por el contrario, la Historia no es más que la actividad del hombre en la consecución de sus fines». Esta concepción de la historia no es exclusiva de Marx. Ya se ha visto en la frase citada de Ranke. Hegel mismo reconoce que: «Dios deja a los hombres que dirijan sus pasiones e intereses particulares a su voluntad», pero busca la causa de sus acciones en sus ideas, en sus creencias. Pero como el devenir histórico no es el resultado de las ideas y de las creencias y de los propósitos de cada hombre, Hegel recurre a la abstracción, la razón, o Dios, que realiza sus planes a pesar de la libertad con que los hombres «dirigen sus pasiones e intereses particulares». Marx, en cambio, busca en «la expresión práctica de la necesidad», no precisamente en la *razón* —que puede explicar la historia, pero que no la hace—, las causas de todos los procesos. Como Hegel, tampoco piensa que los proyectos de cada individuo, aquello a lo que él en su mente aspira coincida con los resultados de los procesos. Estos resultados, por el contrario, son

diferentes de los que, como consecuencia de su propia actividad, cada uno preveía. Porque son la consecuencia de la actividad común de los hombres, actividad motivada por la necesidad, desde luego de cada individuo, pero sobre todo colectiva, de una sociedad y, en el ámbito de una sociedad, de cada uno de sus grupos, de sus clases. El resultado del proceso puede aparecer, de alguna manera, influenciado, aunque no necesariamente, por la presencia de grandes hombres —el hombre egregio de Ortega—, pero esa influencia no es rigurosamente dominante puesto que, para que pueda ser ejercida, se requieren circunstancias favorables cuya evolución, a su vez, condiciona la acción de los grandes hombres. Sin la guerra que desencadena la Revolución Rusa, los movimientos de masas que producen la revolución de febrero, Lenin hubiera continuado en Suiza haciendo proyectos para la revolución futura. La intervención del azar o del inconsciente, esa libertad que consiente la «astucia de la Razón» hegeliana, y que es innegable, como la importancia, a veces fortuita de la presencia de los grandes hombres, no son causas suficientes, precisamente porque esas intervenciones nunca se hubieran dado sin las circunstancias forjadas por la «expresión práctica de la necesidad». Con lo que nos hallamos tan lejos de la Razón hegeliana como del determinismo historicista.

Ahora bien, Ortega, que ha seguido a Hegel, comprende que si se queda en Hegel no va a ninguna parte. En *La Historia como sistema* lo reconoce: «Y es que hasta ahora, en efecto, apenas se ha ocupado nadie de buscar en la historia su sustancia racional. El que más, ha querido llevar a ella una razón forastera, como Hegel, que inyecta en la historia el formalismo de su lógica, o Buckle, la razón fisiológica y física. Mi propósito es estrictamente inverso. Se trata de encontrar en la historia misma su original y autóctona razón. Por eso ha de entenderse en todo su rigor la expresión «razón histórica». No una razón extrahistórica que parece cumplirse en la historia, sino literalmente *lo que al hombre le ha pasado, constituyendo la sustantiva razón*, la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías» (*Historia...*, pág. 65). ¡Pero a esa *realidad* ya había llegado Ortega en 1910! Y con qué claridad, como lo muestran sus frases más arriba citadas. En lo referente a Baroja: «La ideología difusa de un pueblo es el pueblo mismo», es decir, la expresión teórica de las motivaciones de su actividad colectiva, en tanto que pueblo, una sociedad organizada para obtener la satisfacción de sus necesidades de toda índole, una sociedad que, en cada momento que se la considere, aparece como un producto histórico, como una consecuencia de las dificultades que desde su más remoto pasado ha tenido que vencer para sobrevivir, como un resultado de una acción común contra el entorno, hostil o favorable, contra la escasez, fuente de los modos de producción que se suceden y, consiguientemente, de la ambición de poder, del mando y de las luchas de clases; en esa frase europea, típicamente europea de Ortega estaba encerrada su crítica de Hegel, su renuncia a la «astucia de la Razón». ¿Qué otra cosa puede ser *lo que al hombre le ha pasado constituyendo la sustantiva razón* de la historia, sino lo que efectivamente le ha pasado, es decir, lo que le ha pasado a un pueblo, donde se engendra su *difusa ideología*, lo que *es él mismo por debajo de sus teorías*? Pero la renuncia a la «astucia de la Razón» hegeliana conduce inevitablemente al análisis marxiano. Esa vía ya había sido transitada por Carlos Marx.

Podemos ya volver a la reflexión de Ortega sobre la guerra, introducida en su prólogo a *España Invertebrada*. Lo primero con que el lector se topa es una afirmación poco discutible. En efecto, el hecho de las guerras «la Historia lo presenta en todas sus páginas como cosa no menos normal, acaso más normal que la paz». Pero, ¿qué significa todo lo demás, la referencia a la biología humana? Si con ella se alude al hecho de que hacer la guerra es uno de los modos que cada uno tiene de *hacerse* la vida, el resto de la reflexión puede encerrar un sentido. Y en este sentido, *biología*

humana equivale a que «el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es *ser ya*, puesto que lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya» (*Historia como sistema*, pág. 37). Ahora bien, todo eso, en suma, no es más que una simple constatación de que el hombre, a lo largo de la historia, ha hecho muchas guerras, como ha hecho muchas otras cosas que, en el sentido expuesto, pueden también ser consideradas hechos biológicos normales. En rigor, Ortega escamotea la guerra como problema en la historia de las sociedades, desde el momento en que la conceptúa como un fenómeno vital, de la vida que *cada cual* tiene que hacerse. La diferencia entre la forma como Ortega expone la reflexión comentada y la que adopta en las anteriormente citadas de sus discursos y escritos de 1910 es ciertamente significativa. Ahora, en 1921, el gran maestro de la metáfora, que trata de evadirse de la «astucia de la Razón» de Hegel y ya no acepta la «expresión práctica de la necesidad» de Marx, se envuelve con brillantes imágenes. No menos extenuada que tras la guerra de 1914 se hallaba Alemania en la segunda postguerra. ¿Se debió su renacer al «poder de regulación que actúa en todos los fenómenos vitales» o a su reconstrucción económica mediante la inyección de dólares norteamericanos? A este fenómeno económico se hubiera referido si, en 1921, pensara como cuando escribió que Europa había aprendido «que es más fecundo mejorar la ciudad que el individuo».

La rebelión de las masas

En *El Tema de nuestro tiempo* desarrolla Ortega una idea que aparece como atisbo en el primer tomo de *El Espectador*. En éste (pág. 16) escribió: «La perspectiva visual y la intelectual se complican con la perspectiva de la valoración». La idea casi no requiere explicación. Un pintor, quizá sin detenerse a meditar en cómo hace lo que hace, practica al pintar esas tres perspectivas. Y las practica simultáneamente, es decir, sin solución de continuidad entre una y otra. Al tiempo que ve el objeto desde una perspectiva visual, desde la intelectual lo está transubstanciando en objeto plástico sobre el lienzo, con formas, colores, incluso la técnica de la pincelada, lo que, para verificarse, necesita que simultáneamente, desde una perspectiva de valoración, resalte unos aspectos, desdeñe otros, acentúe unas luces, oscurezca más las sombras o altere completamente lo que está viendo. La perspectiva de valoración actúa como un tamiz selectivo consciente. No como el sujeto de Ortega: «De la infinitud de los elementos que integran la realidad, el individuo, aparato receptor, deja pasar un cierto número de ellos, cuya forma y contenido coinciden con las mallas de su retícula sensible. Las demás cosas —fenómenos, hechos, verdades— quedan fuera, ignoradas, no percibidas» (*El Tema de...*, pág. 93). Sin ninguna duda, «*La perspectiva es uno de los componentes de la realidad*. Lejos de ser su deformación, es su organización» (*o.c.*, pág. 95 [el subrayado es de Ortega]). Lo es para el pintor y lo es para el filósofo que se asoma al mundo, sobre todo la perspectiva de la valoración, que ambos utilizan conscientemente como un tamiz selectivo.

Cuando Ortega escribe *La rebelión de las masas* se sitúa lógicamente en una escogida perspectiva visual. Pero ya ha formulado su perspectiva intelectual, la *razón vital-razón histórica*, y ha montado su tamiz en la perspectiva de la valoración. Lo dice en el texto al advertir que su exposición se basa racionalmente en su pensamiento filosófico. No hacía falta la advertencia, puesto que no se podía esperar otra cosa del innegable rigor intelectual de Ortega.

Ortega, pues, se planta frente al mundo que le rodea como un pintor con su caballete. Y observa que en ese mundo hay masas que no se comportan como tales.

Ortega diferencia claramente los comportamientos de las masas que él examina de los *movimientos típicos de hombres-masas*. Estos hombres-masas no se rebelan, puesto que se dejan dirigir «por hombres mediocres, extemporáneos y sin larga memoria, sin “conciencia histórica”» (*La Rebelión de las Masas*, pág. 144). Parecería, a primera vista, que Ortega debiera felicitarse de un hecho históricamente tan significativo como es que, en el curso de la evolución de los pueblos europeos, ha llegado un momento en que las masas ya no se resignan a dejarse conducir ni por hombres mediocres ni por hombres selectos y se han rebelado. Pero, al contrario, Ortega no se felicita. Recela de ellas porque «se han hecho indóciles frente a las minorías; no las obedecen, no las siguen, no las respetan, sino que, por el contrario, las dan de lado y las suplantán» (o.c., pág. 62). Y es que a lo largo del siglo XIX se ha producido una transformación espectacular de las sociedades. «El triunfo de las masas y la consiguiente magnífica ascensión de nivel vital han acontecido en Europa por razones internas, después de dos siglos de educación progresista de las muchedumbres y de un paralelo enriquecimiento económico de la sociedad» (o.c., pág. 67). ¿Cómo se explica que eso tan magnífico que ha acontecido haya dado como resultado que las masas se hayan hecho *indóciles*? Ortega expone su explicación en las páginas siguientes del libro, a partir precisamente de esa frase que contiene su perspectiva intelectual y su perspectiva de la valoración.

Obsérvese que, en la frase, Ortega se refiere en primer lugar a la *ascensión de nivel vital*, luego a la *educación progresista* y, por último —precisamente por último—, al *paralelo enriquecedor económico*. No deja de causar sorpresa que el hombre que, en 1910, proclamaba que Europa era ciencia y que, en otra conferencia pronunciada en 1909 en la Casa del PSOE, adopta una tesis «sobremanera sencilla y luminosa»: «Lo que interesaba a Carlos Marx era dejar para siempre determinado que todo lo demás que compone la historia social, humana, religión, política, moral son siempre formas de la realidad económica, que no tienen sentido sino referidas a lo económico». Pues bien, el sentido, si no las palabras de la obra toda de Carlos Marx, consiste en afirmar que la religión, la moral, el derecho no son sino formas diversas de una y única materia; la historia humana se compone, pues, de una materia que va pasando sucesivamente por aquellas formas: la materia es lo económico, la producción. Por eso, cometiendo un *quid pro quo*, se ha llamado materialismo a la idea de Marx; ese mismo hombre, ahora, se olvida de la invención de la máquina de vapor y la enorme revolución industrial que se desarrolla durante el siglo XIX. Consecuentemente, de la formación del proletariado y el desenvolvimiento del capitalismo, sin los cuales ni se explica la «muchedumbre» ni la *ascensión del nivel vital* de las masas ni la *educación progresista*. Y no sólo de las masas obreras, sino, en primer lugar, de las masas burguesas. Ni se explica —Ortega se limita a exponerlo— el hecho de que: «La soberanía del individuo no cualificado, del individuo humano genérico y como tal, ha pasado, de idea o ideal jurídico que era, a ser un estado psicológico constitutivo del hombre medio. Y nótese bien: cuando algo que fue ideal se hace ingrediente de la realidad, inexorablemente deja de ser ideal». Efectivamente, y porque no fue más que ideal durante todo un siglo, se hizo preciso desatar luchas violentas para que se convirtiera en *ingrediente de la realidad*. Y porque la revolución industrial, que al mismo tiempo que forjaba las masas, obreras y burguesas, las liberadas de sus espíritus de servidumbre —un movimiento dialéctico que Ortega pasa por alto— ponía al alcance del hombre medio los adelantos tecnológicos y, con ellos, la conciencia de sí, de su valor en la sociedad como individuo y como hombre-masa. En España, la soberanía del individuo no cualificado —es tan reciente nuestra democracia— todavía es un ideal.

La perspectiva de valoración adoptada por Ortega no le permite, lógicamente, dar una explicación comprensible ni en un enfoque social y económico, ni en un enfoque

histórico, de la Revolución Rusa y mucho menos de los movimientos fascistas. En la página 122 de su libro escribe una reflexión también «sobremanera sencilla y luminosa»: «Por otras era la violencia el medio a que recurría el que había agotado antes todos los demás para defender la razón y la justicia que creía tener. Será muy lamentable que la condición humana lleve una y otra vez a esta forma de violencia, pero es innegable que ella significa el mayor homenaje a la razón y la justicia». «La fuerza —dice luego— era, en efecto, la *ultima ratio* (...). La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a *ultima ratio*». ¿Cómo elude, al referirse a la Revolución Rusa, su condición de *ultima ratio* de un pueblo injusta e irracionalmente opcional? No, Ortega no deja pasar por su tamiz más que las consecuencias de la Revolución de Octubre. Pero «una revolución no dura más de quince años, período que coincide con la vigencia de una generación» (o.c., pág. 145). La Revolución Rusa no duró ni quince años. Y agrega en una nota al pie de la misma página: «Cuando las ideas, preferencias y gustos de la generación imperante son extremistas, y por ello revolucionarios, la nueva generación es antiextremista y antirrevolucionaria, es decir, de alma sustancialmente restauradora. Claro que por restauración no ha de entenderse simple «vuelta a lo antiguo», cosa que nunca han sido las restauraciones». Esta, sin duda, hubiera sido una explicación lúcida de la Revolución Rusa, confirmada por toda la evolución posterior del sistema soviético, y a la que hubiera llegado a partir de la perspectiva de valoración que había abandonado años atrás. Sin embargo, Ortega escribe simplemente que «no es interesante históricamente lo acontecido en Rusia; por eso es estrictamente lo contrario que un comienzo de vida humana» (o.c., pág. 144). A su juicio, «bolchevismo y fascismo, los dos intentos “nuevos” de política que en Europa y sus alrededores se están haciendo (son) dos claros ejemplos de regresión sustancial» (o.c., pág. 144). Pero la Revolución de Febrero, que sí fue una revolución y no un golpe de Estado, no fue obra del bolchevismo. La desencadenó una generación que era extremista y revolucionaria y que recurría a la violencia porque «había agotado antes todos los demás (medios) para defender la razón y la justicia que creía tener». Y la realizaron unas masas que se habían *rebelado* contra las minorías dirigentes, no sólo contra el aparato del Estado zarista. Pero esto, para Ortega, no tiene importancia histórica. Ni es interesante históricamente todo lo que sucedió después.

Resulta, pues, que el bolchevismo —sea o no regresivo, una cuestión que no puedo abordar en este espacio—, que innegablemente fue «un comienzo de vida humana» para muchos millones de europeos, una vida radicalmente distinta de la que habían sobrellevado, y que aún sigue condicionando el curso de la historia de Europa, «no es interesante históricamente». Ni lo son los movimientos fascistas —sobre cuyas raíces sociales y económicas pasa de largo Ortega desenfadadamente—, que provocaron las mayores matanzas colectivas de la historia y que dejaron un lastre que todavía pesa sobre el presente de Europa. Pero, si no se consideran interesantes históricamente los movimientos, progresivos o regresivos, que pueden engendrar acontecimientos como los que han pasado en Europa y el mundo, entonces, ¿qué es históricamente interesante? ¿Solamente, acaso, ciertas ideas que después de formuladas se reconocen en la realidad? Si fueren así, Hegel tendría razón, porque «la estucia de la Razón», después de permitir que los sentimientos y las pasiones de los hombres arrasaran una parte del mundo, se serviría de lo acontecido para impulsar a la humanidad hacia un orden superior. Y únicamente las ideas que aspiran a establecer ese orden superior y los acontecimientos que a ellas se adecuaran serían históricamente interesantes. Desde luego, Ortega no lo pensaba en el fondo de sí mismo, como lo demuestra en toda su obra. Y concretamente en su libro *La Rebelión de las masas*, donde entre grandes lagunas, causadas por la *perspectiva intelectual* y la *perspectiva de la valoración* que venía elaborando desde años atrás, resaltan indudables y notabilísimos aciertos. Precisamente las partes que continúan siendo actuales. Por ejemplo, cuando advierte a

las generaciones que «se vive con la técnica, pero no *de* la técnica» (o.c., pág. 133) o algunas de sus reflexiones sobre el liberalismo. Y muchos ejemplos más.

Ortega, en efecto, no había venido al mundo para hacer política. Había venido para *hacer definiciones*. Quiso hacer definiciones en política, pero no se percató, o no aceptó, que las definiciones, para que sirvan de algo en el hacer político, tienen que fundarse en la estricta realidad, en esa realidad que había comprendido en Europa, que se trajo como esencial punto de vista a España, que luego pretendió en vano superar y que redescubre al cabo de los años, una cosa «sobremanera sencilla y luminosa»: «No hay más conocimiento que la experiencia». Pero olvidó, sobre todo, que en política es inútil sustituir las definiciones con metáforas. Los hechos son muy tercos. Ortega no se conformaba con las «filosofías de la interpretación del universo», y como las «filosofías de la transformación del universo» (García Lorca) ya estaban formuladas y sólo cabía continuarlas, perdió muchos años de su vida buscando lo que ya sabía y se resistía a reconocer. No debe, pues, sorprender que algunos estudiosos de Ortega descubran en su obra, aquí y allá, rescoldos de un fuego al que se acercó en sus comienzos y del que huyó poco después. Porque quien haya sentido alguna vez en su vida la atracción del zarzal en llamas, ¿es capaz después de olvidarlo?

¹ Por supuesto, a partir de las posibilidades científicas de aprehender la realidad, de llegar a lo concreto, que es, según Marx: «La síntesis de múltiples determinaciones y, por tanto, unidad de la diversidad». En la Sociología, todo lo contrario del «tipo ideal» y la «sociología comprensiva» de Max Weber. A tomar nota de que si Weber proporcionó a Ortega la teoría de las élites, en su trasfondo permaneció Durkheim, anteriormente transitado.

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina. Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados. Más de 50.000 documentos.

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:
Mañanas, de 10 a 2
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Fundación Pablo Iglesias

LOS PARTIDOS POLITICOS Y EL ESTADO CAPITALISTA

Jim O'Connor

análisis y debate



4

1. Dos cuestiones importantes son la de cuál es la naturaleza de los partidos políticos en las modernas democracias burguesas, y la de qué aspectos de los partidos políticos son específicos de las particulares formaciones sociales capitalistas (por ejemplo, la moderna Alemania Occidental o los Estados Unidos). Hasta ahora no se han realizado análisis abstractos de los partidos políticos a la altura del análisis de Marx sobre el capital y la acumulación de capital, y del análisis colectivo del Estado capitalista hoy en curso en los países capitalistas avanzados. Una razón es que los partidos políticos constituyen tentativas conscientes, por parte de individuos y de grupos, de planear la actividad colectiva, y el papel de las personalidades y de los factores subjetivos resulta crucial. Otra razón es que no existe un criterio valorativo abstracto que guíe o inspire la actividad de los partidos políticos. Resulta sencillo elaborar generalizaciones científicas sobre la acumulación de capital (por ejemplo, la concentración y centralización de capital, las tendencias a las crisis, etc.) y el Estado capitalista (por ejemplo, la inevitabilidad de los conflictos entre la acumulación bu-

rocrática estatal y las funciones de legitimación). Menos sencillo resulta descubrir cualquier tipo de ley, regularidad o posibilidad de predicción en lo que respecta a las organizaciones de los partidos, a su dirección, a su política y al sistema de partidos en general. Por ejemplo, ni el dominio de McGovern sobre el Partido Demócrata en 1972 ni el papel específico de Nixon en la anterior política del Partido Republicano fueron previamente planeados.

Incluso resulta difícil descifrar y aprender el significado de los nombres y apelaciones de los partidos políticos. El Partido Conservador alemán del siglo XIX era el partido de los terratenientes prusianos y era por ello distinto del Partido Conservador inglés, al que aquél despreciaba. Poco tenía de liberal el Partido Nacional Liberal de los industriales alemanes. En la Alemania de finales del siglo XIX, cuando los liberales abandonaron las reformas internas pasaron a ocuparse de la expansión exterior y del imperialismo y tuvieron poco en común con el Partido Liberal inglés de los librecambistas. Palabras como liberal, radical, popular, demócrata y republicano tienen sentidos muy específicos. Una tarea de la teoría de los partidos políticos consiste en descifrar esos significados en los términos de las concretas formaciones sociales capitalistas y en los términos del propio modo de producción capitalista.

La importancia de los análisis específicos de los partidos políticos queda realizada por la diversidad de desarrollo global de los sistemas políticos en los países capitalistas avanzados, que es ella misma fruto de las diferentes configuraciones de la actividad política y de la lucha de clases. El federalismo alemán fue establecido para preservar y aumentar el poder de los Junkers y de Prusia. El federalismo de los Estados Unidos se construyó para mantener e intensificar el poder de los plantadores del Sur. Las raíces del federalismo son profundamente conservadoras y reaccionarias en ambos países pero no son, en modo alguno, fruto de formaciones sociales comunes. Ambas son producto de un desarrollo desigual y combinado en diferentes estadios de crecimiento capitalista. Las raíces del federalismo estadounidense se basan en una estructura social y económica única consistente en el monocultivo y la economía esclavista, la producción independiente de mercancías y el capitalismo de poca monta, capitalismo mercantil en la costa Este, etc. Las raíces del federalismo alemán arrancan de la naturaleza incompleta y deformada de la revolución burguesa alemana y del reforzado poder de los Junkers. La escasez y lentitud del desarrollo de la democracia política, junto con la rápida industrialización y proletarización y la ausencia incluso de un concepto de oposición legítima dentro de las clases dominantes (entre otros factores típicos de Alemania), condujo a una explosión de la actividad del Partido Socialdemócrata a finales del siglo XIX. La diferencia entre la experiencia alemana y la estadounidense en contextos federales muy similares no sugiere otra conclusión que la de que cualquier análisis científico de los partidos políticos requiere un análisis paralelo de las similitudes y diferencias existentes en las formaciones sociales y políticas capitalistas.

Existen, sin duda, grandes similitudes en el desarrollo de los partidos políticos de Europa, que contrastan fuertemente con el capitalismo de los colonos blancos norteamericanos. Aunque la apropiación privada de la autoridad pública ha sido un fenómeno universal en las democracias burguesas durante los últimos cincuenta o setenta y cinco años, está claro que el pluralismo americano es único. Según el pensamiento burgués, los partidos políticos estadounidenses son foros de agrupamiento pragmático que actúan de mediadores entre los grupos de interés y realizan una función de estabilización totalizadora o integradora. Por lo menos en el pasado, los partidos europeos han sido más ideológicos y han tomado posiciones claras en un amplio abanico de temas (lo que el pensamiento burgués de estos países considera un comportamiento «subdesarrollado» o disfuncional). De aquí que en Europa, especialmente en el pa-

sado, la función estabilizadora que los partidos realizan en Estados Unidos tenga que llevarse a cabo por otros medios. Sin duda el medio más importante es el comportamiento de las élites europeas que aceptan suprimir las polarizaciones que se originan en el seno de la militancia. Si en Europa la fuerza unificadora es la élite burocrática y la dirección política, en los Estados Unidos lo es el Departamento del Presidente o la proliferación de instancias de control sobre la burocracia pluralista y competitiva, por ejemplo, el Council of Economic Advisors, Office of Management and Budget, National Security Council, Domestic Council, etc., que son una especie de contrapartida americana a las burocracias heredadas y a las tradiciones que tienen su origen en los Estados absolutistas europeos.

En comparación con Europa, hay en los Estados Unidos menos centralización de la autoridad estatal, no hay sistema parlamentario y, en términos comparativos, las diferencias programáticas entre los partidos más grandes son menores. Esto significa que las elecciones han sido más decisivas para la conformación de la política estatal y para el cambio político que en los Estados Unidos. Significa también que la separación entre las clases económicamente dominantes y la élite de poder (los dirigentes políticos que son normalmente políticos profesionales) es relativamente amplia en los Estados Unidos. En Europa, la relativa centralización del sistema de partidos y de la burocracia estatal permite a los individuos adquirir poder sin tener que transcurrir por los asfixiantes senderos de la fama americana.

2. Estas breves comparaciones y contrastes eran necesarios para poner de relieve la necesidad de análisis específicos y coyunturales de los partidos políticos en los países capitalistas desarrollados. Pero tiene que haber alguna uniformidad por debajo de las específicas diferencias entre el sistema de partidos en los países desarrollados, o algún tipo de relación sistemática entre el modo de producción capitalista como tal y los partidos políticos en las democracias burguesas. También tiene que haber alguna relación entre el estadio de desarrollo capitalista y las funciones materiales e ideológicas de los partidos.

Simplificando y esquematizando de forma drástica, la estructura social de clases en el temprano desarrollo capitalista consiste en una pequeña burguesía progresista que monopoliza crecientemente la riqueza social, y una clase terrateniente pequeña pero privilegiada y políticamente poderosa (con sus tradicionales aliados financieros y comerciantes) junto con la clase mayoritaria de productores independientes de bienes dominada por el campesinado, y una pequeña pero creciente clase de trabajadores asalariados (y, en los Estados Unidos, mano de obra esclava). La estructura política consiste en el partido de la joven burguesía que a menudo incluye a elementos del viejo orden económico y a los productores independientes. Estos últimos se alían con la burguesía porque ambas clases pretenden abolir ciertos aspectos del Estado feudal absolutista, como las restricciones a la libertad de propiedad privada, los impuestos altos, los gastos dispendiosos del Estado, etc. Más tarde, la burguesía y los pequeños productores entran en conflicto en temas tales como la competitividad, los mercados nacionales y la centralización del poder político. La estructura política incluye también al partido de los antiguos terratenientes y al partido o partidos de los productores independientes y pequeños capitalistas. Los trabajadores asalariados no tienen partido y normalmente se vinculan a las organizaciones de los pequeños productores y trabajadores artesanos semi-independientes. La configuración resultante se compone de un partido liberal de la burguesía, un partido conservador de los defensores del viejo orden económico y un partido demócrata o socialista de los pequeños productores y trabajadores artesanos. A veces, un partido de campesinos o granjeros coexiste con el partido demócrata o socialista.

El elemento básico de este sistema de partidos políticos del primer capitalismo es que cada partido es *instrumental* en propósito y función. Está organizado para promover los intereses materiales y sociales de una clase concreta o estrato de clase. Cada clase con su propio partido representativo constituye, de una u otra forma, una verdadera clase poseedora de bienes. Ello significa que el sistema de partidos no plantea ningún desafío a la propiedad privada de los medios físicos de producción en sí misma considerada, a pesar del hecho de que los partidos son estrictamente instrumentales. El partido de la burguesía es el dominante en esta estructura porque la burguesía controla las fuerzas productivas en expansión en forma de bienes económicos. Pese a lo complejo de los compromisos políticos, con sus desviaciones, retrocesos y dictaduras temporales —que de hecho caracterizan la historia de los partidos en este período— el partido de la burguesía normalmente aparece como el predominante. En otros términos, después de que la burguesía ha derribado al Estado absoluto, o ha llegado a un compromiso con él, utilizando a los campesinos y pequeños productores como fuerzas de choque, queda de manifiesto que los capitalistas tienen el monopolio del poder político.

En realidad, la burguesía domina políticamente sólo porque no hay otras clases capaces de contender seriamente por el poder. La vieja economía terrateniente está en declive o se va transformando en economía capitalista. Los antiguos productores independientes están siendo proletarizados y la nueva clase de trabajadores asalariados es pequeña y dividida y demasiado débil para desafiar el poder de la burguesía. La revolución burguesa establece una neta distinción entre el poder económico y la norma política, así como entre los recursos privados del gobernante y los recursos públicos del Estado. Hablando en términos estructurales, los capitalistas no fueron nunca, ni pudieron ser, la clase políticamente dominante porque el precio que pagaron por su libertad para organizar la vida económica de acuerdo con los criterios del mercado privado fue la renuncia a toda posibilidad de dirección política formal. Una constelación temporal de relaciones de clase que diera a la burguesía el poder político no debe ser confundida con el sistema capitalista como tal, que separa lo económico de la dirección política.

Esquemmatizando mucho otra vez (e ignorando todo el problema de cómo los Estados y partidos capitalistas respondieron al desarrollo de la economía mundial y a su tendencia a la crisis, especialmente a la guerra y a las amenazas de guerra), el proceso de acumulación de capital da lugar a los siguientes cambios en los partidos políticos. La conversión de la vieja economía en la nueva economía burguesa provoca la decadencia del viejo partido conservador o su integración en el partido burgués y la aparición de un solo partido capitalista. En la Cámara de los Comunes inglesa la proporción de miembros procedentes de las clases comercial e industrial pasó del 24 % en 1874 al 38 % en 1885, mientras que la proporción de terratenientes y rentistas descendió del 32 % al 16 %. En Francia, el monopolio el poder político por parte de la aristocracia y de los banqueros en 1830 fue roto de forma casi completa por la burguesía en torno a 1870. Todavía en los años sesenta del siglo pasado, los senadores italianos eran nombrados directamente por el rey entre los aristócratas y terratenientes. En Alemania la burguesía nunca tuvo un monopolio efectivo del poder político pero recibió favores como pago a su apoyo a la dirección política de los Junkers en la última parte del siglo XIX.

Los viejos partidos demócrata y socialista luchan en vano en defensa de los decadentes productores independientes y artesanos y, o bien desaparecen como factor importante en el desarrollo capitalista, o se revitalizan temporalmente al conseguir el apoyo de los nuevos estratos de «cuello blanco». La mayoría de las clases produc-

toras se proletarizan en el doble sentido descrito por Marx en *El Capital*. Finalmente, se funda un partido de los trabajadores, inevitablemente impregnado de elementos ideológicos procedentes de la pequeña burguesía, el artesanado o el campesinado. En Inglaterra, este proceso se inicia en 1867 cuando las clases dominantes se vieron forzadas a reformar las leyes electorales para permitir la entrada del sector alto de los trabajadores asalariados en la esfera de las elecciones políticas y de la democracia representativa. El partido obrero crece rápidamente y se convierte en el partido mayoritario al tiempo que la clase obrera crece y se convierte en la clase mayoritaria del Estado. En suma, lo que empieza como un esquema de tres partidos que representan a la burguesía, a los terratenientes y a los trabajadores por cuenta propia, termina siendo un partido que representa a la burguesía y otro que representa al proletariado, es decir, a los creadores de bienes.

3. La llegada de la era de la clase obrera y de su partido (laborista, socialdemócrata o comunista) constituye un grave peligro para la clase capitalista. En su juventud, la burguesía legitimó la propiedad privada de los medios de producción no sólo como base de la producción económica sino también de la libertad política. Intenta abolir la libertad política pero a costa de subvertir una legitimación esencial de la propiedad privada. Como Strachey, Schumpeter y muchos otros teóricos sociales han escrito, en los países capitalistas avanzados aparece una enorme contradicción. El poder económico está concentrado en manos de unos pocos grandes capitalistas e instituciones capitalistas. El poder político se concentra potencialmente en manos de la clase obrera desposeída de propiedad. Por ello la libertad política en el capitalismo tardío, en el que la clase obrera no tiene propiedad de los medios de producción más allá de su propia fuerza de trabajo, amenaza potencialmente al propio capitalismo.

La cuestión que surge es la de cómo puede la clase capitalista dirigir políticamente o influir el sistema político de forma decisiva. Una respuesta está en las presiones estructurales e instrumentales contrarias al desarrollo de una política estatal que favorezca a la clase trabajadora en contra del capital. Otra respuesta la constituye el militarismo, especialmente frecuente en los países capitalistas del Tercer Mundo, subdesarrollados y dependientes. El fascismo puede aparecer superficialmente como una respuesta importante en los países desarrollados. Pero el fascismo fue históricamente específico de las potencias industriales desposeídas, sin colonias ni amplios territorios, en los años veinte y treinta, y en cualquier caso fue derrotado y reemplazado por democracias burguesas más o menos estables. En términos teóricos, el recurso al fascismo como solución a la contradicción entre capital y trabajo, o economía y poder potencial político, constituye un abandono de los principios.

En los países desarrollados hay en principio dos posibles soluciones a la contradicción. Una es el uso del poder político por la clase trabajadora para establecer un poder económico proletario, por ejemplo creando o elaborando el Estado del bienestar o socializando las industrias nacionalizadas. Esto no quiere decir que se haya producido siempre una conexión directa entre la política del partido de la clase trabajadora y la expansión del Estado del bienestar. Estudios empíricos han demostrado que los programas de los partidos y los resultados electorales han tenido escasa influencia en el porcentaje del presupuesto del Estado dedicado al bienestar, lo que indica que el partido mayoritario de la clase obrera ha sido sólo un camino hacia el Estado del bienestar. La agitación directa mediante los movimientos de masas y los sindicatos ha sido, sin duda, más importante que la actividad del partido entendida convencionalmente. Si se analiza el problema en el contexto más amplio del sistema burgués de partidos como tal, y no sólo desde el punto de vista del desarrollo del partido obrero, se observa una conexión entre el desarrollo de la clase obrera mayo-

ritaria, la agitación de la clase obrera en todas sus formas, y la creación y crecimiento del Estado del bienestar definido en términos amplios. El Estado del bienestar se constituye por diferentes caminos, incluyendo fórmulas como las reformas corporativas liberales *tories* o rooseveltianas. Pero en el fondo de estas reformas está el poder y el comportamiento amenazante de las clases trabajadoras. Es preciso poner de relieve que las relaciones entre la clase productora y el Estado cambian profundamente cuando el proletariado se convierte en la clase mayoritaria. Los viejos partidos demócrata y socialista, constituidos por trabajadores por cuenta propia y artesanos, eran instrumentos de estas clases contrarios a las tendencias centralizadoras del Estado burgués que históricamente realizaban una política tendente a reforzar el capital en contra de la lucha de los pequeños productores y artesanos que querían mantener las viejas formas de vida frente a los ataques violentos del capital (incluyendo las tendencias capitalistas originadas en el seno de los pequeños productores). Las manifestaciones extremas de estas luchas iban desde el socialismo utópico al anarquismo. Pero las luchas de la nueva clase trabajadora asalariada, especialmente las de los trabajadores en masa, revolucionó los términos de la relación entre proletariado y Estado. La nueva clase trabajadora intentó usar el Estado para conseguir sus propios fines. Entre tanto, con el avance de las fuerzas sociales productivas, la clase capitalista intentó usar el Estado también para sus propios objetivos. Por ello el intervencionismo tiene un significado doble y contradictorio y el Estado se convierte en el principal campo de batalla entre el capital y el trabajo. El *laissez-faire*, que en un tiempo significó políticamente «dejad a nuestro poder político solo», se hace imposible al orientarse la constelación de clases en un sentido favorable a la clase trabajadora. Es ya muy avanzado el proceso de acumulación cuando aparece un Estado verdaderamente capitalista. Irónicamente, se trata de un Estado en el que la mayoría de sus miembros o ciudadanos tienen plenos derechos políticos burgueses pero no la propiedad de los medios de producción más allá de su propia fuerza de trabajo: un Estado en el que los trabajadores sin propiedad viven con los derechos políticos de los que tienen propiedad.

Más específicamente, la temprana concepción del Estado, que consideraba la fuerza de trabajo como una mercancía vendida por trabajadores individuales en condiciones de competencia, es reemplazada por una nueva consideración del trabajo como atributo de los ciudadanos individuales que debe ser reproducido con independencia de que sea o no objeto de explotación como capital. La lucha de la clase trabajadora para eliminar la competencia entre trabajadores individuales en el mercado de trabajo requirió que se produjeran, al nivel más o menos convencional, tanto la fuerza de trabajo de los desempleados y subempleados como la de los trabajadores con empleo. La clase trabajadora pidió que el Estado protegiera y asegurara al excedente de población, que es inherente al proceso de acumulación, para evitar que funcionara efectivamente como un ejército de reserva de desempleados, es decir, bajando los salarios y endureciendo la disciplina en la producción.

Cuando el viejo concepto de fuerza de trabajo como mercancía es reemplazado o complementado con el nuevo concepto de fuerza de trabajo como atributo individual, la vieja idea del partido obrero como partido revolucionario es reemplazada por la nueva idea de partido obrero como partido de reforma. El apoyo y la garantía estatales a la reproducción de la fuerza de trabajo o la nacionalización de la reproducción de actividades inhibe los movimientos revolucionarios y el desarrollo de los partidos insurreccionales. El Estado del bienestar y sus políticas redistribuidoras de las fuerzas productivas (por ejemplo, el salario social) y nacionalizadoras de las actividades reproductivas se convierten en importantes estabilizadores del sistema en su conjunto. Por el contrario, en la Rusia zarista y otros países en los que el Estado absolutista no fue desmantelado, el Estado no permitió que la clase obrera estable-

ciera derechos políticos (aunque la clase capitalista apoyó tímidos avances hacia la democracia política) y la clase capitalista no permitió que la clase obrera avanzara económicamente (aunque el Estado no dejaba de apoyar a veces las demandas económicas de los trabajadores). En Rusia, el capital y el Estado absolutista fueron incapaces de ponerse de acuerdo en un programa de reforma y de aquí que en 1917, cuando las condiciones coyunturales estaban muy maduras, un sistema en el que la reforma aceptable estaba bloqueada estalló en una revolución.

4. La segunda resolución de la contradicción entre la economía y el poder del capital y la fuerza política de masas de la clase trabajadora la constituye el uso que los capitalistas hacen de su poder económico para eliminar o reducir sin estridencias el poder político real o potencial de la clase trabajadora. A la vez que la lucha de la clase trabajadora para usar su fuerza política para establecer el Estado del bienestar en sentido amplio, se desarrolla una lucha capitalista para vaciar el Estado capitalista de todo contenido político real o potencial y castrar así la mayoría de la clase trabajadora. Ambas luchas caracterizan a las democracias burguesas avanzadas y tal vez merecen ser descritas como la forma más relevante de manifestarse la lucha de clases en la arena política. Baste mencionar que la lucha capitalista ha sido bien documentada en estudios sobre la burocratización de la vida pública, la despolitización de la toma de decisiones públicas, el crecimiento de autoridades especiales y del poder ejecutivo centralizado y otros.

El resultado de estas luchas simultáneas —la primera con el objetivo de incrementar el nivel de vida de las masas trabajadoras en su conjunto o en parte, independientemente de su papel en el proceso productivo y dando lugar a una u otra variedad de reforma económica y social; la segunda con el objetivo de dividir y fragmentar a la clase trabajadora para evitar que use su poder político potencial para terminar con el propio capitalismo— es transformar la naturaleza del partido político de la clase trabajadora. Los obreros dejan de lado la revolución para conseguir reformas mientras que los capitalistas se adaptan a las reformas para escapar a la revolución. El partido de la clase trabajadora se convierte finalmente en el partido gobernante o nacional, o al menos en el partido clave en los gobiernos de coalición nacional. Tal es el caso de los partidos laboristas y socialdemócratas de Europa, y, sin duda, sería también el caso de los partidos comunistas europeos en Italia y Francia (que, en cualquier caso, presionan activamente para participar en gobiernos de coalición), en el supuesto de que no tuvieran que vivir con el condicionamiento de la revolución bolchevique y del actual Estado soviético.

Desde el punto de vista del capital, la tregua temporal y no siempre fácil entre las dos clases en forma de gobiernos y políticas reformistas entraña generalmente un peligro. Mientras el Estado del bienestar constituye un freno para la insurrección y la revolución en el sentido leninista, socava el capitalismo disminuyendo o eliminando el clásico papel del ejército de reserva de desempleados en el proceso de acumulación. El Estado del bienestar subvierte también los principios capitalistas al sustituir el uso estatal de la producción de bienes por el intercambio privado de ésta y al generar nuevas contradicciones en los procesos de circulación (por ejemplo, crisis fiscal, inflación permanente, etc.). Este reformismo también interfiere en el mecanismo de acumulación en el sentido de que la clase trabajadora establece una política abstracta y generalizada de peticiones y derechos que, en último término, no concuerdan con la esclavitud del salario.

Por estas razones la supervivencia del capitalismo y la continuación de la acumulación de capital requiere de los partidos gobernantes la aceptación de la responsa-

bilidad del orden social en su conjunto y el que el partido de la clase obrera en particular se adapte al papel de sentido de gobierno o de partido de coalición en el gobierno nacional. Esta solución universal al problema de la dirección política capitalista ha sido aceptable por la clase trabajadora hasta el presente porque ha significado el triunfo del economicismo: alta tasa de empleo, salarios crecientes, seguridad creciente y salario social en expansión. Ha sido aceptable para la clase capitalista porque ha conformado a la clase trabajadora en su propia imagen de economicismo y mentalidad productivista (e individualista y privatista), lo que no sólo es un seguro contra la revolución sino que también tiene la positiva ventaja de acrecentar y asegurar el mercado de masas y, en general, la forma de vida consumista. Los partidos de la clase obrera que gobiernan en las democracias capitalistas continúan por ello representando y actuando de instrumentos de la clase trabajadora, como propietarios y vendedores de la fuerza de trabajo y, al mismo tiempo, ignoran o descuidan los intereses de los trabajadores en tanto que productores sin propiedad en las fábricas y empresas capitalistas.

5. Las diferencias entre los partidos de la clase capitalista y de la trabajadora definidos en sentido amplio (Tories y Laboristas, Demócratas y Socialdemócratas, Demócratas y Comunistas, Republicanos y Demócratas, etc.) gira normalmente en torno al problema de las políticas «correctas» de acumulación. El partido capitalista favorece de ordinario la vieja política de recesión para solucionar la indisciplina de la clase obrera, los altos salarios y la inflación, etc., junto con políticas de impuestos y gastos y una legislación generalmente favorecedora de las inversiones y de los beneficios. El partido de la clase obrera tiene una importante opción política en la promoción del pleno empleo y en la legislación de impuestos y gastos orientados a expandir el consumo. Sea el partido capitalista o el obrero el gobernante (sólo o en coalición), los gobiernos capitalistas se ven obligados a promover la acumulación de capital aunque la naturaleza exacta de las políticas de acumulación pueda resultar problemática. El partido no gobernante puede permitirse ignorar las necesidades de acumulación (aunque sean entendidas y sea cual sea la relación entre las intenciones y los resultados finales de la política) y en este sentido ha habido poco cambio en los Estados capitalistas en el siglo pasado. La política de la clase capitalista se limita a los problemas de acumulación y a problemas relativos a la ley y al orden o al control social, y desde el punto de vista del capital el Estado legítimo es el Estado que desempeña con éxito la función de acumulación. Sin embargo, en la mayoría electoral de la clase trabajadora y la dirección nacional por parte de su partido son factores nuevos en la historia. Cualquier gobierno formado por cualesquiera partidos tiene que enmascarar o mistificar las funciones de acumulación que están a cargo del Estado si no quiere perder su legitimidad entre las masas. Además, el partido o partidos gobernantes tiene también que aspirar a encontrar o desempeñar realmente no sólo las tareas de acumulación sistemática sino también las de carácter proletario o humano que existen independientemente de las necesidades de acumulación y que están a menudo en contradicción con ellas.

Los partidos políticos son así agencias que deben bregar con la insalvable contradicción entre las funciones de acumulación y las de legitimación del Estado. La dirección nacional por un partido obrero o capitalista, solo o en coalición, no puede eliminar por sí misma las contradicciones estructurales básicas del capitalismo. Por el contrario, los modernos partidos políticos en las democracias burguesas reproducen las contradicciones entre el trabajo y el capital en sus estructuras y políticas. Ambos partidos necesitan tanto dinero como votos para ganar las elecciones y el poder nacional. El partido capitalista tiene asegurado el dinero y el de los trabajadores los votos, y lo corriente es que ambos partidos compitan entre sí por votos y dinero, res-

pectivamente, y también por la cuestión de cuál de los partidos resulta más representativo. Los partidos triunfantes de la «derecha», el «centro» o la «izquierda» tienen que poseer una conformación y un arraigo multclasistas. En este proceso de competencia entre partidos y de desarrollo de una retórica política desprovista de análisis y proyectos de clase, la clase trabajadora queda excluida de la política por medio de la imposición de un modo específico de participación política que predetermina el contenido de la vida política. Los tradicionales derechos democráticos burgueses son entonces vaciados de todo contenido de clase o, al menos, neutralizados.

La necesidad que tienen los partidos gobernantes de enfrentarse a la contradicción entre acumulación y legitimación (y su propia contradicción entre dinero y votos), y el intento de suavizar o encubrir las diferencias entre capital y trabajo significan que los partidos ya no pueden ser instrumentos efectivos de clases particulares (en efecto, cada partido representa a todos los propietarios de bienes, incluidos los propietarios de su fuerza de trabajo, es decir, representan a todo el mundo). Esta necesidad significa también que los partidos son incapaces de hacer frente a las necesidades de acumulación sistemática o a las necesidades humanas proletarias de forma efectiva. Por el contrario, los gobiernos nacionales formados por los principales partidos en solitario o en coalición incrementan normalmente las contradicciones materiales de la sociedad capitalista, por ejemplo mediante políticas fiscales que constituyen compromisos inefectivos entre las necesidades de acumulación sistemática y las necesidades proletarias, y políticas de gastos que ni disciplinan efectivamente a las masas trabajadoras ni satisfacen las necesidades materiales básicas de ésta (más allá de la simple reproducción de la fuerza de trabajo a un nivel más o menos convencional).

Por otra parte, el moderno sistema de partidos políticos realiza una función ideológica esencial en las sociedades capitalistas desarrolladas. Los partidos políticos se han transformado en organizaciones de políticos profesionales especializados en intentar equilibrar capital y trabajo y en este sentido son especies de asociaciones profesionales. La dimensión profesional del político-profesional garantiza que los políticos que alcanzan la cumbre de la dirección del país son dignos de confianza desde el punto de vista del capital (es decir que profesional significa corruptible o sobornable). La dimensión política del político-profesional asegura que el liderazgo político conlleva algún tipo de circunscripción electoral necesaria para el cumplimiento de su función legitimatoria. Los políticos profesionales y los partidos organizados por esos políticos no pueden ser instrumentos de ninguna clase particular precisamente porque tienen que ser oportunistas. Deben combinar victoriosamente dinero y votos sin preocuparse —o sin tener la capacidad política de permitirse esa preocupación— de quién son el dinero y los votos que usan para alcanzar el poder. Sus propios intereses materiales y de carrera se basan en las victorias electorales para sí mismos y sus partidos. De aquí que los políticos concedan gran significación pública a las campañas electorales y a sus resultados (incluso cuando no tienen mayor significación para nadie más). Exceptuando las diferencias de retórica y las diferencias marginales en la forma en que las opciones son formuladas y discutidas (o sea, en generalizaciones vagas y generalmente vacías), la principal idea que los políticos transmiten durante las campañas electorales es la de que existen importantes diferencias de hecho entre ellos y sus rivales y que el hecho de quién gane o pierda tendrá consecuencias materiales significativas para la sociedad en su conjunto. En efecto, todos los políticos insisten en lo mismo, a saber, que los cambios en la dirección pública darán lugar a importantes cambios en la sociedad o preservarán valores esenciales. «Los políticos rigen nuestras vidas», dijo un importante senador en una reunión del Partido Demócrata este año, cuando la verdad es más bien lo contrario.

La interminable competición por el dinero y los votos (y por la buena cobertura de los servicios de información, la visibilidad pública, etc.) hace que los políticos se echen unos a otros la responsabilidad sobre lo que en el fondo son contradicciones y fracasos estructurales sociales y económicos del propio capitalismo (incluyendo las irracionalidades en los programas y políticas estatales del capitalismo). Estos problemas estructurales de desempleo, inflación, pobreza, escasez de bienes, crisis fiscal, malestar social, etc., así como las contradicciones originadas o intensificadas por la competencia entre partidos, se transforman por medio de la retórica de la política burguesa en fallos de dirección y en limitaciones personales o profesionales de los políticos en el gobierno (del mismo modo que las contradicciones estructurales ocultas en la producción capitalista son consideradas como disfunciones de los procesos de circulación o del mercado donde esas contradicciones se manifiestan). Las contradicciones de sistema y las tendencias de crisis son personalizadas e individualizadas y, en consecuencia, se disimulan y trivializan.

El cambio de partidos y políticos en el poder se convierte así en la forma institucionalizada en que la tiranía del capital y la burocracia del Estado permanecen intactas. El suave funcionamiento del sistema de partidos políticos legitima directamente al Estado e indirectamente al capital creando la ilusión de una libertad política a través de la competencia por los votos y el dinero y contribuye a asegurar la continuidad del sistema capitalista en su conjunto. A pesar de que no existe garantía de que el sistema de partidos vaya a continuar funcionando así indefinidamente (y cuando los partidos se convierten o vuelven a ser armas organizativas para la lucha de clases dejan de constituir fuentes efectivas de este tipo de legitimación), el éxito del sistema de partidos estadounidense en convertir las contradicciones estructurales en fallos de los políticos y de los partidos se evidencia por la amplia literatura analítica sobre las elecciones que muestra que los votantes responden más fuertemente a las personalidades y a los símbolos políticos.

La personalización de la política electoral burguesa cotidiana (y consecuentemente la trivialización de la política) que es la norma electoral básica en las democracias burguesas constituye la manifestación empírica del papel ideológico de los políticos y de los partidos: ser el pararrayos de las tendencias críticas estructurales. Las campañas y elecciones políticas normales y el gobierno de partidos aseguran que el sistema capitalista no es cuestionado ni desafiado, mientras que los políticos y partidos individuales se echan crecientemente la culpa de las disfunciones de la sociedad. No se trata sólo de que los políticos profesionales esquiven los problemas reales por motivos electorales (y al hacerlo así se definen implícitamente a sí mismos como hombres sin política), sino de que el sistema político como tal elude necesariamente los verdaderos problemas. Y cuanto más se basa la política en la personalidad y en el símbolo, en términos empíricos, menos claramente consideradas aparecen las opciones en la superficie y más soterradas se encuentran las opciones de la vida política burguesa.

El carácter pluri-electoral y consensuado del moderno sistema de partidos políticos que realiza la esencial función ideológica antes señalada tiene su base material en la organización social de grupos de interés. Cada uno de los grandes partidos es el portavoz de muchos grupos de interés que se basan normalmente en actividades particulares o en intereses regionales o sectoriales. Para los políticos el camino más fácil al poder es representar un interés de grupo y moverse para conseguir el apoyo del Estado, una reglamentación favorable, etc., que redunde en beneficios para el dueño, empleos para los trabajadores, pedidos a los proveedores, actividad para los comerciantes locales, etc. La realización con éxito de una política de grupos de interés acomoda al capital y al trabajo y garantiza al mismo tiempo que el sistema de partidos con

grupos de interés como base material continuará funcionando como parachoques mistificador para la burocracia estatal y el capitalismo en general. En vez de un liderazgo de clase abierto y público tenemos un liderazgo de grupos de interés oculto y privado. En lugar de la guerra entre capital y trabajo en la que el poder político proletario de fin a la dominación capitalista de la vida económica, tenemos la competencia económica y política en el interior de los partidos y entre ellos, y a las empresas particulares y a las regiones organizadas como grupos de interés que sólo pueden, en último término, ser racionalizados y asumidos en un Estado corporativo, definido de forma más o menos formal.

6. El moderno sistema de partidos contiene una contradicción potencialmente explosiva que se origina en el funcionamiento ideológico del propio sistema. El éxito en la actividad del sistema de partidos hace que el irracional y explotador sistema capitalista y estatal aparezca como racional y equitativo. Pero el coste de la legitimación del sistema capitalista como tal es la definitiva pérdida de legitimidad de los políticos profesionales y de sus partidos y, sin duda, del propio sistema de partidos. Mientras mayor es la competencia entre políticos y partidos y mientras más se echan mutuamente en cara la presión social, los apuros económicos y los problemas, más sólidos y racionales parecen ser el capital y el Estado. La contradicción es que mientras más sólido parece el sistema del capital y el Estado, más débil e irracional resulta la política del sistema de partidos. El capital tiene que intervenir cada vez más en diversos procesos económicos y sociales y de aquí que exista una responsabilidad creciente en el sistema de partidos como salvavidas institucionalizado. Los políticos individuales y sus organizaciones se convierten de forma creciente en cabezas de turco del mal funcionamiento interno del capitalismo. Por otro lado, estos mismos políticos y partidos intentan adquirir una significación precisamente porque critican a los otros por las contradicciones estructurales. Este es el potencial de un enorme déficit de legitimación. ¿Cómo puede la ciudadanía creer que los partidos tienen realmente un contenido y creer, al mismo tiempo, que son cada vez menos significativos?

La frustración y confusión estructural generada por el sistema de partidos se resuelve finalmente en una sacudida o colapso de la fe en los políticos profesionales y en los partidos. Esta parece ser una tendencia universal en la moderna sociedad capitalista. En los Estados Unidos la crítica establecida al pluralismo, al concepto de «Estado del bienestar», etc., se concentra en el Partido Demócrata y, generalmente, en los políticos profesionales, no solamente en políticos individuales. Aunque permanezcan elementos del viejo sistema (por ejemplo, Ford como el republicano tradicional), el sistema crea finalmente la necesidad de políticos no-políticos, o de políticos técnicos. Especialmente la clase capitalista se hace cada vez más hostil y recelosa con respecto a los poderes elegidos porque le es imposible controlarlos y porque se supone que el típico político elegido en un ámbito representativo es completamente irresponsable desde el punto de vista de las políticas y exigencias de acumulación. Un estudio reciente sobre las opiniones de los principales directivos de las corporaciones muestra que incluso la acción de votar es considerada como inherentemente irresponsable porque no se asocia con ninguna consecuencia económica ni con costos inmediatos. En contraste con el «consumidor», el trabajador y el hombre de negocios, el votante es considerado como alguien que no tiene incentivos para ejercer una restricción económica. Según estos dirigentes de negocios, existe una ausencia de responsabilidad económica inherente a los procesos democráticos burgueses.

Como los políticos y los partidos pierden el respeto popular y la legitimidad porque están atrapados entre las políticas de legitimación y de acumulación, entre la necesidad del dinero procedente de los negocios y la de los votos de la clase trabajadora, y,

en definitiva, entre el capital y el trabajo, los propios directivos sociales a sueldo de la clase capitalista y de la burocracia estatal también llegan a despreciar a los políticos. Este nuevo sector que aspira a conciliar las contradicciones entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas —y especialmente los economistas, que son, de los expertos sociales, los más arrogantes—, aspiran a liberarse ellos mismos y a liberar a sus jefes de las presiones contradictorias de la democracia burguesa. Esta evidencia se extiende desde la reciente denuncia por parte del Banco de Inglaterra de la política económica del gobierno laborista (un histórico punto de arranque) hasta el desprecio absoluto de los altos funcionarios civiles franceses hacia los procedimientos y su renuncia a consultar con el Parlamento en la planificación económica, pasando por las maniobras ocultas de grupos como el *Ash Council* en Estados Unidos y el gobierno secreto de Richard Nixon. Los puntos de vista de los técnicos sociales son recapitulados sucintamente por el alto planificador económico Helbert Stein que afirmó en relación con el actual debate sobre las dimensiones de los déficits del presupuesto federal que ahora los políticos tienen nuevos pretextos para sus elucubraciones¹. Como los capitalistas y el Estado burocrático que les paga, los técnicos sociales aparecen como defensores de la sustitución de la tradicional democracia burguesa por una u otra variedad de corporativismo. La vieja reforma *tory* ya no es solución de recibo: el capital no tiene motivos para ceder la mayor parte de su poder ampliando el derecho de voto, tanto más cuanto que es cierto que la ampliación del sufragio a la mayoría de la clase obrera fue un factor determinante en la crisis actual. Por otra parte, existe por parte del capital escaso interés y atractivo en desmantelar el Estado del bienestar y poner fin a la libre negociación colectiva. Dos escritores británicos llegan a decir que la consecuente orientación al corporativismo es inevitable en Gran Bretaña y en el mundo desarrollado, y que «...a medio plazo, sea cual sea el partido que esté en el poder, el resultado será el mismo»².

Dado que los políticos y los partidos se echan la culpa unos a otros de los problemas básicamente estructurales sin ser capaces de mejorar o resolver esos problemas, pierden su credibilidad no sólo con respecto al capital y a los técnicos sociales sino también con respecto a los sindicatos y al conjunto de la clase trabajadora. En todo el mundo capitalista avanzado, las grandes uniones y federaciones sindicales están replanteándose sus relaciones históricas con los partidos políticos y empezando a formar nuevas alianzas entre sí, a menudo a pesar de importantes diferencias ideológicas. Estas acciones han tendido a solidificar los sindicatos y al mismo tiempo han alterado las bases políticas de los principales partidos de Europa, especialmente de los socialdemócratas. En Estados Unidos puede observarse un proceso parecido de reconstrucción de las lealtades políticas.

En resumen, parece que asistimos al declive de los partidos como organizaciones políticas en el sentido tradicional y al ascenso de nuevos tipos de organización y actividad política. Las organizaciones laborales van poniendo menos énfasis en ganar las elecciones para los «amigos de los trabajadores» (especialmente los políticos del partido demócrata) y más énfasis en presionar y en ejercer intervenciones directas en aparatos del Estado que tengan que ver con materias que conciernen a los sindicatos. Para el movimiento feminista, los grupos de defensa del consumidor y del medio ambiente y los movimientos de las minorías oprimidas, las presiones directas e indirectas parecen ser más importantes que las propias campañas electorales. Y para la izquierda, las tendencias autodestructivas que parecen ser inherentes al sistema político burgués de partidos ofrecen promesas significativas de futuro. Por una parte, la clase capitalista y sus directivos y técnicos sociales no tienen interés en relegitimar a los políticos profesionales y a los procesos electorales. Por otra parte, los distinguidos políticos profesionales a escala nacional intentan dar la imagen de planifi-

cadores sociales y económicos imparciales (sin duda para salvar su propia piel). ¿Hay alguna posibilidad para la izquierda de desarrollar una política de masas que sea vista como legítima? Si así es, ¿puede ésta organizarse en torno a actividades electorales sin sufrir el mismo destino que los políticos al uso y sus partidos? ¿O puede concentrar sus energías en intervenciones directas en la sociedad civil, especialmente en la burocracia estatal donde la actividad directa del Estado se ejerce? Cada vez es más evidente que ésta es exactamente la actividad presente de los reformistas o izquierdistas más plausibles. Son ejemplos de ello actividades como el *lobby* del pueblo, la crítica cotidiana de la sanidad, de la planificación urbana y otras esferas, de los sistemas de educación y seguridad social, etc., llevadas a cabo por trabajadores estatales, asociaciones de vecinos que pretenden descentralizar el poder político en las ciudades, las organizaciones que luchan por ampliar los viejos derechos establecidos en el interior del Estado y establecer nuevos derechos y posibilidades de intervención en los presupuestos del Estado y en los procesos presupuestarios; organizaciones que se mueven en contra de los programas y procesos de renovación urbana, agencias controladoras y otras actividades estatales dentro y fuera de la competencia del capital privado y de sus aliados; la actividad que desarrolla la izquierda con respecto al sistema judicial, especialmente los procesos, la reforma penitenciaria y la asistencia legal popular.

¿Constituyen estas prácticas el anuncio de una nueva política popular y obrera dirigida al corazón mismo de la sociedad civil? ¿Constituyen sus éxitos el camino que amenaza realmente la política burguesa del Estado? El hecho mismo de plantearse estas preguntas es quizá ya una respuesta.

Traducción: Teresa González y Feliciano Páez-Camino

¹ «Looking Beyond the Budget Deficit». *Wall Street Journal*. July 28. 1975.

² R. E. Pahl and J. T. Winkler: «The Coming Corporatism». *Challenge*. 3/4. 1975. 35.



El estado de la
izquierda en Europa

Eric J. Hobsbawm

Pilar Brabo

¿El fin del
eurocomunismo?

Santos Juliá

Ludolfo Paramio

Manuel Azcárate

Problemas de teoría
y estrategia
socialista

Ernesto Laclau

Chantal Mouffe

Samuel Bowles

Herbert Gintis

José Nun

Norbert Lechner



Información: Apartado 3.070 - Madrid

Zona Abierta 28 - abril-junio de 1983



LA NOVELA DE LOS SETENTA

Luis Suñén

Si todo balance encierra el peligro de la simplificación, cuánto más si de lo que se trata es de aislar en lo posible un período temporal concreto referido, por añadidura, a una materia tan favorable a la enumeración de títulos y autores como es la producción novelesca. Tratar de reflexionar sobre la narrativa española escrita en castellano en los años setenta encierra naturalmente ese peligro que, por lo demás, permite, si se sucumbe en él, despachar la cuestión sin profundizar demasiado en ella. Por otra parte, toda reflexión sobre un asunto como el que aquí nos ocupa exige una consideración de sus datos, y entre ellos está inevitablemente una mayor o menor cantidad de autores y obras. Quiero decir que resulta necesario, aunque sea siempre limitador, caer en la enumeración, en una enumeración, todo hay que decirlo, que el tiempo se encargará de reducir y ordenar y que, por ello, no acabará siendo sino una muestra más de la propensión de los críticos al ries-

go, aunque esa sea una de sus obligaciones y la apuesta resulte siempre tentadora. Junto a la necesidad de la cita está también la dificultad para aislar cronológicamente un tema que desborda tales límites. La novela de los setenta es también, por una u otra razón y en poco o en mucho, la novela de los sesenta y la novela de los ochenta que por ahora llevamos vistos.

A la dificultad que pueda suponer aislar en lo posible la cronología y proponer autores verdaderamente significativos se une la escasez, por no decir la carencia total, de puntos de referencia suficientes, de datos que puedan configurar una tendencia fundamental, de títulos que abran y cierren fases bien distintas. Desde que aparece *Tiempo de silencio*, en 1962, da la sensación de que se han acabado las soluciones de continuidad radicales, los hitos que marcan —en realidad sólo relativamente— períodos cruciales y que tanto facilitan —ayudan a pensar menos—

la labor de críticos y manuales. Los setenta no son un mal momento de nuestra historia literaria más reciente, aún a pesar de que pueda haber en ellos un título clave. O precisamente por eso. El conjunto parece predominar así sobre el nombre solitario y único. Pero ese conjunto es, claro está, limitado. Y de lo encerrado en esos límites el tiempo escogerá, a su vez, unas pocas cosas, unos cuantos nombres. Quizá por eso el crítico —y prefiero hablar aquí a título de lector interesado y atento— debe olvidarse de sacrificar la parte al todo, de quedarse (y dejar a quien le lea) sin saber que esa parte acabará por definir al todo y que un solo nombre vale muchas veces por una literatura entera —y hasta por más de una, como ocurre con Pessoa. ¿Hasta qué punto, pues, tratar de averiguar rasgos comunes, traer por los pelos concomitancias en el fondo lógicas? ¿No será preferible proponer determinados libros, escoger del conjunto lo más grato a quien lo contem-

pla en su totalidad? Ello nos lleva a plantearnos una cuestión que por elemental parece baladí pero que quiero señalar sin falta como justificación personal. Al crítico —dicho sea sin ánimo alguno de definición— se le debe exigir siempre buen gusto y esa tendenciosidad que, al contrario de la definida por el Diccionario de la Real Academia Española, se orienta más a los medios que a los fines. Permítaseme, pues, encarar la novela de los setenta desde un punto de vista estrictamente lector, desde unos gustos bien definidos en dirección a unos medios expresivos que, probablemente, son los que unen a muchos de los escritores que a continuación vayan a ser citados. No trato tampoco de profundizar en rasgos demasiado intratextuales sino en ofrecer determinadas pautas de visión del período de que se trata. Como de lector a lector.

Las ocasiones perdidas

Los años sesenta contemplarán el aparatoso florecer del *boom* de la novela latinoamericana. Y creo que aquí no ha lugar a la discusión sobre denominaciones socio-geográficas si tomamos lo de *latinoamericana* como referido exclusivamente a la novela escrita al otro lado del océano. Lo *hispanoamericano* nos haría caer en la tentación de considerar bajo su etiqueta tanto a lo hispano como a lo americano y, en este caso, tal coparticipación sería una inexactitud. Y no sólo referida a los años en los que el llamado *boom* alcanzara su esplendor. Frente a la permanente actualidad —al buen aparato escénico que ha sabido rodear unos productos excelentes— de la novela latinoamericana, la novela española ha seguido —ha debido seguir— un camino si no marginal sí restrin-

gido casi siempre al consumo interno. El momento de esplendor y de máxima difusión de la novela latinoamericana se ha reducido, pues, a la escrita por narradores de América, no a la escrita en España, hasta el punto que para un observador de otro ámbito lingüístico la coincidencia en el idioma parece ser más una consecuencia de la floración del otro lado que un hecho histórico que se inicia en este y que algo nos toca. Hablar de novela en castellano es para muchos hablar de novela latinoamericana.

En los años del *boom* la novela española, por una u otra razón, no puede ofrecer una cantidad suficiente de productos homologables. No está el país en su mejor momento creador, quienes son ahora algunos de nuestros novelistas mejores se encuentran entonces en la maduración de su proceso como tales o son víctimas de un silencio ignorante y el fenómeno les margina irremediablemente. Ni siquiera el recurso al pataleo, tan hispano, o a la victoria moral, servirá de paño de lágrimas o de certificación de injusticia alguna. Todo lo más, de una limitación. El tiempo, sin embargo, pone siempre las cosas en su sitio, y estas no son ni tan simples ni tan obviamente maniqueas. Vaya un ejemplo. En 1967 aparece *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Pero ese mismo año también se publica *Volverás a Región*, de Juan Benet. El movimiento literario que la una inicia con un éxito sin precedentes, coincide en la otra con un silencio casi total. El tiempo va acercando las líneas, como unas paralelas que si se juntaran antes del infinito. Ahora *Volverás a Región* aparece como una de las mejores novelas españolas de la segunda mitad del siglo y Juan Benet un escritor no inferior a los protagonistas del *boom*. ¿Todo un síntoma?

El de la eclosión de la novela latinoamericana es, de todas formas, el primer tren perdido de cara a los setenta y de cara a hoy mismo. Tren perdido por el conjunto de la novela española en castellano, claro está, y en lo que se refiere a su receptividad general. Lo mejor de nuestra novela irá haciéndose a sí misma en un proceso de consolidación que desemboca en la madurez de una generación, de la que, sin embargo, muy pocos de sus miembros —Juan Goytisolo como caso bien claro— serán puestos en sintonía por la crítica no española con los nombres más sólidos de la narrativa latinoamericana. Las razones de ello, el por qué de haber perdido ese tren, afectan a tantas realidades de la vida y de la cultura españolas de los últimos cuarenta años que, por claras, no vamos a entrar en ellas. Llegar a la estación cuando el último vagón se pierde tras la primera curva afectará en primera instancia a la difusión supranacional de una narrativa que así hubiera conseguido algo más, y dicho sea sin ánimo de ofender a nadie, que ser traducida al rumano. La posibilidad de conocimiento exterior, con lo que ello hubiera implicado de ánimo creador se queda, pues, en agua de borrajas.

La otra ocasión surge en 1972 cuando, aprovechando un poco el declive de la novela latinoamericana como fenómeno comercial y su estabilización definitiva como acontecimiento literario de primer orden, las editoriales Barral y Planeta acuñan la denominación «Nueva novela española» para un grupo de narradores de diverso talante y de distinta edad, unidos por nada concreto y de talento y posibilidades desiguales. El intento aunaba algún nombre mayor —bajo sus auspicios apareció *El gran momento de Mary Tribune*, una de las me-

jores novelas de Juan García Hortelano— al de unos cuantos jóvenes, procedentes algunos de ellos del aún reciente escaparate novísimo: Félix de Azúa, Vicente Molina Foix, Ana María Moix, Javier del Amo, María Luz Melcón, Javier Fernández de Castro, etc. El intento, en líneas generales, no tuvo demasiada fortuna ni sirvió tampoco para animar el cotarro. Sí fue suficiente para que algunos narradores dieran a la luz sus primeras novelas y comenzaran así a ser, con otros, quienes ahora definen mejor la novela que hacen los más jóvenes.

Antes de seguir habrá que considerar aunque sea de pasada el hecho de que en la novela española en castellano no se producirá un proceso similar al que desencadenó la antología de José María Castellet *Nueve novísimos poetas españoles*, aparecida en 1970. El cambio de actitud que propicia, lo que supone como manifestación de unas referencias distintas, de adecuación verdadera a la mejor tradición de la poesía española a lo largo del siglo, la posición tan determinada ante la cultura —su afán por escoger frente a la necesidad hecha costumbre de conformarse con lo que había— le hubieran quizá venido muy bien a la novela que, por desgracia y porque, a qué negarlo, la propia novela se mueve en otras coordenadas, no se encuentra con alguien dispuesto a patrocinar algo parecido. Novísimos narradores serán también Félix de Azúa, Vicente Molina Foix, Leopoldo María Panero, Manuel Vázquez Montalbán y Ana María Moix. En la novela, sin embargo, no se dará, como en la poesía, ese peculiar magisterio de los jóvenes. De los novísimos surge una actitud, pero también un cierto modo de imposición de gustos, de elección de referen-

cias que habrá de influir, inevitablemente, en lo que vendrá después, más allá de simplificaciones absurdas que no vienen al caso. La novela, por el contrario, sigue haciéndose a sí misma, a la caza y captura de su propia renovación, con los maestros de siempre cubriéndolo todo con su nombre. Pero también en los setenta llegarán a su madurez quienes atravesaron los sesenta y hasta parte de los cincuenta superando los límites del realismo estrecho al uso. Maestros —algunos— aceptados por quienes inician en los setenta su obra narradora. Mientras en la poesía, pues, los novísimos se configuran como novedad y triunfante alternativa, sus equivalente en novela —ellos mismos en algún caso— consideran cuáles deben ser sus preferencias, se deciden por ellas en lo doméstico escogiéndolas de entre quienes en esos años llegan a su mejor etapa creadora. El caso de Juan Benet, por ejemplo, maestro de algunos de los más interesantes narradores de la generación de los novísimos, es bien significativo.

Justo a mitad de la década ocurre el hecho capital de los setenta: se muere Franco. La muerte de Franco era esperada, además de por muchas otras cosas, como el pistoletazo de salida para una cultura a la espera, convencida de sus posibilidades, que no tendría más que recibir la noticia de la muerte del dictador para comenzar a mostrar lo que era capaz de hacer sin las cortapisas de antaño. Tal ingenuidad —en la que en el fondo quizá latiera una injusta infravaloración de lo ya hecho— no respondía a la realidad de las cosas, pues bien sabido es que la censura fue uno de los métodos de esterilización cultural impuestos por el franquismo, pero no el único. La cuestión es más compleja y, por añadidura, el optimismo

pudiera parecer desde aquí menos lógico. La desaparición del dictador no supone renacer cualitativo alguno ni tampoco, curiosamente, la formalización de un caudal temático importante. Lo mismo sucederá en los años inmediatos. Si no hay novela de la transición, tampoco puede decirse que haya novela sobre la transición. La referencia concreta a la realidad española del momento —no estrictamente cronológico en cualquier caso en lo que se refiere a sus datos concretos— surgirá más bien de modo colateral, como un aspecto más de la condición de unos personajes sometidos a su propio entorno. En este sentido sí hay una novela que trata de ir configurando una suerte de crónica generacional que, afortunadamente, no se queda en el pretexto histórico, sino que profundiza en el interior de unos personajes condicionados inevitablemente por la circunstancia política. No es una novela sobre la transición, como ya he dicho, sino la novela de quienes desde el ahora observan en su interior el paso de la historia inmediata. Ese sería el caso de las dos últimas novelas de José María Guelbenzu, *La noche en casa* y *El río de la luna* —aunque ésta, publicada en 1981, se sale de nuestros límites en el presente trabajo—, de *Visión del ahogado*, de Juan José Millás o de la tetralogía *Diálogos*, de José María Vaz de Soto —cuyos dos últimos títulos, *Fabián y Sabas* y *Diálogos de la alta noche*, se salen también de nuestra cronología impuesta. Son éstas aquí citadas obras en las que el personaje —los personajes— es verdadero coautor de la novela, arquetipo que al analizarse a sí mismo, al profundizar en su realidad personal, en su propia historia —sobre la que ha ejercido su acción la Historia— encuentra al final

de su indagación su propia imagen en el espejo.

La muerte de Franco, pues, no parece marcar una solución de continuidad, un punto delimitador del antes y el después de la novela española. El daño irreparable hecho por el franquismo al conjunto de nuestra cultura —tanto en lo que se refiere al creador como al receptor de esa cultura— no se cura con la desaparición de la censura y con la consiguiente posibilidad de crear en libertad. Bajo la censura se escribieron excelentes novelas y sin ella se han seguido escribiendo novelas buenas y malas. No podemos dejarlo todo al albur de panaceas que no existen, de milagros que no habrán de ocurrir. La llegada de la libertad, de la vida en democracia, no supone necesariamente el advenimiento inmediato de una nueva edad de oro para nuestra cultura, demasiado lastrada por años de oscurantismo. La realidad del franquismo, la mediocridad de sus planteamientos culturales, introdujo a la creación literaria en un túnel oscuro y de difícil salida y situó a esa otra vertiente principal de la cultura, la de quienes leen, ven o escuchan, en el papel terrible de quien ni nada puede dar ni nada se le ofrece. La herencia es así tan excesiva como dura y su liquidación nada fácil de la noche a la mañana.

Nombres, nombres, nombres

Pasando a lo que parece inevitable en todo repaso que se precie —los nombres, las obras y los juicios de valor (poner también el precio de los libros parece demasiado)— los setenta se vuelven irremediabilmente a los setenta y miran también a los ochenta. Para no hacer esta revisión demasiado extensa y no meternos tampoco en el di-

ficil terreno de manejar futuros sin demasiada perspectiva voy a procurar en lo posible ceñirme —al margen de precedentes inevitables que habrá que señalar— a lo publicado en España en lengua castellana entre 1970 y 1979.

Naturalmente, los setenta cumplen la función histórica de otorgar su madurez a una generación que cumple cincuenta años, poco más o menos, a lo largo del decenio. También la de consagrar definitivamente algunos nombres que caminaban entre el olvido y la tenacidad de un trabajo que no servía para situarles correctamente entre lo más valioso de nuestra novela del presente. Este último sería el caso, claro está, de Gonzalo Torrente Ballester, quien en 1973 publica *La saga/fuga de J.B.* y logra al fin el reconocimiento definitivo de la crítica. El del público llegará después. Torrente Ballester, no hay que olvidarlo, había publicado ya antes tres obras maestras: la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963) y *Off-side* (1969). Con *Fragmentos de Apocalipsis* (1977) Torrente proseguirá en ese camino que le configura como el máximo representante de nuestra novela de imaginación, como el más empeñado en mantener la posibilidad de escribir una novela intelectual y, en suma, como, por muchas razones, el más verdaderamente moderno de nuestros escritores.

Otro gran recuperado de los setenta será Juan Gil-Albert. El escritor de Alcoy publicará en 1974 su *Crónica General* que, con *Los días están contados* y *Valentín* representa probablemente lo mejor de sus escritos. El interés por la obra de Gil-Albert demostrado por escritores como Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral o Francisco Brines será recogido por los más jóvenes

tanto en lo que su escritura ofrece de rigor constructivo como en las pautas que ofrece la vertiente moral de la misma. Rosa Chacel bien podría ser el otro vértice de este triángulo fundamental de recuperaciones, a través de las reediciones de sus libros o de otros nuevos como *Barrio de Maravillas*. Hay otros nombres, otras recuperaciones importantes. No podríamos olvidar a Corpus Barga o a Rafael Dieste o a Francisco Ayala o a Manuel Andújar. Como la amplia receptividad de la obra toda de Max Aub. La literatura del exilio retoma así su origen, se suma a una historia de la que —es idea repetida muy frecuentemente por Francisco Ayala— quizá no debiera formar capítulo aparte, que contribuye a construir desde lejos por razones tan claras como trágicas. El magisterio, ahora, de autores como Rosa Chacel o Francisco Ayala les hace también así volver a esa literatura que ellos también, y en lugar fundamental, han colaborado mantener.

Tras el paréntesis, creo que necesario, volvamos a lo nuestro que son los setenta. Algo he dicho antes de la madurez de una generación, la llamada de 1950 —que curiosamente ha visto acuñado el término sólo en lo que se refiere a sus poetas— cuyos nombres más valiosos dan a lo largo de la década alguno de sus libros mejores. También irán surgiendo nombres nuevos que irán definiendo esa variedad, esa indefinición que caracteriza la novela española escrita en castellano del presente. Vayamos, pues, con nuestra lista, que no deja de ser significativa. En 1970 aparecerán *Una meditación*, de Juan Benet; *Guarnición de silla*, de Alfonso Grosso, y *Reivindicación del Conde Don Julián*, de Juan Goytisolo. En 1971,

Un viaje de invierno, de Juan Benet. En 1972, *El gran momento de Mary Tribune*, de Juan García Hortelano, y *Leitmotiv*, de J. Leyva. En 1973, *Recuento*, de Luis Goytisolo —primera parte de su monumental *Antagonía*—, *Oficio de Tinieblas, 5*, de Camilo José Cela, y *El príncipe destronado*, de Miguel Delibes. En 1974, *Agata, ojo de gato*, de José Manuel Caballero Bonald; *Si te dicen que caí*, de Juan Marsé, y *Retahílas*, de Carmen Martín Gaité. En 1975, *Juan Sin Tierra*, de Juan Goytisolo; *Escuela de Mandarines*, de Miguel Espinosa; *Cartas de negocios de José Requejo*, de Agustín García Calvo, y *La verdad sobre el caso Savolta*, de Eduardo Mendoza. En 1976, *Los verdes de mayo hasta el mar*, de Luis Goytisolo. En 1977, *Visión del ahogado*, de Juan José Millás, y *Relatos sobre la falta de sustancia*, de Alvaro Pombo. En 1978, *Extramuros*, de Jesús Fernández Santos; *La noche en casa*, de José María Guelbenzu; *El mismo mar de todos los veranos*, de Esther Tusquets, y *El monarca del tiempo*, de Javier Marías. En 1979, *Días de llamas*, de Juan Iturralde; *Los vaqueros en el pozo*, de Juan García Hortelano, y *Arte real*, de Isaac Montero. ¿Qué se deduce de la larga, incompleta, seguramente arbitraria y, sin duda, significativa nómina? Pues probablemente lo que se trataba de deducir: que el equivalente narrador de la generación del 50, de la generación Rodríguez-Brines ha alcanzado ya una altura considerable, la lógica por su edad y la que cabía esperar por su talento. A su lado, nombres mayores de edad prosiguen la elaboración de su obra con tenacidad y éxito. Otros más jóvenes inician un cambio prometedor. Entre los del primer grupo Juan Benet es, seguramente, el más respetado de entre sus antecesores por parte de los narradores más jóve-

nes y, salvo alguna que otra excepción, también de mayor talento. Juan García Hortelano representa un especialísimo caso de evolución inteligente. Luis Goytisolo se ha propuesto, y ha conseguido, con *Antagonía*, una reflexión en la que escritura y lectura se entrecruzan para ofrecernos un discurso sin precedentes en nuestra actual narrativa de ficción... No habría que olvidar tampoco un hecho que me parece de primera importancia en el diseño, aunque sea tan esquemático, de los años que ahora nos ocupan: la vuelta de Rafael Sánchez Ferlosio con *Las semanas del jardín* (1974), una obra que participa por igual —acepta las convenciones propias de cada género— del ensayo y la narración. La prosa de Ferlosio en este libro me parece, sin ninguna duda, y junto a la obra toda de Juan Benet, la más clara influencia ejercida por la generación madurada en los setenta sobre los jóvenes narradores homologables por una u otra razón a los *novísimos*: Azúa, Molina Foix, Javier Marías sobre todo.

Los casos de Jesús Fernández Santos, Carmen Martín Gaité y José Manuel Caballero Bonald ejemplifican también ese enriquecimiento progresivo del lenguaje propio que ha caracterizado a los mejores escritores de su generación.

Al lado de estos que ahora comienzan a ser maestros, los más jóvenes empiezan en los setenta una obra que en algunos casos —el de José María Guelbenzu, que publica *El mercurio*, su primera novela, en 1968, me parece el más claro— posee ya rasgos propios y ciertamente valiosos. Guelbenzu en sus dos últimas novelas, *La noche en casa* y *El río de la luna* no sólo consigue hacer lenguaje de la historia —lo que definía hace años co-

mo su intención al escribir novelas— sino que, además, comienza a explicar qué ha pasado con la otra Historia, con esa Historia que ha marcado irremediabilmente a su propia generación. Juan José Millás, por su parte, lleva a cabo en *Visión del ahogado* una indagación en torno al tiempo, al origen de la identidad de unos personajes que concluyen en la conciencia de la inutilidad del autojustificarse. El recuerdo, la memoria son para ellos una suerte de trampa inexorable y sin salida. Eduardo Mendoza es, con *La verdad sobre el caso Savolta*, el ejemplo del narrador clásico, dueño absoluto de los resortes de una historia densa y lineal a la vez. Javier Marías representa especialmente esa influencia que Juan Benet y Rafael Sánchez Ferlosio han ejercido en nuestros mejores novelistas jóvenes —rastreadable también en Félix de Azúa y Vicente Molina Foix—. Y valgan estos ejemplos para no extender la nómina de quienes empezaron en los setenta: en ella estarían también Alvaro Pombo, Esther Tusquets y algunos más. Disculpésemela no citación de otros —pienso en Fernando G. Delgado, José María Merino, Luis Mateo Díez, espléndidos narradores— que han publicado lo mejor de su obra hasta ahora ya en los ochenta. O de esa vanguardia —perdón— tenaz, insistente, necesaria siempre, que bien podrían configurar Juan Cruz Ruiz, Marcos Ricardo Barnatán o Mariano Antolín Rato.

Hay, claro está, nombres difíciles de incardinar, raros y muchas veces arrinconados por ello, cuya obra aún parece depender de la justicia que el tiempo habrá de darles sin duda. Este sería el caso de Miguel Espinosa y de J. Leyva. De «un *Criticón* para nuestro tiempo» calificó José Luis L.

Aranguren *Escuela de Mandarines*, la primera novela de Miguel Espinosa —muerto en 1982—, publicada en 1974. *Escuela de Mandarines* es, sin duda, la novela más ambiciosa aparecida en los últimos años en España junto con *Antagonía*, de Luis Goytisolo, si consideramos la tetralogía como una obra única. Narración, alegoría política, sátira, ensayo filosófico, collage gigantesco e inteligentísimo y lleno de erudición, en el que el lenguaje, con un inigualado sabor clásico, atraviesa deslumbrantemente sus 717 páginas. El relato de Espinosa —uno de los escasos intentos por hacer en estos años una verdadera novela intelectual— fue recibido con parecido entusiasmo a la aparición de José Leyva. *Leitmotiv*, su primera novela, publicada en 1972, puso a la crítica frente a un narrador sorprendente, con unas influencias —que pasaban por Joyce, Kafka, el dadaísmo, los surrealistas y, para algún estudioso, hasta por Dickens y los novelistas ingleses del XIX— tan claras como excelentemente asumidas. Leyva era un escritor nada habitual que hizo que algún crítico saludara la llegada, por fin, de una verdaderamente nueva novela. Leyva siguió en su empeño personal, lleno de rigor en la forma y de exigencia

constructiva en novelas como *La circuncisión del señor solo*, *La primavera de los murciélagos* —anterior en su redacción e *Leitmotiv*— o *La calle de los árboles dormidos*, que aparecería en 1974. Desgraciadamente, Leyva guarda silencio desde hace tiempo, dejando interrumpida una de las más claras vías de renovación para nuestra novela. Por su parte Espinosa publicó, en 1980, *La tríbada falsa-ria*.

Ya se parece esto demasiado a un catálogo de nombres —los que sobran, los que faltan—, a lo que acaba por ser siempre toda visión de un período literario limitado temporalmente. Si todo queda, además, algo tendencioso —por acudir al ejemplo de escritores que me interesan ante todo por los medios que usan y no por sus fines— se dan demasiadas bazas al enemigo y no es cuestión. ¿Qué más puede decirse de los setenta?, pues también que han conocido intentos curiosos por mover el cotarro literario desde presupuestos algo ajenos. Ahí está el auge comercial de las novelas escritas por mujeres o el debido retraso con que algunos se extasían aún frente a la serie negra o los intentos —cada vez, por fortuna, más languidecientes de puro

pelmas— por resucitar viejas polémicas entre realismo y formalismo, entre imaginación y populismo de tres al cuarto —darle al público lo que pide es la suprema opción de algunos que no respetan ni la escritura propia ni la lectura ajena.

Terminemos. La referencia a algo tan inmediato sólo puede tener sentido como aproximación a una realidad cuyo juicio queda en manos del futuro. Ni siquiera aquello que parezca más dotado de los caracteres de la ruptura —que se definen más por ellos mismos que por la ocasión que crean— irán más allá de lo que el tiempo les conceda. Se incorporará luego a la mecánica del proceso, configurará (o no) su historia como excepción. Pero eso no puede ser ahora.

¹ Como complemento a este trabajo debo remitir al lector a otros dos publicados por mí anteriormente: «La novela como cuestión o leer a los modernos», en *Insula*, n.º 396-397, noviembre-diciembre, 1979, pág. 21, y «Ser y parecer (Hacia una perspectiva crítica de la novela española escrita en castellano: 1970-1981)», en *Quimera*, n.º 16, febrero de 1982, pág. 4.



COMO CALMAR LA COLERA DEL ESPAÑOL SENTADO

Ignacio Amestoy

En estas mismas páginas de *Leviatán*, en el número 11 de «Primavera 1983», Ricardo Doménech publicaba unas reflexiones sobre el momento actual de nuestro teatro, de las que no es lícito huir al volver a pensar sobre el mismo tema; es preciso seguir la profundización.

Hacia hincapié el historiador, tras repasar la incansable serie de declaraciones programáticas habidas sobre el teatro durante el franquismo, en la necesidad de una normalización en la creación, en «la necesidad de recobrar la conciencia artística perdida».

Un decálogo, al que el interesado puede recurrir, otorgaba unas bases firmes para, desde el campo del creador, superar los dos estadios generados en el arte por la dictadura: su servilismo al poder,

por un lado, y su instrumentación como arma contra el poder, por el otro.

Un programa riguroso para los creadores teatrales a través del cual, con trabajo en equipo, con modernidad y originalidad, con disciplina, sin obligadas incompatibilidades militantes, se pueda lograr la «obra bien hecha» que sea «fuente de progreso y afirmación de la condición moral del hombre».

Plataforma ideal y posible desde la que las mujeres y los hombres de la escena española podamos hacer un teatro válido para la España de hoy; para los espectadores de estas «Españas» que hemos recuperado, y cómo no, de las que todavía nos restan por comprender en nuestra comunidad hispanohablante. ¡Nuestros espectadores!

Ese espectador, factor no considerado, las más de las veces, en los análisis que sobre nuestro teatro se hacen, pero que es esencial en cualquier planteamiento que nos hagamos. En este sentido, nunca es vano recordar las palabras de Lope sobre la actitud del «respetable»; sobre «la cólera del español sentado», que «no se temple si no le representan en dos horas hasta el juicio desde el Génesis». Arduo asunto el de la cólera del español sentado...

Hace ya algún tiempo, en *Primer Acto* (número 65, de 1965), Alfonso Guerra publicó un artículo en el que, bajo el título *Renovación del teatro universitario*, trataba la cuestión de nuestro público. «Al intentar ofrecer unas posibles soluciones», escribía el político socialista, «he de hacer constar mi absoluta convic-

ción de que el problema teatral español sólo puede resolverse totalmente operando sobre el espectador. Si se lograra formar espectadores conscientes y responsables no podrían continuar existiendo los empresarios, los autores, los directores y los críticos que ahora dominan nuestro teatro; su caída sería inexorable y natural».

Doménech nos dibuja el perfil del autor en la circunstancia presente. Guerra soñaba con el espectador «consciente y responsable» que arrojase a los corrompidos mercaderes del templo de Eurípides. Autor y espectador, amante y amado —no al revés—, en la aventura apasionante del teatro. Y quiero decir que en el autor incorporo a quienes hacen posible que el texto se convierta en gesto; sobre todo, a los actores. De la misma forma que en el público habría que incorporar a la crítica.

Estamos analizando el teatro, a la luz de lo dicho hasta aquí, como un arte progresista y ético que pueda ser asumido consciente y responsablemente por el público. ¿Es una utopía? No creo que sea difícil por parte del autor el adaptarse a los nuevos tiempos. En peores garitas se ha hecho guardia... Lo que puede resultar más complejo es el «liberar» a nuestro espectador, un espectador que yo lo pienso ya, lejos de aquel 1965 en el que Guerra escribió el párrafo transcrito, «consciente y responsable», aunque total y absolutamente mediatisado por su alrededor en cambio.

Tal vez sea un fenómeno de la larga transición el que los resortes críticos del ciudadano hayan quedado mermados al sentirse incorporado, tácita o expresamente, a un proyecto mayoritariamente compartido, un proyecto confiado en

su realización a la clase dirigente, sea política o cultural. Si esto fuera así, que puede no serlo, nos encontraríamos con un cuerpo social carente de defensas y vulnerable ante las más delicadas razones de Estado.

Ricardo Doménech apunta en su trabajo: «Para luchar por una ideología está la acción; para desnudar el alma enferma, el psicoanálisis. Por eso, al artista no le han de preocupar ninguno de estos propósitos, sino, exclusivamente, el dominio de la expresión: el dominio de la forma».

Sé que, para mi maestro y amigo Ricardo Doménech, el término «forma» no está alejado de actitudes éticas, pero hoy por hoy sus palabras podrían interpretarse por los drogueros officiosos y aún oficiales como bandera esteticista ocultadora de problemáticas que nuestra sociedad debe plantearse y con crudeza.

A este respecto, no puedo sino recordar unos pensamientos del autor Thornton Wilder sobre la situación del teatro occidental cuando la burguesía ocupó la poltrona de la aristocracia: «El aire estaba cargado de preguntas que no debían formularse. Aquellos públicos pusieron de moda un teatro que no pudiese perturbarles. Se precipitaban a ver representar melodramas (que tratan de las posibilidades trágicas de tal manera que desde el principio se sabe que han de tener un final feliz) y dramas sentimentales (que conceden autoridad total a la suposición de que el deseo es padre del sentimiento), y comedias en las cuales los personajes estaban representados de tal modo que siempre se parecían a «otro» y nunca a los que estaban viendo actuar».

¿Está en esta tesitura nuestro público, que es capaz de

paralizar el «sábado-noche» del país porque ponen *Casablanca* en la televisión? Creo que, pese a los espejismos, nuestro público de 1983 tiene capacidades para contemplar con lucidez la estética y la ética que puedan hallarse en el interior de una forma artística.

Y es por ello por lo que pienso que nuestro espectador de hoy es «consciente y responsable», coincidiendo con el descrito por Lukács, cuando escribía: «Aun reconociendo todo el poder evocador de la forma artística, hay que dejar en claro que todo receptor compara siempre la realidad reflejada por el arte con la realidad que él conoce hasta el momento». Añadiendo: «La eficacia del gran arte consiste precisamente en que lo nuevo, lo original, lo pleno de contenido consigue la victoria sobre las viejas experiencias del receptor».

El arte, en general, y el teatro, en particular, no pueden dejar de ser un combate entre el creador y el espectador, en el que uno tiene que ser el vencedor y el otro el vencido, y no da lo mismo el reparto de papeles. Pero, en ambos luchadores tiene que existir un deseo de victoria, de triunfo, de plenitud. El creador será el sujeto activo y el espectador el sujeto pasivo. Ambos lucharán sin tregua hasta el orgasmo compartido.

Sin embargo, puede ocurrir que el espectador permanezca frío ante la «agresión» artística. Lukács lo comenta: «Se presentan con frecuencia casos en los que, por falta de correspondencia, deja de producirse el efecto artístico, y la obra es recusada por el receptor. Esto puede deberse a deficiencias ideales y artísticas de la obra, pero también a la inmadurez ideológica y artística del receptor».

Acabamos de salir de la ne-
grura aterradora del túnel
franquista y nuestros ojos no
se acostumbran a la claridad.
Se percibe que falta en nues-
tro público la madurez ideoló-
gica y artística de que habla
Lukács. El perfeccionamiento
de nuestro sistema educativo
debe ayudar a que se haga la
luz en muchas mentes, sin que
ocurra que lo conseguido en
las aulas se marche por el de-
sagüe del retrete de los «mass
media».

Pero nos queda un peldaño
más por subir en la escalera
del sufrido espectador senta-
do: el paso del concepto de
«público» al concepto de
«pueblo»; es decir, el paso del
teatro para élites, más o me-
nos numerosas, al «teatro po-
pular» del que habló Una-
muno.

El escritor bilbaíno puntua-
lizó en *La regeneración del
teatro español*: «Si el teatro
no es popular, es pura y sencil-
lamente porque se escribe pa-
ra quien paga y parece que só-
lo paga el «público» (...).
En tanto haya pueblo que no
pueda ir al teatro por no tener
humor, ni dinero, ni tiempo
para ello, será el teatro tea-
tral, y el arte será una mezqui-
no artificio en tanto sea la
función del artista profesión y
oficio especializado y haya
quienes se dediquen a hacer
dramas, novelas, poemas, sin-

fonías y cuadros como quien
se dedica a construir zapatos y
sillas».

Este texto lo escribió Una-
muno en 1896, por lo que sor-
prende que se diga, a conti-
nuación, algo tan actual como
lo siguiente: «El pueblo va re-
cobrando fuerza y adquirien-
do conciencia de sí en el regio-
nalismo y el internacionalis-
mo, crecientes de día en día,
movimientos paralelos y, a fin
de cuentas, convergentes».

Alto puso el listón D. Mi-
guel. Pero es así. O el teatro,
nuestro teatro, tiene estas exi-
gencias o seguirá siendo un di-
vertimiento a consumir más.
Nos lo recordaba Doménech
en su artículo: «Aunque la so-
ciedad burguesa ha mercanti-
lizado la actividad del artista,
éste no es de ningún modo un
“profesional” o un “asalaria-
do”, sino que su origen está
junto al altar de Dionisos».

El teatro ha sido, y debe se-
guir siendo, un rito de purifi-
cación popular. Y hoy, en Es-
paña, o la renovación del tea-
tro viene por el fortalecimien-
to de los teatros de nuestras
muy diversas nacionalidades,
de nuestros muy diversos pue-
blos, o no existirá tal renova-
ción. Después de ciento cin-
cuenta años de incomprensión
y cuarenta de intolerancia con
nuestras identidades, es el

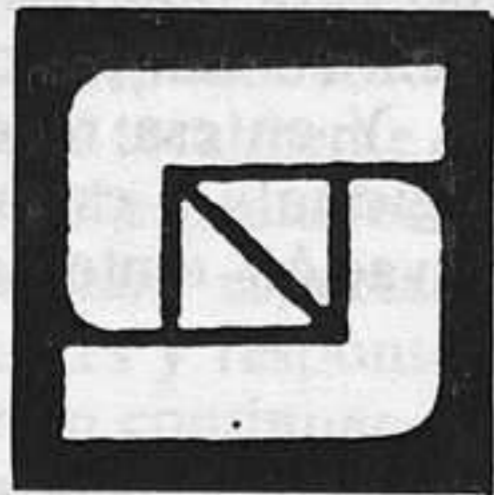
único camino para que nues-
tro más auténtico ser pueda
manifestarse. Y en esa renova-
ción «regional», estará
nuestra renovación «interna-
cional».

La preocupación de Alfon-
so Guerra era «formar espec-
tadores conscientes y respon-
sables». Tal vez habría que in-
terpretar que se quería decir
«un pueblo consciente y res-
ponsable». Ahí estará la supe-
ración de la «eterna» crisis del
teatro español.

Sólo sobre estos cimientos
podrá el artista, de verdad, le-
vantar con solidez su edificio,
su «obra bien hecha». Esa
obra que puede y debe ser
creadora a su vez de una ma-
nera de contemplar y saborear
el hecho artístico; afinadora
de la sensibilidad de un pue-
blo.

Lukács recordaba a Marx,
citándole: «El objeto artístico
crea un público capaz de en-
tender el arte y de gozar de la
belleza. La producción no
produce, pues, sólo un objeto
para el sujeto, sino también
un sujeto para el objeto».

Sublime y alcanzable qui-
mera. ¡Que el español sen-
tado calme la cólera disfrazada
de su pobre titiritero! Qui-
zá, demasiado.



No 68

NUEVA SOCIEDAD

ANALISIS DE COYUNTURA

Rogelio García Lupo: Argentina: Un Peronismo a la Medida de los Militares; Luis González Quintanilla: Bolivia Una Democracia en Crisis; Oscar González: Guatemala La Institucionalización Contrainsurgente; Carlos María Gutiérrez: Haití Los Signos Inesperados

CONTROVERSIA

Ernesto Aranibar / Pedro Palma: Deuda Externa: ¿Negociaciones Bilaterales o Club de Deudores?

ENTREVISTA

Diálogo con Willy Brandt, Presidente de la IS: La Internacional Socialista Una Fuerza Político-Moral de Dimensión Internacional

TEMA CENTRAL: CARLOS MARX – CIEN AÑOS DESPUES

Rodolfo Peña: Carlos Marx: Miseria de la Biografía; José Aricó: Marx y América Latina; Leopoldo Zea: Visión de Marx sobre América Latina; Pablo González Casanova: Recuerdo y Recreación del Clásico; Andre Gunder Frank: El Marxismo Real es Realismo Marxista; Demetrio Boersner: Marx, El Colonialismo y la Liberación Nacional; Luis Vitale: El Marxismo Latinoamericano ante Dos Desafíos: Feminismo y Crisis Ecológica; Leandro Konder: El Marxismo en la Cultura Brasileña; Jesús Monjaras Ruiz: México en los Escritos y Fuentes de Karl Marx

POLITICA – ECONOMIA – CULTURA

Raúl Sohr: Después de Nueva Delhi, ¿Qué?; Mazhar Al-Shereidah: Geostrategia Petrolera: El Explosivo Mundo Árabe; Mauricio Schoijet: Contaminación y Recursos Naturales Renovables; Orlando Rodríguez B.: Espejo de Virtud y Vicio El Teatro Mundial Presente en Caracas; Osvaldo Dragún: Cómo Contar Historias en un País que Vive en la Irrealidad: El Teatro Argentino

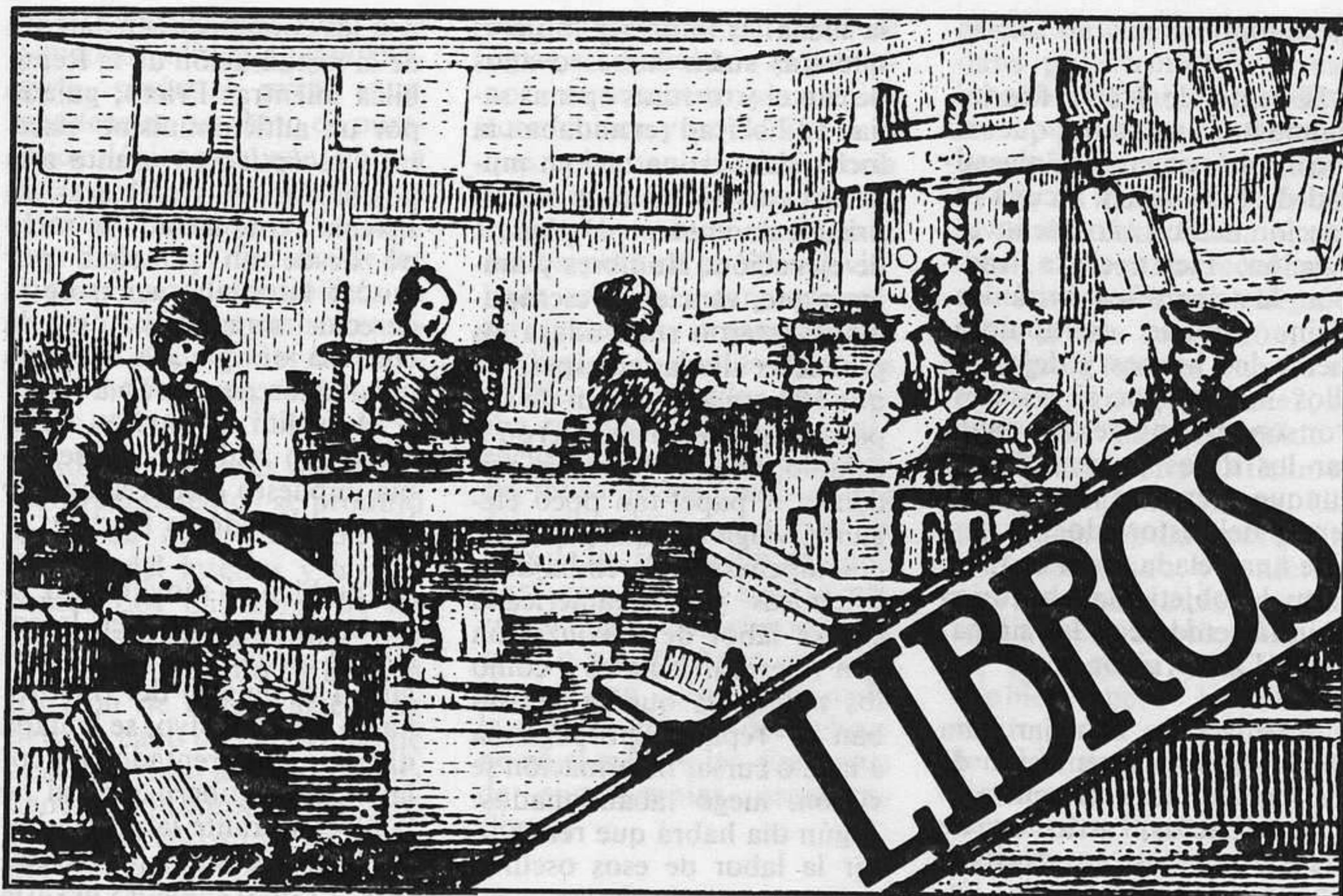
NOTICIAS – INFORMES – RECENSIONES

SUSCRIPCIONES (incluido flete aéreo)

	ANUAL (6 números)	BIENAL (12 números)
América del Norte/Asia/Europa	US\$ 25.00	US\$ 45.00*
Argent./ Brasil/Colom./Ecuador/ México/Puerto Rico	US\$ 20.00	US\$ 35.00
Venezuela	Bs. 110.00	Bs. 200.00
Resto del Mundo	US\$ 15.00	US\$ 25.00

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD, Apartado 61712 - Chacao - Caracas 1060-A - VENEZUELA.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.



LA OPOSICION POLITICA AL FRANQUISMO

Luis Pasamar

Hartmut Heine.
La oposición política al franquismo.
Ed. Grijalbo.
Madrid, 1983.

Durante décadas el exilio español se nutrió de un mesianismo esperanzador: *El año que viene en Madrid* es el título de una novela que resume gráficamente el afán de retorno de los expatriados. Nunca dejaron de pensar en la vuelta quienes emprendieron la ruta del éxodo tras la derrota de los ejércitos republicanos.

Pero el tan esperado año nunca llegó; hubo que aguardar la muerte del dictador para que regresara tan sólo un puñado de hombres en su mayoría políticamente acabados. Con acopio de datos, Heine nos cuenta lo que podríamos llamar la historia de un fracaso. Los intentos y las frustraciones que los vencidos del interior y del exilio trataron de llevar a cabo para acabar con la dictadura. El exilio, pese a sus ímprobos esfuerzos, no logró derrocar el franquismo, sin duda porque el esfuerzo que se le exigía estaba por encima de sus posibilidades, pero nunca escatimó hombres, y su voz en el desierto fue, sin embargo, el dedo acusador que cuestionaba la legitimidad salida de la victoria militar, y que denunciaba el carácter represivo del franquismo.

Determinar con precisión cuándo se inicia y cuándo concluye un proceso histórico, apresuradamente mediante una fecha o un dato el momento en

que se produce un cambio sustancial en la vida política, resulta a menudo harto problemático. Pero no es por azar o por conveniencia de investigador que Heine concluye su historia en 1952. Por esas fechas se han desvanecido las esperanzas que los partidos políticos habían puesto en derribar la dictadura a través de pactos y plataformas entre distintas fuerzas, o con el apoyo de las grandes potencias, que corrieron un tupido velo sobre la estrecha vinculación del franquismo con las dictaduras de Hitler y Mussolini y el apoyo que éste brindó a las fuerzas del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, pese a las enormes dificultades económicas por las que atraviesa el régimen, éste ha logrado consolidarse, y mediante el terror ha neutralizado a los partidos de izquierda salidos de la guerra civil. A la vuelta de unos años el franquismo sería internacionalmente admitido, y al socaire de la «guerra fría» el capital afluiría a España.

El método

El texto de Heine fue inicialmente una tesis que su autor sostuvo en la Universidad de Londres, y a cuya redacción dedicó años de investigación. Fiel a cierta tradición historiográfica británica, Heine expone escrupulosamente los hechos y deja que ellos hablen por sí mismos. Por supuesto no deja de analizar los datos presentados, y aunque apenas se nota la presencia del historiador, se percibe una velada toma de posición; la objetividad histórica no está reñida con las simpatías del historiador.

Además de manejar una abundante documentación de los más variados orígenes: libros, folletos, artículos de prensa escritos en distintas lenguas, documentos del *Foreign Office*, correspondencias personales, inéditos, Heine recurre de forma sistemática a las entrevistas personales con los testigos o protagonistas de la historia. De esta suerte ha ido acumulando una riquísima información de primera mano que luego ha pasado por el tamiz de un riguroso aparato crítico, y a menudo ofrece varias y distintas versiones sobre un mismo suceso.

Aunque sólo lo toca de refilón, ya que no es el objeto esencial de su obra, Heine destaca la gran capacidad represiva que el régimen aplicó en sus primeros años de existencia, y analiza algunos de los mecanismos jurídicos y policiales sobre los cuales se asentaba la citada represión. La lectura de su prosa sobria y a menudo fría, pero sin retórica ni paja aunque rica en grano, resulta tanto más desgarradora por su parquedad. Sabemos así que cientos, miles de anónimos militantes de las principales organizaciones obreras dejaron sus vidas en

la lucha. Hombres y mujeres que tras sufrir meses o años de cárcel y torturas apenas salían en libertad reanudaban la lucha clandestina que en muchos casos terminaría con la prisión de nuevo o el piquete de ejecución. Hombres y mujeres que, venciendo escrúpulos, prestaron su ayuda a las potencias aliadas en espera de que éstas se acordarían de España y que nada recibieron a cambio. Heine pone en evidencia el papel tan poco elegante, valga la expresión, que desempeñaron las embajadas británicas y norteamericana en esa labor de movilización con fines particulares y cómo los militantes que se prestaban a repartir propaganda aliada o cursar información se vieron luego abandonados. Algún día habrá que reivindicar la labor de esos oscuros defensores de la democracia, cuyo nombre tan sólo está grabado en algún archivo carcelario.

La herencia de la guerra

La izquierda española salió dividida de la guerra civil; no quiere ello decir, ni mucho menos, que durante la misma hubiera estado unida. Estaba dividida y enfrentada, y en tierras del exilio la división se agudizó ya que el proceso desintegrador alcanzó al seno de los propios partidos, salvo el PCE cuya división se manifestaría al cabo de un tiempo.

En tres corrientes se hallaba desgarrado el PSOE: caballeristas, prietistas y negrinistas. El enfrentamiento entre Prieto y Negrín se prolongó en el exilio e imposibilitó la formación de una plataforma común a todas las fuerzas antifranquistas. Negrín, cuya postura durante la guerra civil coincidió con la estrategia del PCE y que se mantuvo con el apoyo de este partido, sostenía la necesidad de colaborar

con los comunistas en defensa de la restauración de la República mientras Prieto, guiado por un anticomunismo visceral y escéptico en cuanto a la posibilidad de restablecer un sistema republicano, se inclinó desde un principio por buscar la colaboración de la derecha monárquica en la creencia de que las naciones que habían derrotado a Hitler y Mussolini no podían dejar en pie un régimen que se había impuesto con la ayuda de los dos dictadores fascistas.

También el movimiento libertario, cuyo peso en la sociedad española, y en particular en el mundo del trabajo, había sido decisivo, se hallaba dividido y enfrentado. La colaboración gubernamental de la CNT durante la guerra había traumatizado a los libertarios, y este trauma les llevaría a una escisión. Por un lado, los que seguían creyendo que la colaboración con las demás fuerzas no había concluido porque sólo un congreso de la organización confederal podía modificar los acuerdos tomados en el 36, y que por consiguiente era necesaria la unidad de todas las fuerzas antifranquistas. Libertario hubo partidario de colaborar con los monárquicos, y se celebraron reuniones con el conde de Aranda que había sido Ministro de Exterior con Franco pero que no ocultaba sus simpatías por la causa de don Juan. El otro sector de los anarquistas consideró que la colaboración gubernamental había sido un error doctrinal de bulto y que la CNT debía mantenerse al margen de las componentes políticas y fiel al anarquismo bakuninista esencialmente apolítico y partidario de la acción directa. Se daba así la paradoja de mantener una estructura sindical que carecía de base social, ya que en tierras del exilio una organización que no participa en las luchas obreras difícilmente tiene razón de ser. La CNT

desempeñó a pesar suyo una actividad política o revolucionaria, según se mire, encerrándose en un ghetto de pureza ideológica pero que, poco a poco, se fue cortando de la realidad de origen. La división de la CNT fue una de las causas que imposibilitó la creación de un organismo unitario en el que todas las fuerzas se hallaran representadas.

Además de estas divisiones y enfrentamientos se produjo luego un divorcio entre las fuerzas del interior y las del exilio. Los militantes de las distintas organizaciones que se habían quedado en España trataron de organizarse y de llevar a cabo una actividad de hostigamiento al régimen partiendo de presupuestos político e ideológicos que no siempre coincidían con la postura de los estados mayores del exilio. Surge así una organización comunista desvinculada del exterior y que sostiene posturas en franca oposición con el Comité Central, vinculado éste a las directrices de la internacional comunista y, por consiguiente, a los intereses estratégicos de Moscú. Nace así lo que luego pasará a la historia como el caso Monzón, Quiñonero o Comorera. La dirección comunista del exterior desautoriza primero y condena después la postura de estos camaradas al igual que el Comité Nacional en el exilio de la CNT desautorizaría la labor desarrollada aquí por un Juanel, partidario de la colaboración política con las demás fuerzas de izquierda, o la de un Luque, libertario partidario de la acción mancomunada con los monárquicos y feroz antirrepublicano.

Tampoco los partidos republicanos o nacionalistas escaparon a ese fenómeno desintegrador. Se producen escisiones y subdivisiones hasta que se convierten en capillitas que carecen de toda base so-

cial. Se da así la paradoja de siglas sin militancia o gobiernos que se suceden sin medios económicos y población a la que gobernar. La resistencia al sistema, la defensa de los valores de la democracia, o la acción política pacífica o violenta correría a cargo de sectores de las organizaciones sindicales o de los partidos políticos empeñados en la lucha revolucionaria. La abnegación y el espíritu de sacrificio tanto de los hombres que del exilio iban a engrosar las filas de los resistentes del interior como los que aquí se lanzaban a la acción clandestina, se hizo a menudo en contra o sin tener en cuenta para nada la política general del gobierno en el exilio o las directrices de sus propias organizaciones.

Con minuciosidad de relojero suizo Heine se entrega a desmenuzar las sucesivas y contradictorias tomas de posición del Partido Comunista, no siempre en consonancia con los propios intereses de la clase obrera española sino que sus posturas estaban alienadas a las necesidades estratégicas de la URSS. Y mientras Prieto espera y confía —él, curiosamente, que nunca había creído en la posibilidad de una victoria sobre Franco por las armas— sigue, sin embargo, aferrado a la creencia de que sólo mediante el apoyo de las democracias occidentales se logrará la caída del dictador. Ignoraba el dirigente socialista que tanto Inglaterra como Estados Unidos no querían correr el riesgo de una segunda guerra civil en nuestro país por temor a que saliera victorioso el Partido Comunista. Franco supo mantener cierta neutralidad a partir de 1942 —y ello por los motivos que fuera— y estas dos potencias no estaban dispuestas a «intervenir directamente en los asuntos españoles». Con esta fórmula no

exenta de cinismo político se daba por terminado el caso español. De ahora en adelante los republicanos españoles deberían hallar ellos solos, sin la ayuda de nadie, el camino de la democracia. Quizá el gran error, si error hay, consiste en que los republicanos llegaron tarde a esta conclusión, y el otro gran fallo es que no supieron, ¿era esto posible?, admitir que habían perdido el tren de la historia. Difícilmente se admite la derrota. Uno cree haber perdido porque alguien ha fallado, y se aferra a esta idea como a clavo ardiente. La razón estaba de su parte, la historia y la justicia también, pero lamentablemente todos estos principios de nada sirven cuando no se dispone de los medios, la fuerza para imponerlos, para hacerlos prevalecer. Acaso si se hubiera hecho un análisis colectivo, una especie de autocrítica común y se hubiera admitido la derrota se hubiera podido partir sobre bases nuevas. Pero el peso de la historia reciente era tan enorme que cualquier proyecto colectivo topaba con los resquemores engendrados en el pasado reciente.

La dirección de los partidos políticos o sindicales había, sin duda, llegado a la convicción íntima de que la batalla por derrocar al franquismo estaba perdida, pero en las declaraciones públicas seguían aferrados a la posibilidad de un pronto retorno. La gran masa de los exiliados se despedía de las fiestas de año nuevo con un: «el año que viene los turrónes en España». Salvo un puñado de hombres que tomó las armas en el interior, y los sucesivos grupos de maquis que procedían del exterior que pudieron sumar 5, 10 ó 20 mil hombres en total —qué más da frente al gran aparato represivo de un Estado totalitario dispuesto a todo— poco era lo que se podía

hacer. La responsabilidad histórica del exilio o de la oposición del interior estaba por encima de sus fuerzas o de sus posibilidades. No está nunca de más enjuiciar, analizar o criticar posturas individuales o colectivas, y al hacerlo con el texto de Heine ante la vista no podemos por menos, a tomo pasado claro está, que deplorar la falta de agudeza política de dirigentes cuyas reacciones, hombres al fin y a la postre, tomas de posición, eran a menudo determinadas por rencillas personales, afán de liderazgo o prurito. El personalismo, esa tara tan celtíbera, malogró más de una necesaria como ineludible acción común.

**EL MARXISMO:
CONTRADICCIONES
Y
ANOMALIAS**

Miguel Porta

Alvin W. Gouldner.
Los dos marxismos.
Alianza Ed.
Madrid, 1983.

Alvin W. Gouldner es uno de los sociólogos norteamericanos contemporáneos mejor conocidos en lengua castellana que, al mismo tiempo, goza de bastante buen cartel (cosa rara por estos pagos en donde la sociología americana suele ser tachada y rechazada, a veces demasiado a la ligera, por burguesa). De Gouldner disponemos en castellano de *La crisis de la sociología occidental* (Ammortortu, 1973), *La dialéctica de la ideología y la tecnología* (Alianza, 1978), *La sociología actual: renova-*

ción y crítica (Alianza, 1979), *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase* (Alianza, 1980) y *Los dos marxismos*, obra de reciente aparición y a la cual vamos a referirnos.

Los dos marxismos constituye el primer volumen de una interesante trilogía dedicada al marxismo —trilogía que no se completará a causa de la prematura muerte del autor en 1980— en la que Gouldner somete a crítica la teoría marxista a partir de las tesis de la conocida como nueva filosofía de la ciencia (en especial basándose en los conceptos de paradigma, anomalía, crisis de las teorías, etc., elaborados por Kuhn, uno de los máximos representantes de la nueva epistemología).

Grosso modo diremos que para Gouldner el marxismo (el de Marx y Engels) incurre en dos tipos de contradicciones: internas y externas. Las contradicciones internas, que se derivan de los intentos de la teoría por ajustarse a su propia gramática, se traducen en la aparición de dos marxismos (el científico y el crítico) que son hasta cierto punto excluyentes pese a que los dos son parte integrante del marxismo. Dicho en otros términos; el marxismo primario contiene una «contradicción nuclear» que genera y reproduce constantemente los dos subsistemas citados: el marxismo científico (racional, gradualista, con pretensiones de cientificidad, etc.) y el marxismo crítico (ideológico, subjetivista, humanista, volcado a la práctica transformadora, etc.). Estos dos marxismos serían el producto de la «tensión nuclear» que existe en el marxismo entre determinismo y voluntarismo, entre necesidad y libertad. Conviene resaltar, nos dice Gouldner, que esta contradicción no es, en modo alguno, aparente ya

que los dos marxismos son diferenciaciones estructurales de un solo marxismo originalmente indefinido; será con el tiempo que surgirán los dos marxismos como consecuencia, en parte, del esfuerzo puesto en reducir las reales tensiones internas del marxismo original. En cualquier caso, se nos aclara, estos dos marxismos hay que entenderlos no como «objetos concretos», sino como «distinciones analíticas», «tipos ideales» o «hipótesis para un análisis». Por lo demás, y un poco en contradicción con lo dicho anteriormente, estos dos marxismos son entendidos por Gouldner como *dos* paradigmas que difieren en su epistemología, estilo de conocimiento, modo de análisis, manera de concebir y cambiar el mundo, etc.

Por su parte, las contradicciones externas, generadas por condiciones externas a la gramática, son definidas como anomalías (observaciones o supuestos que están en conflicto con expectativas derivadas de la teoría). Esto es, ciertas investigaciones o aplicaciones concretas de la teoría, así como cierta información proporcionada por la realidad son disonantes con el esquema teórico. Entre estas anomalías o problemas «prácticos» que aparecen «fuera» de la teoría y que cuestionan el paradigma marxista, Gouldner destaca las siguientes: existencia del modo de producción asiático que pone en entredicho el desarrollo unilineal de la evolución social (los famosos cinco estadios); estudios de Engels sobre la comuna primitiva que cuestionan la importancia universal de la lucha de clases; valoración positiva de la vía parlamentaria por los viejos Marx y Engels, lo que vendría a negar la inicial vía revolucionaria violenta; la autonomía del Estado constatada por Marx en *El 18 Brumario*

de Luis Bonaparte que cuestionaría la concepción clasista del Estado; la no autodestrucción del capitalismo; el triunfo de la revolución en donde no se predecía, etc.

Estas contradicciones y anomalías, afirma Gouldner, serán encubiertas y reprimidas en lugar de ser evaluadas críticamente e incorporadas a la teoría. A lo sumo se muestra o normaliza (muchas veces disfrazada) la anomalía, pero nunca está presente en el plano teórico. ¿Cómo consigue el marxismo convivir con las anomalías? Gouldner, siguiendo a Piaget, distingue en el marxismo entre la teoría explícita y los supuestos básicos subyacentes. La teoría estaría constituida por las leyes y reglas perfectamente articuladas y de cuyo uso el teórico es perfectamente consciente; los supuestos básicos subyacentes son las reglas inarticuladas, silencios teóricos y subtextos que constituyen un fondo tácito, nunca explícitamente admitido, por disonante con la teoría, que funciona a modo y manera de conciencia auxiliar. Y es que, si bien se mira, legalizar los supuestos básicos subyacentes (las anomalías) equivaldría a quebrar el paradigma originario.

El trabajo de Gouldner es de interés porque se acerca a la teoría marxista sin los lastres y prejuicios tan propios de esa pseudodisciplina que suele conocerse con el nombre de marxología y que no es otra cosa, en la mayoría de los casos, que canonización y/o dogmatismo encubiertos. Por el contrario, Gouldner, aplicando los conceptos de la nueva filosofía marxista que puede considerarse, a la vez, como una autocrítica del propio marxismo que tiene la virtud de exhibir las sombras y los silencios para así poder

reubicar la teoría e, incluso, rescatar sus aspectos productivos.

Quisiera señalar, sin embargo, lo que me parece un error de perspectiva en la crítica llevada a cabo por Gouldner. Es el siguiente: el someter a crítica la teoría marxista desde una perspectiva epistemológica lleva implícito la consideración del marxismo como ciencia, consideración que me parece de todo punto incorrecta porque el marxismo no puede ser entendido, en ningún caso, como ciencia, sino como un pensamiento acerca de la realidad capaz de proporcionarnos unos elementos susceptibles de fundamentar una práctica emancipatoria consciente (que no es poco). Entendido el marxismo desde esta perspectiva pierde bastante sentido la contradicción detectada entre marxismo científico y marxismo crítico ya que, a la postre, «ciencia» y crítica son en el pensamiento marxista las dos caras complementarias de una misma práctica. A criticar también el que el autor caiga en el error de confundir marxismo con socialismo real; en este sentido no es lícito identificar el marxismo con la URSS y atribuir al primero el calificativo de «marxismo de pesadilla» (la pesadilla sería la URSS) para, a renglón seguido, reivindicar ahistóricamente el papel progresista permanente del capitalismo y considerar al socialismo como un «experimento peligroso» que no sería sino una variante estancada y degenerada (la burocracia como clase dominante) del capitalismo. Lo dicho: la pesadilla es la URSS, no la teoría marxista. De todos modos lo sustantivo del trabajo de Gouldner (la consideración crítica de la teoría marxista) ofrece un balance positivo que no puede pasar desapercibido.

CRIMINALES O CARCELEROS

Mario Merlino

Jack Henry Abbott.
En el vientre de la bestia.
Carta desde la prisión.
Introducción de Normas Mailer
Ed. Martínez Roca.
Barcelona, 1982.

Cuando Lambroso estipulaba las especies criminales por la conformación del cráneo, todo era más fácil. Cuando se daba por sentado que los negros eran seres inferiores y, por tanto, sólo podían servir como acémilas, todo era también más fácil. Qué siglo más difícil éste: ahora resulta que los actos contra natura son naturales; las mujeres, que no tenían alma y a duras penas surgían de una costillita, se han animado de repente; los negros hablan, cantan, *han producido* y siguen produciendo cultura y, si se comen a alguien, no se diferencian en mucho de la horda de caníbales blancos que —peor aún— aniquilan a sus enemigos muchas veces sin dejar rastro y —qué desperdicio— ni siquiera se nutren de ellos. Porque las guerras (sean santas, cruzadas o derechas) ya ni dejan lugar al acto de la comunicación, como aquellos indios que se comían al vencido para transustanciarse con su valor y su virilidad.

Los testimonios de Jack Henry Abbott son cartas escritas a Norman Mailer e incluyen diversas reflexiones que van desde el análisis de la

institucionalización del castigo, el personal de la cárcel, los internos, las drogas, el racismo, la pena de muerte y el caso Gary Gilmore —que era el que estaba estudiando Mailer en *La canción del verdugo* cuando recibió la primera carta de Abbott—, la opción por el marxismo frente a esa alianza entre violencia y justicia, que Abbott considera esencia del sistema norteamericano. Para quien haya leído *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault (Madrid, Siglo XXI, 1982), *En el vientre de la bestia* resultará un documento interesante para completar —porque ilustra muchos de sus aspectos— las conclusiones de aquél sobre el nacimiento y el significado de la prisión.

Uno de los conceptos fundamentales que surge del libro de Abbott y que pone el dedo en la llaga del asunto de la criminalidad, es la convicción de que la prisión no corrige ni repara; está pensada para que el hombre vuelva a ella indefinidamente. La prisión se inscribe en el circuito de las instituciones dirigidas a cultivar la docilidad, el sentido del deber y la obediencia, ese circuito que entiende el rigor disciplinario como coacción y encarcelamiento. Más aún: el criminal, el delincuente común —y este adjetivo tiene más peso del que se cree—, es la figura *anónima* que representa el lado mismo de la criminalidad que el sistema social genera (hasta estimula) para combatir y, a través del encierro, ejemplarizar con ella. Frente al anonimato del preso común la criminalidad y el castigo serían los dos lados complementarios de una *lengua común* de la que nadie se salva, se yerguen las figuras individualizadas de los rectores de la vida social, que purgan sus propios crímenes a través de los de los otros. Interesante, en tal sentido, es el concepto de delincuencia útil frente a de-

lincuencia inútil, que maneja Foucault: se conoce muy bien esa paradoja de perseguir a drogadictos, mafiosos, especuladores (y así sucesivamente, en una larga cadena), por parte de gobiernos que estimulan de manera solapada esos y otros ilegalismos de igual o mayor calibre. «Que los norteamericanos se sientan conmocionados y disgustados ante los asesinatos absurdos y crímenes de extrema violencia contra los inocentes» —dice Abbott—, «es algo idéntico a una prostituta vieja y gastada que expresa indignación moral ante la idea de relaciones sexuales prematrimoniales. Dígale eso a Estados Unidos» (pág. 122).

Hay que huir de cualquier simplificación: es verdad que en el crimen individual se juegan psicopatologías específicas; es verdad también que abrir las cárceles o, al menos, eliminar el sadismo (que siempre tiene algo de su contrario) de los carceleros, suena a reclamo de utopista. Pero nunca se insistirá lo suficiente en la aberración de los crímenes cometidos en nombre de la paz, Dios, el Corán o cualquier otro «capital» doctrinario. Cualquiera de ellos es más monstruoso que el navajazo en plena oscuridad. Lo que no quiere decir que sea deseable. Lo que no implica reivindicar el «asesinato considerado como una de las bellas artes» de Thomas De Quincey cuya indudable lucidez —allá por los años 30 del siglo XIX—, le hacía citar a un cristiano (de los de antes), Lactancio, quien afirmaba que «en las matanzas del Circo, la mano que asesta el golpe fatal no está más teñida de sangre que la del que pasivamente mira. No puede estar puro de toda sangre el que anima a verter y el espectador no es más que un cómplice si aplaude al asesino o reclama en su favor premios». Y esa

lucidez es también la de aquel poema de Julio Cortázar, incluido en su *La vuelta al día en ochenta mundos*, que se llama «Aumenta la criminalidad infantil en los Estados Unidos», donde se denuncia la violencia como necesidad de perduración del sistema, a través de una imagen como la que expresa que las navajas se reparten a la salida de los colegios.

Abbott, en *el vientre de la bestia*, con muy poco tiempo de vida en libertad, se dedica a leer e instruirse y sus lecturas van desde San Juan de la Cruz (¿qué vínculos no podría hacerse entre la cárcel real y la celda mística?), hasta Stendhal y una voraz asimilación de los autores marxistas, lo que —salvando los matices de una digestión más o menos presurosa— le otorga argumentos para fundamentar su oposición al régimen de vida norteamericano, basado (ese mundo libre también) en la violencia, el apaciguamiento y la resignación bovina. No falta entre los autores leídos por Abbott, Nietzsche, Sartre (a quien considera un idealista, filosóficamente hablando) o C. G. Jung y Richard Wilhelm en *El secreto de la flor dorada*. En ese circuito que hemos señalado, en cuyos extremos se unen la domesticación y la violencia anuladora, el caso símbolo quizá sea el de Gilmore (y se han dado otros casos), que solicita se le aplique la pena capital. Cuando un sistema logra que el propio reo desee la muerte ha logrado su objetivo: el hombre se ha infrahumanizado. Abbott plantea, teóricamente, la posibilidad de la rebelión. En contra de ella, están la falsa «individualización» que impone la cárcel, porque también está creada para exacerbar las diferencias entre los presos y, por lo tanto, elimina cualquier perspectiva solidaria; está también la duda, el

temor de Abbott: ¿cómo hará para vivir en «libertad» cuando salga del «vientre de la bestia»? Efectivamente, después de dos meses en libertad condicional, mató a un camarero de 22 años y está de nuevo en prisión. ¿Habrà hecho algo para rehuirla?

El libro resulta interesante por los elementos que hemos señalado y porque —como diría Lactancio—, somos cómplices en nuestra condición de espectadores; somos cómplices si seguimos repitiendo la eterna cantinela del «si está preso, por algo será» o ese comentario, tantas veces escuchado estos últimos tiempos, siempre que se tiene noticias de algún robo o asesinato: «¡Claro! ¡Cómo no va a ocurrir, si el gobierno ha soltado a los presos!». No se trata de apología, se trata de constatación y de empezar a quitarse los resabios de aquella teoría que veía en el delincuente un pariente del reptil. Hacer la comunión significa también empezar a comprender. Basta leerlo para comulgar con Abbott: como él lo dice, en todo caso, el mal está en los carceleros, no en los encarcelados. Y carceleros somos todos, si seguimos deseando el castigo. A todos nos abulta la navaja en el bolsillo.

UNA LOSA PARA LOS ESCRITOS DE ITALO CALVINO

Salvador Clotas

Italo Calvino.
Punto y Aparte.
Ed. Bruguera.
Barcelona, 1983.

1. Italo Calvino no es un desconocido para nadie que

siga con mediana atención la trayectoria de la actual literatura italiana. Desde su traducción de *Las Cosmicómicas* en los años sesenta, sus barones rampantes y vizcondes demediados han llenado los quioscos españoles con ediciones populares y asequibles. Otra cosa es que su figura ocupe el lugar que debiera en la vida literaria de nuestro país. Incluso después de la publicación de su extraordinario relato *Si una noche de invierno un viajero*, verdadera enciclopedia de lo literario en clave quizá borgiana, no parece que Italo Calvino haya superado su consideración de escritor estimulante y divertido, poco citado a la hora de establecer el ranking, tan al uso de los grandes autores europeos.

La reciente aparición de sus artículos y ensayos en un volumen titulado *Punto y aparte* rellena un hueco, y quizá pueda servir para que la personalidad intelectual de Italo Calvino suba algunos enteros y supere su condición de escritor divertido y acaso intrascendente.

Sin embargo, este volumen recoge trabajos de índole y valor muy desigual. Algunos, respuestas a encuestas o artículos de periódicos, francamente deleznable si no constituyeran testimonio de la evolución de una trayectoria intelectual de un actor excepcional de la escena cultural europea de los últimos treinta años.

2. *Punto y aparte* es de esos libros que jamás fue escrito o concebido como tal libro. Existió antes de que alguien, autor o editor, tuviera la idea de reunirlos en un volumen. Y, sin embargo, libros como éste, inconcebidos, han influido de una manera decisiva en la historia de la literatura y constituyen a veces obras muy notables. Piénsese en

tantas recopilaciones de artículos dispersos, en tantas correspondencias. Quizá las únicas obras realmente abiertas que existen en la historia de la literatura. ¿Cuál es el mérito de obras como ésta frente a obras perfectamente planificadas y ejecutadas? Pienso que no es otro que el del largo período que dura su escritura, su diacronía funcional frente a la sincronía teórica de las otras obras. Si *Si una noche de invierno un viajero* recoge en profundidad un momento de su vida de escritor, un estado de ánimo concreto, *Punto y aparte* es el testimonio de un largo viaje que tiene, eso sí, una estación terminal porque no es otro el sentido del título que la pretensión de cerrar una etapa en su recorrido intelectual.

3. Los que hemos seguido con mayor o menor atención la vida cultural y, especialmente, la literaria, en el último cuarto de siglo, no podemos dejar de sentirnos seducidos por este testimonio. Arranca en los años cincuenta, cuando la novela italiana se llamaba Elio Vittorini, Vasco Pradolini, Cesare Pavese, y el compromiso político del escritor era el tema intelectual por excelencia. Reflejar la realidad era una obligación para el escritor. No sé si alguna vez existió la calle aquella de la *Crónica de los pobres amantes* pero, en cualquier caso, habrá que reconocer que la voluntad de reflejar la realidad es, como mínimo, un buen sistema para crearla. Como otros muchos, Italo Calvino se hallaba en aquellos años en el partido comunista y sentía una reverencia absoluta hacia la figura, hoy un poco desteñida, de Elio Vittorini, lo que no le impedía mostrar su desacuerdo con la literatura autollamada *objetiva* o *duregard* con palabras sobre la obra literaria y la novela que fácilmente se pueden apli-

car a la novela de casi todos los tiempos —a partir de *El Quijote* o, quizá más concretamente, del *Robinson Crusoe*.

*Hoy empezamos a exigir de la literatura algo más que un conocimiento de la época o de los aspectos externos de los objetos o de los internos del alma humana. Queremos de la literatura una imagen cósmica (este término es el punto de convergencia de mi desarrollo con el de Eco), es decir, al nivel de los planos de conocimiento que el desarrollo histórico ha puesto en juego*¹.

Corren los años y las preocupaciones y las lecturas de los intelectuales cambian. La pretensión de que el contacto entre el escritor y la realidad sea inmediata se convierte en una obsesión por el lenguaje, medio inevitable. Surge la preocupación por el lenguaje y el autor no se sustrae a ello aunque se manifiesta con fuerte originalidad y con escaso entusiasmo hacia la figura de Umberto Eco y otros críticos del momento

Con la simplificación a la que obliga un mero artículo de revista, y mi personal incapacidad para profundizar más en un tema tan vasto, nos trasladamos a los años setenta con su fuerte dosis de desencanto, especialmente en lo que se refiere al compromiso político del escritor. Sin embargo, Calvino escribe palabras llenas de ponderación, que demuestran su altura moral y su especial forma de desencanto: «*Los escasos hombres íntegros; limitados e íntegros en cuanto limitados: como decimos nosotros que no pretendemos ser íntegros sino que sólo nos esforzamos por no ser limitados; tan integrados ya a nuestro estado incierto que no deseamos cambiarlo por ningún otro*»².

4. Acostumbro a leer todos los libros, incluso los sagrados y los científicos, como dice Calvino que puede leerse la verdadera crítica literaria «como uno de los textos de que trata, como un tejido de metáforas poéticas»³. Por eso, más que un sistemático conjunto de ideas, a la hora de valorar esta obra acuden a mi memoria una serie de páginas hermosas, de ideas que ya no recuerdo a qué ensayo, artículo o entrevista pertenecen, de frases que aún suenan al italiano de Calvino, gracias a una traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio mucho mejor que las de otras obras del autor.

De ahí que traicionaría mi personal lectura del libro si no aludiera a su ensayo inédito sobre *Naturaleza e historia de la novela* (1958) donde se manifiesta el privilegiado lector de Manzoni, Tolstoi, Proust, Stendhal, Conrad, Hemingway, Gadda, Vittorini, Pavese, que es Calvino. Ensayo que finaliza con una nueva afirmación de su desconfianza hacia la literatura objetiva y, por vía negativa, una profunda definición de su concepción de la auténtica literatura como un instrumento para cambiar el mundo (muy alejado del pesimismo pavesiano que se expresaba en la frase: «*Jamás se ha visto que una poesía haya cambiado las cosas*»), «*Una entrega de la individualidad y de la voluntad humana frente al mar de la objetividad y del magma indiferenciado del ser no puede dejar de corresponder a una renuncia del hombre a conducir el pulso de la historia, a una sumisa aceptación del mundo tal y como es*»⁴. En *La literatura como proyección del deseo*, publicado en 1969, marca sus distancias respecto a la crítica literaria sistemática o pretendidamente científica (estructuralismos, Todorov), y contrapo-

ne un tipo de crítica más creativa y personal. Aunque lo dice a propósito de un comentario de la obra del clérigo Northrop Frye, *Anatomic of Criticism*, su pensamiento parece arrancar directamente de las teorías de Oscar Wilde. Su ensayo sobre las relaciones de fuerza en la obra de Manzoni, *I promesi sposi*, es una obra maestra de la crítica literaria y más rigurosa y sistemática de lo que quizá hubiera deseado el propio Calvino. *El desafío al laberinto*, aunque referido a un momento eufórico del capitalismo industrial italiano, que ha quedado muy atrás en el tiempo, permanece como uno de los mejores trabajos reunidos en esta obra. Cabría citar muchos más, pero me limitaré a señalar que, paradójicamente, para el lector de hoy, los tres ensayos sobre Fourier, de cuya sociedad creadora ha quedado poco más que un término arquitectónico, con un ligero matiz óptico, el falansterio, constituye una de las partes más actuales e interesantes del libro.

Es verdad que la obra en su conjunto nos resulta ya algo antigua, que nos trae a la memoria temas, debates, planteamientos que ya no osaríamos hacer o quizá se harían con un lenguaje distinto; nos recuerda también lecturas que no volveremos a hacer. Quizá sea por eso, porque el paso del tiempo amarillea estas páginas como nunca lo hará con las de su narrativa, que Italo Calvino ha querido colocar una losa encima de estos escritos⁵.

¹ *El desafío al laberinto*. 1962.

² *Una amarga serenidad*. Pág. 132.

³ *La literatura como proyección del deseo*. Pág. 259.

⁴ *Naturaleza e historia en la novela*. 1958. Pág. 55.

⁵ *Una pietra sopra* es el título original italiano de la obra.

EL PENULTIMO REQUIEN DE FERNANDO SAVATER

Mario Paoletti

Fernando Savater.
Diario de Job.
Ediciones Cátedra.
Madrid, 1983.

La sinceridad no es un presupuesto de la Política, arte que exige las insinceridades de la negociación y que se lleva mejor con las medias verdades que con las verdades enteras, pero por la sinceridad suele pasar la coherencia individual —y hasta la salud mental— de los políticos, que son el instrumento de la Política.

Más allá de toda otra consideración, el *Diario de Job* lleva la práctica de la sinceridad hasta niveles poco habituales entre nosotros (*nosotros* es toda la Política que se hace en español), llegando a veces a rozar el ensañamiento consigo mismo. Fernando Savater ha afrontado esta obra con gran coraje cívico e intelectual, a sabiendas de que se estaba metiendo en un camino que ineluctablemente le llevaría al desnudismo ideológico, sus grandezas y sus miserias, que es una actividad que suele provocar iras a diestra y siniestra por lo que tiene de humanamente perturbador y de políticamente peligroso.

Para sostener el edificio de sus reflexiones Savater inventa un escenario y unos personajes que intentan ser alegóricos y que se quedan —como en las peores novelas de Sar-

tre, con cuyo proyecto el *Diario de Job* tiene algunos puntos de contacto en meros apoyos de las opiniones y contraopiniones del autor. Hay un Cráter, que es a la vez un símbolo de la sociedad de consumo (Job es presentado como el solitario habitante de un vaciadero lleno de plásticos despanzurrados pero indestructibles, de televisores muertos, de condones mancillados, de ejemplares de aquella novela que fue aquella película) y del caldo original («quizá todo esté comenzando de nuevo en este charco verdoso, propenso a la corrupción y por tanto a la vida»), a donde Job ha ido a buscar refugio para purgarse «de todas las consignas y de la obsesión de la militancia». Por supuesto, Job es leproso (coquetería que Savater podría habernos evitado), y por supuesto Job es Savater. Este acuerdo es fundamental, porque si Job no es Savater nada de lo que se dirá aquí tiene sentido, y la propia obra carecería de relevancia. Lo cierto es que Savater nos cuenta —en primera persona— que Job es bizco, que de niño se divertía bañándose en San Sebastián, que fue militante antifranquista que abominaba de todo proyecto de Estado y que ejerció de polemista feroz, «sutil hasta el jesuitismo». El lector juzgará quién puede ser este personaje. Hay otros: *Elifaz*, que representa en cierto modo al reformista, al hombre que actúa en la política práctica desde el interior del poder; *Bildad*, un tiro al aire entre romántico y hedonista —que tendrá una muerte heroica, elegante e insensata—; *Sofar*, el terrorista; *Elihú*, metáfora de cierta juventud; el *Cosmócrator*, un símbolo del poder (¿a la manera de Adolfo Suárez?); *Azabache*, *Acacia* y *Paloma*, que sólo aparecen fugazmente; la *Esposa*, castrante y feroz, y el *Ogro*, que parece ser un fantasma personal e intrasferible

de Savater puesto que deambula por algunos pasajes del diario sin adquirir algún tipo de precisión física o alegórica, excepto de la que «mata por ráfagas» y que se le parece.

Es difícil saber si Savater armó estos andamios con el propósito de construir un edificio literario. Sea como fuere, lo cierto es que no consiguió pasar de ellos y allí quedaron tremendamente visibles y en algunas ocasiones constituyéndose en obstáculo para la fluidez del discurso. Esto no quiere decir que en *Diario de Job* no haya lugar para la Literatura. No sólo lo hay sino que en algún pasaje Savater alcanza niveles de excepción, como cuando reflexiona sobre los muertos y los sueños, en un párrafo de clara prosapia proustiana (página 104), o cuando construye una sugerente alegoría con los juegos de la niñez en la playa de La Concha, cuando el mayor placer radicaba en esperar la ola grande, sólo imaginada, porque sería la mayor de todas. «Y solíamos esperarla entonces, aún a riesgo de que la de atrás decayese antes de nacer o nos pillara demasiado avanzados o retrasados. Pero por muchas decepciones que sufriésemos casi nunca desoíamos a la voz que nos tentaba con la otra ola, con la invisible».

El cuerpo del libro —y del proyecto de Savater— está integrado pues por las polémicas que Job mantiene consigo mismo y con Elifaz, Bildad y Sofar. Esta discusión culmina en la página 149, cuando el propio Savater anuncia solemnemente: «Así pues estamparé mi réquiem...» (*). Veinte páginas antes también hay una confesión que en cierto modo completa esta declaración de principios, cuando dice: «(soy) del partido de los que creen en la maldad de los ricos pero sin estar convenci-

do en la bondad de los pobres. Del partido de los que saben que hasta el mejor de los órdenes acaba por pagarse antes o después. Del partido de los que ni recuerdan ni esperan, pero custodian dos o tres principios». Y a pedido de Elihú, Job expresa su máxima aspiración: «me gustaría ver un día de justicia en la tierra, al menos uno, aunque me pesara».

Todo hace presumir, pues, que con este libro (que originalmente no fue escrito para ser publicado, según afirma Job, aunque ignoramos si así pensaba también el autor) Savater se despide oficialmente de algunas utopías juveniles, y no tan juveniles, y en especial de aquellas que tienen que ver con ciertas formas de la violencia o con ciertas absolutas negaciones del Estado, es decir del Orden. Sin embargo, por este camino de sinceramiento Savater llega a algunas conclusiones que pueden pecar de los mismos defectos generalizadores de las utopías que acaba de extirparse, como cuando descubre que «el hombre es un animal cariñoso y más bien cobarde», que «los auténticamente libres son los desesperados, los que ya no esperan nada de las buenas maneras» o cuando afirma que «diez días sin televisión trastornan más a la gente que diez años sin elecciones parlamentarias». En esto último es imposible no percibir el eco de eso que se dio en llamar «el Desencanto», un fenómeno todavía no suficientemente estudiado, y que estaba hecho de las fantasías sobre la democracia que puede crear un pueblo oprimido por una dictadura. Es el desencanto ante la comprobación de que tampoco ese es el Paraíso, olvidando, a pesar de la advertencia de Proust, que los únicos verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido.

Pero la honestidad intelectual de Savater está dada principalmente no por las opiniones de Job sino por las réplicas de los otros personajes. Alguien menos probo hubiera armado el discurso de los comparsas pensando en el exclusivo lucimiento de los argumentos jobianos. En este diario no sólo no es así sino que en ocasiones las opiniones de los otros parecen ser más sólidas que las del propio Job-Savater, de manera que bien podríamos estar asistiendo a la aparición de un libro que permite, llevando la dialéctica a su colmo, crear al mismo tiempo dos corrientes de opinión contradictorias.

Al comienzo del libro, por ejemplo, Elifaz sostiene que toda la ideología de Job se desprende de su condición de privilegiado económico: «No creo que hayas sufrido nunca de veras por los males de este mundo, pues son ellos precisamente los que te permiten desempeñar el elegante papel de censor. Lo único que jamás perdonarían al orden cósmico es que no te diera oportunidad de lucirte». Más aún: «Llega un momento —dice Elifaz— en que es preciso aceptar pagar el precio de las cosas que amamos y sin las que no quisiéramos vivir. No puedes jugar permanentemente a la contra o a la indiferencia, confiando en que otros apechugarán con la administración y defensa de lo que a fin de cuentas necesitas», argumentos demolidores contra cierto acratismo elegante que se refugia en una teoría químicamente pura del desprecio sólo para no ensuciarse las manos en tareas tan subalternas como conseguir que el correo funcione o que las basuras sean recogidas.

Las reflexiones de Savater son un buen marco de referencia para la discusión que se está dando en el interior del li-

derazgo político progresista en Europa, donde las condiciones objetivas siguen pasando por ahora en torno a objetivos que presuponen que es posible mantener el modelo de bienestar económico que presidió los últimos veinte años (y que la actual crisis, con su desaparición o su empeoramiento se ocupará de confirmar o no), pero se cometería un grave error extendiendo la validez de algunas de estas elucubraciones a zonas del mundo donde la Realidad obedece a otros parámetros y donde el hambre, la tortura y el genocidio son moneda corriente. Lugares, en fin, donde la vida de un hombre no vale nada, en contraposición con esta Europa donde el concepto ideológico dominante es que nada vale la vida de un hombre. En Asia, en Africa, en América Latina, hay ahora mismo pueblos enteros que tratan de acceder a las libertades democráticas mediante la lucha armada, ante la obturación de todos los otros caminos. Allí es tremendamente difícil establecer el límite entre violencia justa e injusta o entre medios moralmente aceptables o inaceptables, entre otros motivos porque las guerras suelen tener su propia moral, fijada por las circunstancias. El que lucha por su vida no suele perseguir la verdad sino simplemente la sobrevivencia.

Pero, por otra parte, hay en el esquema de Savater una incoherencia insuperable: mientras por un lado expresa su absoluta desconfianza por toda acción política «foquista», elitista o iluminada, de la que serían su máxima expresión los grupos terroristas, al mismo tiempo descrece también de las mayorías («nada podrá convencerme íntimamente —aunque lo acepte por principios ético-políticos— de que algo conveniente o noble puede surgir de la berreante ma-

yoría». Si el camino no pasa por las vanguardias ni por la democracia, no es fácil saber qué se está proponiendo.

Es especialmente doloroso para el lector el tercer capítulo, en el que Savater lleva hasta el límite de lo soportable los recuerdos de una niñez presidida por el odio a sí mismo («lloraba a veces durante la noche por ser tan obvia e inapelablemente feo») y la sensación de ser «un anormal, un bicho raro, un bicho sin gracia de los que no gustan ni a sus madres», que lo lleva a la conclusión de que «lo que hay en nosotros de realmente odioso es lo que no podemos remediar». También la Esposa cumple un rol de arbitraria mortificación, tratándole de homosexual, culpándole «de cargar a la izquierda, como los idiotas» (revelación que ha preocupado seriamente a quien esto escribe y que también carga a la izquierda) y acusándole de buscarse golfas «para hacer tus cochinaditas de conejo minusválido».

Por lo demás, el libro está esmaltado de múltiples rasgos de ingenio, como cuando desnuda las paradojas contenidas en lugares comunes como «madre patria» o «espíritu de cuerpo», o cuando afirma que «el infierno es la belleza definitivamente fuera» y que la vanidad suele ser la última forma de optimismo; o cuando nos descubre que los grandes acontecimientos históricos son siempre benéficos porque «de vez en cuando hay que cambiar de futuro».

El diario de Job parece ser, en fin, el réquiem de un filósofo a cierta militancia en las filas del mesianismo. El nuevo Savater cree que «si no hubiera administración la vida sería aún más monótona de lo que es» y que «la espontaneidad es el argumento de los ociosos y los indisciplinados». El nuevo Savater conserva la vocación de corregir lo real pero ahora carece por completo «de la urgencia de castigar». El nuevo Savater cree

que «ciertos medios contaminan los fines que se alcanzan a través de ellos» y que «lo que ha de defenderse al precio de la barbarie no merece ser defendido», pese a que no ignora que en este mundo no hay forma de conseguir lo que se desea más que pagándolo con lo que no se desea.

El nuevo Savater, en suma, parece haber resuelto desoir definitivamente las voces que tientan con olas invisibles y conformarse con las vulgares olas de la realidad.

(*) El réquiem de Savater, textualmente: «Fui un tímido rebelde que por dentro siempre se consideró el auténtico guardián de lo que atacaba, fui un conservador empujado a la sublevación al ver postergados o impedidos los valores que quería conservar, fui negador (por cariño y fascinación) de un mundo que adoraba y del esplendor de esta vida que pese a todo no consigo dejar de agradecer».

Los Cuadernos del Norte



Cuadernos de: Textos de:

Pensamiento
Cine
Arte
Inéditos
Literatura
Poesía
Diálogo
Viaje
Música
Asturias
Actualidad
Jazz

C. J. Cela
Barthes
Umbral
Torrente Ballester
Jiménez Losantos
Manuel Vicent
Pedro Caravia
Antonio Gamoneda
Angel González
Antonio Gala
Gonzalo Suárez
Cabrera Infante
Cándido
Zamora Vicente
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*. Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España. Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Extensión 254.

Europeo

NUMERO 6 (MAYO - JUNIO - JULIO)

Guido Brunner: **Los objetivos de la Presidencia de la R.F. de Alemania.**

L. Arranz Carro: **Pesca: Calma después de la Galerna.**

Carlos M. Bru: **Las dos europas de Ortega.**

Andrés Zaldívar: **Desde la Democracia.**

Guido Carli y Georges Debunne: **Patronales y sindicatos opinan sobre la crisis (entrevistas).**

E. González Sánchez: **Opinión pública: entre el desencanto y la desinformación.**

Pedro Ortún y Mercedes Puelles: **Integración de las PYME españolas.**

F. Mitterrand: **C.E. Cohesión interna e identidad común.**

Pedro Luis Gomis: **España ante la Cooperación Política Europea.**

E. Adroher Gironella: **La crisis de Europa: Haya Congreso.**

J. I. Casas Alvarez: **Europa Mal-informada.**

Suscripción anual: 600 ptas. (cuatro números).

Forma de pago: Giro postal o talón bancario a:

Consejo Federal Español del Movimiento Europeo.—Gran Vía, 43, F. Madrid-13

Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980. Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.
186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.
68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.
101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)
203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.
216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.
225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:

Visor Libros
Roble, 22
Madrid-20
Teléf. 279 34 43

CATALUNYA Y RESTO PAIS:

Les Puntxes, S.L.
Escornalbou, 12
Barcelona-26
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 11 (PRIMAVERA 1983)

Jacques Julliard: **El Social-gaullismo de Mitterrand.**

José María Maravall: **La reforma de la Universidad.**

Juan Delval: **Cambiar la escuela.**

I. Fernández de Castro: **Enseñanza y cambio social.**

Juan Rulfo: **Convictos culturales iberoamericanos.**

C. Franco, J. Aricó, A. G. Frank y E. Gomáriz: **Crisis del marxismo y América Latina.**

Josep M. Castellet: **Las relaciones entre las culturas.**

Elías Díaz: **Política y cultura en el final del franquismo.**

Gunter Grass: **Entrevista.**

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4

Fundación EVA GARRIGA

REVISTA DE ESTUDIOS CATALANES

NÚMERO 11 (1983)

Estudios Catalanes

PUBLICACIONES

- Jacques Juliano: El Social-guillismo de Mitterrand.
José María Masavall: La cultura de la "España" catalana.
Juan Delval: Cambio de estructura social en Cataluña.
I. Fernández de Castro: El catalán y el español.
Juan Rullo: Cambios culturales y lingüísticos en Cataluña.
C. Franco, J. Vico, A. G. Frank y E. G. Frank: El marxismo y América Latina.
Josep M. Castellet: Las relaciones entre las culturas catalana y vasca.
Elias Diaz: Política y cultura en el final del franquismo.
Gunter Grass: Intertextualidad y sátira.
100 años de socialismo en España. Bibliografía del socialismo español, 1979.
100 años por el socialismo. Historia ilustrada del PSOE, 1979.

Forma de pago: abonamiento o a la carta.
Suscripción anual: 1.100 pesetas.

Redacción y Administración: Monte Rosal, 30, 3.º de la izquierda, 08002 Barcelona.
Teléfono: 55 22 542.

EN MADRID: DIFUSIÓN DE LA PALABRA, S.L., C/Alfonso XII, 10, 28014 Madrid.
Teléfono: 45 45 672.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.